

PAULINA
Von
MALLINCKRODT

FUNDADORA Y SUPERIORA GENERAL
DE LA CONGREGACIÓN
DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD CRISTIANA

BIOGRAFÍA
ESCRITA POR ALFREDO HÜFFER

Editada y publicada en 1892 en Münster
en la librería de Aschendorff

Traducción del alemán: Hna. María Ansgara Mense

P A U L I N A
V O N
M A L L I N C K R O D T

**FUNDADORA Y SUPERIORA GENERAL
DE LA CONGREGACIÓN
DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD CRISTIANA**

BIOGRAFÍA
ESCRITA POR ALFREDO HÜFFER

Editada y publicada en 1892 en Münster en la librería de Aschendorff

Traducción del alemán: Hna. María Ansgara Mense

Nota del Traductor

En aquella época la Iglesia sufría todavía las consecuencias del Jansenismo que, bajo el pretexto de la indignidad humana, prohibía la recepción frecuente de la Santa Comunión. La Madre Paulina se distinguía desde su adolescencia por su amor excepcional a la Santa Eucaristía. Suplicaba a su confesor le diera el permiso de comulgar frecuentemente, y por fin lo consiguió y recién dos años más tarde le permitieron la Comunión diaria.

Capítulo I

1817-1840. La familia Mallinckrodt. Los padres de Paulina. Su infancia. Traslado de la familia a Aquisgrán. Escuela de San Leonardo. Luisa Hensel, compañera de clase, Internado y casa paterna. Luchas interiores. Muerte de la madre. Paulina como hija, educadora de sus hermanos. Elección de estado. Jubilación del padre. Retorno a Westfalia: Nordborchen, Böddeken, Paderborn. Fundación de la guardería y asilo de ciegos.

Capítulo II

1840-1849. Madura la vocación religiosa. Elección de la Congregación. Muerte del padre. Pedido de admisión a las Hermanas Vicentinas de Paderborn. Viaje de preparación. Impedimento para entrar. Nuevas preocupaciones. Viaje a París, Madame Barat. Viaje a Aquisgrán. La Madre Clara y el Pastor Sartorius. Viaje a Colonia. El Obispo auxiliar Claessen. Decisión de fundar una Congregación propia. Aprobación del Obispo Drepper. Preocupación por la instalación de la Congregación y el alojamiento de los niños ciegos. Aceptación del Instituto de Ciegos de Paulina por parte del Gobierno Provincial. Redacción de una Regla para la Congregación y su aprobación por el Obispo. Toma de hábito de Paulina y sus cohermanas: Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana.

Capítulo III

1850-1857. Noviciado de cuatro Hermanas. La pequeña Casa Madre. Primer campo de actividad: educación e instrucción de niños ciegos. Dirección de la guardería. Emisión de los santos votos. Primera filial externa: la escuela de niñas en Dortmund. Muerte de la Hna. Elizabeth. Construcción de la nueva casa para ciegos. Llegada de los jesuitas a Paderborn, el Padre Minoux. Vida en la casa de ciegos. Visita del Rey Federico Guillermo IV. Ampliación de la Casa Madre. Muerte del Obispo Drepper. Elección del Obispo Conrado Martin. Crecimiento interior y exterior de la Congregación.

Capítulo IV

1857-1870. Las Constituciones de la Congregación. Mérito del Obispo Conrado por la aprobación papal de las mismas y de la Congregación. El cementerio del convento y los primeros sepulcros. Horario conventual. Fiestas de la Congregación. Visitas distinguidas: Reina Augusta. Enfermedades y fallecimientos. Hermana María, hermanos de Paulina, muerte de Bertha. La capilla de San Conrado. La nueva ala occidental. El tercer noviciado. Enfermedad de la Madre General. Nuevas tomas de hábito y nuevos establecimientos. Primer contacto con América. La casa San José. El conflicto de escuelas en Baden. Paulina se enferma de nuevo.

Capítulo V

1870-1873. Tormenta en el aire. Comienzo del Kulturkampf. Leyes injustas para escuelas y jesuitas. Paulina intenta salvarlas. Viajes al Rhin, Dresden, Sigmaringen, Constanza, Karlsruhe, Berlín. El estado cierra las escuelas de las Congregaciones. Las Hermanas se refugian en la Casa Madre. Hermann von Mallinckrodt en el Parlamento. Su solicitud a favor de la actividad religiosa en la enseñanza. La muerte de su esposa. Rayos de esperanza en América. Apremiantes invitaciones para encargarse de escuelas. Primer envío de Hermanas a Nueva Orleans. Las "Leyes de Mayo". Resolución de Paulina para realizar el primer viaje a América.

Capítulo VI

Primer viaje a América del 22 de mayo al 15 de agosto de 1873. 1. De Bremen a Nueva York. 2. En Nueva York, Wilkesbarre y Scranton. 3. A Filadelfia, Baltimore, Washington, Cincinnati. 4. Sobre el Ohio y Mississippi a Nueva Orleans. 5. Por San Luis, Chicago, Detroit, Búfalo a Williamsport. ó. Wilkesbarre y regreso.

Capítulo VII

1873-1876. Comienzo de la gran emigración de Hermanas que deben salir de las escuelas suspendidas, a las nuevas filiales de América. La Hermana Mathilde, Superiora de la Provincia del América del Norte. Enfermedad y muerte de Hermann von Mallinckrodt. Paulina junto a su lecho de muerte. Arresto del Obispo Conrado Martin. Su traslado a Wessel y su huída. El jubileo de plata de Paulina. Nuevas emigraciones a América del Norte y del Sur. La Hermana Gonzaga, Superiora de la Provincia Chilena. Anuncio de la ley que prohíbe los conventos. Precauciones de Paulina. Viaje de Paulina a Bohemia. Más emigraciones a América del norte y del Sur. Traslado provisorio de la Casa Madre a Mont St. Guibert. Resolución de viajar a Roma.

Capítulo VIII

Viaje a Roma, del 27 de abril hasta el 3 de junio de 1876. Llegada a Roma, hospedaje en el Campo Santo, San Pedro. Primera audiencia con Pío IX. Visita a las catacumbas y varios santuarios. Negociaciones por la aprobación de la Congregación y sus Provincias. Viaje a Nápoles, fiesta de San Genaro. Peregrinación a las siete iglesias de Roma. Audiencia privada con el Santo Padre. Despedida de Roma, regreso por Loreto y Venecia. Visita a las filiales de Bohemia. Recibimiento en la Casa Madre de Paderborn.

Capítulo IX

1876-1879. Viaje de Paulina a Mont St. Guibert. El Obispo Conrado Martin acepta su invitación y toma allí su residencia. Nueva emigración a América del Norte. Evolución alentadora de la Congregación en ambas Provincias americanas. Disolución de la Casa Madre y de la Casa San José en Paderborn. Partida de Paulina a Mont St. Guibert. Compra de una nueva casa en Alseberg, cerca de Bruselas, para el noviciado. Piden Hermanas en Nueva Zelandia. Bendición de la Casa Madre en Wilkesbarre. Mayor extensión en Chile. Nuevo envío de Hermanas.

Capítulo X

1879. Primer Capítulo General de la Congregación en Mont St. Guibert. Preparaciones y transcurso del mismo. Reelección de Paulina como Superiora General. Desocupación de la Casa Madre de Paderborn. Se alquila la misma para Hermanas enfermas. Enfermedad y muerte del Obispo Conrado Martin. Paulina traslada el cadáver a Paderborn. Sepultura solemne. Resolución de Paulina de visitar a todas las filiales, primero las de América.

Capítulo XI

El segundo viaje a América, del 1 de octubre de 1879 al 2 de septiembre de 1880. 1. Viaje a Chile. 2. Estadía en Chile. Ancud, Puerto Montt, Valdivia, Lebu, Concepción,

Santiago. Despedida de Chile. 3. Viaje por Panamá a América del Norte. 4. Estancia y viajes en la Provincia de Norteamérica desde el 26 de marzo al 21 de agosto de 1880. Llegada a Nueva York y Wilkesbarre. Tiempo feliz en la Casa Madre. Visita de las filiales Melrose y Scranton, de las escuelas en Wilkesbarre y Pittson. Comienzo del recorrido. Viaje a Gretna por Harrisburg y Nueva Orleans. Comienzo del recorrido. Nueva Ulm, Le Mars, Jonia, Westfalia, Rome. Visita a Newark, Elizabeth, New Brunswik, Filadelfia, Reading, Pottsville, Williamsport, Nippenose Valley, Danville.5. Descanso en Wilkesbarre. Dufhore, Honesdale, Mauch Chunk. Regreso a Wilkesbarre. Ejercicios espirituales. Tercer noviciado. Despedida de América.

Capítulo XII

2 de septiembre de 1880 hasta el 25 de abril de 1881. Regreso. Visita en Boeddeken. Recibimiento en la Casa Madre de Paderborn. Viajes a Mont St. Guibert, Alseberg, Blyenbeck, Lieja, Simpelveld, Anrath, Sigamaringen, Zwiefaltendorf, Gutenberg, Feldkirch, Weltrus, Mühlhausen, Oschersleben y Höxter. Regreso a Paderborn. Fallecimiento de su hermano Jorge el 21 de marzo de 1881. Las últimas seis semanas en la vieja Casa Madre. Las últimas preocupaciones por todo. Las instrucciones durante la Cuaresma. La última enseñanza, 25 de abril de 1881.

Capítulo XIII

Informe de la Hna. Agnes sobre la última enfermedad y la muerte de la Madre Paulina el 30 de abril de 1881. Solemne sepultura según el escrito de la Hna. Lioba. Actos fúnebres en las filiales. El sepulcro en la capilla de San Conrado. Mirada retrospectiva e informativa sobre la obra de Paulina y su evolución.

Capítulo XIV

Rasgos característicos de la vida de la finada Madre General según los escritos de las Hermanas.

Suplemento

Estado de la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana en el año 1892.

PRÓLOGO

El obrar de Dios se manifiesta milagrosamente en toda su creación, pero más admirablemente en la más noble de sus creaturas terrenales, el alma humana. Como cada planta lleva dentro la semilla de su especie, como misterio de su utilidad, así también el alma humana lleva en germen el sello de su noble destino: ser imagen de Dios. Pero si la voluntad de Dios se manifiesta en las creaturas simples por las leyes de la naturaleza, tratándose del alma humana, que Él adornó con los mejores dones de la razón y de la libertad, en lugar de su desarrollo natural, la conduce, con su Gracia, quien le prepara, con amor paternal los caminos de esta vida para que alcance su fin eterno, aunque se encuentre junto a los angostos y penosos senderos de Dios en el ancho y cómodo laberinto del mundo. Si al ver brotar del suelo un tierno germen, nos preguntamos si llegará a ser una planta venenosa o un alto árbol frutal, con más razón quisiéramos saber, junto a la cuna de un niño recién nacido, qué será de esa creatura. Sin embargo, una cosa es cierta: si el alma renace en el sacramento del santo Bautismo para ser hija de Dios, cuando llega a su pleno desarrollo espiritual y somete su razón con humildad a la luz de la fe, y su voluntad con amor filial, a la providencia de Dios, cuando se deja guiar en todas las circunstancias de la vida con ilimitada confianza por el Padre celestial y pone todas sus fuerzas al servicio de la voluntad divina, entonces la divina gracia la conduce a su alto destino de ser imagen de Dios, como sucede con la planta en el orden natural. Que resalte como un hilo de oro en la biografía de Paulina von Mallinckrodt este proceder de Dios en un alma que sacrificando totalmente su propia voluntad, se entregó a Él con amor filial. A pesar de venir de una situación que no dejaba sospecharlo, ella llegó a una gran perfección y desarrolló una actividad rica en bendiciones. Su obra nació de una semilla insignificante y se convirtió en un árbol frondoso en cuyas ramas bien extendidas maduraron los más hermosos frutos de la Caridad Cristiana.

El autor de esta obra, que era pariente cercano de la noble difunta, pudo observar durante muchos años con íntima participación y admiración, su constante cambio de alegrías y sufrimientos en su vida, que fue ricamente bendecida con heroicas obras de caridad cristiana.

Hubiera confiado gustosamente esta biografía a manos más dignas y capaces. Él aceptó esta tarea únicamente por el deseo urgente de las hijas espirituales de Paulina y por el abundante material que estaba a su disposición en la excelente crónica de la Congregación. También otras anotaciones lo alentaron para poner manos a la obra. Quiera Dios bendecir su buena voluntad, para que el libro, a pesar de sus deficiencias, ayude a las Reverendas Hermanas de la Caridad Cristiana a conservar un vivo recuerdo de su venerada Madre Paulina y que sirva de edificación a todos sus lectores.

Paderborn, Pascua de Resurrección de 1892

CAPÍTULO I

1817-1840

La familia Mallinckrodt, radicada en la ciudad hansénica de Dortmund, de donde surgieron en el transcurso del siglo pasado varios Burgo-maestros, era un ramo de aquella antigua generación de este nombre que a orillas del Rhur, entre Witten y Wetter, vivía en la “Casa Mallinckrodt”, situada en lo alto. Desde allí se extendió sobre otras comarcas de Westfalia. Existía en la región de Münster una línea católica, ahora extinguida, mientras que los Mallinckrodt de Dortmund eran protestantes. Enrique Zacarías Hermann Mallinckrodt fue el anteúltimo Burgo-maestro que gobernó Dortmund. Su hijo, Cristian Détmar Carlos Mallinckrodt, era el padre de Paulina. Mientras existió el Reino de Westfalia, él ocupó, en el Departamento de Fulda, el puesto de Director de Impuestos y vivió durante varios años en Cassel. Después de las guerras de la Independencia, pasó al servicio del gobierno en Prusia y desempeñó el puesto de Consejero Superior de Gobierno en Minden. En 1810 contrajo nupcias con Bernardina von Hartmann, que era, como hija del Consejero del Principado Episcopal de Paderborn, de religión católica. El 3 de junio de 1817 nació en Minden su hija mayor, que en el Bautismo en la catedral de aquella ciudad, recibió los nombres de Paulina Bernardina. En Minden pasó Paulina los primeros ocho años de su feliz infancia. Allí nacieron después dos niños, Jorge Hermann. En su alegre compañía, en los juegos animados por sus hermanos, se desarrolló temprano el enérgico temperamento de su naturaleza tan ricamente dotada. Con vivo placer relató después de muchos años, como una vez, en los juegos de guerra, conquistó la bandera de la fortaleza. Pero también rasgos dulces que revelan gran bondad de corazón e íntima piedad, se mostraron ya en los años de su infancia. Amaba a sus padres con amor filial. Su padre tenía un carácter noble, era el modelo de un funcionario fiel. Por nacimiento y educación pertenecía a la iglesia protestante. Sin embargo, antes de casarse, prometió la educación católica de sus hijos, sin dejar los prejuicios que tenía contra las enseñanzas y organizaciones de la Iglesia Católica. La madre, una dama distinguida por dotes de espíritu y corazón, era una hija fiel de la Iglesia y se empeñó concienzudamente en educar a sus hijos en la fe católica, pero debió mantener trato social casi exclusivamente con familias de funcionarios protestantes. Como su esposo trató de complacerla en todo respecto a la educación de sus hijos, ella pensó que era más prudente no hacer resaltar demasiado la influencia de la educación católica. Difícilmente uno hubiera previsto, bajo estas circunstancias en la cuna de Paulina, el elevado destino al cual la mano de Dios condujo esta alma tan privilegiada.

Esta dirección sublime se hace más evidente cuando Paulina, por la obligación de frecuentar la escuela, fue sustraída de la única influencia de su piadosa madre. En el año 1824, al cumplir 7 años, su padre fue trasladado a Aquisgrán como Vicepresidente de gobierno. Fue un acontecimiento que Paulina misma consideró en sus “Recuerdos de Juventud” como una bendición de Dios, porque facilitó a su madre la auténtica educación católica de sus cuatro hijos. (En Aquisgrán había nacido otra hija, Bertha.) Este suceso fue muy importante para Paulina porque le permitió ingresar en el famoso colegio de San Leonardo. Allí la excelente profesora Luisa Hensel, llevaba a cabo una actividad benéfica. La influencia que tenía sobre sus alumnas, especialmente sobre Paulina, era grande. Todas la veneraban. De San Leonardo egresaron muchas religiosas, entre ellas tres fundadoras, además de numerosas muy piadosas y cristianas madre de familia. La

relación entre Paulina y su querida maestra era muy íntima. Ella supo aconsejar con gran prudencia a la inteligente y amable niña, en el trato con su padre protestante. Luisa depositó en su corazón un firme fundamento religioso. Entre las compañeras de Paulina había tres que eran sus íntimas amigas; Anna von Lommessen, que más tarde entró como religiosa en la Congregación del Sagrado Corazón; Clara Fey, la futura fundadora de la Congregación del Pobre Niño Jesús en Aquisgrán; y Francisca Schervier, la que más tarde fundó allí la Congregación de las Pobres Franciscanas. La primera redacta en un escrito un atrayente retrato de Paulina. Anna escribe: "Paulina frecuentaba conmigo el Instituto San Leonardo en Aquisgrán. Me acuerdo que se destacó por su deseo de saber, por su amabilidad y sobre todo, por su caridad. Quería profundizar todo, hacía frecuentes preguntas muy ingenuas, dada su inocencia encantadora. Su caridad no soportaba la menor censura del prójimo y trataba siempre de disculpar todo, por lo que sus compañeras le decía en broma: «Si hubiera algo para blanquear al diablo, ti lo utilizarías.» La repercusión de las profundas impresiones que Paulina recibió en San Leonardo, atraviesan como un hilo rojo toda su vida. Mantuvo siempre una íntima amistad con Luisa Hensel sus amigas ya nombradas. La excelente formación que le dieron en esta escuela soportó toda prueba cuando en el transcurso del tiempo tuvo serias complicaciones. En otoño de 1832 la enviaron para completar sus estudios a un instituto laico francés, en Lieja, donde a veces no podía cumplir con sus obligaciones religiosas. En su angustia escribió a Luisa Hensel, que acudió urgentemente a su encuentro en Lieja y tuvo la alegría de tranquilizarla por completo con sus consejos. La Srta. Hensel pondera en sus apuntes la humildad e infantil sencillez de Paulina, las que facilitaron extraordinariamente su tranquila liberación de escrúpulos. No menos difíciles fueron para Paulina las circunstancias cuando regresó del pensionado, a su casa paterna. Fue introducida en la vida social, que allí, por la posición de su padre, encontró su centro. A pesar de que no le gustaba tomar parte en estas reuniones y fiestas, siguiendo el consejo de su confesor, asistió a ellas para complacer a sus padres. "Yo asistía", escribe ella en sus "Recuerdos", con amabilidad y alegría y me empeñaba en pensar en el buen Dios y en conversar con Él en mi corazón mientras estaba entre los hombres." Fuera de estas dificultades exteriores, su joven alma experimentaba también tentaciones interiores. Escribe: "Durante largo tiempo sufría mucho por luchas interiores. Un gran miedo se apoderó de mí. Horribles tentaciones contra la fe me atormentaban, pero la gracia de Dios me ayudó. Mientras hice una novena, Él me libró- quisiera decir- milagrosamente, de mis escrúpulos, que desaparecieron por completo. Y después de las molestas luchas contra la fe, Él llenó en sí bondad, mi alma con una clara luz que me penetraba con tanta firmeza que antes hubiera desconfiado de lo que veían mis ojos, que de esta claridad resplandeciente. Dios permitió estas luchas interiores para mi bien y seguramente para mi enseñanza, para que en la conducción de otras tuviera íntima compasión con sus sufrimientos del alma.

Con el mismo espíritu de confianza filial, Paulina aceptó como una prueba paternal de Dios, el primer profundo dolor que la afligió cuando apenas era una adolescente. Al principio del verano de 1834, su madre padeció una persistente descompostura, y los médicos, preocupados, le recetaron curas termales en el balneario de Schwalbach. Paulina la acompañó. En Schwalbach aumentó su malestar, la fiebre aumentó. El germen de esta enfermedad fue contraído por la paciente por contagio, cuando cuidaba en Aquisgrán a una de sus sirvientas. El estado de la enferma se volvió serio y ella misma pidió con insistencia que le administraran los Santos Sacramentos. Paulina no se apartaba del lecho de su madre y la cuidó con esmero día y noche. Cuando el padre recibió la noticia de la gravedad de la enfermedad de su esposa, acudió

apresuradamente con el Dr. Sartorius a Schwalbach. A pesar de todas las atenciones, Bernardina falleció el 17 de agosto de 1834. Impresionantes fueron las últimas exhortaciones y directivas que la madre moribunda dio a su afligida hija. Le aconsejó minuciosamente cómo debía proceder en la administración de la casa. Le recomendó que cuidara con la mayor solicitud a su padre y que se preocupara de la educación religiosa de sus hermanos. Aquella muerte, la primera a la cual asistía, impresionó profundamente el alma de Paulina. Únicamente la consolaba el pensamiento de que la voluntad de Dios quería desprenderla de las criaturas y acercarla más a Él. “La pérdida de mi madre – escribe - despertaba en mí una gran nostalgia del cielo, donde deseaba encontrarla. Ansiaba el tiempo en que la muerte descorriera el velo que separa esta vida del más allá.”

Cuando regresó con su padre a Aquisgrán, tuvo que sobreponerse a su dolor y tomar la responsabilidad de la administración de la casa y la dirección de la educación de sus hermanos, que tenían mucha vitalidad. Sus obligaciones domésticas le resultaron menos pesadas por la amable indulgencia de su padre, quien tuvo paciencia con su inexperiencia juvenil y apreció la tierna veneración que ella le demostraba. También en la vida social ella cumplía sus deseos lo mejor posible. Ella escribe: “Como mi padre quería que yo lo acompañara en sus paseos y viajes, yo estaba siempre dispuesta a aceptar amablemente sus propuestas, aunque a veces me incomodaban. Lo hice para agradar a Dios. Estas múltiples renunciaciones a mi voluntad eran saludables para mí y se me hizo una necesidad el cumplir los deseos de otros.” En la difícil tarea de la educación tuvo más que éxito usando el amor que la autoridad. Arrastró a sus hermanos con su ejemplo luminoso. La apreciaron mucho y la llamaron cariñosamente “la buena vieja”, Este sobrenombre le quedó siempre entre sus hermanos. De todos modos, Paulina podía estar contenta con el resultado de su educación, porque sus tres hermanos se distinguieron en su vida y le guardaron hasta la muerte un tierno amor fraternal. Ella fue la estrella brillante para los tres.

El fiel cumplimiento de sus obligaciones domésticas no fue un obstáculo para Paulina, sino un estímulo más para aspirar más fervorosamente a una perfección mayor en la vida interior. Encontró ayuda y consuelo en la oración, en la constante práctica de la caridad cristiana y sobre todo, en la recepción del Santísimo Sacramento. Después de un prolongado tiempo de prueba, su confesor le permitió la Comunión diaria. De este progreso interior de Paulina en aquella época nos cuenta su amiga, Anna von Lommessen: “Cada momento que Paulina pudo sustraerse de su familia, lo dedicó a la oración y a obras de misericordia. Con la más amable benevolencia y bondad conversaba con todos, ayudaba a los pobres como podía y permanecía como un ángel consolador junto al lecho de los enfermos. La Comunión diaria era su felicidad y su vida. Frecuentaba con preferencia en invierno y verano la catedral, donde se celebraban Misas desde las cinco. Antes de volver a casa para tomar el desayuno con los suyos, comulgaba y meditaba. ¡Qué edificante era acervarla cuando rezaba! Generalmente estaba durante horas de rodillas en el suelo, en un rincón, cerca del comulgatorio, completamente abismada en Dios. Pero Paulina no tenía nada de pesimista. En su alma resonaba el “sumsum corda”. Gozaba con filial gratitud y amor de los beneficios de Dios. En ella se podía comprobar cómo piedad y alegría pueden estar juntas. Sencilla, amable, con todos, especialmente con los pobres y humildes, cualquier persona que sufría se animaba a pedirle consejo, consuelo y ayuda material. Su bondad era tan conocida que los niños pobres le mostraron confiadamente su cabecita enferma y sucia para que la curara. Cuántos de estos ejemplos se podrían contar, puesto que su caridad

no tenía límites. Respeto humano, miramientos por las charlas y juicios humanos, le eran ajenos. Su carácter recto y abierto conocía solamente un móvil: la voluntad de Dios y su complacencia.”

En agosto de 1835 Paulina recibió el Sacramento de la Confirmación y experimentó la fuerza y abundante gracia del Espíritu Santo. En este tiempo el confesor le permitió recibir con frecuencia los Santos Sacramentos y más tarde, la Comunión diaria. Así ganó su vida interior en claridad e intimidad. “El deseo de consagrarme del todo a Dios – escribe – penetró más y más mi alma y pronto maduró en mí la firme resolución de renunciar a los ofrecimientos matrimoniales para pertenecer del todo a Jesús y servirle en sus pobres”.

Su propósito de profesar la castidad consagrada fue sometido una vez a una seria prueba. En sus “Recuerdos”, donde ella relata la recepción del Sacramento de la Confirmación, encontramos una breve anotación. Ella consideró como una gracia especial de este sacramento, el hecho de que pocos días después de haberlo recibido, tuviera el valor de despedirse definitivamente de un pariente que había pedido su mano. Era un caballero noble, pero protestante. Después entró en su alma una paz profunda y una gran gracia. La lucha que se encuentra aquí apenas esbozada, es relatada por Paulina con más detalles en una carta a Luisa Hensel, en la que resalta la seriedad del combate y su victorioso fin. En este escrito del 7 de julio de 1840, donde ella alaba la amorosa conducción de Dios en su vida, escribe:

“Aparentemente mi vida transcurría tranquila y serena. Sin embargo, hubo en mi alma serios embates. Pero, feliz aquél que tiene un firme fundamento en la fe, porque le volverán pronto la paz y la alegría. Mil veces quisiera agradecerle que me condujera hacia Dios. En 1830, cuando todavía era una niña de 13 años, uno de mis primos fue trasladado a Aquisgrán, y frecuentó entonces nuestra casa. Era un hombre serio, de edad madura y de sanos principios, aunque protestante. Nosotros lo queríamos mucho. Nunca hubiera pensado que este cariño infantil pudiera ser el comienzo de un amor que tuvo mucha influencia en mi vida. C... me dejó tranquila en mi ingenuidad, pero cuando volví de Lieja ya era más grande y me di cuenta que él me amaba. Reflexioné entonces y me convencí que por la santidad e indisolubilidad el matrimonio, era esencial que en la religión no hubiera diferencias. Cuando consideré los serios deberes de una esposa y madre, reconocí con claridad que los cónyuges no deben tener convicciones diferentes. Pero mis sentimientos se rebelaron y en mi alma se produjo una lucha tremenda. Lo que comprendí con la mente, no fue rechazado por el corazón. Además era mi elección contra el deseo de mi padre. No podía decidirme de decirle adiós. Entonces recibí en 1835 el Sacramento de la Confirmación, y Dios me dio la fuerza de rehusar el pedido de casamiento. Esta despedida del amigo, en vez de traerme dolor, como yo esperaba, me dio una profunda paz y liberó mi espíritu= Renunciando a esta íntima amistad había roto los vínculos que me ataban al mundo. Más y más me desprendí de todo lo que me rodeaba y encontré en Dios mi plena felicidad. Comenzó para mí una vida nueva, superior; que no hubiera querido cambiar por la anterior. Exteriormente no había cambiado nada, seguía cordial y desenvuelta con la paz en el alma y despreocupada de mí. De esta manera podía cuidar mejor a los demás= Era un placer para mí entregar mi amor y mis cuidados a los pobres, a los miembros de Cristo. Entonces sentí un inmenso deseo de ser Hermana de Caridad.

No se puede decir cuándo despertó en Paulina el primer deseo de hacerse religiosa. Ella piensa que el primer impulso vino de su amada maestra en San Leonardo, Luisa Hensel

En una carta del 19 de junio de 1840 escribe: “A Ud. le debo agradecer muchísimo. Ud. ha puesto en mí la base para mi felicidad; pues solamente en Dios se encuentran la paz, la tranquilidad y alegría y Ud. me condujo hacia esta rica fuente de toda salud temporal y eterna.” Este anhelo se hizo más intenso cuando después de una victoriosa lucha, impulsada por la gracia de Dios, renunció al amor terreno. Entonces hizo del afán de entrar en un convento, el centro de su vida. Su padre percibió en su hija algo inexplicable, la resistencia a lo mundano. Ella escribe en sus “Recuerdos”: “mi preferencia por lo espiritual y por los pobres, el poco interés que mostraba por la vida social, a pesar de que yo acompañaba a mi padre, lo intranquilizaron. El no deseaba que yo renunciara a lo terreno y su comportamiento era una rara mezcla de las más tiernas y cariñosas atenciones, que se unían para suavizar la energía de su carácter. Con esto trataba de impedir que o me apartara del mundo.” El empeño del padre en reconciliar a su hija con la vida mundana, le proporcionó a Paulina dos viajes interesantes que emprendió en 1835 y 1836, con familias conocidas, a París y a Bélgica. No menos entretenidos eran los viajes que había anualmente, en otoño, en el padre y sus hermanos a Westfalia. Una hora distante de Paderborn, cerca de la aldea de Nordborchen, a orillas del “Alme”, se encontraba la estancia señorial del mismo nombre, que era la residencia de la abuela von Hartmann, después de la muerte de su marido. Alrededor de ella, como venerado centro de la familia, se reunían todos los años, en las vacaciones de otoño, sus cinco hijos y su terno von Mallinckrodt, con sus familiares. En la confortable casa reinaba entonces la alegría y el bienestar. “Yo tenía mucha afición a los placeres del campo 7 escribe 7 Los paseos por bosques, praderas y plantaciones, me encantaban. Disfrutaba sencillamente la fiesta de la cosecha, la salida de los cazadores y su retorno a la noche y todas estas alegrías campestres.” No le faltaban agradables impresiones para el alma. “Me impresionaba favorablemente el trato con personas tan piadosas, de verdadera virtud, y al mismo tiempo muy amables, como había muchas entre mis parientes. También tuve la suerte de conocer a los venerables Padres Franciscanos que desde Paderborn visitaban a mi abuela.” En este tiempo vivía en aquel convento el conocido converso, Padre Henricus Gossler, cuyos edificantes escritos ejercían una gran influencia en Paulina. Así estableció relaciones con personas de Paderborn, donde pronto tendría su residencia.

En reconocimiento de sus grandes méritos se otorgó a Dédmar Mallinckrodt en 1834, el título de nobleza para él y su descendencia. Poco a poco ya le pesaban los años y deseaba retirarse de su excesiva tarea u en 1841 se despidió de Aquisgrán para pasar el resto de su vida en la estancia señorial de Boeddeken, cerca de Paderborn. Sus dos hijos frecuentaban ya la universidad y Bertha quedó en un colegio de Aquisgrán como pupila. El Sr. von Mallinckrodt emprendió con Paulina su viaje a Westfalia. A ella le costó mucho separarse de sus amigas de infancia y juventud, de las iglesias de Aquisgrán, de sus ancianas de San Esteban, a quienes había cuidado con otras conocidas. Su corazón estaba triste, pero la sonrisa no desapareció de sus labios.

La finca de Böddeken era un antiguo y vasto convento rodeado de bosques, situado en un silencioso valle. Lo había fundado San Meinolfo, ahijado de Carlomagno. Hasta el siglo XV fue ocupado por Benedictinas, y luego pasó a los canónigos de San Agustín, que lo habitaron hasta la secularización. Después del desalojo de los monjes, con el fin de privarlo lo más posible de su carácter eclesial, había sido demolida la hermosa y antigua iglesia y hasta las paredes del coro gótico. También la torre había sido derribada. Existían todavía aquellos largos corredores, mientras que partes de los edificios

conventuales habían sido modificados. En este estado lo había comprado el Sr. von Mallinckrodt.

Después de la muerte del padre, para tranquilizar su conciencia, su hijo Jorge, como heredero legítimo, hizo las negociaciones con Roma y después de haber pagado las indemnizaciones a la Iglesia, lo recibió como posesión legítima.

Lo que entristeció a Paulina en lo más profundo de su corazón, fue la destrucción y profanación que se había efectuado en la propiedad de la iglesia, en cambio, le agradaba todo lo que se conservaba aún un aire claustra. Sintió mucho que la iglesia de la aldea quedara tan lejos y sus obras de misericordia quedaron paralizadas. Sin embargo, sabía arreglarse. Escribe a Luisa Hensel en 1849: "La vida aquí me agrada poco; Böddeken es una finca solitaria, antiguo convento, media hora distante de la iglesia. Como aquí tenemos muchas visitas, estoy poco recogida y tengo que dedicar a conversaciones inútiles, el tiempo que empleaba antes en la oración, lectura piadosa y mis pobres. Naturalmente todo es "servir a Dios" cuando uno lo hace por puro amor a Él, pero yo soy tan miserable que estoy lejos de esto... Estoy con gusto en Böddeken porque hay que estar con agrado donde Dios nos envía."

En sus "Recuerdos" escribe: "Cuando mi padre compró Böddeken, ya se había modificado mucho los edificios. Sin embargo, tantas cosas me hicieron recordar vivamente los tiempos pasados, que me agradaba sobremanera. La Parroquia a la cual pertenecíamos, se encontraba en Wewelsburg, una aldea más o menos a media hora de distancia. Este nombre se debe a un magnífico castillo antiguo que ahora es una ruina... Mi padre tuvo gran consideración conmigo y me permitió ir a Wewelsburg todos los días, antes del desayuno. Así podía recibir como en Aquisgrán, la Santa Comunión diariamente. Al salir de la iglesia los pobres aldeanos me pidieron que visitara a sus enfermos porque no había médico ni enfermera en el pueblo. En Aquisgrán había practicado algún tiempo en un hospital y había aprendido mucho de un médico clínico y cirujano. Mi pequeño botiquín casero y mi experiencia como enfermera me resultaron muy útiles... A mi regreso saludaba cariñosamente a mi padre y encontraba a los amigos y parientes con frecuencia todavía en la mesa del desayuno, luego conversábamos un rato."

Aunque su padre la trataba con mucha deferencia y atención, en aquel tiempo estaba lejos de comprender su tendencia a renunciar al mundo. En su carta del 7 de julio de 1840 Paulina agradece a Luisa Hensel, que vivía en Wiedenbrück, su amable invitación y sigue: "Hubiera ido con el mayor gusto a su casa. Creo que es mejor decirle francamente el impedimento para que esté convencida de que no fue por falta de amor a Ud. Para mí hubiera sido un placer verla. Pero Ud. sabe que mi padre mantiene sus ideas y no puede compartir mi opinión, por eso trata de apartar de mí todo lo que según su modo de ver pueda afirmarme en mi renuncia a lo terreno. Él sabe que la quiero mucho y tiene la convicción que Ud. ha puesto la base para esta orientación de mi vida. Tuene temor de un viaje a Wiedenbrück y no me da el permiso para ir allá. No tome a mal que la considere demasiado piadosa. Él no la conoce bien y es muy difícil que un protestante pueda juzgar los valores eternos. Mi padre cree tener razón y quiere mi bien., pero desgraciadamente tiene muchos prejuicios que no podré vencer... Pero lo que Dios dispone es lo mejor. Déjeme pensar entonces que este sacrificio es más provechoso para mí que la alegría, por eso me lo impone."

La mudanza a Paderborn en invierno, era para Paulina un agradable contraste de la vida en verano en Böddeken. Allí habitaban la casa de los abuelos que el padre había heredado de la familia von Hartmann. Estaba situada al lado de la antigua iglesia del Busdorf. El Sr. von Mallinckrodt la hizo arreglar confortablemente y renovó el hermoso jardín. En el año 1841 volvieron Jorge y Hermann, porque habían terminado sus estudios. Más tarde regresó también su hija menor, Bertha, de la pensión de Aquisgrán. Entonces la casa se llenó de animación y de vida y se sentían felices, muy unidos, gozando de la dulce intimidad familiar. En Paulina maduró la vocación religiosa. Pero, mientras Dios le dejara su padre, no lo abandonaría en su ancianidad, sino que cumpliría con todo esmero sus deberes para con él.

Entre tanto Paulina podría reiniciar con gran satisfacción la actividad benéfica ya desplegada en Aquisgrán. El Padre Henricus Gossler había fundado en Paderborn una Asociación de Beneficencia para señoras en la que Paulina ingresó con permiso de su padre. Los miembros cuidaban a los enfermos pobres en sus casas. De esta asistencia a los enfermos nació en 1840 el jardín de infantes para los niños de madres enfermas. Luego fueron también asilados los hijos de los obreros entre los dos y los seis años. Las señoras se cansaron pronto y confiaron toda la dirección a Paulina. Ella tenía mucha iniciática y comenzó a cuidar también a algunos niños ciegos. El instigador fue el amigo y médico de la familia von Mallinckrodt, el Dr. Hermann Schmidt. Su excelente esposa, María Everken, había sido compañera de Paulina en San Leonardo. El Dr. Schmidt era un genio muy entusiasmado por cualquier obra de caridad cristiana. Él le había pedido con insistencia que se preocupara también por los doblemente pobres, o sea los niños ciegos, y le había asegurado su ayuda. Paulina aceptó esta idea con vivo interés. En el año 1841 el Dr. Schmidt acudió jubiloso a su casa para comunicarle que el fabricante de cerveza, Honselmann, había donado 100 táleros para obras de beneficencia y opinó que esto sería la piedra fundamental para realizar el proyecto de fundar un asilo para niños ciegos. Dijo que el conocido Sr. Franke había comenzado su gran orfelinato con sólo 5 táleros, y con mayor razón se podría hacer una obra con un capital que produce 5 táleros de interés. Paulina vio la mano de Dios en este acontecimiento, y aceptó la propuesta con gran confianza, porque además, el Obispo von Ledebur había facilitado gratuitamente poco antes, para la guardería, algunas habitaciones del antiguo convento de los capuchinos, y sobraba lugar para algunos niños ciegos. El Dr. Schmidt se dirigió inmediatamente al Presidente von Vinke con el pedido de nombrarle los niños ciegos Westfalia que necesitaban ayuda. Mandó una lista larga de la cual eligieron siete de los pequeños más pobres y los alojaron en el convento de los capuchinos con el permiso del Sr. Obispo. Paulina pagó los gastos de la manutención en cuanto le fue posible, con el dinero que su padre puso a su disposición. Al final del año 1842, en los anales de la Asociación, en el número 7, salió una información sobre la guardería que decía: "La mayor parte de los gastos de este floreciente instituto que cobija a casi todos los niños pobres de esta ciudad, de 2 a 6 años, y que está unido a un asilo de ciegos y a una academia de tejidos para niñas que egresaron de la escuela elemental, son sorteados con el dinero propio de una dama de mucho méritos." En la instrucción de los ciegos trabajaban por el momento Paulina y sus amigos. Como las clases de enseñanza se dictaban en diferentes casas, necesitaban a alguien que los guiara. Esta conductora fue la pequeña Mathilde Kothe, que Paulina llegó a conocer en la casa de su tío, el Intendente von Hartmann, en Büren. Quién hubiera pensado que de esta pequeña semilla iba a nacer el gran Instituto Provincial de Ciegos, y además toda la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana, a que Mathilde, la pequeña guía de los ciegos,

fuera después de la muerte de Paulina, su sucesora como Superiora General de la Congregación.

CAPITULO II

1840 – 1849

En aquel tiempo Paulina nunca hubiera pensado en fundar una Congregación, si bien se preguntaba a menudo en cuál de los diferentes Institutos podría entrar. Tuvo que pasar todavía por muchas pruebas que aceptó como voluntad de Dios. De ningún modo podía descuidar los deberes para con su padre. El 7 de julio de 1840 escribe a Luisa Hensel: “Hasta ahora me detuvieron en el mundo las obligaciones para con mi padre y mis hermanos; pero si Dios quiere, podrá reemplazarme Bertha y yo seguiré el llamado de Dios: mientras tanto confío tranquilamente en el Señor que siempre me ha guiado con tanto amor. En adelante Él hará lo mismo y me mostrará el momento cuando pueda tener la dicha de pertenecer sólo a Él.” Ella menciona en la misma carta: “Yo dudaba de si debía escoger la vida contemplativa o la activa. Pero me parece que mi individualidad es más para la vida activa... Tengo un inmenso anhelo de ser Hermana de la Caridad. Como durante años he examinado esta resolución, en medio del tumulto del mundo, me parece que puedo seguir esta inclinación.

En los años siguientes surgieron exigencias que parecieron llevarla aún por otro camino. El Obispo Laurent, que se encontraba en Aquisgrán, intentó fundar colegios religiosos para niñas pobres de Hamburgo, y más tarde, un orfelinato católico. Eligió a Paulina y su amiga, Anna von Lommessen, para que lo ayudaran en la realización de sus planes. Paulina estaba dispuesta. En la carta a Luisa Hensel, escribe: “Si no es la voluntad de Dios que el Obispo Laurent realice sus proyectos, el Señor tendría sus sapientísimas razones; me sentiré felicísima si se dignara bendecir sus planes y utilizarme como instrumento de su misericordia. De todos modos. Esperaré tranquilamente para ver lo que Dios dispone.” Pronto se supo que el plan del fervorosa Obispo era irrealizable. Paulina pudo dedicarse con vivo interés, pero también con la misma sumisión humilde, a la voluntad divina, a otros proyectos sugeridos por sus dos amigas: Luisa Hensel y Anna von Lommessen. Se trataba de unir en una organización religiosa a los ya existentes institutos de beneficencia de Aquisgrán, y sus amigas querían asegurarse la colaboración de Paulina. Pero tampoco este plan tan atrayente, de trabajar con sus dos amigas en una obra de la Caridad Cristiana, prosperó. Luisa Hensel anhelaba entrar en un convento, pero siempre encontró impedimentos. Anna von Lommessen renunció a sus propios proyectos y entró en la Congregación de las Damas del Sagrado Corazón, donde la esperaba una importante actuación.

Entre tanto se aproximó también para Paulina el tiempo que la libró de las ataduras de su amor filia, el que la retenía hasta ese momento en el mundo. Al principio del año 1842 aceptó la invitación de la Srta. Ludwina von Harthasen e hizo por primera vez los ejercicios de San Ignacio den la “Brede”, un orfelinato cerca de Brakel. Los dirigió el Sr. Párroco Tewes. De Dringenberg. Regresó a Paderborn renovada en su interior y llena de agradecimiento para con Dios, sin sospechar que necesitaba esta gracia para poder sufrir con resignación el fallecimiento de su padre. Ella escribe en sus “Recuerdos”. “Cuando llegué a casa encontré a mi padre atacado de ictericia. Fue la enfermedad que más tarde le costó la vida. Yo consideraba como un gracia especial de Dios, el poder cuidarlo en su última enfermedad, como lo había hecho con mi finada madre. Pero esta vez, mis tres hermanos me ayudaron con el mayor cariño y esmero. Papá murió en abril de 1842, rodeado de sus cuatro hijos. En lo más íntimo de mi alma sentí el dolor de esta

pérdida, porque nunca lo había abandonado y él me había amado mucho” Paulina había cumplido el cuarto mandamiento con gran amor y gozosa fidelidad y con el sacrificio de retardar su ansiada entrada en un convento. Su amor filial continuó en la preocupación por la salvación de su alma. Respeto a su padre, Dios colmó su alma de tal confianza en la divina misericordia, que su dolor fue amortiguado. Tenía la esperanza consoladora que por el bautismo se hubiera hecho hijo de la Iglesia, y por su buena voluntad y sus sinceros esfuerzos de obrar con rectitud, hubiera encontrado gracia delante de Dios. Su error había sido inculpable y producto de la educación.

Después de la muerte del padre, la vida familiar de los cuatro hermanos fue de poca duración. Vendieron la casa paterna, y el hermano mayor, Jorge, tomó la dirección de la finca de Böddeken. Antes de separarse, Paulina cedió a los ruegos insistentes de Hermann y Bertha de emprender con ellos un largo viaje por Alemania, Austria, Tirol e Italia. Se le ofrecía así la ocasión de poder visitar institutos de beneficencia: orfanatos, asilos para ciegos, hospitales, jardines de infantes, manicomios y otras obras de caridad. Con esto acumularía un rico tesoro de conocimientos y a su regreso entraría en Paderborn en la Congregación de las Hermanas de Caridad.

Al principio del mes de julio de 1843 los hermanos comenzaron su viaje por el Harz. Luego visitaron Magdeburgo y Berlín. Después pasaron por Leipzig y Dresde a Praga y Viena y por Salzburgo y sus alrededores a Munich. Cruzaron Tirol y llegaron por Innsbruck, Merán, Haltern, Brixen y Votzen al norte de Italia donde visitaron Venecia, Verona, Milán y los lagos. Por fin regresaron sobre el San Bernardo por Suiza y las ciudades de Basilea, Estrasburgo y Coblenza. Paulina escribe en sus “Recuerdos de juventud”: “Conocí una gran cantidad de obras de beneficencia: orfanatos, guarderías, institutos para viejos, hospitales, manicomios, etc. Esto me ha sido de gran provecho. Sobre todo aprendí mucho en Munich. Allí visité la Casa Madre de las hermanas de las Escuelas, la casa el Buen Pastor y el magnífico hospital de las Hermanas de la Misericordia. Los médicos y las Hermanas me mostraron con gusto, durante varios días, toda la instalación.” Al final del mes de septiembre regresaron los tres hermanos a Paderborn; Paulina con el firme propósito de entrar ahora con las Hermanas de Caridad.

Pero Dios tenía otros planes para Paulina. Varias circunstancias, durante su ausencia, promovieron a sus parientes a oponerse decididamente a su entrada con las Hermanas de Caridad. Al principio veía en este obstáculo una tentación del demonio, pensando que él quería apartarla del convento. Pero pronto se convenció que sus parientes tenían razón y que lo hicieron por amor. En su interior surgió una lucha que la hizo sufrir mucho y recién después de años, alcanzó la victoria. En Paderborn no tenía a nadie a quien pudiera confiarse plenamente. Se dirigió entonces a Monseñor Kellermann, futuro Obispo de Münster, pues conocía su gran piedad y prudencia. Después de haber examinado la situación, él le dio la única respuesta posible en aquel momento: que no tomara todavía ninguna decisión y que esperara. EL Señor le enviaría su luz. Siguiendo este consejo, disolvió Paulina en pacífica conversación con las Hermanas de Caridad, sus relaciones con ellas. Exteriormente estaba todo arreglado, pero las luchas en su alma continuaron. Escribe en sus “recuerdos”: “me parecía que ya nunca alcanzaría la paz del alma. Por mí dejaron mis hermanos la feliz vida familiar. Habíamos vendido la casa paterna. Mis hermanos vivían dispersos y yo estaba en ese momento desorientada y me sentía indeciblemente infeliz.”

En ese tiempo de angustia, su único consuelo era la recepción diaria de la Santa Comunión y el trato con sus “queridos pobres, niños y ciegos”. Se dedicó enteramente a

ellos y tuvo luego la alegría de recibir del Sr. Obispo la autorización para alojarse junto a sus protegidos, en el antiguo Convento de los Capuchinos. Allí habitaba dos celdas angostas que adornó con algunos muebles de su casa paterna. Así vivía en el asilo, cerca de los pequeños, y sus días eran plétóricos de trabajo. Por la Providencia Divina. Justamente estos niños ciegos recomendados a su cuidado, debían ser sus guías para mostrarle el camino que debía seguir. Porque, desde que compartía la habitación con ellos, había resuelto con firmeza no separarse de ellos y entrar únicamente en una Congregación que los aceptara. Su constante empeño fue entonces encontrar esta Orden. En 1846, el gobierno de Westfalia decidió crear un gran instituto para los ciegos de esa región para honrar la memoria del Presidente von Vinke, que había fallecido repentinamente. Ese instituto debía tener dos secciones, una protestante en Soest y otra católica en Paderborn. Como ya existía allí el asilo privado de Paulina, querían tomar éste con su directora para la nueva obra. Para asegurar el carácter católico de su Instituto era necesario confiar su dirección a una Congregación religiosa. En sus preocupaciones, pensaba como siempre, pedir consejo a sus antiguas amigas de Aquisgrán. Pronto emprendió el viaje y fue acogida amablemente por su amiga, la madre Clara, fundadora de las Hermanas del Niño Jesús. Ellas llevaban una vida ejemplar y edificante, y Paulina le hubiera confiado con gusto sus ciegos, pero por falta de personal no podían aceptar tal actividad. Luego viajó a Conflans, cerca de París. Allí se encontró con Anna von Lommessen en la Casa Madre de las Damas del Sagrado Corazón, y al mismo tiempo la ilustre fundadora de esta Congregación, la Madre Barat. Este viaje fue de suma importancia para su futura vocación. Se quedó tres semanas en Conflans. Paulina consideró siempre su estadía cerca de la Madre Barat como una verdadera gracia que le concedió la Divina Providencia. “La Madre Barat es una persona muy santa y prudente. También las otras religiosas brillan por sus virtudes; además son bondadosas, inteligentes y bien formadas. Todo lo que vi en Conflans me llenó de admiración y sirvió para mi instrucción... Aprendí cosas que más tarde habría de necesitar y que, sin esta conducción de Dios, me hubieran faltado.” Sin embargo parecía que su viaje no tendría éxito. La Madre Barat, después de repetidas conversaciones, estuvo dispuesta a aceptar la dirección del Instituto de Ciegos de Paderborn, con tal que las autoridades competentes de Berlín dieran su conformidad. Por lo tanto, Paulina escribió enseguida al Dr. Schmidt, quien le había puesto en contacto con los primeros ciegos y que desde 1843 era Consejero Particular del Ministerio de Culto. Él contestó con toda seguridad, que la Dieta de Westfalia y las demás autoridades, nunca confiarían in Instituto regional a religiosas francesas. De regreso, pasó por Aquisgrán e intentó una vez más la solución de su problema, pero inútilmente. Las Hermanas del Buen Pastor tampoco podían resolverse a aceptar la dirección del Instituto de Ciegos de Paderborn, porque estaban en los comienzos de su fundación y no tenía personal para tal obra. Nuevamente se encontraba Paulina en la obscuridad y la incertidumbre con respecto al porvenir. Sin embargo, este viaje le dio el rumbo decisivo para llegar a la meta.

Fue durante su visita a Aquisgrán donde por primera vez surgió en ella el pensamiento de fundar una Congregación. La Madre Clara y su director espiritual, el padre Sartorius, se lo aconsejaron y le propusieron ir a Colonia para pedir consejo a su antiguo profesor y confesor, Monseñor Claessen. El pensamiento de fundar una Congregación no la convenció todavía, aunque le gustó visitar al Obispo Auxiliar. Monseñor Claessen, que había sido el director espiritual de su infancia y juventud y amigo íntimo de sus padres= El merecía toda su confianza. En Colonia la recibieron con cordial afecto. El Obispo la escuchó atentamente, pidiéndole luego que se quedara algunos días con él y que le dejara tiempo para reflexionar sobre el asunto y para rogar a Dios que lo iluminara.

También Paulina pasó estos días en oración y recibió luego la contestación de su amigo espiritual que era de suma importancia para su futuro.

Según los “Recuerdos” de Paulina, la respuesta de Monseñor fue esta: “He pensado seriamente sobre su asunto, lo he considerado ante Dios y estoy persuadido de que es conforme a la divina voluntad que Ud. se dedique a la obra para la cual Él le ha concedido su bendición y amparo. Consagre Ud. al pequeño comienzo el amor, la perseverancia y la atención indispensablemente necesarios para su continuación y crecimiento. Ud. conoce todas las circunstancias y Dios le ha concedido la confianza de los señores que desean proteger a los pobres ciegos. Más ande Ud. siempre de la mano de la Iglesia. Cuando vuelva a Paderborn, hable con el Ilmo. Sr. Obispo Drepper, con el Sr. Vicario General Boekamp y con el Sr. Cura de su Parroquia del Busdorf, el Sr. Schmidt. Dígalos qué consejo le ha dado el Obispo Auxiliar de Colonia, después de madura reflexión y oración, y pregúnteles si son de la misma opinión. Es decir, que Ud. y sus compañeras, las que quieren dedicar su tiempo y sus fuerzas al cuidado de los pobres ciegos, se reúnan formando una Congregación religiosa, y si es para este fin el Ilmo. Sr. Obispo está dispuesto a darles su permiso y la bendición de la Iglesia. Confío en que la obra se realizará y que el parecer de estos señores y el mío serán uniformes. Camine Ud. con discreción y tranquilidad, pero al mismo tiempo con energía. Dios dará el fructificar.”

Esta respuesta fue completamente inesperada para mí. Pero cuando la recibí, mi alma gozó de una paz profunda. Toda incertidumbre se desvaneció y me sentí dispuesta a poner manos a la obra y decidida a afrontar cualquier dificultad, porque estaba convencida de que esto era la voluntad de Dios. Si echo ahora una mirada retrospectiva sobre mi vida, comprendo por qué la Providencia me había puesto en contacto con varias Congregaciones religiosas, dándome así la posibilidad de estudiar su Regla y su vida y conocer la organización y el funcionamiento de tantas instituciones de Beneficencia. Dios quiso capacitarme para poder realizar sus planes. El hombre propone y Dios dispone.

Con esto sentimientos de confianza en Dios, Paulina emprendió el camino de regreso a Paderborn. Los ciegos y sus compañeras la esperaban con impaciencia y la acogieron jubilosos. También se cumplió lo que había esperado el Obispo Auxiliar Claessen, Cuando Paulina informó al Obispo Monseñor Drepper, del resultado de su viaje y del consejo que Monseñor Claessen le había dado, recibió con inmensa paz, no solamente su consentimiento, sino su estímulo y bendición para fundar una nueva Congregación religiosa. Paulina resolvió proseguir con tranquilidad y prudencia. El antiguo convento de los Capuchinos, donde estaban alojados los ciegos y durante el día también los niños del asilo infantil, había sido destinado a ser un pre seminario episcopal para niños; por lo tanto había que procurarse una nueva casa. Tras larga búsqueda, encontró por fin en una propiedad de su tío von Hartmann en las afueras de la ciudad, un pequeño chalet que se conserva hoy todavía como la cuna de la Congregación. Además de su propia fortuna, tuvo a su disposición una importante suma que le dejaba el Padre Adami. En esta hermosa casaquinta tuvieron que albergarse todos; los ciegos, el personal que los cuidaba, las maestras, la servidumbre y Paulina, unas 20 personas. Durante el día estaban además los 60 niños de la guardería. Pero, sin embargo, todos vivían conformes en tan poco espacio.

Mientras tanto, las autoridades provinciales habían resuelto incorporar la obra privada de Paulina a la sección católica del Instituto Provincial de Ciegos; pero cuando hubo que

precisar la forma en que la fusión debía efectuarse y especialmente la cuestión económica, empezaron las dificultades, Paulina tuvo que luchar y todo transcurrió lentamente. Para apresurar las cosas, resolvió comprar para sus ciegos la gran quinta vecina que tenía una casa más espaciosa. Desde entonces las autoridades reaccionaron favorablemente se realizaron los contratos jurídicos y el día de la inauguración de la sección católica del “Instituto Provincial de Ciegos von Vincke” fue fijado para el 6 de diciembre de 1847. Un penoso accidente impidió a Paulina participar en la fiesta. Cuando el día anterior entró en el chalet de la quinta Hartmann, donde vivía y desde donde deseaba conducir a los señores al jardín vecino, que había comprado para los ciegos, resbaló al bajar la escalera y se fracturó un pie. Después de un doloroso tratamiento que duró dos horas, acostada en un sillón, conversó por largo tiempo con los señores, tratando con ellos todos los asuntos con una calma y un dominio de sí misma verdaderamente excepcionales. Al día siguiente tuvo lugar la solemne inauguración del Instituto Provincial de Ciegos.

Los negocios del Instituto estaban provisionalmente arreglados, ahora faltaba preparar con esmero los asuntos interiores, la fundación de la Congregación para dirigir la obra. El descanso involuntario, motivado por la fractura del pie, le brindaba la ocasión favorable y el tiempo necesario para delinear las bases de la nueva Congregación. Ella alababa la bondadosa providencia de Dios que le había concedido este reposo largo para poder estudiar tranquilamente las Reglas de las antiguas Órdenes y de las Congregaciones más recientes. Según la prescripción de la Iglesia, tomó como base la Regla fundamental de San Agustín. Todo lo hacía rezando, pidiendo a Dios luz y gracia. Sin embargo, no alcanzó a realizar sus planes tan rápido como había pensado. El Obispo Drepper apoyó gustosamente los preparativos de Paulina, pero consideraba que según las leyes de aquella época, se debía solicitar el permiso del Estado para fundar una nueva Congregación religiosa. Conforme a lo cual proyectó el Estatuto de la Congregación que el Sr. Obispo aprobó, agregando la solicitud. Ella misma llevó todo al reemplazante del Presidente de Münster, el Sr. von Bodelschwingh, quien le prometió trabajar en su favor. A pesar de esto, tuvo que esperar mucho tiempo. Por la insistencia de su amigo, el Consejero Privado Schmidt, viajó a Berlín para activar los trámites con el fin de obtener con urgencia la necesaria aprobación del Gobierno. Después de muchos caminos y larga espera, recibió al fin la grata noticia: su solicitud había sido presentada al Rey para firmarla, Regresó con el corazón aliviado a Paderborn, donde fue recibida cordialmente por los niños ciegos y sus fieles compañeras, las maestras María Rath, Mathilde Kothe y Elizabeth Schlüter. “Nosotros todos – escribe más tarde la Hna. María Rath – anhelamos su regreso. Inesperadamente entró una tarde en la clase donde nos encontrábamos con los ciegos. Todos se levantaron, corrieron hacia ella y la acogieron con júbilo.” Después de algunas semanas de espera, el 24 de febrero de 1849, llegó el permiso del Gobierno otorgándole todos los derechos de asociación. “El júbilo y el agradecimiento a Dios fueron grandes.”

El año 1848 con sus tormentas, que alcanzaron también la ciudad de Paderborn, había terminado sin dañar al pequeño Instituto. En sus silenciosas habitaciones se había trabajado en santa paz, en la redacción de las Constituciones de las Hermanas de la Caridad Cristiana. Este nombre que incluye todas las obras de Caridad fue elegido por Paulina para su Congregación y aprobado por el Sr. Obispo. En el transcurso de los primeros meses del año 1849 ella terminó tomando como fundamento la Regla de San Agustín. El Sr. Obispo aprobó las Constituciones bajo la condición de que más tarde serían modificadas si fuere necesario hacerlo. Todo estaba arreglado y se fijó el 21 de

agosto, fiesta de Santa Francisca de Chantal para la toma de hábito. Las cuatro postulantes hicieron un fervoroso retiro para prepararse debidamente.

“El 21 de agosto de 1849, fiesta de Santa Francisca de Chantal, durante la octava de la Asunción de María Santísima a los cielos” – así comienza la crónica de la Congregación escrita por Paulina – recibieron el Santo Hábito las cuatro primeras integrantes de la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana: Hna. Paulina von Mallinckrodt, Hna. María Rath, Hna. Elizabeth Schlüter y Hna. Mathilde Kothe. El acto se realizó en la Parroquia de San Andrés de Busdorf por manos del Excmo. Señor Obispo de Paderborn, Sr. Francisco Drepper, quien nombró a la Hna. Paulina von Mallinckrodt Superiora de la Congregación y le entregó delante del altar las Reglas aprobadas por él.” La inmensa alegría de Paulina, haber llegado a la meta, suena como un himno en sus “Recuerdos”. Cuando el Obispo en la iglesia hermosamente adornada y llena de fieles, después de la emocionante ceremonia, entonó el Magníficat de la Santísima Virgen, “hubiera mezclado su voz con la de los cantores”. Consideró dichoso el día en que pudo entregarse enteramente a Jesús, el amado de su corazón, y penetró el significado de las palabras “esposo y esposa”. Gozó de una paz profunda, anticipación de la felicidad eterna. “Bella y emocionante” – escribe – “era la bendición que el Señor Obispo pronunció cuando estuvimos con el hábito, arrodilladas en las gradas del altar. Invocó sobre nosotras los dones del Espíritu Santo: Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios. Me pareció recibir estos dones. Ya no tenía ningún sentimiento de timidez. Fue como si recibiera fuerza y gracia para poder cumplir la tarea que Dios me confiaba por boca de la Santa Iglesia... Al final de la ceremonia, el Obispo me nombró Superiora de la Congregación y me entregó las Constituciones y Reglas, recomendándonos su fiel observancia. Sentía una confianza firme y tranquila y ánimo para desempeñar el cargo que el buen Dios me confiaba por medio de la Santa Iglesia. Me parecía que el Sr. Obispo pronunciaba una bendición de fecundidad cuando decía: “Abrigo la esperanza de que la obra crecerá y se extenderá bajo su dirección. Quien entra por la verdadera puerta, es un buen Pastor. Entré por la puerta derecha que es Cristo y su Santa Iglesia; ahora espero la gracia de ser una buena pastora que da su vida por sus ovejas. Que Él me conceda la gracia de conducir a las almas a mí confiadas, por el recto camino y que ninguna se pierda. Yo no puedo nada, tengo que aprender todo de mi divino Esposo. Le he pedido su ayuda y estoy segura de que lo hará.” Los sentimientos fundamentales en aquel día fueron santa alegría de estar totalmente unida al divino Salvador, ilimitada confianza en Él y en su gracia, profunda humildad y fervorosos propósitos de entregarse con todas sus fuerzas a las obras de la caridad cristiana. Esto fue promesa de florecimiento y un feliz porvenir a la Congregación. Al final, acompañadas por las felicitaciones del Sr. Obispo, las cuatro Hermanas regresaron con el corazón lleno de alegría y agradecimiento a su pequeña casa, que ahora tenía la dignidad de un convento. Allí las recibieron con júbilo. Un fundidor de campanas, que vivía muy cerca, les había prestado algunas muy sonoras y las echaron al vuelo bajo el cielo diáfano. Los niños ciegos cantaron: “Alegremente al son de las campanas, entonamos nuestra canción para saludar a Cristo y sus esposas en el día de su consagración...” Así se celebró el nacimiento de la Congregación en santa alegría y gozo espiritual, aunque luego permanecieron en silenciosos recogimiento para agradecer las grandes gracias que Dios les había dado.

CAPITULO III

1850 - 1857

Con la toma de hábito de las cuatro Hermanas, quedó constituida la Congregación y por derecho canónico iniciaron su noviciado que, según las Reglas, debía durar dos años. Concienzudamente y con santo fervor cumplieron las Constituciones. Vivían unidas en la pequeña Casa Madre para dedicarse desde allí a su sencilla obra: la educación e instrucción de los niños ciegos y pobres. El pequeño chalet ofrecía un aspecto pintoresco en el hermoso jardín de von Hartmann. Desde la entrada se divisaban sobre una pequeña elevación, varias filas de árboles frondosos, y detrás estaba la casa que hasta hoy se considera una valiosa reliquia de la Congregación. Cerca, separado solamente por un camino, se encuentra el jardín de los ciegos, en cuyo centro, debajo de los añosos castaños, está la casa quinta destinada a la primera recepción de los niños ciegos. Poseía una gran sala y algunas habitaciones que ofrecían escaso lugar para los 18 ciegos que había cuando se inauguró la obra. La segunda filial, la guardería, se encontraba también muy cerca, en la casa de un solo piso que la Municipalidad les había cedido en la antigua oficina de la Aduana, junto al Kasseler Tor. Este fue el limitado lugar en que brotó el insignificante germen de la joven Congregación bajo la dirección de Paulina. En el transcurso de algunas décadas creció, formando un árbol importante cuyas ramas se extendieron no solamente en Alemania, sino más allá del océano.

Las cuatro Hermanas hicieron su noviciado con fervoroso amor y esfuerzo y a la vez con tranquila alegría, a pesar de lo escaso del lugar y de todas las incomodidades. Alternaron la oración con el trabajo y alcanzaron tanto progreso y madurez en la vida espiritual, que el Sr. Obispo, que había seguido con paternal interés el desarrollo de la pequeña comunidad, resolvió admitirlas a la profesión después de un solo año de prueba. Para tan solemne acto fue elegida la fiesta de San Carlos Borromeo, el 4 de noviembre de 1850, y como lugar, la Parroquia del Busdorf. Paulina relata, con cierto júbilo en sus "Recuerdos", la ceremonia que tuvo lugar durante la Misa Pontifical que ofició el Obispo. "Después del Evangelio nos acercamos al altar y manifestamos nuestro deseo de ser admitidas para emitir los santos votos de pobreza, castidad y obediencia. El Sr. Obispo propuso que invocáramos primero a la Santísima Virgen y a todos los santos del cielo. Luego comenzó a rezar las Letanías de Todos los Santos. La numerosa asamblea de sacerdotes y la multitud de fieles que habían concurrido exclamaban su "Ora por nobis", mientras estábamos postradas delante del altar con el rostro sobre la última grada. ¿Qué sucedió entonces en mi alma? Lágrimas de emoción y gozos confianza brotaron de mis ojos. No recuerdo bien lo que recé en el fondo de mi corazón. Pedía Dios que aceptara el holocausto que le ofrecía con tanto amor, y le supliqué confiadamente que me ayudara a cumplir fielmente mis votos y bendijera a la Congregación. Pasé momentos dichosos. Luego el Obispo se dirigió a nosotras y nos dio la bendición tres veces, con mitra y báculo. Nos dirigimos una tras otra, con el cirio encendido en la mano, hacia el altar para leer en voz alta la fórmula de los votos. El Sr. Obispo nos puso el anillo." Con esta descripción se desborda su corazón de gozo y agradecimiento. "Me siento dichosa por la completa renuncia al mundo y deseo vivir únicamente para Cristo. Te ofrezco, oh mi Esposo Divino, toda felicidad terrena y con encanto arrojo de mí todas las fruslerías que puedan estorbarme el paso, para proseguir ágil, fácil y velozmente, en pobreza, castidad y obediencia, hasta hallarte a Ti, perla de la vida eterna." Junto con los votos hace el sacrificio de su salud y vida para entregarlas totalmente al servicio del prójimo. A su regreso encontraron la casa festivamente

adornada y los niños ciegos las recibieron con alegres cantos. “EL día transcurrió en dichosa, silenciosa soledad:”

Poco después, las Hermanas íntimamente unidas, habrían de separarse. La primera en despedirse fue la más joven, la Hna. Mathilde. Viajó a Dortmund para abrir allí la primera filial fuera de Paderborn. Un fervoroso sacerdote, el párroco Wiemann, suplicó a la Madre Paulina que se preocupara por la salvación de las niñas de Dortmund. Venciendo las oposiciones, había obtenido del gobierno de Arnsberg el permiso de fundar una escuela católica para el sexo femenino y la quería confiar a las Hermanas de la Caridad Cristiana. La Madre oró, reflexionó y decidió aceptar. Se trataba de la ciudad de su padre a quien había amado tanto, y se alegró de poder comenzar su actividad exterior justamente allí. El 31 de diciembre de 1850 mandó a la joven Hermana Mathilde a Dortmund, acompañada por la Hermana María quien, experimentada en la enseñanza, tenía la misión de ayudarla y guiarla en los comienzos. Era una tarea sumamente difícil para la joven Hermana: organizar las escuelas elementales, Únicamente por su incansable aplicación y continuos sacrificios se alcanzó un hermoso florecimiento después de años.

Esta primera separación fue seguida por otra más dolorosa y grave. La Hna. Isabel Schlüter tenía una grave congestión pulmonar que se manifestó con una tos fuerte ya durante la emisión de los Santos Votos. Había contraído el primer germen de esta enfermedad cuando, en su juventud se había unido a las Hermanas franciscanas en Münster. Era un alma santa y encendida de amor fraterno. Había acudido a Silesia con otras Hermanas, para cuidara los atacados durante la epidemia de fiebre tifoidea. Allí había prodigado en las obras de caridad más de los que sus fuerzas le permitían. Por su salud tan debilitada no volvió a Münster. Con permiso del Obispo prefirió consagrar sus últimas fuerzas a Dios en la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana. La Madre Paulina se consideró feliz de poder aceptar a una persona tan perfecta y alabó su profunda piedad, su excelente carácter, su paciencia y delicadeza, su amabilidad y su habilidad, que la hacían la favorita de todos. Al ver que se consumía silenciosamente, el 13 de febrero de 1851 escribe a Luisa Hensel: “La Hna. Isabel está grave. Quiera Dios que se restablezca. ¡La necesitamos tanto! ¡Qué feliz sería si el Señor le devolviera la salud! Pero estoy pronta a ofrecerle este sacrificio. Que Él haga con nosotras lo que le plazca...” y agrega: “¡Oh feliz muerte que inicia la eterna unión con Jesús, lo que es el fin de nuestra peregrinación!”. El Señor aceptó el ofrecimiento; en la medianoche del 9 al 10 de marzo de 1851 falleció la querida Hermana después de haber recibido los sacramentos de los enfermos y mientras sostenía la cruz en sus manos. Las Hermanas y los niños ciegos la rodeaban y rezaban las oraciones de los moribundos. “Más o menos media hora después, cuando recé el Rosario con la Hermana María, junto a los restos mortuorios, tuve raros sentimientos de paz y alegría. Me parecía que podía estar segura de su eterna felicidad. Sus facciones eran incomparablemente bellas, amables y suaves. El solemne entierro tuvo lugar en el cementerio de la ciudad. Más tarde sus restos mortales fueron trasladados y encontró cerca de nosotras su último descanso.”

El vacío que dejó esa alma generosa fue muy sentido en la casa, donde quedaban únicamente la Madre Paulina y la Hermana María. A esta última se confiaron el cuidado y la instrucción de los niños ciegos. No podía encontrarse una persona mejor. Después de haber trabajado veinte años como maestra seglar, resolvió entregar su vida totalmente a Dios para servirle en los pobres ciegos, renunciando a los honrosos ofrecimientos que le hicieron las autoridades escolares. Es emocionante leer el hermoso informe que hizo con tanta claridad, tanto amor y prudente

circunspección, cuando le pidieron que escribiera la historia de la Casa de los Ciegos. Ese relato irradia sus nobles y amables sentimientos y se comprueba su competencia por el asombroso progreso del Instituto.

El principal obstáculo fue la falta de habitaciones. Se hacía necesario construir otro edificio y este fue también la constante preocupación de la Madre Paulina. “Pasaron todavía muchos años – escribe la Hna. María – porque la comisión gubernativa debía proveer los medios necesarios para el Instituto de ciegos y como sucede generalmente, tergiversaba los fondos. Pero la Madre no se desanimó. Supo vencer todas las dificultades con la gracia de Dios. Cuando en la oración reconocía que algo era para la gloria de Dios, proseguía lenta y tranquilamente, pero con firmeza, para realizarlo. En todo unía la calma y serena reflexión con la oración e ilimitada confianza en el Señor, y tan pronto como lo reconocía como voluntad de Dios, ningún obstáculo la podía hacer desistir de poner manos a la obra. Ponía el éxito en las manos del Padre eterno, porque no deseaba otra cosa que cumplir su santa voluntad.” También esta vez su confianza fue premiada. La Comisión gubernativa dio por fin su aprobación y se levantó el hermoso edificio cerca de la entrada del jardín de los ciegos. En septiembre de 1851 se terminó la construcción, y fue bendecida el 15 del mismo mes. El 29 de octubre el Señor Obispo Francisco, celebró la Santa Misa en la nueva capilla. Fue un día memorable y lleno de alegría para Paulina. Escribe en la Crónica: “Después de muchos desvelos me sentía interiormente fatigada, pero se aproximaba el día que habría de recompensarme abundantemente por todas las penas y me llenaría de nuevo ánimo. El 29 de octubre el Excmo. Obispo F Francisco ofició la Santa Misa en la capilla de la nueva casa y dejó el Santísimo en el Tabernáculo, una gracia que hacía tiempo pedíamos a Dios.”

¡Qué agradable resultó la vida en las grandes y hermosas moradas! “Nos mudamos a la casa nueva – escribe el 27 de octubre a Luisa Hensel – “y nos encontramos a gusto allí” ¡Cómo sabemos apreciar la cómoda instalación que antes nos faltaba! Ahora se ve también el orden exterior del convento y se puede observar bien el horario.”

En realidad con la ampliación y perfección del lugar, había mejorado también la actividad interior y exterior de la Congregación. Había un acuerdo perfecto entre la profundización de la vida interior, la acción y la enseñanza. El 22 de septiembre pudo aceptar la dirección del orfelinato en Steele, que albergaba 120 huérfanos. La Hna. Josefa, que se distinguía por su talento pedagógico y era una maestra de mucha experiencia, fue elegida como Superiora. La Madre Paulina la introdujo junto con las otras Hermanas y se quedó algunos meses con sus hijas, hasta que tuvo la convicción de que todo marchaba bien, puesto que las Hermanas eran jóvenes. Dios bendijo la nueva actividad con un notable éxito.

Al mismo tiempo la divina Providencia cumplió el ardiente deseo de la Madre, de robustecer y perfeccionar la vida espiritual de la Congregación. Como consecuencia de la gran misión que organizó el Obispo Francisco al principio del año 1852, que fue dirigida por los Padres de la Compañía de Jesús y frecuentada por una multitud de feligreses, surgió en el pueblo el vivo deseo de retener a los jesuitas en Paderborn. El primero de octubre regresaron para establecerse otra vez en el convento del cual habían dado expulsados un siglo atrás, y donde, desde los tiempos del Obispo Fürstenberg habían desarrollado grandes obras para la salvación de las almas. La Madre Paulina consideraba este regreso como una gracia particular de la Providencia. Había rogado mucho por el progreso espiritual de su joven Congregación y el Señor le enviaba maestros excelentes, especialmente el Padre Minoux. Supo aprovechar la ocasión y pronto entró en relación con ellos. Escribe: “Fue la Providencia de Dios la que nos envió un

sacerdote tan dotado de cualidades excepcionales para dirigir las almas en la vida religiosa. Nuestra voluntad era buena y sincera, pero nuestra inexperiencia era todavía grande y solamente después de haber tenido tal maestro, nos dimos cuenta de la necesidad que teníamos de su dirección.” Paulina no encuentra palabras suficientes para ponderar la favorable influencia que tuvo este excelente religioso en la Congregación con sus instrucciones, ejercicios espirituales, y como director seguro e iluminado de las Hermanas. Especialmente le agradece el que les exigiera junto a la formación en la vida espiritual, los estudios para rendir exámenes estatales y recibirse de maestras. En adelante, fue una costumbre el presentarse para estos exámenes. Las benéficas relaciones del Padre Minoux con la Congregación permanecieron hasta el 3 de agosto de 1854, fecha en que él fue trasladado a otro lugar. Después de su partida la madre siguió pidiendo ayuda a los Padres de la Compañía de Jesús, confiando a ellos no solamente las funciones religiosas que se celebraban en la capilla del instituto, sino también los ejercicios espirituales y la predicación de breves retiros y conferencias. Se distinguieron sobre todo los Padres Schleining, Lessmann, Roh y Hasslacher, quienes estaban siempre dispuestos a dar consejos y asistencia espiritual a las Hermanas.

Pero por la seriedad y el recogimiento de la vida conventual no debía sufrir el alegre y amable trato con los niños ciegos. Porque la serena afabilidad en la educación es indispensable, sobre todo tratándose de niños minusválidos. Un espíritu alegre reinaba en la casa de los ciegos. Ellos tenían sus horas libres en las que jugaban y corrían de un lugar a otro, cada vez con mayor seguridad, en el hermoso jardín, y dejaban escuchar sus bellos cantos. Los domingos por la tarde realizaban frecuentemente paseos largos por praderas y bosques en compañía de la Madre y algunas Hermanas. Cuando encontraban un lugar adecuado se sentaban en el pasto para descansar y fortificarse con las provisiones de pan y fruta que llevaban consigo. Al regresar resonaban sus alegres canciones. Las fiestas eclesíásticas se celebraban solemnemente. En Pascua tenían el placer de buscar huevos y en la Noche Buena tenían un pesebre y un brillante árbol de Navidad. Lo que no podía ver el ojo, lo percibía la fantasía por medio de la descripción de las Hermanas, o lo palpaban los dedos si era posible. No se puede imaginar una alegría más gozosa que la que se dibujaba en tales ocasiones en los semblantes de los niños ciegos, alegría que también se expresaba en sus piadosos cantos. Los amigos del Instituto, testigos de esta felicidad radiante, decían: “Si uno está triste y con pensamientos melancólicos, que visite a los dichosos niños ciegos para ponerse contento y alegre con ellos.”

En el verano de 1853 hubo una fiesta especial en la casa de los ciegos. Las Hermanas y niños la esperaban con una mezcla de timidez y alegre excitación. El 21 de julio inauguraron el ferrocarril de Westfalia. El Ministro de Economía, el Sr. von Bodelschwingh, había invitado al Rey Federico Guillermo IV. La invitación incluía una visita al Instituto para ciegos. El Rey aceptó bondadosamente la invitación. Fue una visita inolvidable y un día de feliz memoria. La casa estaba ricamente adornada con guirnaldas, coronas de flores y banderas. A la entrada del jardín se encontraron la Comisión Gubernativa, la Junta Directiva, y la Madre Paulina con la Hna. Aloisis, ambas vestidas con capas blancas. El Rey entró con un brillante cortejo en el cual estuvo en primero lugar el Príncipe Heredero de Prusia, el futuro emperador Guillermo I. El Ministro von Bodelschwingh hizo las presentaciones necesarias y luego, la Madre condujo a la casa al Soberano, que la recibió con su acostumbrada benevolencia y amabilidad. En el gran salón habían preparado un trono de naranjos y laureles para su Majestad. Cuando entró el ilustre huésped, los niños ciegos lo saludaron entonando un canto apropiado. Después se presentó una pequeña niña ciega, Carolina Hille, para dar al Rey la bienvenida con las siguientes palabras: “Su Majestad, ¿Puede una pobre niña atreverse a darle la bienvenida en el umbral de esta casa, después del

jubiloso saludo de una ciudad ebrio de alegría? Timidez y amor se mezclan, una tierna veneración quiere cerrar la boca, pero el amor vence y da ánimo a al pobre criatura para presentarse ante el Rey. Rey, oh, de todo corazón te llamo padre; porque te mostraste siempre como padre a los niños ciegos. Mientras un mundo de preocupaciones llevaba tu cabeza, tu corazón paternal no se olvidaba de estos pobres niños, privados de la luz de los ojos y que no pueden encontrar su camino hacia la mansión eterna en el desierto de este mundo. Lo que como germen se despertó en nobles corazones, maduró en silencio para nuestro consuelo, y luego creció convirtiéndose en árbol frondoso que extiende las ramas bendiciendo, tú lo cuidaste amablemente. Desde el modestísimo comienzo hasta el actual desenvolvimiento de este floreciente hogar de refugio, debemos todo a tu protección paternal, pues nos colmaste de beneficios. Cuando en honor de tu finado servidor, el Ministro von Vincke, la Provincia erigió este monumento, por tu rico donativo pudo terminarse la obra. No se necesita buscar más pruebas de tu amor paternal, porque ya son incontables. Hoy te dignaste venir en persona a nuestra casa.”, oh rey amado, decirte que nuestros corazones están llenos de júbilo por esta suerte nunca soñada. Que los rostros brillantes de alegría que están delante de ti te lo digan. A pesar de no poder ver tu rostro bondadoso, sentimos cómo tu mirada llena de amor descansa sobre nosotros y el recuerdo de tu real presencia permanecerá siempre en nuestras almas.

Que Dios te recompense abundantemente todo lo que tu amor nos ha prodigado, porque Él solo puede hacerlo. No pasa ningún día sin que elevemos las manos para suplicar de todo corazón que el cielo derrame sus bendiciones sobre ti.

Finalmente te pido, amado Rey, que aceptes benigno este ramo de rosas frescas que preparamos para expresarte nuestro afecto. Con las flores se juntan nuestras voces: ¡Viva Federico Guillermo, nuestro Rey, nuestro Padre!”

El Rey se emocionó visiblemente y alegró a todos los corazones con su amabilidad y benevolencia, dirigiendo palabras cariñosas a la Madre y a los niños ciegos. Luego miró con atención sus trabajos, los que estaban estéticamente expuestos en largas mesas. El Rey aceptó con su acostumbrada cordialidad los pequeños obsequios que habían hecho para la Reina. Después visitó la capilla y las demás habitaciones de la casa y se despidió expresando a la Madre y a las Hermanas, su reconocimiento y agradeciendo la cordial acogida. Ser retiró con un amable “adiós” para los niños.

La regia casa de los ciegos ofrecía por ahora suficiente lugar para los 24 niños, pero en la Casa Madre se sintió mucho la falta de espacio. El aumento de vocaciones hacía indispensable la ampliación de la casa quinta de Hartmann. Utilizar el Instituto de los Ciegos para este fin no era conveniente. Se necesitaba lugar para el noviciado, para los estudios de las futuras maestras y una enfermería para las Hermanas enfermas. Al principio del año 1854 resolvieron construir, a pesar de que los medios eran insuficientes y abandonándose enteramente a la Divina Providencia, colocaron en otoño la piedra fundamental. Según el plan, edificaron cerca de la pequeña casa, en la misma dirección, detrás de los árboles y terminaron la obra con una espaciosa capilla. La construcción adelantó rápidamente ajo la vigilancia de la Madre Paulina. Terminaron el 20 de noviembre de 1855. La bendición de la casa y la consagración de la capilla tuvieron lugar el 28 del mismo mes por el Obispo Auxiliar Freuesberg. El 1° de enero de 1856 las Hermanas recibieron por primera vez la Santa Comunión en la nueva capilla, y con eso se sintieron a gusto en su nuevo hermoso hogar. Pero a la Madre le costó mucho desprenderse de su tan querido primer campo de trabajo donde había actuado en íntima armonía con su amada

Hermana María. La vida de la comunidad, que hasta entonces había tenido como centro el Instituto de los ciegos, se desplazaba hacia la nueva Casa Madre que debía ser desde entonces el corazón de la Congregación. La Hermana María agotada por una actividad que superaba sus fuerzas, necesitaba un reposo prolongado y se confió la dirección del Instituto de Ciegos a la Hermana Ana von Eichstädt. La Madre escribió a Luisa Hensel: “He nombrado para la dirección del Instituto buenas Hermanas y una excelente Superiora, de modo que los ciegos no sufrirán, pero separarme de una institución que desde sus principios he seguido con tanto amor y que, con la gracia del Señor ha crecido tan vigorosamente, es para mí sumamente penoso.”

Poco antes de terminar la nueva Casa Madre, la Congregación sufrió una sensible pérdida por el fallecimiento del Obispo Francisco Drepper, que ocurrió el 5 de octubre de 1855. “Antes de su muerte – escribe Paulina en la crónica – el día en que él recibió solemne y públicamente el Santo Viático, después de la ceremonia, tuve yo la suerte de poder arrodillarme junto a su lecho. Me habló con bondad paternal y levantó su debilitada mano para darnos su última bendición a mí y a toda la Congregación.”

A Monseñor Drepper le sucedió en 1856, Monseñor Conrado Martin. El 17 de agosto tuvo lugar la solemne consagración e entronización por el Cardenal Arzobispo von Geissel, en la Catedral de Paderborn. Las Hermanas de la Caridad Cristiana tenían motivo para tomar parte en las ceremonias y lo hicieron con vivo interés. El Obispo Conrado, pastor de alma ardiente, sería pronto su amigo y fervoroso protector. Ya en el mes de septiembre de 1856 tenía muy buenas relaciones con ellas. Se encargó de la toma de hábito en la capilla de la Casa Madre y en esta ocasión el Padre Schmidt, venerable párroco de las Hermanas, le recomendó la Congregación y los niños ciegos con emocionantes palabras. Desde aquel día las Hermanas vieron con frecuencia a Monseñor Conrado; sobre todo les celebró la Santa Misa en las festividades de la Santa Iglesia y les dio excelentes instrucciones.

Hasta entonces la vida de la Congregación se había concentrado sobre todo en el Instituto de ciegos. A partir de ahora se desarrollaría en su debido lugar, en la nueva Casa Madre. Había que organizar la vida interior y exterior exactamente según las Constituciones. Diariamente los amigos espirituales de la Congregación, los jesuitas y los padres franciscanos, que desde siglos habían adquirido grandes méritos por sus actividades a favor de las almas en la ciudad de Paderborn y en toda la Diócesis, celebraban la Santa Misa. Los trabajos domésticos estaban sometidos a un horario estricto que señalaba desde las 5 hasta las 21 horas, lo que había que hacer. La Madre daba las instrucciones sobre la vida interior y las Constituciones y se preocupaba tanto que, en otoño de 1856, fuera de los ejercicios espirituales, pidió al Padre Minoux que viniera a Paderborn para predicar a todas las Hermanas un triduo a fin de que se renovasen espiritualmente. “Él nos mostró con sus pláticas y conferencias, que eran incomparablemente bellas, el camino que debíamos seguir: perfecta observancia de las Santas Reglas; intensa vida interior, fervorosa aspiración a la perfección, y tratar de ser disponibles para todos los trabajos, junto con una amable sencillez, alegría y gozo espiritual.

La actividad exterior se extendió al par del crecimiento espiritual. A mediados del año 1857, es decir, siete años después de la fundación de la Congregación, había aumentado el número de las Hermanas de 4 a 45 y las filiales de 2 a 6. La guardería fue frecuentada por 90 niños más o menos, y atendida por dos Hermanas. El Instituto de ciegos albergaba 30 niños, cuyo cuidado e instrucción estaba a cargo de seis Hermanas. En la escuela católica de Dortmund que tenía 400 alumnas repartidas en tres clases, trabajaron cuatro Hermanas. El gran orfanato de Steele

hospedaba 130 niños y era atendido por siete Hermanas. En Solingen, en la Escuela Superior de Señoritas que en 1854 fue confiada a la Congregación, actuaron cuatro Hermanas para atender a las 140 jóvenes. La escuela de la Catedral, en Paderborn, fue dirigida desde 1857 por dos Hermanas que enseñaban en dos clases de 100 alumnas. En este tiempo ya había mil niños confiados a la instrucción y educación de las Hermanas y en todos los establecimientos gozaron de la plena satisfacción de sus autoridades. Las filiales estaban íntimamente unidas con la Casa Madre y su Superiora General. En 1857 la Madre Paulina pudo terminar la primera parte de la Crónica con las siguientes palabras: “En mis visitas anuales a las filiales pequeñas y grandes, me alegra en cada casa de nuevo, la caridad recíproca entre las Hermanas, su sencillez y capacidad. La cordialidad y el amor con que me reciben me da vergüenza, pero la alegría de verlas nuevamente oprime este sentimiento, y si regreso a la Casa Madre, encuentro allí todo bien y agradable. Con profundo agradecimiento reconozco los innumerables beneficios con que la bondad de Dios colmó a la Congregación. ¡Sigue Señor con tu amable Providencia para con nosotras! Te alabo por cada lucha, por cada sufrimiento que Tú envías y también por cada alegría, porque todo viene de tu corazón paternal y todo es para nuestro bien. Sobre todo, oh mi Dios, otórganos la dicha de que, como recibimos la bendición del Obispo, recibamos del Santo padre la aprobación de nuestra Congregación. Hemos confiado en tu bondad, Señor, y seguimos confiando porque Tú no nos abandonas. Quien confía en Ti, no quedará defraudado.”

CAPÍTULO IV

1857 - 1870

El ardiente deseo de la Madre Paulina era ver su Congregación como sarmiento vivo en la viña el Señor, y unida indisolublemente a la Santa Iglesia por la aprobación del Vicario de Cristo. En su profunda adhesión a la Santa Sede, ella había de la aprobación de Roma el objeto de sus plegarias y de sus deseos que, gracias a la intervención de Monseñor Martin, fueron escuchadas en un tiempo relativamente breve. En 1857 se preparó con ejercicios espirituales para someter luego las Reglas a una revisación fundamental. Le ayudaron el Sr. Obispo y el excelente Padre Roh, jesuita. Cundo terminaron este trabajo, lo presentaron en una reunión a las Hermanas, que lo aceptaron con gozo y aplausos El Obispo Conrado llevó las Constituciones a Roma el 3 de febrero de 1859 para presentarlas al Santo Padre. El 5 de mayo volvió con el Decreto de Laudación, emitido por la Sagrada Congregación de Religiosos en Roma. En él se alababa y recomendaba la Congregación, y se la otorgaban abundantes indulgencias. En 1862 el Sr. Obispo, aceptando la invitación del Papa para presenciar la canonización de los mártires japoneses, hizo un segundo viaje a la ciudad eterna y regresó con la grata noticia de que el Santo Padre le había prometido oralmente la aprobación definitiva de la Iglesia. Algún tiempo después, por Decreto del 21 de febrero de 1863, llegó este documento. El Sr. Obispo viajó por tercera vez a Roma en abril de 1857, en ocasión del décimo octavo centenario de los príncipes de los apóstoles Pedro Y Pablo. Como las modificaciones de las Reglas estaban terminadas, obtuvo el Decreto de Aprobación de las Constituciones por el habitual lapso de diez años, y las entregó personalmente y con solemnidad a la Madre. “¡Qué felices nos sentimos de haber alcanzado lo que durante años anhelamos!” (Las Constituciones se aprobaron definitivamente el 4 de febrero de 1888).

Durante los años en que anhelaban la incorporación den el organismo vivo de la Santa Iglesia, las Hermanas se empeñaron mucho en perfeccionar su vida interior y cumplir exactamente las Santas reglas para hacerse dignas de tal gracia. En el invierno de 1858, el Obispo Conrado realizó la visita canónica en los conventos de Paderborn, según la prescripción de la Iglesia. El 17 de febrero fue a la casa Madre, pronunció una seria alocución para las trece hermanas reunidas, y luego examinó a cada una, haciéndole preguntas respecto al cumplimiento de las Constituciones. Después revisó las habitaciones del edificio. El resultado fue favorable, pues manifestó su alegría y satisfacción por todo lo bueno que había encontrado en esta casa y animó a las Hermanas para que siguieran siendo fieles observantes. Se despidió dándoles la bendición episcopal. Este feliz éxito se debía al fervor pastoral y al incansable empeño de la Madre Paulina. Desde el 10 de noviembre de 1857, el Sr. Obispo les había dado regularmente conferencias sobre la vida religiosa. La Madre daba instrucciones dos veces por semana. Por pedido del Obispo Conrado, resolvió dirigir un Triduo en agosto de 1858, puesto que no se podía conseguir un sacerdote en este tiempo. “El buen Dios – dice la Crónica – lo bendijo tanto, porque la Madre realizó esta obra con profunda humildad. Odas las Hermanas estaban contentísimas y no encontraban suficientes palabras para elogiar los felices días que habían vivido.” Después de este Triduo las Hermanas comenzaron a rezar diariamente en coro el oficio de la B.V.M. en latín en vez de rezarlo en alemán como hasta ese momento.

El 28 de abril de 1858 falleció la directora del orfelinato de Steele, la Hna. Josefa. A pesar de haber pasado un tiempo en el balneario de Lippspringe y de los mejores cuidados que le fueron prodigados en la Casa Madre, no fue posible conservar su vida. Murió santamente después de haber recibido los santos sacramentos de los moribundos y en presencia de las Hermanas que le

dieron emocionantes pruebas de amor. Nadie sintió tanto esta dolorosa pérdida como la Madre Paulina. Como ella deseaba ardientemente conservar en la Congregación el íntimo contacto con los miembros fallecidos, se dirigió inmediatamente a las autoridades civiles y eclesiásticas a fin de solicitar el permiso para darles un lugar de descanso en el jardín del convento. Hacía siete años que había muerto la Hna. Isabel y estaba enterrada en el cementerio municipal. En presencia de la Madre exhumaron su cadáver para trasladarlo a la Casa Madre y el 1° de mayo se realizó el solemne entierro. Las Hermanas entonaron canciones y cada ataúd fue llevado por ocho Hermanas. También participaron los niños ciegos. El cortejo fúnebre salió de la capilla hasta el lugar elegido en medio del jardín, donde la Madre solía rezar con preferencia. Allí descansan como primicias de la Congregación para el cielo. Se celebraron numerosas Santas Misas por su eterno descanso, porque - como dice la crónica - “la Madre era muy generosa para prodigar a las Hermanas difuntas el consuelo del Santo Sacrificio”.

Aunque la joven Congregación sintió mucho la pérdida de estas Hermanas, fue consolada por el continuo aumento de nuevas fuerzas. Se sucedían las fiestas de toma de hábito y de emisión de los santos votos. Por este crecimiento, Paulina estuvo en condiciones de aceptar ya algunos de los múltiples pedidos de Hermanas. Con la extensión del campo de trabajo, creció también en los siguientes años la intensidad de la tarea, especialmente para la Superiora General. Continuamente tuvo negociaciones con autoridades eclesiásticas y civiles, aunque tenía que hacer fatigosos viajes. A causa de estos fue conocida la Congregación, y así se extendió cada vez más. Ya el 23 de octubre de 1857, después de largas discusiones con el gobierno de Düsseldorf, la Madre aceptó la escuela para niñas en Anrath e introdujo como Directora a la Hermana Liboria y a dos Hermanas que eran maestras. La escuela de Witten fue dirigida por dos Hermanas desde noviembre de 1857. Después de poco tiempo el gobierno de Arnberg pidió que las Hermanas se retiraran y en la primavera del año 1858 la confiaron de nuevo a una Hermana.

De mayor importancia fueron las negociaciones que se realizaron con el gobierno Real de Sigmaringen desde el principio de 1857, para aceptar la escuela de niñas. Después de un año, al día siguiente de la fiesta de Corpus Christi, la madre viajó para allá en compañía de la Hermana Ana. Encontraron cordial acogida en la casa del Presidente del Gobierno, Sr. von Sydow. Concertaron sin dificultades el hacerse cargo de las dos escuelas elementales de niñas, de la escuela Superiora de señoritas y de una escuela dominical. La Madre compró también una linda casa para las Hermanas y la Sra. von Sydow, la excelente esposa del Presidente de Gobierno, se encargó de la instalación de las habitaciones y de la capilla. La Madre viajó desde Sigmaringen a Friburgo de Brisgovia para solicitar personalmente al Obispo, Hermann von Vicari, el permiso de trabajar en los establecimientos de su Diócesis, lo que él le concedió gustosamente y con paternal benevolencia. La Madre misma introdujo el 15 de octubre a seis Hermanas en Sigmaringen y nombró a la Hermana Walburga Superiora local.

La buena fama que se difundió por la excelente dirección de los establecimientos educacionales de Sigmaringen, provocó ya al año siguiente la fundación de una nueva filial en Constanza. El claro de allí solicitó el 20 de febrero de 1859, por intervención del Arzobispo de Friburgo, Hermanas para dirigir una nueva escuela superior de señoritas, con internado. La Madre, después de haber visitado las filiales de Anrath, Steele, Witten y Dortmund, viajó con la Hermana Ana a Sigmaringen y luego a Constanza. Allí el Decano Henzler las recibió con mucha amabilidad. A la Madre Paulina le gustó tanto esta respetable ciudad con sus pintorescos alrededores, y sobre todo, la hermosa casa que habían elegido para el nuevo colegio, que resolvió comprarla por

11000 gulden. Luego fueron a Friburgo y Carlsruhe para solicitar los permisos al Gobierno de Baden y al Arzobispo von Vicari. El venerable Arzobispo, de 90 años de edad, las recibió con suma benevolencia y bendijo la nueva obra con viva alegría. También en Carlsruhe el Ministro de Culto, Barón von Stengel, les prometió la concesión. Pronto llegó el documento respectivo. Así floreció en la antigua ciudad episcopal, un magnífico establecimiento educacional que durante 10 años derramó abundantes beneficios a las almas. La Hermana Mathilde fue la primera Superiora. Le siguió en el cargo la Hermana Gonzaga. En Pascua de 1873 cayó este colegio como víctima del Kulturkampf en Baden y fue trasladado al castillo de Gutenberg en el principado de Lichtenstein.

La actividad de la Congregación se extendió cada vez más. En otoño de 1860 aceptó las escuelas elementales femeninas de Viersen. Para las numerosas clases se necesitaban catorce Hermanas. La madre Compró una casa espaciosa para ellas en febrero de 1862. Al mismo tiempo ofrecieron a la Congregación la “Casa Nazareth” de Höxter, que era un hogar para niños abandonados y, a pesar de que estaba gravada de deudas, la Madre la aceptó confiando en Dios. Como permitieron hacer colectas a Hermanas, pudieron pagar todas las deudas. Luego se les confió allí también la dirección de la escuela superior de señoritas y una clase en la escuela elemental de niñas. Asimismo, en 1860, las Hermanas aceptaron por deseo del Obispo Conrado, la administración doméstica del Seminario Teológico en Paderborn, que él había fundado. En 1862 manifestó su deseo de que aceptasen también la escuela de niñas de Magdeburgo y medio año después, se agregó allí la dirección de la nueva escuela superior de señoritas, En noviembre del mismo año asumieron la responsabilidad del establecimiento educacional de señoritas en Crefeld, que contaba con tres divisiones y para el alojamiento de las Hermanas se compró una linda casa. En otoño de 1863 aumentó el campo de trabajo de la Congregación con dos nuevas filiales, pues se encargó de la escuela femenina de Oschersleben y fundó un orfelinato en Solingen.

La Crónica constata que la Congregación contaba en este tiempo con 16 casas (la Casa Madre y 15 filiales), en las cuales trabajaban 168 Hermanas a cuyo cuidado y educación estaban confiados 4.000 niños, Con este aumento de establecimientos, la Madre General se preocupó especialmente de que las filiales tuvieran íntima comunicación con la Casa Madre., y no sólo por continua correspondencia y por conversaciones con las Superiores que acudían frecuentemente a Paderborn para buscar consejo en sus dificultades, sino también realizando visitas anuales. En verano de 1865 fue de una casa a otra. “Estos viajes – dice la crónica – eran una gran bendición para la Congregación, Los días que pasaban las Hermanas con la Madre Paulina eran de gozo y felicidad. Se alegraban ya mucho tiempo antes, la esperaban con ansias y se empeñaban en hacerle la estadía lo más agradable posible.”

En la Casa Madre se notaba la incansable actividad de la Madre Paulina que se desvivía para consolidar la vida interior y cumplir con la mayor perfección posible, las Constituciones que la Santa Iglesia había revisado. Es natural que al principio la autoridad descansara solamente en las manos firmes de la Madre, pero ahora, por el crecimiento tan grande de la Congregación, ella debió consultar a sus Asistentes en todos los asuntos importantes. En las periódicas reuniones consultaba la recepción de aspirantes, la admisión de postulantes para la toma de hábito y la admisión de las novicias a la profesión de los santos votos, etc. El noviciado para la formación de las primeras Hermanas, fue dirigido por la misma Madre, pero luego se designó una maestra de novicias y se arregló nuevamente todo por medio de determinadas prescripciones. “En los años del nacimiento de la Congregación – dice la crónica - cuando ésta era todavía pequeña, y la administración reducida, la Madre Paulina ocupaba a la vez el cargo de maestra de novicias,

porque como fundadora, había penetrado en el espíritu de las Santas Reglas y Constituciones más profundamente que ninguna otra Hermanas... Pero no se podía unir por mucho tiempo el cargo de Superiora General con el de maestra de novicias, y por eso confió la dirección del noviciado a su fiel Hna. Mathilde, que había recibido con ella el santo hábito. “Así quedaba asegurado el carácter propio de la noble fundadora, que seguía viviendo en las futuras generaciones y que se distinguía en sus hijas espirituales como un atrayente rasgo familiar. Según la crónica, se debían practicar en el noviciado sobre todo “aquellas virtudes que por deseo de la fundadora debían ser el distintivo principal de la Congregación: la Santa Caridad, de la cual nacen la amabilidad y la alegría, la santa humildad y la santa sencillez.” Estas eran justamente aquellas virtudes que por una fiel y constante práctica caracterizaban la personalidad de Paulina en grado heroico.

La amabilidad y la alegría que brotan del amor a Dios y al prójimo, formaban por el ejemplo vivo de la Superiora, un rasgo característico de su Congregación. Fuera de las fiestas eclesíásticas comunes se celebraron otros tantos días festivos, y no solemne en la Casa Madre sino en toda la Congregación. En primer lugar festejaban los onomásticos de la Madre que veneraba como Patronos al príncipe de los apóstoles, San Pablo, luego la fiesta de Sant Francisca de Chantal, como día de la fundación de la Congregación en el que la Madre con sus tres cohermanas recibió el santo hábito. Se celebraba también la fiesta de San Carlos Borromeo para recordar la emisión de los santos votos y con mayor solemnidad el día de la Inmaculada Concepción como fiesta patronal de la Congregación. En esas ocasiones, la capilla u las habitaciones de la casas resplandecían con hermosos adornos. Todas las Hermanas ofrecieron la Santa Misa y la Santa Comunión por la Madre General. En el desayuno la felicitaban alegremente y a la noche se reunían en una agradable recreación donde entonaban los cantos preferidos de la Madre, sobre todo las canciones de la Santísima Virgen. “La bondadosa Madre General – relata la crónica – que en su profunda humildad hubiera prescindido de ello – naturalmente exceptuando las oraciones, Santas Misas y Comuniones – no podía en tales ocasiones detener los corazones de las Hermanas que la amaban filialmente y deseaban mostrarle también su afecto y veneración.”

Tampoco faltaban las sorpresas en tales días. En la fiesta de Sant Francisca de Chantal, en 1864m condujeron a la Madre que no sospechaba nada, al jardín. Allí descubrió con gozo en los 12 nichos adornados del muro, las estatuas de los 12 apóstoles; un bienhechor los había obsequiado. Asimismo la sorprendieron en el año 1865m en la fiesta de San Pablo ermitaño, con la estatua de la Inmaculada Concepción que habían erigido silenciosamente en el lugar más pintoresco del jardín conventual. Las Hermanas y los niños ciegos entonaron una bella canción y la Madre se emocionó tanto al ver la hermosa efigie que se puso de rodillas. El mismo año, el día de los príncipes de los apóstoles, tuvo otra alegría. Varias veces había dicho que en la gruta debajo de la alta alameda, frente al convento, quedaría bien una estatua del ermitaño San Pablo. Estaba rebosante de alegría y gratitud cuando, en aquel día, descubrió allí la imagen de su querido patrono y las Hermanas y niños entonaron un canto en su honor.

La floreciente Congregación atrajo en los años siguientes a muchos distinguidos e interesantes visitantes. Al Obispo Conrado le agradó mucho conducir a sus cohermanos en el episcopado a la Casa Madre de las Hermanas y así tuvieron el gusto de poder saludar al Obispo de Maguncia, Barón von Ketteler, al Obispo Juan Jorfe de Münster y dos veces al actual Cardenal Pablo Melchers, siendo todavía Obispo de Osnabrück, que era ahora arzobispo de Colonia y repetidas veces al venerable Obispo Auxiliar Bandri. El famoso confeso, Padre Ratisbonne, les obsequió una corona de espinas de Tierra Santa, bendecida sobre el Santo Sepulcro del Salvador, Hubo muchas

religiosas que aprovecharon agradecidas la hospitalidad de la Madre General cuando en sus viajes pasaron pro Paderborn. Con gran placer recibieron a la noble bienhechora de Sigmaringen la Sra. del Presidente von Sydow quien varias veces había ido en la Semana Santa para hacer Ejercicios Espirituales con las Hermanas.

Un honor especial fue para la Congregación, la visita de la noble reina Augusta, en octubre de 1864. Como tenía gran interés por Caritas cristiana el Excmo. Sr. Obispo la condujo en su paso por Paderborn, a las casas de las Hermanas. Primero la llevó al Instituto de Ciegos donde se conmovió visiblemente al escuchar el saludo de los niños. Con cordiales palabras manifestó su alegría y complacencia. Luego se dirigió a la Casa Madre, donde la ilustre dama fue recibida por la Madre General y sus asistentes en la entrada del jardín. La Reina abrazó a la Madre con benevolencia y luego entró en la capilla y permaneció un rato de rodillas en silenciosa adoración. Después la condujeron a la gran sala donde las Hermanas la recibieron con reverencia. “los corazones de todas – doce la crónica – le tenían cariño. Todas estaban sorprendidas por la amable condescendencia y la sencillez de la venerada Reina.” Pocas semanas después envió a las Hermanas por medio del Sr. Obispo, un hermoso crucifijo que descansaba sobre terciopelo morado y tenía alrededor un precioso marco artístico.”

En aquel tiempo había para la Congregación días alegres, y otros tristes. Enfermedades y fallecimientos se sucedieron, pero justamente estos acontecimientos dieron testimonio del alto grado de amor misericordioso y del abandono a la voluntad de Dios que animaban a la Madre Paulina y su Congregación. La Casa Madre tenía, además de otros fines, el de ofrecer a las Hermanas enfermas un lugar de refugio para restablecerse o para prepararse para la muerte. La Crónica dice: “Las enfermedades deben considerarse como gracias que Dios da a los enfermos o a la casa la cual pertenecen. Según esto podemos afirmar que el buen Dios se dignó otorgarnos estas gracias en los últimos años. Casi nunca estábamos sin pacientes graves y a veces había varias.” En estas ocasiones podíamos admirar el amor sacrificado y las tiernas atenciones de la Madre. No permitía la menor falta de delicadeza para con las que sufrían y reprendió estas faltas severamente. Aunque estaba muy preocupada de que a las enfermas no les faltara nada... sin embargo cuidaba maternalmente que ellas aceptaran sus sufrimientos, como Cristo paciente, de la mano de Dios... pensando en lo que piden las Constituciones: “En la enfermedad y edad avanzada debemos empeñarnos en permanecer incondicionalmente entregadas a Dios y unir nuestros sufrimientos con los de Cristo en su Pasión y además dar buen ejemplo a los que nos rodean para que todo sea para la mayor gloria de Dios.” Cuando la enfermedad de una querida paciente agravó se tornó sin esperanza, amentó el amor cuidadoso de las Hermanas, y fervorosas súplicas subieron al cielo para pedir su curación o un feliz desenlace final. Tuvieron sumo cuidado de procurar a la moribunda una buena preparación para el viaje a la eternidad y de proporcionarle los auxilios de la Santa Iglesia, sobre todo el Santo Viático, como medio seguro de llegar bien a la otra vida. Y cuando la querida Hermana hubo fallecido, se rezó mucho por ella y se ofrecieron Santas Misas por su eterno descanso. También se le aplicaron todas las indulgencias que ofrece la Santa Iglesia para abrirle lo más pronto posible las puertas del cielo. La Crónica está llena de emocionantes relatos que revelan el intenso amor que mostraba la Madre en tales ocasiones.

Grande era el número de fallecimientos en esta época. En el lapso de siete años, murieron dieciséis Hermanas. En el año 1864 perdieron la vida siete, entre ellas la Hermana María Rath, una de las cuatro columnas de la Congregación, a quien la Madre Paulina amaba y veneraba íntimamente. Después de una larga enfermedad, tuvo un santo y tranquilo deceso. “La Hermana María – relata la crónica – a la cual la Congregación tiene mucho que agradecer, vivió santamente

edificando por su sólidas virtudes a toda la comunidad; sobre todo se distinguió por su profunda humildad, la que conmovió tanto a los que tenían contacto con ella, que derramaron lágrimas de emoción.”

Pero también fuera de la Congregación la muerte pidió víctimas que hirieron dolorosamente el corazón de Paulina. El 27 de febrero de 1861 murió Berta en Paderborn, su única hermana carnal. Aunque siendo religiosa, conservó para con sus tres hermanos un tierno amor fraternal. Por la disciplina religiosa ella no tenía mucho trato con ellos, porque no hizo excepciones en lo que a sus Hermanas no hubiera permitido. Sin embargo, este amor natural que Dios ha puesto entre parientes, persistió ennoblecido y purificado, y Paulina era, como antes, el amado y venerado centro de atracción para ellos. En la estancia Böddeken, más cerca que los demás, vivía su hermano Jorge con su excelente esposa, Bernardina von Hartmann. Allí, en la casa paterna, situada en el valle de San Meinolfo, encontró varias veces la más cordial acogida, cuando por orden del Sr. Obispo debía restablecer su salud, debilitada por el exceso del trabajo. Jorge era muy fiel y siempre dispuesto para ayudar a su hermana en sus múltiples preocupaciones, pues tenía una certera y práctica visión y las manos siempre abiertas. Con mayor alegría se hospedó allí, porque su hermano había pagado la indemnización a la Iglesia por el robo del Gobierno de Prusia. Además había sacado todo lo que hacía recordar los estragos de la destrucción. En el hermoso valle hizo reedificar la capilla de San Meinolfo y se tributaba de nuevo veneración al santo. Con los otros dos hermanos, que vivían más lejos, mantenía una cariñosa correspondencia. Se interesaba vivamente por Hermann, que tenía el mismo temperamento que ella y que en el año 1849 comenzó su actividad en el parlamento y supo defender heroicamente los derechos católicos en las luchas político eclesiásticas en 1850 y años sucesivos que eran como un preludio de la postrera tragedia del Kulturkampf. Él estuvo en este tiempo como Consejero de Gobierno de Düsseldorf de donde lo trasladaron a Merseburg por su enfoque político. Él y su esposa Else, Baronesa von Bernhardt, que se distinguía por su formación intelectual y sólidas virtudes, mantenían íntimas relaciones con su querida hermana Paulina y su benéfica obra. La hermana menor, Berta vivió desde 1852 en Wiedenbrück, como esposa del autor de este libro, quien era Juez Municipal. La crónica de la Congregación la caracteriza como un alma noble, fiel, piadosa y filial. Con veneración amaba a su hermana mayor quien le correspondía con verdadero amor maternal. A principio del año 1860, Berta enfermó del pecho. Acompañada por su marido y su hijita menor viajó a Merán, situado al sur del Tiro. A pesar del aire puro y sano, su estado de salud se agravó porque la enfermedad era incurable, y debió regresar a su patria. Como un ángel consolador, viajó la Madre Paulina a Merán para ayudar al afligido esposo. El Sr. Obispo le había dado permiso para trasladar a la grave enferma a Paderborn. Berta se preparó allí para la muerte, abandonándose en las manos de Dios: Repetidas veces recibió los santos sacramentos y falleció santamente el 27 de febrero. La Madre estuvo junto al lecho de la moribunda abismada en oración. Luego acompañó con sus Hermanas al cortejo fúnebre hasta el cementerio de la ciudad donde los restos mortales de su querida hermana fueron bendecidos por el sacerdote y llevados a Böddeken para que descansara en el cementerio de la familia, al lado de la capilla de San Meinolfo. “La buena Madre – dice la crónica – siguió con una mirada dolorosa al coche fúnebre que trasladaba a la querida finada, luego se dirigió con admirable tranquilidad y amablemente hacia sus Hermanas para regresar con ellas al convento.” Otra pérdida dolorosa fue para la Madre el fallecimiento del Sr. Párroco Schmidt, hermano de su antiguo amigo, el Consejero Secreto Schmidt. Este venerable y piadoso sacerdote, que amaba a las Hermanas con el amor del Buen Pastor, obtuvo toda la confianza y gratitud de Paulina y ella no lo abandonó en sus sufrimientos y estuvo a su lado poco antes de su muerte.

En todas estas conmovedoras circunstancias, Paulina guardó la calma en su piadosa alma, por su total abandono a la voluntad de Dios. Los hechos no la perturbaron en lo mínimo para cumplir fielmente los deberes de su santa vocación y del atento cuidado de su Congregación. Justamente en estos años se decidió a realizar grandes obras que eran necesarias por el crecimiento constante de su Congregación. Detrás del Convento, en el jardín, cercado por un muro, al este de la carretera de Kassel, se ve un hermoso cuadro de paz y tranquilidad conventual. En el parque con sus filas de grandes árboles añejos, se levanta un imponente edificio lateral, en el cual sobresale una vistosa torre que contiene escaleras, y toda la construcción termina en las habitaciones del servicio y economía. Si uno sigue por la alameda hacia el sur, se llega a la plaza donde se levanta la hermosa imagen de la Santísima Virgen en medio de flores y arbustos siempre verdes. Mirando hacia el este, vemos un largo paseo con cuatro filas de grandes tilos que termina en el solitario cementerio conventual. Allí se levanta la capilla de San Conrado, edificada en estilo gótico. Uno queda profundamente emocionado en este silencioso lugar de descanso de las Hermanas fallecidas. Los sepulcros están cuidados con esmero y alrededor hay un muro con plantas trepadoras y entre medio hay nichos, imágenes de santos venerados especialmente por la Congregación y su fundadora. Todo está coronado por la capilla de San Conrado, que como una madre, vela por el descanso eterno de sus hijas. La nave superior tiene ricos adornos arquitectónicos y un altar destinado a la celebración del santo sacrificio de la Misa, por las almas de las difuntas. Una ancha escalera conduce a la parte subterránea que contiene un altar más sencillo y nichos para sepulturas. Estas son las obras que se realizaron en esta época. El nuevo edificio lateral del convento, se construyó cuando el Sr. Obispo reconoció la urgente necesidad de la ampliación. En otoño de 1863 se bendijo el terreno. Según el plan del constructor de la Catedral, Guldenpfennig, la obra debía terminarse antes del invierno de 1864, de tal manera que en la primavera del año siguiente podría ser habitada. El 20 de julio de 1864, el Sr. Obispo colocó solemnemente la piedra fundamental de la capilla de San Conrado, que es una obra maestra. Se terminó en la primavera de 1866 y el primero de mayo el Excmo. Sr. Obispo la consagró. Ese día bendijo el cementerio y la capillita de San José, que podía servir como capilla ardiente, y la nueva nave lateral del Convento. El relato de las diversas bendiciones, que expresan la profundidad y hermosura del culto católico, aparece detalladamente en la crónica de la Congregación. La solemne consagración de la capilla terminó con una procesión con el Santísimo sacramento por el jardín mientras las Hermanas entonaban sus cantos.

Según las Constituciones que el Santo Padre había aprobado, las Hermanas tenían la obligación de hacer, después de algunos años, un tercer noviciado, con el fin de prepararse debidamente para la solemne emisión de los votos perpetuos. “Por primera vez – nos cuenta la crónica – se realizó este con nuestra venerada Madre Paulina von Mallinckrodt y las Hermanas: Mathilde Kothe, Ana von Eichstädt, Augustine Ficke y Walburga Heggen. El Rvdo., Padre Behrens, Rector e Instructor del tercer año de prueba de los jesuitas en Paderborn, aceptó con benevolencia ser el Director de este “tercer noviciado” de la Madre Paulina y de las cuatro Madres asistentes.” Lo comenzaron el 25 de abril de 1866, fiesta patronal de San José, y lo terminaron el 15 de agosto, día de la Asunción de la Santísima Virgen. Durante algunos meses, libres de toda ocupación, las Hermanas se retiraron a unas habitaciones apartadas, para cuidar la vida interior con mayor perfección, y para los “grandes ejercicios de los 30 días de San Ignacio” fueron a las más solitarias celdas de la capilla de San Conrado: la ermita de San Pablo y la celda de San Meinrado. Todo estaba bien arreglado y este terciado, vivido con tanta seriedad encontró su feliz conclusión en el silencioso recinto de paz que estaba consagrado al recuerdo de las Hermanas fallecidas. La Madre Paulina era un ejemplo luminoso para las demás. “Aunque ella – dice la crónica – tomó

parte en todos los ejercicios, se consideraba en su profunda humildad novicia y no deseaba parecer otra cosa. Para sus Hermanas era durante todo este tiempo una prudente y tierna madre, maestra y conductora.” Ya se acercaba el dichoso día de la gran profesión. “Según el deseo del Excmo. Señor obispo – sigue así la crónica – la emisión de los votos perpetuos tuvo lugar en la capilla de San Conrado, que estaba hermosamente adornada... El Sr. Obispo ofició la Santa Misa. Durante el Evangelio pronunció una emocionante alocución. Sus palabras llegaron al corazón de las cinco felices Hermanas como una última preparación para este importante acontecimiento. Inmediatamente nos dirigimos al altar para ofrecernos a nuestro celestial Esposo para siempre, como agradable holocausto, y pronunciar los Santos Votos Perpetuos ante nuestro Supremo Pastor. El sacrificio se había realizado y, como esperábamos humilde y confiadamente, había sido aceptado por Dios. La alianza se selló en la Santa Comunión.” (el 16 de julio de 1866)

El otoño de 1867 trajo para la Casa Madre, y sobre todo para la Madre General, días de mucho movimiento y grandes fatigas. Para el progreso de la vida espiritual se realizaron en breve tiempo cuatro tandas de ejercicios espirituales en las que participaron casi todas las Hermanas de la Casa Madre y de las filiales. La Madre se empeñó continuamente en hacer estos días agradables y provechosos para sus hijas que acudían de todas partes. Por este exceso de trabajo, se enfermó gravemente en el mes de noviembre. “Este abatimiento de todas sus fuerzas – dice la crónica – y sobre todo el hecho de que ella misma pensaba seriamente en la muerte, nos llenó de aflicción y angustia. Ya había arreglado muchos asuntos, y el futuro de la Congregación lo había confiado a Dios y recomendado cálidamente al paternal cuidado del venerado Sr. Obispo. Con resignación y santa tranquilidad esperaba el fin de su vida, pero toda la Congregación clamaba al cielo pidiendo a Dios que no permitiera que quedáramos huérfanas. Él, en su gran misericordia, nos escuchó, y nos la regaló de nuevo. Se lo agradecemos eternamente.”

Entre tanto la Congregación se extendió más y más. Las filiales de Dortmund, Viersen, Witten, Solingen y Anrath debían ser ampliadas debido al enorme crecimiento del alumnado. En otoño de 1869 la comunidad católica de Unna confió sus escuelas femeninas a las Hermanas de la Caridad Cristiana, y en octubre la Madre llevó a las primeras Hermanas a esta nueva filial. El año siguiente, en 1870, llegó un importante y honroso ofrecimiento de Dresden. Por encargo del Rey Juan y de su cuñada, la Reina María, el Obispo Forwerk se dirigió al Obispo de Paderborn y al Arzobispo de Colonia para informarse a qué Congregación podían recomendar para tomar la dirección de dos establecimientos educacionales en Dresden, que se encontraban bajo la protección de la Reina: el “Josefinen Stift” para formación de niñas y el “Burkersrodaer” de señoritas, para la formación de chicas pobres de la nobleza. Ambos Obispos recomendaron a las Hermanas de la Caridad Cristiana, y así comenzaron las relaciones. La Madre viajó en agosto a Dresden, acompañada por la Hna. Walburga, que estaba destinada a ser la Superiora allí, para realizar las negociaciones. Pronto estaba todo arreglado. La Reina María trató a la Madre Paulina con gran benevolencia y amabilidad. El 17 de octubre llevó la Madre 20 Hermanas a Dresden y más tarde llegaron tres más. Se quedó varias semanas allí para introducir las en su nuevo campo de trabajo, y la Reina María las visitaba frecuentemente ayudándoles amablemente con sus consejos. La actividad de las Hermanas resultó muy benéfica en lo sucesivo.

Al mismo tiempo que las Hermanas comenzaron a trabajar con éxito en Dresden, fracasó un plan grandioso que interesaba vivamente a la Madre y a toda la Congregación. La fama de la capacidad de la Congregación, sobre todo en la instrucción y educación, se extendió cada vez más y ya hacía años que había pasado a la otra orilla del océano Atlántico. El 31 de julio de 1867, el Obispo de Alton, América del Norte, visitó otra vez la Casa Madre. Ya en 1858 él había visitado a

las Hermanas. En esta oportunidad pidió con tanta insistencia que mandaran Hermanas a su diócesis para enseñar y educar a la pobre gente, que la Madre y sus hijas estaban entusiasmadas. Pero la dificultad era la escasez de Hermanas disponibles. La Madre Paulina consultó inmediatamente al Obispo de Paderborn, quien resolvió que el Obispo de Alton debía esperar un año para que se cumpliera su deseo. Él se despidió con el saludo "Hasta la vista en el nuevo mundo". Entre tanto se entabló una viva correspondencia: el establecimiento de la primera casa en América fue confirmada, y se solicitó en Roma el permiso para la fundación en otro continente. Se eligieron 12 Hermanas que debían permanecer todavía en la Casa Madre para realizar su terciado, emitir sus votos perpetuos y estudiar inglés para estar bien preparadas para la enseñanza. La partida de las Hermanas estaba prevista para el siguiente mes de mayo. Inesperadamente llegó a Paderborn la noticia de la muerte repentina del Obispo de Alton, por lo que no era conveniente mandar las Hermanas.

Al mismo tiempo había que resolver otro importante asunto. Aunque hacía pocos años que habían construido la nave lateral de la Casa madre, se notó otra vez penosamente la falta de lugar por el imponente crecimiento de la Congregación en esa época. Hasta ese momento se encontraban allá la administración, el postulante, noviciado, la sala de estudios y una sección para las Hermanas enfermas. Como buen remedio resultó un espléndido edificio en construcción, la actual casa San José, separada del jardín conventual solamente por la carretera de Kassel y la estación ferroviaria. Después de considerarlo detenidamente, la Madre la compró en octubre de 1867, junto con sus jardines contiguos. Cuando el Sr. Obispo hubo consagrado solemnemente la hermosa capilla, nos instalamos allí, en el mes de diciembre del año siguiente. La Madre General introdujo a las nuevas moradoras, más o menos 24 Hermanas. Entre ellas se encontraban las doce Hermanas que habían sido destinadas para América y un buen número de enfermas. Ella misma vivió durante el año 1869 allí para dirigir dos veces el Terceronado, fuera de sus ocupaciones.

Hasta aquí la actividad de la Congregación se había desarrollado con la plena satisfacción de las autoridades eclesiásticas y civiles. Pero en 1869 sucedió la primera molestia, que era un lejano relampaguear antes de una tormenta. Pro la prudencia y energía de la Madre, se terminó el peligro por breve tiempo y todo siguió su curso normal. El gran Ducado de Baden era conocido como campo del liberalismo y allí se provocó un conflicto para las escuelas, y el pensionado en Constanza dirigido por las Hermanas, estaba en peligro de ser suprimido. Pronto resolvió la Madre viajar para Pascua a Berlín para solicitar a la Gran Duquesa de Baden, que tenía su residencia allí, su protección para la casa de Constanza. Aunque le dieron poca esperanza, se atrevió en noviembre del mismo año a acudir con la Hna. Walburga a Carlsruhe para conferenciar sobre este asunto con el Presidente del Ministerio Sr. Jolly. Su presencia personal tuvo éxito y como ya se dijo, las Hermanas pudieron seguir trabajando. Desgraciadamente estos continuos esfuerzos tuvieron como consecuencia la nueva enfermedad de la Madre. Al final del año 1869 tuvo una peligrosa recaída. De nuevo levantó toda la Congregación sus fervorosas súplicas al cielo para pedir la salud de la querida Madre, y Dios las escuchó.

Al final del año 1870, la floreciente Congregación contaba con 20 casas, y más o menos, 300 Hermanas. Fortalecida por la gracia de Dios, estaba en condiciones de afrontar con firme confianza en Él, las violentas luchas que le esperaban en los años siguientes.

CAPITULO V

1870 – 1873

Este no es el lugar: para relatar los grandes acontecimientos históricos que sucedieron en este tiempo y causaron profunda excitación entre la gente. Tampoco deseo describir los detalles del Kulturkampf, que no tardó en desencadenarse con violencia y duró más de 10 años, causando mucho daño a la Iglesia y al Estado. Quiero limitarme a contar lo que las Hermanas de la Caridad Cristiana han sufrido en este tiempo doloroso. Este combate por la existencia de la Iglesia Católica ya estaba decretado y previsto. Cuando el Concilio Vaticano definió el Dogma de la Infalibilidad del Papa, el Gobierno vio en esto, por su obcecación, un eminente peligro para el Estado, imaginándose que la Iglesia Católica quería con esto cambiar su modo de ser. Pero como justamente en estos días estalló la guerra Franco-prusiana, no se pudo realizar este combate. Cuando terminó la guerra y nuestro ejército hubo alcanzado una victoria gloriosa, Guillermo de Prusia fue proclamado Emperador. Los católicos habían merecido, por la heroica fidelidad con que sus hijos lucharon en el campo de batalla, la protección del Estado para su Iglesia y la plena libertad religiosa. Pero no sucedió así. Durante la guerra con Francia, se levantaron siempre más fuertes las voces en los periódicos liberales que requerían, después de la derrota del enemigo exterior, combatir el interior. El "Ultramontanismo" debía ser aniquilado. El lazo que unía a los católicos alemanes con Roma, como su centro de unidad, debía destruirse y por fin levantarse una iglesia nacional. Estos deseos y planes de un partido político provocaron ya en 1859, en Berlín, el conocido asalto a los conventos. Es natural que en este clima sofocante, el pueblo católico estaba muy preocupado por sus intereses religiosos. En otoño de 1870 enviaron hombres a Berlín para proteger a la Iglesia de los amenazantes ataques.

En enero de 1871 se formó la Fracción del Centro de la Dieta Prusiana, y en marzo el Centro de la primera Dieta del Imperio Alemán. Pero, aunque en el programa de ambas Fracciones figuraba como más importante misión la defensa de la "Libertad Eclesiástica" y del Derecho de los Institutos Religiosos según la Constitución, esta defensa fue interpretada como un ataque contra el Gobierno del Estado y la movilización del "Centro", como una abierta declaración de guerra. Con esto comenzó el Kulturkampf que ya estaba antes planeado.

También en la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana se observaron con miedosa tensión los amenazantes signos del tiempo, pero la formación de las "Fracciones del Centro", en las que el hermano de Paulina, Hermann von Mallinckrodt, era uno de los parlamentarios más destacados, despertó su esperanza. La imperturbable confianza en Dios de la Madre General se transmitió también a sus Hijas espirituales. "Nada sucede - dice la Crónica en este tiempo - sin la voluntad de Dios, que en todas sus disposiciones es digno de amor. ¡Y todas las cosas redundan en beneficio de aquellos que lo aman! Este es el consuelo de nuestra querida Madre General y debe ser también el nuestro en todos los acontecimientos de este breve tiempo desde junio de 1871 hasta junio de 1873."- Al principio parecía que esta amenazante tormenta pasaría sin tocar las casas de la Congregación. Con permiso de los respectivos gobiernos, se realizaron trabajos de ampliación en las escuelas de Dortmund y de Solingen, para aumentar el número de aulas. El Presidente Supremo de Westfalia y Renania concedió a las Hermanas el permiso para realizar colectas en beneficio de la casa de Höxter, que necesitaba una ampliación urgente, que resultó muy costosa para la Congregación. A pesar de los tiempos difíciles entraron en la Casa Madre numerosas y muy buenas postulantes, de tal modo que las Hermanas que habían fallecido tenían reemplazantes.

Pero las señales que anunciaron el acercamiento de la tempestad fueron, desde el fin del año

1871, inequívocas y causaron crecientes preocupaciones a las Hermanas. En marzo de 1872 empezó la persecución contra las escuelas. Como primera medida quitaron a los sacerdotes el cargo de inspectores de las escuelas primarias, y lo entregaron, haciendo caso omiso a la confesión religiosa a inspectores estatales con las más amplias facultades. Los Obispos y el pueblo hicieron oír su voz, porque la Iglesia no puede desinteresarse de la educación de la juventud. El Dr. Falk fue nombrado ministro de culto. Junto con Bismarck, dictó las famosas “Leyes de mayo” y la persecución continuó más feroz. En consecuencia, en 1872 fueron expulsados los jesuitas y las Congregaciones similares. El 15 de junio de 1872 el Ministerio ordenó que en el futuro los miembros de Congregaciones religiosas no fueran aceptados en las escuelas públicas, y los contratos, hechos con las autoridades del lugar, fueron anulados.

Asimismo, en Baden y en el reino de Sajonia el movimiento liberal trabajó incansablemente en el mismo sentido y los establecimientos de la Congregación allí corrían gran peligro.

¿Cómo encontramos a Paulina en medio de estas tribulaciones? “Con gran preocupación – dice la crónica – había visto el acercamiento de la tormenta y agotada de dolor notó que nuestra santa Iglesia estaba perseguida, insultada, humillada; la Patria dividida, en manos de gobernantes ennegrecidos por el orgullo; el Instituto, obra suya, y las almas a quienes se había dedicado enteramente, en peligro. Se preguntó: ¿Qué será ahora de nosotras?” Después se relata qué penosa impresión causó el decreto del Ministerio del 15 de junio de 1872 en los lugares donde las escuelas estaban dirigidas por nuestras Hermanas. La gente estaba angustiada. Pero nuestra Madre conservaba su inalterable confianza en Dios y reflexionaba tranquilamente y con precaución cómo podía por lo menos postergar la condena a muerte de sus escuelas. Se ponía con renovado abandono en los brazos del Señor y estaba segura de poder contar con su fuerza divina.

En realidad admirable y ejemplar se nos presenta la Madre en este tiempo difícil. Como una gallina cuidadosa, procura con todas sus fuerzas cobijar bajo sus alas a los que le son confiados, mientras los entrega con ilimitada confianza a la segura protección de Dios. El 12 de abril de 1872 llegó la Hna. Gonzaga, Superiora del establecimiento de Constanza, a Paderborn, para pedir consejo a la Madre Paulina, porque el 2 del mismo mes había salido en Baden la ley que prohibía, en general, la actividad de religiosas en la enseñanza y la permitía solamente en casos particulares. La Madre mandó a la Hermana Mathilde y a la Hna. Gonzaga, el 19 de abril, a Carlsruhe, para solicitar la protección de la Gran Duquesa, que se había mostrado siempre favorable a este instituto. La Gran Duquesa las recibió con la acostumbrada bondad y benevolencia, y las Hermanas regresaron con la noticia tranquilizante, de que la Gran Duquesa les había asegurado su eficaz protección y que por el momento no había nada que temer para la casa de Constanza. Cuando después de algunos meses, el decreto del Ministerio de Prusia amenazaba en primer lugar las casas de Renania, ella decidió visitar a Steele, Anrath, Viersen, Krefeld Solingen. El 24 de junio emprendió su viaje que resultó fecundo en dolor para ella, en consuelo para los demás. La crónica dice: “Las Hermanas se reanimaron, viendo a su Madre fuerte como la mujer del Evangelio, y siguiendo su ejemplo, renovaron su filial confianza en la Divina Providencia, y así fueron capaces de afrontar la lucha inevitable.” El 1° de julio regresó Paulina a Paderborn y apenas estuvo en casa, recibió de Dresden la triste noticia que las Hermanas debían cesar sus actividades en el Instituto Real. El 5 del mismo mes viajó para allá y encontró a las Hermanas y a su noble protectora, la Reina María, en gran aflicción. Hacía tiempo que los dos establecimientos: el Josefinenstift y el Burkersrodaer Instituto para señoritas, eran para los liberales una espina en el ojo. Desde el mes de febrero habían sido motivo de debates en el Parlamento, porque a los liberales les parecía insoportable tener que tolerar religiosas en

Institutos Reales. Pero el Ministro von Gerber las defendió valientemente, diciendo que él mismo había realizado una revisión y encontrado todo en orden. En marzo el gobierno dictó una ley que en uno de sus párrafos excluyó a las religiosas de la enseñanza, pero fue rechazada. En la segunda lectura se suprimió ese párrafo. Cuando en junio salió el decreto contra las Congregaciones dedicadas a la enseñanza, los liberales de Dresden eran incontenibles. En esta situación llegó Paulina y encontró a la Reina María muy preocupada, pero firmemente resuelta a hacer todo lo posible para que las hermanas que ella apreciaba tanto, pudieran continuar en su benéfica actividad. Entonces decidieron que la Reina escribiera una solicitud al emperador, pidiendo que las Hermanas pudieran continuar enseñando en los establecimientos de Prusia. La Madre la quería entregar personalmente en una audiencia al Emperador. Así abrigaba la esperanza de poder salvar las escuelas de Prusia y tal vez también las de Sajonia que seguirían el ejemplo de Prusia. Con esta audaz expectativa regresó el 10 de julio a Paderborn. Allí la esperaba una nueva preocupación. El 18 de julio tuvo lugar la revisión anual del Instituto de Ciegos por parte de la Comisión del Estado. Fue un consuelo para ella, que también esta vez resultó todo satisfactorio y el Presidente de la Comisión, ex ministro von Bodelschwingh, le aseguró emplear toda su influencia para que este instituto quedara confiado a las Hermanas.

Entre tanto llegaron a la Casa Madre nuevos pedidos de socorro. Tres días después de la revisión viajó la Madre a Sigmaringen y Constanza para aconsejar y consolar a las Hermanas. Cuando regresó el 27 de julio, se encontró con la triste noticia de que las religiosas debían salir de las escuelas de Anrath. Recibió este decreto en el momento cuando las Hermanas, alegremente reunidas, la esperaban para almorzar. “Abrió la carta fatal, la leyó en silencio, la dio a una Hermana que estaba a su lado, miró al cielo, se recogió un poco y dijo: “¡Por ahora no diga nada!” Luego se sentó a la mesa, conversó alegremente con todas y recién a la tarde comunicó la noticia a las Hermanas mayores.” (Crónica)

A este primer aviso de despedida siguió un golpe tras otro. El 6 de agosto despidieron a las Hermanas de Solingen y el 12 del mismo mes, de Viersen. Las autoridades locales de estos tres lugares habían pedido con insistencia que dejaran a las religiosas en las escuelas, pero el gobierno rechazó todas las solicitudes y exigió su despedida. La Madre viajó el 29 de agosto a Berlín, acompañada por la Hna. Walburga para dirigirse con la carta de la Reina María al emperador Guillermo. Era la única esperanza que quedaba para alcanzar ayuda humana. En la residencia pidió primero una entrevista con el ministro Falk. Él la recibió con mucha deferencia, declarándose pronto a mantener a las Hermanas en las escuelas, bajo la condición de que abandonasen el hábito religioso. Con firmeza y dignidad, la Madre rechazó el ofrecimiento: ella y sus religiosas no aceptarían concesiones que parecerían infidelidad a su profesión religiosa. Otra visita al ministro del Interior, Conde Eulenburg tampoco tuvo éxito. Recibió a la Madre amablemente y le contó que respetaba y apreciaba mucho a su hermano Hermann, pero agregó que no había ninguna esperanza de atenuar las decisiones del Ministerio de Culto. Entre tanto, la Madre Paulina había entregado el escrito de la Reina María al Mayor de su Majestad, Conde Puckler, pero la audiencia solicitada por la Reina no le fue concedida. Aunque este viaje pareció un fracaso, más tarde tuvo algún éxito. El 31 de octubre de 1871 se publicó un decreto del Ministerio, que debía que el Ministro de Culto tenía poder para avisar a la Superiora que el 1° de septiembre se había presentado personalmente, que no se podían hacer excepciones a favor de las Hermanas en los que había decretado el Ministerio el 15 de junio, o sea, que las religiosas quedaban excluidas de la enseñanza en escuelas públicas. Sin embargo, les sería permitido seguir, según sus Constituciones, con su actividad original de cuidar a los niños pobres, ciegos, abandonados y huérfanos en establecimientos privados y enseñar allí respetando las

prescripciones legales. La seguridad de que por lo menos los institutos privados de las Hermanas estarían asegurados tenía mucho valor, porque los gobiernos no se limitaron a molestar sólo a establecimientos públicos. El 9 de julio, el Ministro de Culto del Gobierno de Düsseldorf, había pedido informaciones para saber cuántos y cuáles eran los institutos privados dirigidos por miembros de Congregaciones religiosas. Cuando Paulina regresó de Berlín tuvo que dirigirse rápidamente a Viersen, donde las Hermanas y las autoridades escolares se hallaban muy excitadas porque habían recibido la orden de expulsarlas de la enseñanza. Todas las protestas de las autoridades escolares del lugar habían sido rechazadas. El gobierno de Düsseldorf les reconoció solamente el derecho de respetar el plazo determinado en el contrato para despedir a las Hermanas. Cuando Paulina hubo considerado el asunto, viajó a Düsseldorf para hablar con el Presidente de Gobierno, von Ende. Aquí encontró por lo menos el pequeño consuelo de que el desalojo de sus Hermanas podía demorar todavía algún tiempo. El Presidente se quejó por la gran preocupación que le causó este asunto, porque todos los Consejos Escolares protestaron por la despedida de las religiosas. Además había que buscar maestras laicas para reemplazarlas. Luego pidió que las Hermanas no salieran antes de que él hubiera encontrado reemplazantes. Aunque esta exigencia era inmodesta en sí, la Madre y sus Hermanas la aceptaron, porque cada demora en la separación de los niños confiados a su cuidado les parecía una ventaja.

La Madre había regresado apenas de Düsseldorf cuando el 5 de septiembre de 1872 le llegó una triste noticia. "Hermann von Mallinckrodt"- relata la Crónica- se había retirado, en in primavera de su puesto de Consejero de Gobierno para hacerse cargo de la estancia señorial de Borchen, cerca de Paderborn. Apenas in familia se había acomodado en esta heredad de sus abuelos, cuando falleció su virtuosa y noble esposa Elisabeth, Baronesa von Bernhardt, el 7 de septiembre, en la flor do la edad, después de una corta y grave enfermedad. Nuestra Madre General encontró gran consuelo en la fortaleza de alma de su excelente hermano. El aceptó la destrucción de su felicidad familiar con perfecto abandono a la voluntad de Dios. Él mismo rezó a su esposa las oraciones de los moribundos y después del fallecimiento buscó fuerza en la frecuente recepción de la Sta. Comunión....Para nuestra querida Madre era él en este tiempo un fiel e inapreciable consejero. Justamente surgió en estos días una amenazante pregunta, que puso en peligro la existencia de la Congregación. Como consecuencia de la ley que ordenó que se expulsara del Imperio a los Jesuitas y todas las Órdenes y Congregaciones similares; fueron todas sometidas a una severa revisión para investigar si había algún parentesco con ellos. El 16 de agosto de 1872, por disposición del Gobierno de Minden, se enviaron también a las Hermanas de la Caridad Cristiana, preguntas muy capciosas. Como el término "parentesco" es muy flexible y los sentimientos del Gobierno eran hostiles, había que temer lo peor, porque en realidad hay entre todas las Órdenes cierto parentesco espiritual por los votos, pero seguramente no habían pensado en esto. Paulina contestó, que sus Estatutos fueron aprobados por el Estado y que su Congregación no tenía relaciones orgánicas ni con los Jesuitas ni con otras Órdenes y estaba únicamente bajo la jurisdicción del Obispo de su diócesis. Con esto estaba todo dicho y, por prudencia, no contestó las otras preguntas. No la molestaron más, de manera que este asunto estaba terminado.

Entre tanto aumentaron los avisos de despedida referentes a las escuelas y asilos, a pesar de todas las protestas del pueblo y de los Consejos Escolares. El 6 de septiembre de 1872 comunicaran a las Hermanas de Höxter, que debían salir de ahí a más tardar el 1° de abril del año siguiente. Ni siquiera respetaron el plazo del contrato. Al orfanato en Steele el triste aviso llegó el 10 de septiembre. La Madre Paulina intervino y logró del Presidente de Gobierno, von Ende, que se hiciera una revisión en este asilo, que dio óptimo resultado. Entonces permitieron

a las Hermanas seguir provisionalmente y con ciertas limitaciones.- Al final del año, en noviembre y diciembre, llegaron las órdenes de cierre para las escuelas de Soest y Unna.

La ola destructora, que en 1872 se volcó sobre los establecimientos florecientes de la Congregación en Prusia, había terminado, La Fracción del Centro del Parlamento intentó, enseguida después de la apertura del Congreso, oponerse a la apasionada corriente. El 16 de noviembre, Hermann von Mallinckrodt presentó la declaración, de que el Decreto del Ministerio de Culto del 15 de junio, que trataba de la exclusión de la enseñanza en escuelas públicas de los miembros de Congregaciones religiosas, no era compatible con el artículo 4° de la Constitución. En la sesión del 28 de noviembre Mallinckrodt explicó con irrefutable claridad que el Ministro, según el artículo 4° de la Constitución, no tenía derecho a excluir de la enseñanza en escuelas públicas a una categoría de personas que habían hecho sus exámenes como lo prescribía la ley y que ya habían mostrado su capacidad. Pero la pasión del partido era tan horrenda, que era imposible convencerlos de que su proceder era ilícito, no quisieron escuchar a los otros parlamentarios del "Centro". La gran mayoría votó para pasar a la orden del día.

El Ministro Falk observó, en contra del discurso pronunciado por Hermann von Mallinckrodt, que una renombrada religiosa no había aceptado dejar la Congregación, renunciando al hábito religioso podía haber salvado sus establecimientos, pero ella rechazó este ofrecimiento con palabras serias. Mallinckrodt contestó: "Yo también tengo conocimiento de un caso especial – y creo, que es el mismo al que se refiere el Sr. Ministro. Le he dado la razón si rehusó con noble orgullo semejante propuesta."

En Prusia ya no existía ninguna esperanza, pero también en Baden y Sajonia trabajaban los liberales contra los religiosos. El 3 de noviembre llegó de la Superiora de Constanza, Hermana Gonzaga, la triste noticia de que el Instituto había sido condenado a muerte. A causa de un Decreto del Ministerio Gran ducal, le habían comunicado que las Hermanas, según la ley del 2 de abril de 1872m debían cesar con la enseñanza en el plazo de cuatro semanas. El 4 de noviembre llegó la Hermana Gonzaga muy afligida a la Casa Madre, pero abrigaba la esperanza de que la ley de Baden contuviera alguna cláusula que atribuía al gobierno del estado el poder de hacer una excepción para algunas personas. También Paulina quiso hacer un último intento y envió a las Hermanas Gonzaga y Mathilde a Carlsruhe. La Gran Duquesa las recibió con la misma benevolencia de siempre, pero esta vez declaró que muy a pesar suyo, no podía ayudarlas. Una audiencia con el Presidente del Ministerio tampoco tuvo éxito. Consiguieron sin embargo, que en lugar de tener que despedirse a las cuatro semanas, les alargaran el plazo hasta la Pascua. Por lo menos tenían algún tiempo para preparar con tranquilidad algo para el futuro. La noticia de que las Hermanas debían irse, provocó sentimientos dolorosos en los católicos de Constanza y esto consolaba a las religiosas. Por la inteligencia y los esfuerzos de la Hna. Gonzaga, encontraron un nuevo hogar en el cercano Principado de Lichtenstein. Por encargo de la Madre General, la Hna. Gonzaga viajó a Viena, donde se encontraba el joven príncipe, y por medio de su fiel amigo y consejero, el conde de Westfalen, resolvió poner a disposición de la Congregación su castillo de Gutenberg, cerca de Balzers. Además se presentó una ocasión para vender favorablemente la casa de Constanza a una dama que apreciaba mucho a la Congregación.

En noviembre del mismo año recibió la Madre Paulina otra noticia dolorosa: la disolución de la comunidad de Dresden. El rey mismo, después de una larga lucha y por el consejo de sus ministros, se creía obligado a aprobar la expulsión de las Hermanas respetando el plazo del contrato. La reina María se dirigió el 17 de noviembre al Josefinen Stift y con lágrimas en los ojos, contó a las religiosas que todos los esfuerzos por salvarlas habían resultado infructuosos, de tal manera que no había otro remedio que someterse a la decisión del rey.

Antes del fin de 1872 se cerraron también las dos filiales de la Congregación que no estaban en Prusia.

Las enormes pérdidas y dificultades que se produjeron por la disolución de tantas casas florecientes de la Congregación y las noticias fatales que llegaron una tras otra y amenazaban destruir toda su benéfica obra, llenaron el corazón de Paulina de profundo dolor, pero no lograron quebrantar su fe y confianza en Dios. Ella supo dar al Señor esta prueba de amor y de fe verdaderamente heroicas. Ahora reflexionaba tranquilamente cómo podía salvar la situación y ofrecer un hogar a las Hermanas que regresaban de las filiales cerradas. Al principio del año 1873 esperaba ya a 40 y en la Casa Madre no había lugar suficiente. Como los Jesuitas tenían que emigrar ya en noviembre de 1872, se comunicó con ellos y alquiló su antiguo convento para albergar en él a todas sus hijas que la Casa Madre no podía contener. Las Hermanas abandonaron los lugares de su benéfica actividad acompañadas por los piadosos deseos y las lágrimas de miles de personas que habían hecho lo imposible para que se quedasen.

Más que por estas dificultades domésticas, Paulina se preocupaba por el futuro de su amada Congregación. ¿Cómo, dónde podía encontrar un nuevo campo de trabajo? La Patria ingrata se lo negaba. Por la Providencia de Dios, su mirada se dirigía hacia el otro lado del océano. Desde las dos Américas habían pedido ya muchas veces Hermanas para las escuelas. Ahora podía acceder a los pedidos insistentes que venían desde Estados Unidos, Colombia y Chile. Allí recogerían sus Hijas una cosecha abundante y vigorosa para los graneros del Cielo. En agosto llegaron pedidos de religiosas, uno de Colombia y otro de Nueva Orleans, y aunque ninguno de los dos se concretaron, prepararon el camino para llegar a la meta. El profesor von Fricken, de Arnsberg, recibió del Gobierno de Colombia el encargo de dirigir allí una Escuela Normal según el modelo alemán. Por eso se dirigió a la Madre Paulina para pedirle las profesoras necesarias. La Madre mostró vivo interés y se entrevistó con el Sr. von Fricken para arreglar el asunto. Ella tuvo que viajar a Berlín y aprovechó esta ocasión para conversar con el Cónsul-General de Colombia, Sr. Santamaría. Él se declaró dispuesto a conseguir la aceptación de las Hermanas bajo favorables condiciones y le aconsejó que enviara primero algunas Hermanas a la Capital Santa Fe de Bogotá para encargarse allí de uno o dos orfanatos. Como pronto regresaría a Colombia, haría con gusto todo lo posible para ayudarles a ser bien aceptadas y aliviarles también las incomodidades del viaje. Al mismo tiempo se ofreció a realizar en nombre de la República un Contrato con la Congregación que ofrecía deseables garantías. La Madre, después de haberse informado bien en otras partes, resolvió aceptar la empresa. Ya había elegido a la Hna. Gonzaga como Superiora para Colombia. Además proyectó el contrato con la República y lo despachó. Pero resultó que el Cónsul ya había abandonado Berlín y este plan fracasó por un acontecimiento político. En la primavera del año siguiente, la esposa del Cónsul-General avisó, que a causa de una revolución, Colombia había sufrido un cambio de gobierno y las nuevas autoridades preferían profesoras francesas para sus establecimientos. Con esto terminó este asunto.- Algo semejante sucedió con la invitación a Nueva Orleans. El Sr. Párroco Kögerl se dirigió a la Madre Paulina en agosto de 1872, pidiendo 7 Hermanas para sus escuelas y manifestó el deseo de que compraran por 10.000 táleros un terreno cercano a su iglesia. La Madre estaba dispuesta a mandar a las Hermanas, pero sin comprar el campo, y propuso que tal vez sería posible alquilarles una habitación cerca de su parroquia. En marzo de 1873 llegó una carta del Sr. Párroco Kögerl con la noticia de que había contratado con otra Congregación que compraría el terreno. Esta carta contenía otro escrito del Párroco Bogaerts de la comunidad de San Enrique de Nueva Orleans. Él pidió que le enviara urgentemente religiosas para su escuela parroquial y agregó que podían alquilar su nueva casa y disponer de ella. Este

ofrecimiento era un consuelo para la Madre y después de examinar el asunto, aceptó y lo comunicó al Señor Párroco. Luego eligió para este primer establecimiento en América, Hermanas que regresarían pronto de Soest y Unna. Al averiguar en Bremen las ocasiones de viajar, le notificaron que el último buque del “Lloyd del Norte Alemán” hacia Nueva Orleans zarparía el 9 de abril. Hasta entonces faltaban pocas semanas. La Madre decidió aceptar esta fecha. En la Casa Madre se produjo un verdadero revoltijo, todas trabajaron incansablemente para hacer los preparativos. El 31 de marzo llegaron las Hermanas de Soest y Unna profundamente conmovidas por tantas muestras de amor, que se les partía el alma. La Hermana Stefania, que estaba destinada a ser la Superiora de la filial en Nueva Orleans, enfermó de tal manera que no se podía pensar en un viaje por mar. Con eso no sólo había que elegir una nueva Superiora, sino que era necesario cambiar todo el conjunto de Hermanas. Sucedió entonces que varias Hermanas se estaban despidiendo de sus parientes y a su regreso supieron que no viajarían. Otras apenas tenían tiempo de decirles un breve adiós. “El Señor les había contratado en la última hora”. “Entre esfuerzos y contrariedades, llegó el 7 de abril, día de despedida de la querida Casa Madre.” (Crónica)

La Madre General y la Hna. Mathilde acompañaron a las primeras misioneras hasta Bremen. “Era el lunes de la Semana Santa – nos relata la crónica – y el miércoles debía zarpar el vapor. Cuando el ferrocarril, que llevaba a las viajeras a Bremen pasaba velozmente delante de nuestras casas, muchas Hermanas estaban junto al portón ondeando sus blancos pañuelos. El miércoles a la tarde recibimos por correo el último saludo del suelo europeo y a la mañana siguiente regresaron la Madre y las Hna. Mathilde. Ansiosas esperamos las primeras noticias de nuestras viajeras, estas vinieron de “Le Havre”, donde el barco “Frankfurt” había parado para embarcar a otros pasajeros. Nuestras Hermanas aprovecharon la ocasión para visitar al querido Salvador en la iglesia, ya que era viernes santo. Se sentían más o menos bien y estaban conformes con la voluntad de Dios.”

El 1º de mayo desembarcaron felizmente en Nueva Orleans. El Sr. Párroco Bogaerts las recibió muy amablemente en el puerto. A la mañana siguiente fueron calurosamente acogidas por todos los católicos y llevadas en procesión a la iglesia de San Enrique para cantar un solemne “Te Deum” a Aquel que tan sabiamente transformaba en bien el mal que se les había querido hacer. Entre tanto maduraba en la Madre la resolución de realizar un viaje al nuevo mundo para darse cuenta personalmente del ambiente y de las posibilidades de vida y de trabajo.

Al principio del año 1873 la Madre recibió el pequeño consuelo de que la Congregación podía encargarse, con permiso del gobierno, del nuevo “Hospital San Lorenzo” en Anrath. Pero el apasionante ímpetu con que habían luchado contra la Iglesia, cuando habían proyectado las leyes de mayo, no dejaron duda de que su actividad, sobre todo en la enseñanza, quedaba por mucho tiempo obstaculizada. El Ministro Falk había declarado francamente que la finalidad de estas leyes era, reconquistar al clero católico para la nación por medio de una educación nacional, porque por su formación interior y se dependencia de poderes extranjeros, era ajeno a los intereses nacionales. La Madre recibió también una carta del Sr. Párroco Nagel de Wilkesbarre, en el Estado de Pennsylvania, diócesis de Scranton. Él pidió con insistencia que le enviar a Hermanas para sus escuelas y agregó que el Obispo de Scranton se interesaba vivamente por la Congregación y deseaba que edificaran en su diócesis una Casa Madre Provincial. Entonces, después de una larga espera, el Obispo Conrado le dio permiso para viajar a los Estados Unidos.

Antes de emprender su viaje había que arreglar apresuradamente muchos asuntos interiores y

exteriores. En febrero y marzo ya había tomado personalmente las disposiciones necesarias en Viersen y Constanza. Entonces fue a Dresden para preparar allá la disolución del establecimiento. El 22 volvió y arregló solícitamente todo para recibir maternalmente a las Hermanas que regresarían el 30 de abril de Viersen.

“Es necesario – relata la crónica – recordar especialmente, que la Madre se desvivía para recibir a sus hijas expulsadas de su campo de trabajo. Las consolaba, las estrechaba contra su corazón, para que olvidaran la dolorosa despedida.”

Hicieron una emocionante despedida a todas las religiosas. No solamente los niños, sino también todo el pueblo católico, participaban también las autoridades escolares y el Burgomaestre. Las damas de Viersen obsequiaron un hermoso recuerdo y el dinero para el viaje. El Sr. Arzobispo Pablo Melchers, envió un escrito a la Superiora, Hna. Filomena, agradeciendo cordialmente todo el bien que las Hermanas habían hecho en su diócesis. La Madre envió a las Hermanas que regresaron, como ayudantes a otras filiales o al antiguo convento de los jesuitas, al que pusieron el nombre de “Casa de la Providencia”. Como reemplazante para el tiempo de su ausencia, la Madre eligió a la Hna. Mathilde.

La Hna. Gonzaga acompañó a la Madre Paulina en el viaje, pues la quería nombrar Superiora Provincial para las nuevas fundaciones en Estados Unidos. Después de haberse procurado cartas de recomendación para los conventos de allá, resolvió emprender el viaje el 24 de mayo. Dos días antes quería llegar a Bremen. Dice la crónica: “Era la fiesta de la Ascensión de Cristo. La tarde anterior nos reunión a todas en la capilla de la Casa Madre para darnos cordialmente sus últimas recomendaciones. Luego se despidió de cada una y dijo: “Abrigo la firme esperanza de volver pronto. Al día siguiente algunas Hermanas recibieron permiso para acompañarla a la estación ferroviaria, donde se encontraban también sus parientes, entre ellos su hermano Hermann con sus hijos. Las demás Hermanas y los niños ciegos le enviaron el último saludo desde la entrada del jardín cuando el tren pasó con toda velocidad. ¿Quién puede contar las oraciones y bendiciones que enviaron desde lejos a su amada Madre? El sábado 24 de mayo, salió el vapor “Hermann” del puerto. La Iglesia celebraba el día de la fiesta de “María, auxilio de los cristianos.” Ella ha sido verdaderamente nuestra ayuda y ha protegido a nuestra Madre General en todos los peligros. Ella regresó el 15 de agosto, cuando la Iglesia festejaba la Asunción de María a los cielos. ¡Estamos muy agradecidas al buen Dios por su gran misericordia y sus incalculables beneficios!”

CAPÍTULO VI

Primer viaje de la Madre Paulina a América. Desde la Ascensión de Cristo, 22 de mayo, hasta la Asunción de María, 15 de agosto de 1873.

I - De Bremen a Nueva York

Es una lástima que los límites de esta biografía no permiten seguir a la Madre paso a paso en el interesante diario de viaje, escrito por la Hna. Gonzaga. A la tarde del 22 de mayo de 1873 nuestras viajeras llegaron a Bremen. A la mañana del 23 escucharon una Santa Misa y comulgaron para fortalecerse, pues durante el viaje debían renunciar a muchos consuelos espirituales acostumbrados. Luego se despidieron del Sr. Párroco y arreglaron algunos negocios necesarios. A las 11 tomaron el tren expreso y arreglaron algunos negocios necesarios. A las 11 tomaron el tren expreso que las llevaba al puerto de Bremen donde se embarcaron en el "Hermann", un vapor grande de la empresa "Lloyd del Norte Alemán". El capitán Reissmann las recibió con solícita amabilidad. Les asignaron una cabina grande en el medio del barco y en el comedor los primeros lugares al lado del capitán. No había muchos pasajeros a bordo: en el entrepuente más o menos 500; en segunda clase 60 y en primera clase 20. A las 15.45 el Hermann levó anclas. Durante las primeras horas, nuestras viajeras viajaron en la cubierta, abismadas en sus oraciones y mirando la costa de la Patria que se desvanecía poco a poco en la neblina. A las 17 la campana llamó para la cena, y como no estaban acostumbradas a viajar por mar, sufrieron fuertes mareos y volvieron a cubierta. Este malestar les molestó casi continuamente durante la larga navegación. Participaron, sin embargo, de la vida a bordo. No había ningún sacerdote en el vapor; ni los domingos ni en las fiestas, había algún culto divino. Además había durante todo el viaje una sola parada en la que podían salir para satisfacer sus deseos de visitar una iglesia. El 26, a las 6 de la mañana, el barco hizo escala en Southampton para embarcar a los pasajeros ingleses. Las Hermanas salieron a la tarde y encontraron una iglesia católica donde rezaron delante del tabernáculo y a la mañana siguiente asistieron a la Santa Misa y comulgaron. Después visitaron al Dr. Párroco que les mostró sus escuelas parroquiales. Con nuevo ánimo regresaron al vapor que reanudó su marcha a las 15. Salieron del Canal y entraron en el mar, que estaba continuamente agitado, y durante dos días y noches hubo una fuerte tormenta. Raras veces estaban sin mareos. Si el tiempo lo permitía, se sentaban durante el día en la cubierta admirando con mucho interés el mar con sus potentes olas, las gaviotas que volaban alrededor del barco y los otros vapores y barcos de vela. Aquí rezaban, leían la vida de Santa Paula y estudiaban inglés. Allí les servían también amablemente las comidas, pues los fuertes mareos les impedían tomarlas en el salón. Tampoco faltaban las agitaciones. "En la segunda noche después de haber salido de Southampton – escribe la Hermana Gonzaga – me du cuenta que la máquina no trabajaba y el vapor no se movía. Escuche un rato, oía caer algo de agua, quería levantarme, pero el buque siguió adelante otra vez. A la mañana siguiente nos contaron que una señora de 46 años de edad había fallecido a causa de un mal de estómago y en la noche la sepultaron en el mar. La señora era del sur de Alemania y quería ir con su hija a América para vivir allí con su hijo. Nuestra Madre General tenía íntima compasión con la pobre niña que había perdido a su madre y se encontraba tan sola entre tanta gente extraña. Enseguida habló con el capitán y supo que este amable señor cuidaba muy bien a la niña. La Madre se ofreció a llevarla consigo a las Hermanas Franciscanas, si a la llegada a Nueva York el hermano no se encontrara. Felizmente estuvo él en el puerto y recibió a su hermana sin la madre."

En otra parte se cuenta: “Nos encontramos diariamente con otros barcos, sobre todo cerca de las costas. Conté a veces más de veinte. Cuando nos hallábamos a una distancia de 600 millas inglesas de la costa de Nueva Foundland, se acercó un buque de vela que había perdido su rumbo. Toda la tripulación estaba completamente desorientada. Su capitán preguntó con signos en qué grado de longitud y latitud se encontraban. Nuestros oficiales tuvieron viva compasión y escribieron la respuesta con tiza en grandes letras sobre un madero negro, y lo alzaron. Los marineros lo entendieron y en agradecimiento nos saludaron tres veces con sus banderas. Por la tormenta se habían desviado de su curso más de 300 millas marítimas. Nuestra buena Madre, que había seguido este suceso con vivo interés, me dijo con lágrimas en los ojos y voz temblorosa: “¡Oh, qué hermoso es el amor para con el prójimo!”

Después de un viaje de 15 días, en la mañana del sábado 7 de junio, el “Hermann” llegó a Nueva York. El grandioso puerto con incontables barcos y la vista de la inmensa ciudad mundial. “la Reina del Mar”, interesaba mucho a nuestras viajeras. Y ahora damos la palabra a la Hna. Gonzaga: “Había tanto brillo y vida que cegaba los ojos. Lentamente y majestuoso entró nuestro vapor en el ancho Hudson ostentando sus banderas, en primero lugar la alemana y el escudo de Bremen. Los barcos pequeños se apartaron rápidamente del nuestro dejándonos el camino libre. Así llegamos al suburbio Hoboken, al desembarcadero de los vapores del “Lloyd del Norte Alemana”. Cuando nuestro “Hermann” atracó, había otro transatlántico de la misma empresa que estaba listo para regresar a Bremen. Nos saludó tocando música e izando todas sus banderas. En la ribera esperaba una multitud de gente para recibir a sus parientes o conocidos. Para nosotras no había nadie y no conocimos a nadie. Con ferverosos sentimientos de alegría, de agradecimiento, pero también de dolor miramos todo. ¿Encontrarían aquí, en el país de la libertad, un asilo nuestras pobres Hermanas expulsadas? ¿Las dejarían trabajar fielmente para el buen Dios sin molestarlas? Sólo Él lo sabe, y en sus manos paternales hemos puesto nuestro destino.”

II – En Nueva York, Wilkesbarre, Scranton

Después de haber desembarcado nos dirigimos, acompañadas por nuestra amable camarera, a la aduana donde revisaron nuestro equipaje. Luego fuimos a la ciudad de Hoboken y preguntamos por el “Hospital Santa María”, de las Hermanas Franciscanas, en cuyo convento debíamos hospedarnos. Averiguamos el camino y pronto lo encontramos. Una Hermana nos abrió la puerta y nos recibió con sencillo afecto. Nos contó que la Madre Superiora y otra Hermana habían ido al puerto para recibirnos. La Superiora General, Madre Francisca de Aquisgrán, la antigua amiga de Paulina, les había escrito y recomendado que nos trataran con el mayor cariño. Nos habían preparado una confortable pieza y nos procuraron toda clase de atenciones y cuidados. Nos sentimos como en nuestro hogar. La Superiora de la casa, Hermana Inocencia, nos asistía con sus consejos y nos acompañaba en nuestras salidas. Generalmente nos facilitaba el coche del hospital San Francisco en Nueva York, que pertenecía a la misma Congregación; pues en las calles había tanto movimiento que para religiosas era casi imposible transitarlas. Para las Hermanas era un gran sacrificio de prestarnos coche y caballo, pues ellas también lo necesitaban. Nosotras rezamos al buen Dios para que recompensara a las buenas Hermanas franciscanas toda su caridad para con nosotras. Cuando estuvimos en el Hospital San Francisco para usar nuevamente su coche, vino un bienhechor y les obsequió un precioso caballo. Algo parecido sucedió en el Hospital de Hoboken. Como la Madre Paulina sufrió todavía las consecuencias del viaje y tuvo fiebre y sed, las Hermanas le prodigaban siempre buena leche.

Pero como allá era difícil conseguirla, la Madre estaba preocupada pensando que por ella las buenas Hermanas debían privarse del alimento. Pero el buen Dios les recompensó su generosidad y les regalaron una vaca que daba mucha leche. En los dos casos nos alegramos mucho y dimos gracias a Dios.

Las Damas del Sagrado Corazón nos habían mandado una lista con nombres y direcciones de sus casas en América, asegurándonos que en todas sus filiales encontraríamos una cordial acogida. En Nueva York, Manhattanville, poseían un gran pensionado, trescientas señoritas de la sociedad se educaban allí. Una de las Damas, Madre Baden, era una antigua amiga de la Madre Paulina, por eso la visitamos una tarde y además reñíamos interés de conocer el establecimiento. El grandioso pensionado con sus prácticas instalaciones, nos gustó mucho. Emocionante fue la alegría de Madame Baden al ver a nuestra Madre General. También la Superiora y las otras Damas nos trataron con mucha amabilidad. Hicimos además una visita al Sr. Párroco Kessler, pariente de nuestra querida Hna. María. Tuvimos que cruzar el famoso Parque Central, que con sus hermosos jardines y lagos es el orgullo de Nueva York. En todas partes había una aglomeración de coches, caballos y hombres de todas las razas y naciones. Sobre el Broadway, calle principal y de numerosos negocios, hay a veces peligro de muerte al transitarla. En todas partes actuaba la policía para mantener el orden. A veces teníamos que esperar un buen rato para poder pasar de un lado a otro. Cuando nos habíamos restablecido durante algunos días en Nueva York, nuestra Madre resolvió viajar primero a Wilkesbarre, en Pennsylvania, donde el Sr. Párroco Nagel, de Westfalia, deseaba introducir a nuestras Hermanas en sus escuelas parroquiales. Le avisamos y tomamos el tren que nos llevaba en siete horas por paisajes muy pintorescos a Wilkesbarre, al Susquehanna. El Valle del Susquehanna es uno de los más famosos de América del Norte, conocido con el nombre de Wyoming Valley. Por su belleza es durante el verano, un lugar de turismo. Hacía tiempo que admirábamos esta hermosa región y deseábamos que allí estuviera Wilkesbarre, cuando paró el ferrocarril y el cobrador gritó: "Wilkesbarre!" Al llegar vimos salir de todas partes niñas y niños vestidos de blanco. En el primer momento creíamos que habían venido para realizar alguna excursión, pero al bajar del tren, nos dimos cuenta que todo aquel pequeño mundo estaba de fiesta por nuestra llegada. El Sr. Párroco Nagel nos saludó amablemente y nos presentó al Sr. maestro y a las dos maestras, sus hijas. Los niños formaron dos filas y nosotras subimos al coche. Sonriendo aceptamos este homenaje y nos pusimos a la cabeza del cortejo que nos acompañó hasta la iglesia. Los niños nos miraron encantados y el Párroco, Monseñor Nagel, que os había llamado con tanta insistencia, se sentía feliz. En la parroquia nos arrodillamos y pedimos la bendición de Dios para nuestra empresa. Después de haber saludado a los niños nos dirigimos a la casa parroquial, donde nos habían preparado las habitaciones. A la mañana siguiente, después de la Santa Misa, visitamos la escuela y a los niños allí reunidos. El edificio era nuevo, hecho con ladrillos y tenía tres pisos. En cada piso había dos clases espaciales y en el piso superior había un local grande para reuniones. Era una escuela mixta de tres clases. El buen maestro enseñaba y por falta de maestros competentes había tomado a sus dos hijas de 16 y 18 años, como ayudantes. Todo nos gustó. Después de haber arreglado todo con el Sr. Párroco, la Madre aceptó y prometió enviar Hermanas para tres clases elementales y para una escuela superior que se abriría para señoritas. Al día siguiente, domingo, el Párroco anunció a sus feligreses que las Hermanas de la Caridad Cristiana se encargarían de las escuelas parroquiales y fundarían una escuela superior para señoritas. Luego pidió que todos los que querían ser instruidos por las Hermanas, se reunieran en la tarde, después de Vísperas, en el local de la escuela. A la tarde fuimos con el Sr. Párroco y encontramos 300 niños para las clases elementales y 50 niñas de 13 a 16 años para la enseñanza

superior. Con este resultado nos contentamos. El Sr. Párroco nos mostró otro edificio que por ahora debía servir para la escuela superior. Era de madera. En América había muchas casas e iglesias de madera, pero tan bien arregladas que parecían de otro material.

Cuando hubimos arreglado todo, el Sr. Párroco nos invitó a viajar con él a la ciudad de Scranton para pedir al Excmo. Señor Obispo, William O'Hara, la bendición para nuestra obra. Además nos llevó al Sr. Párroco Schelle, su pariente, que deseaba también Hermanas. De Wilkesbarre a Scranton e llega fácilmente, viajando una hora en ferrocarril. En la estación nos esperaba el Sr. Párroco Schelle con su coche y nos condujo directamente al Sr. Obispo, quien nos recibió paternalmente y manifestó el deseo de ver dirigidas por nuestras Hermanas, todas las escuelas alemanas de su diócesis. También aprobó cordialmente el proyecto de abrir en su diócesis una Casa Provincial y tranquilizó a la Madre con estas palabras: "Venid, aquí, vosotras seréis mis hijas y yo seré vuestro padre." Luego nos mostró la Catedral y nos despedimos. Después visitamos a las Hermanas del Sagrado Corazón de María que eran de Irlanda como el Sr. Obispo. Estas Hermanas nos gustaron mucho. Vestían hábito azul con escapulario y era de la Casa Madre de Filadelfia. En Scranton dirigían varias clases escolares y tenían algunas pensionistas. Permanecimos dos días en casa del Sr. Párroco Schelle y allí hicimos el contrato con el Sr. Párroco Nagel. Según el deseo del Párroco Schelle, visitamos allí a algunas enfermas, que quedaron muy consoladoras con las amables palabras de nuestra Madre.

Como las negociaciones estaban terminadas, volvimos a Nueva York y nos hospedamos en el Hospital San Francisco que era grade y tenía un ascensor. Para llevar la Santa Comunión a los enfermos, lo adornaban con alfombras. Entonces subía el sacerdote acompañado por dos Hermanas con velas encendidas. La Santa Misa se celebró devotamente en la hermosa capilla. Hicimos una última visita desde Nueva York al Sr. Párroco Stumpe. El vivía en los alrededores, en la ciudad de Melrose había pedido Hermanas para sus escuelas parroquiales. Era un sacerdote alemán muy fervoroso. Viajamos en tranvía de tracción animal hasta la calle 110 y después seguimos caminando. Melrose nos gustó mucho. La iglesia era de madera, y el interior estaba muy bien adornado. La escuela, un edificio nuevo de tres pisos, poseía ocho clases grandes y en el último había un local amplio para exámenes y reuniones. La casita prevista para las Hermanas era de madera y alcanzaba para las primeras necesidades. El Sr. Párroco Stumpe pensaba construir primero una iglesia de ladrillos, y luego edificar al lado de la escuela una nueva espaciosa habitación para las Hermanas. El terreno ya estaba comprado. La educación de los varones debía ser confiada a los Hermanos escolásticos, cuyo convento se levantaría en el lado opuesto de la escuela. Nuestra Madre General mostró al Sr. Párroco las condiciones bajo las cuales había aceptado la escuela parroquial en Wilkesbarre, y él estuvo de acuerdo con lo mismo. Por el momento había que enviar sólo dos maestras y una Hermana para el cuidado de la casa. Más tarde se abriría una escuela superior. Con esto quedó arreglado todo el asunto en Melrose. Faltaba únicamente el permiso del Sr. Arzobispo, John Mc. Closkey, de Nueva York. Decían que era muy severo y no quería nuevos establecimientos de Congregaciones extranjeras. Permitía solamente las ya existentes. Nuestra Madre resolvió aceptar la decisión del Sr. Arzobispo como la voluntad de Dios. A la mañana siguiente fuimos, acompañadas por la Superiora del Hospital San Francisco, Hna. Desideria, al palacio episcopal. La Madre Paulina conversaba con él en francés y le mostró nuestros documentos, la carta de recomendación del Sr. Obispo de Paderborn y un ejemplar de nuestras Constituciones aprobadas por el Santo Padre Pío IX. El Sr. Arzobispo fue muy bondadoso con nuestra Madre y le dio gustosamente permiso para fundar casas en su arquidiócesis con tal de encontrar lo suficiente para poder vivir. Con la gracia de Dios estaba todo felizmente arreglado.

En estos días se ofreció otra ocasión para fundar una filial. La Superiora Provincial de las Hermanas Franciscanas, Hna Cinvencia, que había venido al Hospital San Francisco para hacer Ejercicios Espirituales, contó a nuestra Madre, que dos años atrás le habían ofrecido tomar la dirección del gran “orfanato alemán de San Luis” en Cincinatti. Ellas no aceptaron porque según sus Reglas no podían encargarse de orfanatos. Nos aconsejó dirigirnos al Sr. Többe de Bovington, que estaría en Filadelfia y que era muy amable. Para visitar a nuestras Hermanas en Nueva Orleans, debíamos pasar por Filadelfia y la Madre resolvió preguntar allá por este orfanato y después dejar todo en las manos de Dios.

Antes de salir de Nueva York hicimos todavía dos visitas importantes. Primero fuimos al rector de los Redentoristas, Padre Writh, que nos recibió muy amablemente y nos mostró sus escuelas parroquiales, dirigidas por las Hermanas de Notre Dame. Nos condujo también personalmente a su gran orfanato, en el que trabajaban las mismas Hermanas. Luego visitamos al anterior Rector de los jesuitas de Paderborn, Padre Beherens, que ahora era Padre Provincial en Buffalo. Nos alegramos mucho de verlo otra vez y él nos contó muchas cosas interesantes e importantes sobre la vida en América.”

III Filadelfia, Baltimore, Washington, Cincinatti.

“Agradecidas por los buenos éxitos partimos de Nueva York donde habíamos permanecido diez días. Viajamos cuatro horas en ferrocarril y llegamos a Filadelfia. Allá nos hicimos conducir hasta el Sr. Párroco de la comunidad San Bonifacio para pedirle informes respecto al orfanato de Cincinatti, según el consejo recibido del Sr. Párroco Nagel. Como él estuvo ausente, su hermano llamó a su Capellán que al ver a la Madre exclamó: “¿Ud. no es la Srta. von Mallinckrodt? Ud. ha sido mi bienhechora, me ha facilitado mis estudios”. Cuando le contamos que habíamos venido para hablar con el Sr. Obispo Többe de Covington, él respondió: “El Excmo. Señor se encuentra justamente en esta casa, lo llamaré enseguida. Después de unos momentos entró el Sr. Obispo y nos saludó muy amablemente. Nos contó que una comunidad de más de dos mil alemanes mantenía el orfanato, y que un comité de laicos arreglaba los asuntos exteriores, pero que para tomar decisiones importantes se necesitaba el consentimiento de la mayoría de los integrantes de la comisión y que la opinión del Arzobispo era valiosa pero no decisiva. Justamente en el último tiempo habían pensado entregarlo tal vez a una Congregación religiosa, pero después de muchas discusiones resultó que la mayoría estaba en contra. Nos sugirió que haríamos una obra buena si tomáramos esta casa, porque en casi todos los establecimientos laicos se descuidaba la educación religiosa. Así estuvimos bien informadas respecto al orfanato y entre tanto regresó el Sr. Párroco y nos dio amablemente la bienvenida. Su hermana nos preparó los cuartos y la mañana siguiente – domingo – comulgamos muy temprano y tomamos el desayuno en la casa de las Hermanas Franciscanas que dirigen allá las escuelas parroquiales. Ellas vivían en el piso superior de la nueva escuela que el Sr. Párroco había construido. Además había edificado una nueva casa parroquial y una iglesia gótica en honor a San Bonifacio, cuyo interior no estaba terminado. Fuimos a la Catedral donde el Sr. Obispo Többe de Covington celebraba la Santa Misa con tanta solemnidad que quedamos muy conmovidas por la grandiosidad y belleza del culto católico. Cuando salimos de la Catedral nuestra Madre dijo: “Bismark piensa, con su orgullo, que puede oprimir a la Iglesia católica. Que venga a América para darse cuenta de que, cuando en un lugar se reprime, en otro florece con más esplendor.” Después de la Santa Misa cantada, visitamos al Sr. Obispo de Filadelfia, Sir James Wood. Nos alegró por su muy bondadoso recibimiento y nos impresionó por su venerable figura. Creo que nos recibieron en todas partes

con tanto cariño no solamente por las cartas de recomendación, sino también por el apellido de nuestra Madre, que por su hermano Hermann tenía buena fama en todo el mundo católica.

Nos despedimos muy agradecidas de Filadelfia, porque el Sr. Párroco y su hermana nos mostraron amablemente los caminos en la gran ciudad que llamaba la atención por su limpieza y belleza, por sus casas altas y sus escaleras de mármol blanquísimo. Allí había mucho movimiento, pero no tan ensordecedor como en Nueva York.” De Filadelfia viajamos a Baltimore para mostrar al Sr. Primado y Arzobispo, nuestros documentos y pedirle la bendición para nuestra empresa. Viajamos durante toda la noche y llegamos a las tres y media de la mañana a Baltimore. Como allí no conocimos a nadie, y por tan poco tiempo no queríamos ir a un hotel, resolvimos visitar la iglesia de los redentoristas, cuya dirección nos habían dado, para escuchar la primera Santa Misa y comulgar. Un ómnibus nos condujo hasta la puerta que todavía estaba cerrada. En las calles no había nadie, nos sentamos en la escalera y esperamos pacientemente que el sacristán abriera la puerta. El viaje nocturno había sido muy cansador y además nos sentíamos polvorientas y deseábamos asearnos antes de comulgar. Después de una hora y media, apareció una pobre viejita que también deseaba ir a Misa. Le preguntamos si vivía cerca y si nos podía facilitar un poco de agua para lavarnos. Nos llevó a su pobre, pero limpia habitación y nos ofreció agua fresca en una palangana de lata. Luego nos acompañó a la iglesia ya abierta, donde asistimos a la Santa Misa y comulgamos. Después de la acción de gracias nos dirigimos al Convento de los Redentoristas, nos recibieron muy bien y nos sirvieron el desayuno. Pidieron a un huérfano que nos guiara a la residencia del Excmo. Sr. Arzobispo, pero él estaba ausente. Dijeron que se encontraba a una distancia de varias millas, en un gran establecimiento, para confirmar y presenciar exámenes y que se quedaría todavía dos días allá. Preferimos entonces viajar con el próximo tren a Washington.

Como nuestra Madre no tenía negocios en Washington, dejamos pasar el próximo ferrocarril para conocer la capital de los Estados Unidos. Las calles eran muy anchas y había grandes avenidas. La casa del Congreso era de mármol blanco, edificada sobre una colina, con estilo griego. Con sus poderosas escaleras, sus columnas y estatuas corintias y su alta cúpula, nos causó una impresión majestuosa. Visitamos también la Casa de la Moneda, construida así mismo en estilo griego jónico, en sus locales guarda muchos millones en oro y papel. Después de haber visitado la “Casa Blanca” con su gran parque, regresamos a la estación ferroviaria para tomar algún alimento. Nuestra Madre se había debilitado mucho a causa del intenso calor, de la comida americana desacostumbrada y por el viaje cansador. Además sufría todavía las consecuencias de los mareos del viaje marítimo y la comida le hacía mal. Fuimos atendidas por negros. En el comedor había una cantidad de moscas que cubrían la mesa como un enjambre y no nos dejaban en paz cuando comíamos. Como deseábamos viajar otra vez durante la noche, nos aconsejaron reservar lugar en un coche dormitorio. La instalación parecía muy cómoda. Las camas buenas y limpias estaban separadas por un tabique de madera de caoba y en el extremo de cada vagón había un gabinete con agua fresca y lavatorio completo. Un negro vigilaba durante la noche. Como las ventanas estaban cerradas y tenían persianas de madera que no se podían abrir, teníamos un calor insoportable en nuestro lugar estrecho. El tren anduvo a gran velocidad y se balanceaba continuamente, no pudimos dormir nada. Yo tenía tantas náuseas que abandoné la cama antes de las cinco. Nuestra Madre se había levantado mucho antes y se sentía muy descompuesta. Por fin llamamos al negro, quien nos abrió las ventanas y con el aire fresco de la mañana, nos sentimos aliviadas. Recién a las 16 horas llegamos a Cincinnati.

Allí estuvimos bien. Las Hermanas franciscanas tienen allí su Casa Madre. La Superiora, Hna. Vincencia, ya nos había invitado en Nueva York y las Hermanas estaban avisadas y nos recibieron

con mucha caridad y bondad. Me alegré de que nuestra Madre General pudiera descansar algunos días, porque lo necesitaba. Cincinatti es una ciudad grande y muy poblada. Está rodeada de colinas, y en un lugar estrecho, posee muchas fábricas. No es agradable en verano. El humo de las numerosas chimeneas queda como una nube de tormenta sobre la ciudad. Por el mal calor y el mal aire va mucha gente a Covington, que tiene una ubicación alta, en la otra orilla del Ohio y los dos lugares están unidos por un lindo puente de hierro. El Excmo. Sr. Obispo Többe de Covington nos había aconsejado conversar primero con el Vicario General alemán, Padre Otto, franciscano, y así lo hicimos. Después fuimos al Excmo. Sr. Arzobispo, Sir John B. Burcell, que nos recibió con gran bondad. Cuando hubo revisado nuestros documentos, antes de haberle hablado de nuestro asunto, dijo a la Madre: “Uds. serían buenas Hermanas para nuestro orfelinato alemán San Luis.” La Madre respondió que habíamos ido para esto, y que si era la voluntad de Dios, lo aceptaríamos con gusto. Él nos prometió hacer todo lo posible y nos despidió con su bendición episcopal. Entonces regresamos al Vicario General para comunicarle el resultado de nuestra visita. El Rvdo. Padre Otto estaba contentísimo y dijo que debíamos presentarnos entonces a la comisión del orfelinato y para este fin él quería convocar a los doce señores en su convento. Fuimos a esta reunión acompañadas por una Hermana franciscana. Primero apareció el presidente, y luego llegaron nueve señores más. Todos eran buenos, alemanes, y parecían pertenecer a la clase de comerciantes y artesanos. El Presidente declaró abierta la sesión. El Padre Otto tomó la palabra y les propuso nuestro asunto. Algunos estaban a favor y otros en contra. Con gusto querían confiar el establecimiento a una Congregación religiosa, pero como antes no habían aceptado, habían dado la dirección a una señora muy buena que también fue educada en un orfelinato, y todos estaban muy contentos con su administración. Pensaban que sería una ingratitud deponerla de su puesto. Los niños y todo el personal en general la apreciaban mucho. De pronto el Presidente dijo: “Ud. tiene la palabra, Madre General”. La Madre Paulina contestó que de ninguna manera quería ella sacar a alguien de su puesto. Sólo había oído que habían ofrecido la dirección del establecimiento a las Hermanas franciscanas que no podían aceptarlo porque sus Reglas no lo permitían. Además les contó que muchas de nuestras Hermanas en Alemania fueron obligadas a dejar su campo de trabajo y estaban acostumbradas a dirigir grandes establecimientos. Agregó que si el orfelinato estaba en buenas manos, ella retiraba su ofrecimiento. Replicaron que por ahora estaba todo bien pero que no se podía saber cuánto permanecería la actual madre de los huérfanos en su puesto, etc. El presidente agregó todavía, que el Sr. Arzobispo le había dicho terminantemente, que él sabía por experiencia que eran buenas Hermanas para el orfelinato alemán y deseaba que se diera su dirección a las Hermanas de la Caridad Cristiana. Por fin determinaron que tres señores de la comisión nos visitarían a la mañana siguiente para informarnos bien sobre todos los asuntos de esta casa y después se trataría nuestro ofrecimiento en la próxima asamblea general de la comunidad católica alemana. Dicha asamblea estaba fijada para el 4 de julio, día en que se celebra allá la liberación del gobierno inglés. A la mañana siguiente vinieron los tres señores y nos informaron que el orfelinato tiene actualmente 225 huérfanos y era dirigido por la Sra. Madre, que la enseñanza estaba a cargo de un maestro y dos maestras y que para los trabajos domésticos había ocho sirvientas y tres peones. El establecimiento poseía 80 yugadas de campo y ganado, y los edificios eran de construcción sólida, o sea, de ladrillos. Nos mostraron también los Estatutos del asilo y nos prometieron darnos noticia en caso de que se aceptara nuestro pedido. “Con el tiempo se sabrá si lo recibiremos o no. ¡Que el buen Dios disponga según su beneplácito! Con esto se acabó el negocio en Cincinatti. El amor a nuestras Hermanas en Nueva Orleans y el tiempo avanzado apremiaron a nuestra madre General a salir cuanto antes, a pesar de que estaba tan descompuesta, que durante la estadía aquí no pudo tomar ningún alimento,

ni siquiera un poco de agua. Hasta ahora habíamos viajado en tren, pero el médico nos aconsejó tomar el vapor.

IV Por el Ohio y Mississippi hacia Nueva Orleans.

El 28 de junio partimos de Cincinnati, llenas de gratitud para con las buenas Hermanas franciscanas que nos habían prodigado tantas atenciones. El viaje en vapor nos gustó mucho, cada una recibió una cabina que estaba arreglada para dos personas. Desde la mañana temprano hasta la noche estuvimos en la cubierta para disfrutar del aire fresco y de la hermosa vista. Los vapores fluviales de América andan mucho más tranquilos que los marítimos, no se balancean. Casi todos tienen una sola rueda que abarca toda la popa y así avanzan con tranquilidad y rapidez. Lamentablemente teníamos nuestras cabinas justamente sobre la caldera y el piso, las paredes y las camas eran muy calientes. Cuando nos instalamos no me di cuenta de este infortunio y puse el equipaje de la Madre en la cabina más espaciosa, pensando hacerle un bien. Más tarde noté que este lugar era todavía más caluroso que el mío. Durante la noche abrimos puerta y ventana interior y nos acostamos tan tarde como fue posible, porque casi no se podía dormir. A pesar de todas las incomodidades y sufrimientos de este viaje, no oí nunca la menor queja, ni una palabra de disgusto de nuestra Madre. Cuando le interrogaba, contestaba únicamente: "Con paciencia se supera todo." Nuestro viaje fluvial 10 días y noches, porque el vapor pasó por muchos lugares y el Ohio tenía poco caudal en algunas partes, por falta de lluvia. Cerca de Louisville tuvimos que pasar, por este motivo, un gran trecho al lado del río, por un gran canal con tres esclusas, una cantidad de gente, casi todos negros, trabajaron con grandes bombas hasta que al fin el agua alcanzó para poder seguir adelante. Así tuvimos la ocasión de admirar el precioso puente del Ohio por el cual pasa el ferrocarril y al que, cuando cruzan barcos, lo atraviesan de lado, además observamos las grandiosas esclusas, inventadas por el genio del hombre. Viajar en vapor era más agradable y menos cansador. El orgulloso, ancho río Ohio ofreció en sus orillas siempre variaciones. De pronto había ciudades y pequeñas poblaciones y luego extensos bosques impenetrables. Montañas, colinas y llanos alternaban, había campos de maíz, tabaco, cereales y árboles frutales, haciendas con hermosas casas, algunas de bloques, y ganados que comían tranquilamente el abundante pasto. Más nos gustaron los extensos bosques con gran variedad de árboles y plantas. Las enredaderas envolvían de tal manera grupos de árboles, que ningún rayo de luz podía penetrar. En el Ohio hay mucho movimiento, nos encontramos con una cantidad de barcos que, a veces chocaban. Por los numerosos accidentes debe tener cada vapor salvavidas, que están hechos de anchos cinturones de corcho que se afirman alrededor del cuerpo para mantenerlo sobre el agua. En nuestras cabinas encontré también algunos con instrucciones para su uso. Cuando más tarde pasamos del Ohio al Mississippi, notamos que el agua era turbia y amarillenta, de modo que hasta el vaso quedó completamente opaco y había que filtrarla para poderla tomar. Esta agua sucia en el Mississippi es consecuencia de su afluente, el Misuri, cuyas aguas son todavía más sucias. Sin embargo, es un río grandioso por su ancho, sus riberas de exuberante vegetación y sus preciosas islas cubiertas de árboles. Pasamos por grandes ciudades: Cairo, Memphis, Bicksburg y Batonrouge. Al sur vimos extensas plantaciones de caña de azúcar y algodón. Poco a poco cambió toda la vegetación. También los mosquitos, que chupan la sangre, molestaban cada vez más. De tal modo que teníamos la cara, las manos y los pies llenos de picaduras. Desde Memphis enviamos un telegrama a nuestras Hermanas, avisando que llegaríamos a la mañana siguiente, a las 10 a Nueva Orleans. Teníamos verdaderas ansias de poder saludarlas. Nuestro barco se apresuró y por eso llegamos el 7 de julio a las nueve, una hora más temprano. Miramos a todos

lados para descubrir alguna Hermana, pero tuvimos que esperar una hora y mientras tanto observamos el tumulto del puerto con sus centenares de navíos y gente de todas las razas y naciones. Por fin divisamos a lo lejos dos elegantes coches que se acercaban. Una Hermana se adelantó y miró fijamente nuestro vapor, nosotras saludamos ondeando los pañuelos, y nos reconocieron. En pocos momentos estuvimos rodeadas por dos de nuestras Hermanas y nos saludamos con tanto cariño y júbilo que reímos y lloramos de alegría. El Rvdo. Sr. Párroco Bogaerts de la iglesia de San Enrique, acompañaba a las Hermanas. Fuimos a la casa donde nos esperaban las otras tres Hermanas. En el umbral nos saludaron dos graciosas niñas, vestidas de blanco, recitando una poesía y entregándonos un ramo de flores. Por la previsión del buen sacerdote, nuestras Hermanas tenían una habitación preciosa. Era una casa de madera, como casi todas las de Nueva Orleans, pero tan espaciosa, aireada y hermosa, que en estas circunstancias no se podía desear algo mejor. Estaban edificando una nueva escuela, en construcción lacustre, nueve pies sobre el suelo. El lugar que quedaba debajo debía servir de patio fresco en los días calurosos y de refugio en los tiempos de lluvia. La casa de nuestras Hermanas tenía adelante una terraza y arriba un balcón. A los tres lados había un hermoso jardín por cuya puerta podían pasar a la iglesia, que está al lado, y también a la escuela, sin cruzar la calle. A un lado de la casa se encontraba un corredor cubierto que estaba siempre fresco. Con alegría nos mostraron todas las bellezas de esta pequeña misión y las Hermanas estaban felices de tener a la querida Madre Paulina por un tiempo consigo. La salud de la Madre mejoró mucho y pronto estuvo repuesta, a pesar de que el termómetro marcaba 100 grados Fahrenheit. Yo sufría mucho en este tiempo por el calor y estuve cuatro días tan enferma que hubo que llamar al médico. Notamos que nos encontrábamos al sur por las exquisitas frutas: higos, ananás, bananas, duraznos, melones, etc. La primera noche nos despertaron con alarmas de incendio. Un vapor grande estaba totalmente en llamas, y como se había quemado la soga del ancla, navegaba libre y majestuosamente sobre el Mississippi. Desde varias ventanas podíamos observar esta tragedia. Por suerte no había nadie dentro. En los días siguientes tuvimos la alegría de presenciar la Primera Comunión y la Confirmación de los niños de la Parroquia de San Enrique. La iglesia de madera, espaciosa y digna, estaba hermosamente adornada por nuestras Hermanas. Había grandes ramas de oleandro. La celebración era muy solemne y edificante, la iglesia estaba repleta de gente. Lo que nos llamó la atención fue el continuo movimiento de los abanicos, que hasta los sacerdotes usaron. El Sr. Arzobispo nos visitó después, y tomó el desayuno. Era tan amable que le tuvimos confianza. La Madre con la Hna. Xaveria lo recibieron en la entrada de nuestra casa y luego lo acompañaron al coche. Todas recibimos en el corredor su bendición. A nuestra escuela en Nueva Orleans concurren más de cien niños que reciben en tres clases, la enseñanza impartida por nuestras Hermanas. Un maestro alemán enseñaba a los varones y una inglesa daba por ahora clases de inglés a todos, hasta que las Hermanas pudieran hacerlo. Los niños se portaron excelentemente y mostraron que querían a las religiosas. Los padres se alegraron de que sus hijos fueran educados e instruidos por religiosas alemanas y manifestaron su agradecimiento obsequiándoles frutas, legumbres, etc. Podemos mencionar algunas visitas recibidas y retribuidas en Nueva Orleans, por ejemplo: la del Señor Párroco Kögerl, que nos llevó al convento de las Benedictinas, quienes nos mostraron toda su casa; además las del maestro Bickmann de Paderborn, que es el hermano de nuestra Hermana Henrica. El dirige allí una escuela de varones y enseña inglés a nuestras Hermanas con mucha complacencia. También visitamos allí a los Padres Redentoristas.

Después de diez días felices tuvimos que despedirnos con un poco de pena. La última mañana comulgamos juntas en la Parroquia. Después de la Santa Misa en casa, la querida Madre exhortó

cordialmente y con insistencia a las Hermanas a aspirar a la verdadera piedad y santidad. Luego hicimos todavía algunas visitas y arreglamos nuestro equipaje. A las cinco de la tarde nos condujeron a la estación ferroviaria que está a una hora de distancia. Preferimos tomar el tren nocturno, porque con 100 grados Fahrenheit era imposible viajar durante el día. Dos Hermanas y el Sr. Párroco Bogaerts nos acompañaron.

V. Por San Luis, Chicago, Detroit, Buffalo, hacia Williamsport

En la estación nuestras viajeras se encontraron con el Vicario General de Nashville, que se hizo presentar a la Madre y viajó un trecho con ellas. Pasaron por los interminables pantanos de Nueva Orleans, cubiertos de impenetrables bosques y malezas, habitados por serpientes y caimanes. Velozmente pasaron por las ciudades de Jackson, Memphis, San Luis y Alton, anduvieron dos días y dos noches sin interrupción. Después de 50 horas de viaje llegaron a las 20 horas cansadísimas a Chicago. Habían recorrido 1600 millas inglesas. Chicago, situado pintorescamente a orillas del lago Michigan y que ya había resurgido del gran incendio, ofrecía alas viajeras en el comfortable hotel Sherman House, un reconfortante descanso nocturno. Con gusto hubieran visitado una iglesia católica, pero tenían que tomar el ferrocarril a la mañana para alcanzar esa misma noche Detroit. El sábado 10 de julio llegaron a la tarde y se dirigieron al convento de las Damas del Sagrado Corazón donde encontraron cálida acogida. Se alegraron, porque podían pasar el domingo en paz y recogimiento. El lunes atravesaron el río Detroit y viajaron a través de Canadá al puente suspendido. Vieron las famosas cataratas del Niágara. Ya cuando cruzaron en tren el río Niágara pudieron ver la más grandiosa de todas las cataratas y luego, desde el hotel Clifton House al que habían ido, gozaron de una preciosa vista sobre la misma. Después de haber descansado un poco, viajaron directamente cerca de las cataratas. Asombradas y con sentimientos de profunda devoción, contemplaron estas enormes, tumultuosas cantidades de agua, que el hermoso claro lago Erie deja caer desde una altura de 158 pies. Luego fueron conducidas por dos amables damas a una torre, y bajaron 200 escalones para poder gozar desde abajo del imponente espectáculo. “No se encuentran palabras – escribe la Hna. Gonzaga – para expresar los sentimientos que provoca este prodigio de la naturaleza. Uno puede solamente asombrarse y venerar devotamente la grandeza y magnificencia de Dios.” También fueron a los cercanos e interesantes Burningsprings que contienen gas, y por eso son fuentes de agua con lúcidas llamaradas.

A la mañana siguiente, muy temprano, continuaron su viaje a Buffalo y llegaron ya a las diez. Visitaron allí el convento San Miguel, donde habitaban los Padres Jesuitas: Behrens, Becker, Belvader y Spuker y les dieron noticias de la patria alemana. A la tarde del mismo día viajaron hasta Elmira para alcanzar al día siguiente Williamsport, a orillas del Susquehannah. Allí estaban recomendadas al Sr. Párroco Köper, para arreglar con él, en este mismo lugar, un asunto importantísimo para la Congregación. El Excmo. Sr. Obispo O’Hara de Scranton, había aconsejado al Dr. Párroco Nagel de Wilkesbarre, que según su opinión, el mejor lugar para fundar una Casa Madre Provincial en su diócesis sería Nippenose Valley, un bello y sano valle alto en las montañas de Alleghany. El Sr. Párroco Köper había estudiado teología en el seminario de Paderborn y la Madre lo conocía. Con gran alegría recibió a las viajeras y por la Providencia de Dios, estuvo allí justamente el Párroco de la comunidad católica de Nippenose, Sr. Lenfert, westfaliano. Entonces resolvieron emprender juntos el viaje a Nippenose. A la mañana siguiente, después de la Santa Misa, subieron al coche, conducido por el Sr. Párroco Köper, que conocía bien el camino. El tiempo era precioso, pasaron por el puente del Susquehannah luego por sus

orillas. Después de un trayecto de unas diez millas, llegaron a la altura desde donde contemplaron el valle de Nippenose, encajonado entre montañas de media altura, cubiertas de árboles de fronda. Iglesia y casa parroquial estaban ubicadas en la ladera de una montaña y desde allí se podía abarcar de una ojeada todo el valle con sus casas dispersas entre campos y árboles. Este lugar no les pareció apropiado para una Casa Madre Provincial, porque estaba muy apartado, encerrado entre montañas; no había ferrocarril, no siquiera carretera para diligencia. Además se debían adquirir los alimentos y todo lo demás en Williamsport, porque en el valle se conseguía muy poco. Faltaba también el gran campo de trabajo, la pequeña escuela parroquial no proporcionaba los medios para la existencia de una casa grande. Sin embargo, la Madre prometió al Sr. Párroco Lenfert, enviarle algunas Hermanas para su escuela, porque él las pedía con insistencia. Al regresar tuvieron la mala suerte de que se rompiera la rueda del coche, y tuvieron que caminar un gran trecho. Llegaron a las ocho de la noche, cansadísimas, a Williamsport. Allí reflexionaron y comentaron con el muy comprensivo Párroco Köper sobre la cuestión de la Casa Madre Provincial y él pensó que Wilkesbarre sería el lugar más conveniente y aconsejó a la Madre, dirigirse hacia allá y arreglar el asunto con el Sr. Párroco Nagel. La Madre tomó esta resolución. Antes de que las cansadas viajeras pudieran acostarse, fueron agradablemente sorprendidas por una serenata que cantaron los niños de la escuela. A la mañana siguiente, después de la Santa Misa, visitaron la nueva iglesia gótica que estaba todavía en construcción. Tenía tres portales, el del medio, de piedra arenisca y ricamente ornamentado, había sido pagado con los ahorros de los escolares, que en un año habían juntado 900 dólares para esto. Lo consagraron a San Luis, y los otros dos fueron consagrados a la Sma. Virgen y a San José, porque fueron donados por las mujeres y los hombres. El Sr. Párroco Köper pidió también Hermanas para sus escuelas y la Madre se las prometió. Para su habitación destinaron el edificio que hasta ahora había servido para el culto divino, pero cuando la nueva iglesia estuviera terminada, estaría disponible. Después del desayuno emprendieron el viaje hacia Wilkesbarre y pasaron por Danville, donde estaba el Párroco alemán Schlüter, que deseaba Hermanas. Las viajeras lo encontraron en la estación para recibirlas. Aprovecharon la corta interrupción para mirar la iglesia y la habitación destinadas a las Hermanas. A la tarde (25 de julio) continuaron su viaje y llegaron a Wilkesbarre y Susquehannah.

VI. Wilkesbarre

La Hna. Gonzaga relata: “El buen Sr. Párroco Nagel había buscado entre tanto un terreno para la construcción de la Casa Madre Provincial. Se había comunicado con el comerciante Helferich, un católico comprensivo y pudiente, que nos propuso algunas propiedades disponibles que miramos a la mañana siguiente. En la Santa Misa pedimos devotamente que el buen Dios bendijera nuestra empresa, y como era justamente la fiesta de Santa Ana, supliqué a ella que por amor a Jesús y a María nos ayudara a llegar a un buen resultado. Nos gustó mucho una plaza sobre el “Park Hill”, una colina delante de la ciudad, que ya estaba dividida y medida para la construcción de calles y casas. Ya había algunas lindas habitaciones y hermosos chalets, pero la parte de arriba estaba todavía libre. Desde allí teníamos una bella vista sobre la ciudad y el Susquehannah con sus alrededores y desde el otro lado se veía un pintoresco valle con minas de carbón y muchas habitaciones para los obreros. Detrás del valle se encontraba un monte alto cubierto de árboles de fronda. Esta parte superior de la colina, que nos gustó tanto, tenía 600 pies de frente y 400 pies de fondo. Cuando hubimos reflexionado bien, resolvimos comprarla. Pertenece a una empresa minera. La Madre firmó el contrato de compra después de dos días. Al día siguiente visitó el Excmo. Señor Obispo de Scranton a nuestra Madre General. Se mostró

muy conforme con nuestra elección y prometió su ayuda para la realización de la obra. Nos quedamos un día más con el Sr. Párroco Nagel por algunos compromisos, y el miércoles 30 de julio regresamos a Nueva York y nos hospedamos en Hoboken, en la casa de las buenas Hermanas franciscanas. La Madre hizo venir enseguida a un constructor alemán para considerar con él el plan de la Casa Madre Provincial, quien después de dos días lo presentó.”

La estadía en América llegó a su fin. El día anterior a la salida hicieron todavía una visita al Sr. Párroco de Bloueveltville, que deseaba edificar un internado para hijas de hacendados bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad Cristiana, pero por los enormes gastos que exige semejante obra, no se pudo aceptar. La Madre Paulina dedicó el último día a las necesarias visitas de despedida, mientras que la Hna. Gonzaga tuvo que guardar cama por un fuerte resfrío. Sin embargo, alcanzaron a reservar los lugares en un vapor de la empresa “Lloyd del Norte Alemán”, que se llamaba “Die Mosel” (la Mosela), que zarparía el 2 de agosto hacia Bremen, La despedida de las Hermanas fue emocionante. No sabían cómo agradecerles todos los favores recibidos. Dos Hermanas las acompañaron al barco para ayudarles. Pronto se dio la señal de partida y se despidieron cordialmente con un último apretón de manos. “Die Mosel” zarpó a los acordes de un coro musical que se encontraba a bordo, y los pasajeros agitaron los pañuelos para dar un último adiós a los que quedaron en la costa. El tiempo era precioso y nuestras viajeras miraron mucho tiempo desde la cubierta al país de la libertad, donde habían recibido tanto bien y tanto amor. Luego abrieron numerosas cartas que habían llegado a la mañana de diferentes lugares. En todas pedían Hermanas para escuelas y otros establecimientos. “¡Sí!” exclamó la Hna. Gonzaga el campo de trabajo es inmenso en América y sobre todo se necesitan muchas buenas escuelas parroquiales. Los ricos están muy bien atendidos, pero lo más meritorio es fundar escuelas parroquiales. Aunque nuestra Congregación fuera cinco veces más numerosa, y si todas las Hermanas tuvieran que abandonar sus trabajos en la patria (que Dios no lo permita), no alcanzarían nuestras fuerzas para cubrir las necesidades más apremiantes. ¡Oh! ¡Los pobres y desamparados niños negros! A pesar de la igualdad, según las leyes, ellos son todavía los parias de la sociedad, en las escuelas los blancos no los admiten y luego se adhieren a sectas y a las más horribles supersticiones”.

El viaje marítimo era agradable, tuvieron viento favorable y un tiempo hermoso. Toda la tripulación las trató con mucha cortesía y buena educación. El Capitán Ernst les ofreció con gran amabilidad una cabina de oficiales, en medio del barco, donde casi no se sentía el movimiento balanceante. La Madre tenía por eso menos mareos y su compañera, ninguno. Después de diez días llegaron a Southampton, y el día décimo tercero, a la mañana, ya estaban en el puerto de Bremen. Habían comenzado su viaje en la fiesta de la Ascensión y lo terminaron celebrando la Asunción de la Santísima Virgen. El mismo día alcanzaron la ciudad de Bremen, y al día siguiente tomaron el primer tren, pasando por Hannover a Altenbecken, la última estación antes de Paderborn. Y así termina la Hna. Gonzaga, jubilosa, la descripción del viaje: “¡Altenbecken! ¡Todos tienen que bajarse!, grita el guarda del tren. ¡Oh, cómo saludaba yo en mis anteriores viajes a la Casa Madre en esta estación, pero nunca con tanta alegría como hoy! Pronto llegó nuestro ferrocarril, entramos y viajamos al querido Paderborn. Luego divisamos las torres de la ciudad, después el cementerio, la Casa San José, la Casa Madre, el Instituto de Ciegos, y en todas partes había caras ansiosas y alegres que observaron el ferrocarril que pasó velozmente. Por fin llegamos a la estación donde nos rodearon nuestras queridas Hermanas, y radiante de alegría, estuvo el fiel quintero con su coche para transportar nuestro equipaje. El júbilo y la alegría no terminaban. Fuimos a casa, y primero nos saludaron alegremente los niños ciegos. Delante de la Casa Madre se habían reunido las Hermanas, y nos dieron la bienvenida con júbilo. Nos

dirigimos a la capilla, festivamente adornada, donde las Hermanas entonaron: “¡Sumo Dios, te alabamos!” Nuestra querida Madre General estaba de rodillas delante del altar, con el corazón desbordante de gratitud y alegría, y su compañera de viaje estaba arrodillada detrás de ella.”

A su regreso tuvo Paulina una alegría especial. La venerada maestra de su infancia, Luisa Hensel, le había manifestado el deseo de pasar los últimos días de su movida y sacrificada vida en Paderborn. Paulina le había facilitado con el mayor gusto una comfortable habitación en el antiguo convento de los jesuitas, que ella había alquilado. Luisa Hensel se mudó en julio a Paderborn, durante la ausencia de Paulina. Con íntima alegría saludó Paulina a su antigua amiga que ahora estaba confiada a su cuidado. Se sentía feliz de poder retribuirle en algo todo el bien que le había prodigado, sobre todo la benéfica influencia en su formación espiritual. (Esta poetisa tan favorecida por Dios, vivió todavía tres años, protegida y cuidada por las Hermanas, en contemplación, recogimiento y santa paz. Tuvo siempre íntimo contacto con Paulina hasta que el 18 de diciembre de 1876, Dios la llamó a las moradas eternas, mediante una muerte emocionante y hermosa. También en sus últimas horas asistió Paulina a su estimada amiga, que se alegraba visiblemente, y acompañó a su alma querida con oraciones para los moribundos. Más detalles se encuentran en el libro escrito por Francisco Binder. “Luisa Hensel”, una biografía. Friburgo 1885, pág. 462.

CAPITULO VII

1873 – 1876

Paulina había regresado de su viaje transatlántico lleno de confianza en Dios y muy agradecida. Estaba convencida de que la Divina Providencia le había dado para el futuro el nuevo mundo como campo de trabajo, en lugar del viejo. Con esto había desaparecido el peligro de la destrucción de su Congregación y ella albergaba la firme esperanza de conseguir allá una actividad más grandiosa y benéfica. Sin embargo, le resultó doloroso prever que casi todas las Hermanas perderían sus trabajos acostumbrados en la patria. Felizmente ya había entrado en relaciones directas con muchas personas de América y llegaron numerosas cartas para pedir Hermanas. “¡Oh!” – exclama la escritora de la crónica de la Provincia Norteamericana – “¡Cómo deben agradecer todas las Hermanas de la Congregación a nuestra querida Madre, todos los desvelos y preocupaciones, y las indecibles dificultades que soportó con amor maternal, para encontrar a su tiempo un nuevo hogar para sus hijas desterradas de su país natal!”. ¡Sí! Dios ha colocado a su humilde sierva, que había puesto toda su confianza en Él, entre el viejo y el nuevo mundo. En el primero debía salvar en lo posible a las queridas víctimas, con maternal preocupación, de los golpes exterminadores y crueles y conducir las de la esclavitud de Egipto a la tierra prometida de la libertad religiosa.

Después del regreso de la Madre, comenzaron pronto los Ejercicios Espirituales y la renovación de los Santos Votos, por eso llegaron muchas Hermanas de las filiales a la Casa Madre. El 21 de agosto, fiesta de Santa Francisca de Chantal, se reunieron todas alrededor de la Madre y escucharon con entusiasmo, lo que contó de la nueva patria. Cuando hubieron pasado los hermosos días de silencio y recogimiento, seis Hermanas mayores emitieron los votos perpetuos, 21 los votos temporales y dos postulantes recibieron el santo hábito. Ahora había que cumplir lo que se había prometido en América, y hacer los preparativos para el viaje de las Hermanas que estaban destinadas a fundar en Wilkesbarre y Melrose. Paulina había nombrado Superiora de la Provincia Norteamericana a su antigua compañera, la Hna. Matilde, pero ésta se enfermó y las diez Hermanas destinadas para América debieron emprender el viaje el 22 de septiembre, sin ella. La Madre General y la Hna. Filomena las acompañaron hasta Bremen, donde se embarcaron el 24 después de una emocionante despedida. Un telegrama avisó que habían llegado felizmente el 9 de octubre a Nueva York. Pronto llegaron cartas con más noticias y detalles. Con la ayuda de Dios habían tenido un viaje agradable y con muchas atenciones y cordialidad fueron recibidas en Melrose y Wilkesbarre por los Señores Párrocos Stumpe y Nagel y sus comunidades. Dice la Crónica: “¡Qué feliz estaba nuestra querida Madre con estas gratas comunicaciones y cómo, en unión con las Hermanas, alababa y glorificaba a Dios por su gran misericordia, es inolvidable para todas las que tuvieron la suerte de vivir cerca de ella!”

Cuando los asuntos más urgentes de las filiales en ultramar estuvieron arreglados, la Madre se vio otra vez frente a graves preocupaciones en la patria. Para algunos establecimientos se acercaba el término de su disolución y las Hermanas regresarían pronto. Las Hermanas de Dresden debían salir el 1° de enero de 1874. El conde Veith les había ofrecido provisoriamente uno de sus castillos, Costelez en Bohemia. El 26 de noviembre viajó Paulina, acompañada por la Hna. Walburga hacia allá para conocer el castillo de Costelez, y como el Cardenal Schwarzenberg deseaba un establecimiento de la Congregación en Bohemia, apoyó la solicitud que habían enviado al Emperador de Austria. Paulina resolvió entonces enviar varias Hermanas desde Dresden provisoriamente a Costelez, mientras las demás regresaban el primero de enero a la

Casa Madre.

En los primeros meses del año 1874 regresaron a Paderborn también muchas Hermanas de otras filiales, a la vez que aumentaban las cartas que pedían Hermanas para América. Ante todo había que cumplir la promesa que Paulina había hecho al Sr. Párroco Schelle en Scranton. Al mismo tiempo fue atendida la petición del Párroco Bergholz en New Ulm (Diócesis de San Pablo). Una de las religiosas de Wilkesbarre, la Hna. Stefania, cuyos parientes se habían establecido cerca, al visitarlos se había informado de las circunstancias de New Ulm y había encontrado las escuelas y todo lo demás muy agradable. Por ello destinaron 16 Hermanas para estos dos lugares. La Hna. Matilde que estaba restablecida, fue nombrada Superiora Provincial y la Hna. Filomena su asistente. Todas juntas debían emprender el viaje el de abril. A la mañana asistieron a la Santa Misa, que celebró el Sr. Obispo en la capilla, y recibieron de su mano la Santa Comunión. Luego viajaron, acompañadas por la Madre General y la Hna. Agustina a Bremen. Paulina condujo a sus queridas hijas y a su tan estimada compañera, la Hna. Matilde, al vapor "Donau", y se despidió cordialmente... Dice la crónica: "¡Qué grande fue el dolor de nuestras Hermanas cuando en el transatlántico tuvieron que separarse de la bonísima Madre! Todas lloraban amargamente y abrazaron con emoción a la Madre General. Ella estaba en el medio, tranquila y resignada a la voluntad de Dios, pero profundamente emocionada y muy pálida, porque amaba entrañablemente a sus Hermanas. Hasta en los acontecimientos penosos pronunciaba enseguida "Fiat", y esto sucedió también en esta ocasión." Otra vez un telegrama trajo la noticia de que el 26 de abril habían desembarcado felizmente en Nueva York y luego llegaron cartas con más noticias detalladas. Les habían preparado un emocionante recibimiento y las Hermanas allá se habían alegrado muchísimo por haber recibido una Madre en la tan apreciada Hna. Matilde. El 29 ella llegó con sus acompañantes a Wilkesbarre y fue saludada cordialmente por las felices Hermanas en los locales provisorios para la Casa Madre que se debía edificar. Al día siguiente vino el benemérito Sr. Párroco Schelle de Scranton para buscar a las cuatro Hermanas, y la Madre Matilde las introdujo en su nuevo campo de trabajo, mientras las ocho Hermanas designadas para New Ulm permanecieron hasta el 4 de mayo en Wilkesbarre para luego emprender el largo viaje hacia el oeste, donde encontraron hermosas ocupaciones en las escuelas parroquiales de New Ulm.

Parecía que después de tantos golpes duros que destruían su obra, el buen Dios quiso levantar el ánimo de Paulina, proyectándole una alegre visión para el futuro. En medio de la floreciente esperanza recibió una nueva conmoción que no podía ser más dura. Tres días antes de Pentecostés, el 22 de mayo, llegó de Berlín la triste noticia de que su hermano Hermann estaba gravemente enfermo. Ella lo amaba profundamente, le había ayudado fielmente en todas sus dificultades. El había planeado regresar a Borchon cuando terminaran las sesiones del Reichstag, en las que había luchado heroicamente, siempre en defensa de los derechos católicos. Hacía algunos meses, el 11 de febrero de 1874, que se había casado de nuevo con la media hermana de su finada esposa, baronesa Tecla von Bernhardt, y se alegraba tanto de poseer, después de años, otra vez una querida compañera. Ya le había comunicado que regresaría pronto al hogar. Ahora una violenta pulmonía tronchaba su vida. La Sra. Tecla acudió al llamado del escritor de esta obra, que compartía con Hermann la misma habitación, y fue acogida con gozo por su esposo, que le contó alegremente que había recibido el sacramento de los enfermos. Al día siguiente llegó también Paulina a Berlín. Antes de su partida de Paderborn había exclamado: "¡Dios mío! ¡Cómo desearía encontrarlo vivo todavía, pero que se haga tu voluntad!" Dios accedió a su deseo y Hermann recibió a su hermana con cordial alegría y pidió amablemente que rezara con él un rosario. Así permaneció en ininterrumpida oración con su muy afligida cuñada,

junto al lecho de muerte de su querido hermano, hasta que él, al día siguiente, el 26 de mayo de 1874, a las 10.45 de la mañana, como un verdadero confesor de la fe, entró en su merecido descanso eterno.

(Detalles sobre la última enfermedad y la muerte de Hermann von Mallinckrodt se encuentran en el libro del Dr. C. Mertens: Hermann von Mallinckrodt. Recuerdos de su vida. Paderborn en Schöningh 1874)

Luego los restos mortales del querido difunto fueron trasladados a Paderborn y en un grandioso cortejo fúnebre fueron conducidos al cementerio de los von Mallinckrodt en el valle de San Meinolfo. En el velatorio, las Hermanas de la Caridad Cristiana formaron la guardia de honor junto al catafalco, y luego siguieron en larga fila, detrás de los parientes, mientras Paulina rezaba con ellas el rosario en voz alta. Una hoja conmemorativa de su vida se encuentra en la crónica de la Congregación.

Apenas se había cerrado la herida de su corazón producida por la muerte de su hermano, estaba piadosamente resignada, cuando se produjo un nuevo acontecimiento que conmovía a toda la Congregación: la persecución penal del Obispo Conrado Martin, de su fiel y paternal protector. El desgraciado conflicto fue producido por el inevitable rechazo de las Leyes de Mayo por parte de la Iglesia. Todos los Obispos estaban obligados a transgredir estas leyes y las fiscalías (ministerios públicos) debían intervenir entonces y formular la sentencia. El pueblo católico estaba cada vez más afectado y con entusiasmo tomó el partido de los heroicos príncipes de la Iglesia. También en Paderborn se mostró este entusiasmo, por medio de grandes manifestaciones públicas. De cerca y de lejos acudieron a su Obispo para declararle su fidelidad y adhesión a la Santa Iglesia y para pedir la bendición episcopal. El 6 de abril de este año, lunes de Pascua, los hermanos Jorge y Hermann von Mallinckrodt habían estado también al frente de una gran manifestación de miles de hombres de los partidos de Büren. Höxter, Paderborn y Warburgo para rendir homenaje al Excmo. Sr. Obispo y asegurarle su invariable fidelidad. Paderborn era testigo en aquellos días, de una verdadera migración que se había apoderado de la diócesis. El 4 de agosto llegó la triste noticia que conmovió a todos, de que el Excmo. Sr. Obispo había sido condenado a prisión por 18 semanas, a causa de varias acciones que le había exigido su santo cargo y ahora sería conducido a la Penitenciaría Central de Paderborn. Esta forzosa detención se llevó a cabo en presencia de una inmensa afluencia del pueblo católico, que expresó al querido Pastor su compasión y recibió su bendición. Cuando se terminó este castigo, la Suprema Corte de Justicia del Estado, lo había depuesto. Entonces condujeron al distinguido prisionero a la fortaleza de Wesel. Continuamente estaba impedido de cumplir con sus obligaciones y por eso resolvió hacer lo posible para alcanzar su libertad. A la tarde el 4 de agosto de 1875, justamente un año después de su encarcelamiento, huyó de Wesel y consiguió un refugio seguro en Holanda. Para justificar este paso, que muchos le han reprochado, serán mencionadas aquí las magníficas palabras del escrito que el Obispo Conrado dirigió el día antes de su fuga, el 3 de agosto, al Presidente de Gobierno de Minden, Sr. von Eichhorn. Después de considerar el deber natural de su propia conservación, escribe: "Fuera de la obligación de conservarme, existe un miramiento superior, que fue decisivo para mi resolución. Como su Excelencia conoce el Derecho Canónico, y debe saber que, aunque estoy depuesto por el Estado, delante de Dios y de la Santa Iglesia, y a los ojos de todo el mundo católico, quedo cargado con el cuidado pastoral de mi muy amada diócesis. Tengo que dar cuenta ante el tribunal de Dios, ante el cual todos debemos aparecer, de las almas inmortales que Él me ha confiado. Como ser humano y cristiano, su Excelencia encontrará justo y razonable, que abandone esta forzosa estadía en la que no puedo ejercer los santos e inalienables deberes que tengo como Obispo.

Podía haberme retirado en silencio de aquí, pero considero como un deber de honor manifestar abiertamente a su Excelencia los motivos de mi proceder. Expresando a su Excelencia mi respeto, Dr. Conrado Martin, Obispo de Paderborn.”

Es verdaderamente emocionante leer en la crónica las expresiones de aflicción de la Congregación por el destino de su estimado Pastor de almas. Allí se recuerdan también con gratitud los muchos beneficios y muestras de amor que de él habían recibido. Dios lo habría dispuesto así, a fin de que la Congregación y su Fundadora tuvieran ocasión de mostrar más tarde su gratitud.

Después de tres meses de triste agitación, brillaba para las Hermanas otra vez un alegre rayo de luz. El 21 de agosto celebraba la Congregación su Jubileo de Plata y también el de su Superiora General. Preparada por un retiro de cinco días, llegó la fiesta de Santa Francisca de Chantal, en la cual hacía 25 años, Paulina y sus tres compañeras habían recibido el Santo Hábito y fundado la Congregación. Hubo una solemne Santa Misa en la capilla, que estaba magníficamente adornada. Alegrementemente las Hermanas entonaron la canción:

“Cantad Hermanas alegres salmos,
Adornad el altar con flores y palmas.
Hoy apareció una brillante estrella.
Llegó ya el día de la festividad
Cuando recibió el velo nupcial
Nuestra querida Madre General. Etc. “

De las filiales que todavía existían habían concurrido numerosas Hermanas con sencillos obsequios, y la Hna. Ana von Eichstädt colocó a la Madre una coronita plateada. A tiempo llegó un telegrama de América, enviado por la Madre Matilde, la única compañera que le sobrevivió. Después de la solemne Bendición siguió la noche en alegre recreación, en la que recordaron con gratitud los tiempos pasados y alabaron la Providencia de Dios. Al día siguiente hicieron una excursión común al valle de San Meinolfo y visitaron el sepulcro de Hermann von Mallinckrodt. En la hermosa capilla del bosque celebró el sacerdote de la casa de Böddeken una Santa Misa, y luego aceptaron la amable invitación de ir a la estancia donde el dueño empleó todo su talento para hacer el día muy agradable a su querida hermana y a sus hijas. Como recuerdo duradero del 21 de agosto de 1874, recibieron todas las casas de Europa y América, una fotografía de la Madre General. Hacía tiempo que las Hermanas deseaban un retrato, pero ella se resistía. En esta ocasión se dejó retratar, porque el Excmo. Señor Obispo lo pidió con insistencia y las Hermanas se alegraron de haberlo conseguido. Dice la crónica: “Ahora tenemos más o menos una imagen de nuestra querida Madre, pero sólo aproximadamente, pues ningún retrato puede dar la expresión que irradia todo su ser.”

A la fiesta del jubileo seguían días de serias reflexiones y trabajos. Paulina debía cumplir ahora lo que había prometido en América. Los Párrocos de Danville, Williamsport y Nippenose avisaron que estaban esperando, por eso se eligieron entre las Hermanas expulsadas otra vez 14 maestras para las escuelas de ultramar. El 6 de junio se embarcaron en Bremen. La Rvda. Madre las acompañó hasta el vapor y a la mitad del mes llegaron allá. La Madre Matilde las recibió en Wilkesbarre con los brazos abiertos. Conducidas por ella se trasladaron a sus nuevos campos de trabajo. Los párrocos y sus feligreses las recibieron tan amablemente, que las buenas Hermanas, como dice la Crónica, “se sentían profundamente avergonzadas por tantos honores y muestras de cariño que la gente prodigaba a las pobres desterradas monjitas”. Muy original resultó la

entrada de las Hermanas en Nippenose, adonde llegaron desde la estación Williamsport, el 1° de julio en un coche especial. Ya una hora antes de llegar a Nippenose, salió a galope tendido un grupo de jóvenes y hombres montando caballos ricamente adornados, para hacer la escolta de honor, mientras la comunidad parroquial, con los niños al frente, les vino al encuentro. Así pasó el cortejo a la hermosa capilla, pintorescamente ubicada a la altura de un monte, donde se puede contemplar el paisaje de un magnífico valle.

En el transcurso del verano llegaron nuevos pedidos a las Hermanas. Los señores párrocos: Reissert, de Westfalia y Weikmann de San Pablo-Iowa, habían solicitado Hermanas. Como los dos lugares le parecían aceptables a la Madre Matilde, y a la Casa Madre de Paderborn habían regresado otra vez las maestras expulsadas de las escuelas alemanas se eligieron diez Hermanas para estas dos fundaciones. La Rvda. Madre las acompañó como siempre, al vapor. Se embarcaron el 11 de agosto y llegaron el 26 del mismo mes a Nueva York y desde allí viajaron a Wilkesbarre. La introducción de las Hermanas por la Madre Matilde en Westfalia, el 8 de septiembre, fue muy simpática. Este lugar, que ahora era floreciente y rico, había sido colonizado hacía 40 años por emigrantes de Westfalia bajo la dirección del Párroco Kopp (hermano del finado Prior y Consejero de Gobierno de Minden). La ciudad más cercana era Detroit, a una distancia de unas 30 horas. Las Hermanas encontraron allí una cálida acogida. Les habían edificado una casa nueva donde se encontraron a gusto. La iglesia también era nueva y grande, recién terminada, y la escuela era hermosa, un honor para la comunidad. Desde Westfalia viajó la expedición conventual por Detroit a San Pablo –Iowa. El camino era largo; anduvieron dos días en ferrocarril. Las Hermanas que sabían poco inglés, admiraron la cortesía del personal ferroviario y de los otros viajeros. El 15 de septiembre llegaron a San Pablo donde las esperaba un nuevo y brillante recibimiento. La comunidad vino a su encuentro con 50 coches y una banda de música y las llevó triunfalmente a la iglesia. A la noche siguiente expresaron nuevamente su alegría mediante una procesión de antorchas.

Entre tanto, Paulina recibía más cartas de América. Todas solicitaban Hermanas, y a la Casa Madre en Paderborn regresaban continuamente Hermanas de las filiales cerradas por el Kulturkampf. El 18 de septiembre, la Madre condujo otra vez 22 de sus queridas hijas a Bremen, donde se embarcaron. El 3 de octubre estaban en América. La Madre Matilde las recibió cordialmente y las envió para que dirigieran las escuelas de Henderson – Minnesota, Mauch Chunk y Honersdale – Pensilvania. Apenas habían transcurrido dos años, y la Congregación ya tenía once nuevos establecimientos en América del Norte. Después de haber vencido el obstáculo principal, que era el aprendizaje del idioma inglés, a lo cual las Hermanas se dedicaron con gran fervor, todos los establecimientos daban las mejores esperanzas. La pequeña Casa Madre provisora en Wilkesbarre comenzó un postulanteo y arraigó sus raíces en suelo americano. Con qué prudente y amable circunspección realizaron la Madre Paulina y la Madre Matilde la obra que la Divina Providencia les había confiado, la emigración de sus hijas de la patria, al nuevo mundo, nos dice la crónica. “La Rvda. Madre acompañaba cada vez a sus Hermanas al barco, cuidaba maternalmente que no les faltara nada, y las animaba con sus palabras y obras a soportar todos los sacrificios que les imponía la separación de la patria. Felices de ser hijas de tal madre, cumplieron las Hermanas gozosamente sus deseos y se dirigieron, llenas de confianza en Dios, a su nueva patria. La Madre Matilde recibió a las Hermanas en América con los brazos abiertos y se empeñó en ayudarlas en todas sus dificultades y de apartar de ellas todos los obstáculos que trae consigo semejante comienzo, las animaba siempre de nuevo con alegría”.

La fama de la benéfica actividad se extendió más y más y ya había llegado al extremo sur. En los

años 1873 y 1874 llegaron repetidas veces pedidos de Chile, solicitando que la Congregación se estableciera en Puerto Montt y Ancud. Incluso el gobierno chileno mostró vivo interés, Aunque en aquel tiempo no había podido acceder a su deseo, ahora había Hermanas disponibles. Entre tanto, el gobierno de Chile había tratado con las Hermanas franciscanas de Capellen, pero estaba conforme, si las Hermanas franciscanas, de común acuerdo con la Madre Paulina, le dejaban este campo de trabajo. Después que el gobierno hubo enviado el dinero para el viaje de 12 Hermanas, partieron ellas de Paderborn, el 8 de septiembre de 1874 a las 4 de la mañana, acompañadas por la Madre. Fueron a Burdeos donde las doce religiosas tomaron el vapor "Liguria". Profundamente emocionada se despidió Paulina de sus queridas hijas. Dos cosas la consolaron: con la Hna. Gonzaga les había dado una excelente y eficaz Superiora Provincial ya demás había encontrado un inteligente y piadoso sacerdote, el Sr. Capellán Haus, que las acompañaba en el largo y peligroso viaje marítimo. Con la protección de Dios tuvieron una travesía feliz. El 3 de noviembre llegaron a Ancud y encontraron el nuevo, pintoresco país, un benéfico campo de trabajo. La Madre Gonzaga fundó la Casa Madre para la Provincia Chilena en Ancud, además el noviciado, una escuela para señoritas, y se encargó de la dirección de un hospital. En Puerto Montt confiaron a las Hermanas las escuelas elementales y la conducción del hospital.

El año 1874, que vio partir de la patria a tantas Hermanas, fue igualmente fecundo para la cosecha celestial. Seis Hermanas fallecieron en cortos intervalos. Dice la crónica: "Todas estas buenas religiosas murieron bien preparadas y tuvieron un desenlace feliz. Esperamos que en estos tiempos tristes hayan sido potentes intercesoras par a nosotras ante el trono de Dios."

Fueron tiempos tristes los que el Kulturkampf provocó en las regiones católicas de Prusia. En el año 1875 se dio el último golpe destructivo contra las Congregaciones religiosas. Paulina esperaba ya la confiscación de los bienes de la Congregación, y resolvió venderlos antes para conservar su valor. Durante los meses de abril y mayo viajó apresuradamente de una filial a otra para realizar las ventas y firmar los contratos. Dice la crónica: "Esto era un tiempo horrible para l pobre Madre General. Ella sufría muchísimo, le sangraba el corazón, mientras viajaba de un establecimiento a otro para intentar salvar la propiedad de la Congregación con grandes dificultades. Solamente Dios conoce los generosos sacrificios que hizo en este tiempo:" Sin duda fue un gran sacrificio para ella, pues por la venta de tantos lugares florecientes y de benéfica actividad, estampó el sello de la disolución."

Cuando el 31 de mayo la ley contra los conventos entró en vigor, y según el artículo 4, la fortuna de los claustros disueltos debía ser fiscalizada y administrada por el Estado, no se encontró nada de los bienes de la Congregación, todo estaba legítimamente vendido. Pero el Consejero de Gobierno, Himly, que fue nombrado por el Estado administrador de los fondos de los establecimientos conventuales, les inició procesos y anularon los contratos referentes a las casas de Höxter, Oschersleben y la Casa Madre de Paderborn, que fueron declarados inválidos. Aunque la Congregación estuvo durante el tiempo de estos pleitos, en posesión de estas propiedades, siempre quedaba la angustia de perderlas. El único punto de apoyo era la ilimitada confianza de Paulina en Dios. A pesar de que pareciera que su obra se extinguía en la patria y las Hermanas desalojadas apenas habían encontrado hospedaje en otros países, su mirada ensanchó los horizontes y ella siguió admitiendo nuevos miembros para la Congregación. Justamente dos días antes de la publicación de la ley, el 29 de mayo, siete postulantes recibieron el santo hábito de manos del Excmo. Obispo Auxiliar Freusberg.

Después de esta hermosa ceremonia, que esta vez tenía un matiz triste, la Madre se apresuró a

viajar a Bohemos, acompañada por las Hermanas Ana y Agustina. Las Hermanas, que en enero de 1874 habían encontrado un refugio provisorio en el castillo Costelez, se habían trasladado en noviembre del mismo año a Mühlhausen, donde el príncipe Lobkowitz les había concedido uno de sus castillos en alquiler. La reedificación necesaria estaba concluida, ahora había que preocuparse por la instalación y además tenían que fundar una nueva filial en Weltrus, cerca de allí. Todo se arregló según sus deseos, y el 25 de junio regresó Paulina a Paderborn. Aquí la esperaba un trabajo urgente. En el transcurso del año habían llegado numerosas solicitudes de América del Norte, que Paulina había aceptado. Las Hermanas debían hacerse cargo de las escuelas de las comunidades: San Bonifacio en Filadelfia, San Agustín en Newark, Nueva York, San Miguel en Elizabeth y San Lorenzo en Harrisburg. Se necesitaban treinta Hermanas que debían emprender el viaje el 6 de agosto. Emocionante fue la coincidencia de que el Rvdo. Padre Ignacio Leiler, franciscano, que al día siguiente, junto con sus hermanos en religión, debía ser expulsado de su convento en Paderborn, pudiera dar a las Hermanas que debían despedirse de la patria, una impresionante conferencia. El 6 de agosto las acompañó la Madre con las Hnas. Agustina y Wunibalda a Rotterdam donde se embarcaron, recibiendo otra vez la bendición de la Rvda. Madre. El 25 del mismo mes llegaron a Nueva York, donde la Madre Matilde y la Hna. Filomena las acogieron cordialmente. También los párrocos y sus feligreses las recibieron muy amablemente y en todas partes encontraron una benéfica actividad.

También en el lejano sur pidieron con insistencia más Hermanas. Por las informaciones de la Hna. Gonzaga, Paulina se dio cuenta de que las fuerzas en Chile no eran suficientes para un campo de trabajo tan grande. Entonces resolvió enviar cinco Hermanas más y dos quinteros, que también habían solicitado para ayudarlas. Gracias a Dios. Se encontró también esta vez un sacerdote, el Capellán Junker, que prometió proteger a este pequeño grupo durante el viaje. Así tuvieron el consuelo de poder asistir a la Santa Misa y recibir los santos Sacramentos. El martes 5 de octubre, a las 3 de la mañana, él celebró la Santa Misa en la Capilla de la Casa Madre. Muchas Hermanas asistieron, porque la Madre Paulina había invitado a sus hijas de las filiales, que todavía existían, para despedirse de sus hermanas. Luego tomaron el ferrocarril expreso que las llevaría la misma noche a París. La Rvda. Madre las acompañaba, como siempre, al puerto de Burdeos. Un viaje feliz las llevó sanas a Ancud, donde las hermanas de Chile las esperaban en un bote para llevarlas con gran júbilo a la Casa Madre Provincial.

“Paulina había enviado este año al nuevo mundo, cuarenta Hermanas”, como la crónica resume en este lugar. “A todas las había acompañado al vapor, Por las ventas de las casas de Alemania había viajado a todas las filiales y apresuradamente había visitado a los Presidentes de Gobierno de Minden, Münster y Düsseldorf, para salvar a los establecimientos de Solingen, Magdeburgo y Steele, que entre tanto habían recibido también un aviso de despido. Varias veces fue a Bélgica, donde habían ofrecido un hospital a la Congregación. Todos los miembros de la Congregación, hasta los tiempos más remotos, pueden contemplar con nosotras con agradecido asombro lo que realizó nuestra Madre y Fundadora con heroísmo y amor para salvar nuestra Congregación en estos tiempos borrascosos y cómo supo dar a cada Hermana una nueva actividad. Después de un año tan agitado, Le hubiéramos deseado gustosamente algún tiempo de descanso en la Casa Madre. Pero desgraciadamente no había tranquilidad para nuestra pobre Madre General: cada día trajo nuevas dificultades y preocupaciones”.

Al principio del año 1876, Paulina tenía la mente y el corazón lleno de preocupaciones por la Casa Madre. Por cierto, la ley de la disolución de conventos no era del todo aplicable a su Congregación, porque algunos establecimientos, sobre todo el Instituto de Ciegos y el hospital en Anrath, estaban permitidos. Por estos establecimientos seguía la Congregación en Prusia

como legítimamente establecida y autorizada, y en consecuencia, debía seguir existiendo también la Casa Madre como necesario semillero de estas casas. Pero, después de haber perdido el pleito a causa de la Casa Madre, amenazaba la disolución, y el desalojo era únicamente una cuestión de tiempo. Paulina estaba sumamente agradecida a Dios por la continua extensión de la Congregación en América del Norte y del Sur, sin embargo, abrigaba en su corazón el ardiente deseo de conservar la Casa Madre en Paderborn como benéfica raíz de su floreciente obra. Por su ilimitada confianza en la misericordia de Dios, estaba penetrada de la firme convicción de que, después de estos días de aflicción, vendrían mejores tiempos. Entonces sería conveniente buscar fuera de la patria, pero lo más cerca posible, un refugio. Ella fijó su mirada en Bélgica. Cuando había viajado a este país, le habían ofrecido una hermosa propiedad en Mont St. Guibert, cerca de Bruselas, que estaba en venta. Desgraciadamente le faltaba dinero para comprarla. Entonces sucedió que se encontró el 22 de abril de 1876 un buen comprador para la casa de Crefeld, donde las Hermanas habían recibido la orden de evacuación. Paulina viajó apresuradamente a Bélgica y compró la propiedad de Mont St. Guibert y arregló lo más necesario para el traslado de las Hermanas.

Los asuntos de la Congregación, dentro de la patria y en el extranjero, estaban por ahora arreglados, y Dios le concedió un breve intervalo tranquilo. Estaba totalmente penetrada y vivamente convencida de que su Congregación debía vivir en la más íntima unión con el Cuerpo Místico de la Santa Iglesia. Siempre había deseado ardientemente viajar personalmente a Roma, al sepulcro de los príncipes de los apóstoles. Ansiaba visitar al Santo Padre Pío IX, como Supremo Pastor de la Iglesia, para prosternarse a sus pies, expresarle su filial rendimiento y veneración, y confiarle sus deseos para el futuro de la Congregación. Especialmente deseaba solicitar el permiso para fundar las dos nuevas Provincias en América del Norte y del Sur. Después de haber conseguido el consentimiento del Excmo. Sr. Obispo, al cual entrevistó en su exilio, fijó el día de la partida para el 27 de abril. Entre sus parientes encontró un agradable grupo para ir a Roma. La acompañarían: la baronesa von Merrenich Wehrden, las señoritas Paula y María von Hartmann, la Srta. Agustina von Zurmühlen y la Hermana Adalberta, que hizo la descripción del viaje que se relata en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII

Viaje a Roma (del 27 de abril al 3 de junio de 1876)

“Era el 27 de abril, un día alegre, soleado y templado, según nuestros deseos, cuando la Rvda. Madre a las 12 del mediodía se despidió cordialmente de las Hermanas allí reunidas. La noche anterior había regresado de un importante viaje de negocios y la última mañana tuvo que terminar todavía unos cuantos trabajos. Por eso temíamos que no encontrara tiempo para dar una pequeña conferencia de despedida a las Hermanas de la Casa Madre y a las que habían regresado de Magdeburgo y Solingen. Pero el amor para con sus hijas venció todos los obstáculos y les dio todavía una breve y magnífica instrucción. En su sencillez encantadora expresó su alegría porque el buen Dios le había presentado esta oportunidad propicia y la felicidad se reflejaba en su rostro. Luego encomendó en sus oraciones al grupito de viajeras y el éxito de su viaje. Asimismo pidió a las numerosas Hermanas destinadas para América, que durante su ausencia se prepararan mediante la oración y el trabajo y que cuidaran concienzudamente su salud, porque a su regreso debían partir pronto al nuevo mundo. Todas estaban tristes y alegres a la vez; melancólicas por la separación de su Madre, aunque era por poco tiempo, y alegres porque se cumplía su íntimo deseo de ir a Roma. Hasta el último momento trabajó la Madre con una y otra Hermana, aunque le faltaba el tiempo para despedirse de cada una en particular. Después de haber saludado brevemente al Santísimo Sacramento, pasó por las filas de las Hermanas y dijo: “Queridas hijas, de todo corazón les digo adiós, y salió de la casa acompañada por las bendiciones de sus Hermanas” Así lo relata la Hermana Adalberta el principio de su descripción del viaje. Las damas, compañeras del viaje, recibieron a Paulina en la estación ferroviaria y pronto pasó el tren delante de la Casa Madre donde se saludaron otra vez cordialmente. Pasaron por Frankfurt, Munich, Innsbruck, por el Paso de Brenner y Tirol a Italia. En Verona hicieron un breve descanso y en Florencia quedaron un día y medio. Luego pasaron por Civita Vecchia y llegaron el 2 de mayo a la estación ferroviaria de Roma. Era de noche, las esperaban dos sobrinos de la Madre: Félix von Hartmann y Jorge Hüffer, que estaban cursando sus estudios en la “ciudad eterna”. Condujeron a las damas al hotel. Para la Madre y la Hna. Adalberta, habían reservado una habitación en el Campo Santo, directamente al lado de San Pedro y el Vaticano. En la parte superior, en las habitaciones del Santo Padre, había todavía luz. El coche paró delante del hospicio del Campo Santo, donde Monseñor del Waal y su hermana las recibieron con cordial alegría. Por el pedido de Paulina recibieron la bendición del venerable sacerdote.

En la mañana siguiente fuimos despertadas por las majestuosas campanas de San Pedro. Acudimos a su llamado, y poco después entramos a la Basílica por primera vez para participar en la Santa Misa. ¡Qué sentimientos santos embargaban nuestros corazones! Pensamos que la majestuosa cúpula que estaba sobre nosotras cubría tierra sagrada, que en el tiempo pasado estuvo saturada con la sangre de los santos mártires, que aquí descansa el príncipe de los Apóstoles, rodeado de innumerables confesores de la fe que como él, dieron su sangre y sacrificaron su vida por Cristo. Asombradas nos arrodillamos silenciosamente para dar gracias al buen Dios por su paternal protección durante nuestro largo viaje. Participamos en la Santa Misa en la Capilla dedicada al Santísimo Sacramento y recibimos la Santa Comunión por primera vez en la Ciudad Eterna. Después de nuestra acción de gracias fuimos al principal lugar sagrado de San Pedro, llamado “Confessio”, que contiene la tumba del santo Apóstol. Ochenta y nueve lámparas

de bronce adornadas con figuras, decoran la balaustrada de mármol, rodeando el lugar donde descansa el santo. Estas lámparas arden día y noche simbolizando la viva fe católica y el amor, que desde este lugar, alumbran e inflaman el mundo entero. Una escalera doble, hecha de mármol griego, lleva a la parte inferior. Especialmente bella y artística es la puerta de bronce. Detrás de la puerta cerrada se conserva una rica urna de mosaico, debajo de la cual descansan las reliquias de San Pedro. En este lugar sagrado nos arrodillamos con profunda devoción. Nuestra querida Rvda. Madre tenía una imagen de extrema felicidad; sus ojos expresaban los sentimientos de gratitud y alegría que llenaban su corazón cuando contemplaba el santuario del gran Apóstol, como si quisiera decir: “¿Cómo puedo agradecer al Señor por todo aquello que me ha dado? Antes de regresar a casa besamos reverentemente una muy antigua estatua de San Pedro en bronce.

A esta visita seguía el mismo día otra para contemplar detenidamente la magnífica basílica y sus tesoros de arte y Paulina rezó allí casi todos los días. Paulina y sus compañeras de viaje visitaron con común interés las hermosas iglesias y admiraron los tesoros de arte. Pero después de un rato, se separó de ellas para dedicar a los asuntos de la Congregación, pues había venido para esto. También de las visitas comunes a los santos lugares mencionamos sólo algunas, sin fijarnos en la sucesión del tiempo. Al segundo día vieron al Santo Padre Pío IX, en una audiencia común, de la que participaron más o menos cien personas. La Hna. Adalberto escribe: “El Santo Padre apareció en su amabilidad y ataviado en sus vestiduras blancas y la cruz pectoral de oro, no como un gobernador, que aparece delante de sus súbditos, sino como un padre, feliz de tener a algunos de sus hijos con él. El Vicario de Cristo pasó junto a la fila de los fieles, dando a cada uno el privilegio de besar su mano y escuchando amablemente las peticiones de cada uno. Cuando su Santidad se aproximó a nosotras, pensó que éramos carmelitas, porque vestíamos las capas blancas, pero el Dr. Pich que tuvo la amabilidad de escoltarnos al Vaticano, le informó a Su Santidad que éramos Hermanas de la Caridad Cristiana. “De la Inmaculada Concepción”, agregó nuestra Rvda. Madre, expresando al Santo Padre su profundo sentimiento de gratitud por darnos este hermoso título. Luego la Reverenda Madre expresó a Su Santidad su cálido agradecimiento por todos los beneficios concedidos y humildemente pidió su bendición para la Congregación entera y para cada Hermana en particular. El Santo Padre respondió a su requerimiento con palabras benévolas, y luego agregó que cada una y todas tenían su bendición, que Dios nos dé la gracia de la constancia en la persecución y también la gracia de la perseverancia en la batalla hasta el final. Después el Santo Padre se dirigió al centro del hall y apoyado en su báculo, con venerable delicadeza dirigió unas palabras conmovedoras a todos los presentes. Luego todos nos arrodillamos para recibir una vez más la bendición apostólica de Pío IX. La Reverenda Madre recibió su bendición no sólo para ella, sino también para todas sus hijas en la distante patria y para aquellas allende el océano en Norte y Sud América, a quienes recordó tan a menudo y con tanto cariño durante su estadía en la ciudad eterna.”

Para la tarde de este feliz día, Monseñor de Waal había propuesto realizar una visita a las catacumbas de San Calixto por lo que se juntaron veinte peregrinos en el hotel Minerva para participar. Pasamos por la pequeña iglesia “Domine quo vadis” y por los sepulcros y ruinas de la Vía Appia hasta llegar a la entrada de las catacumbas. Con velas encendidas, guiados por Monseñor de Waal, bajaron los visitantes y entraron respetuosamente en los angostos caminos que contienen a ambos lados las sepulturas de los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia. En varias partes son más anchas y forman capillas sepulcrales que, destinadas al entierro de mártires, ofrecen lugar para rezar. Durante la primera persecución de los cristianos se celebraron aquí en secreto los santos misterios. Las antiquísimas pinturas al fresco, que adornan las paredes,

dan en sus simbólicas representaciones un magnífico testimonio de la unidad de la fe católica. Con especial devoción rezamos en la capilla sepulcral de Santa Cecilia, la virginal mártir del siglo tercero. Su cuerpo incorrupto se trasladó más tarde a la iglesia de Santa Cecilia en Trastevere. Los peregrinos iban por estos lugares santificados entonando el salmo: “Laudate Dominum omnes gentes” y el himno: “Oh santísima”. “Cantando y rezando – termina la Hna. Adalberta de descripción – alcanzamos la salida, y profundamente penetradas de la verdad y divinidad de nuestra santa religión, dejamos este santo lugar. Aquí se siente como en ninguna parte del mundo, la hermosura de las palabras del Credo: “¡Creo en una santa, católica y apostólica Iglesia!”

Dedicaron dos giras a la visita de los santos lugares y monumentos cristianos bajo la dirección del Dr. Hüffer. La primera tuvo su punto de partida en la iglesia de San Pedro en Montorio, donde San Pedro sufrió su martirio. Aquí, en la altura del Gianicolo, dentro del patio conventual de los franciscanos, se encuentra la construcción circular de Bramante, que indica el lugar donde el apóstol fue crucificado. Delante de la iglesia se levanta ahora la gran columna de mármol que Pío IX mandó erigir como recuerdo del Concilio Vaticano. Desde allí se goza de una magnífica vista de la ciudad eterna y la campaña. Luego se dirigieron a iglesia de Santa Cecilia en Trastevere, edificada en el lugar de la casa de la santa y que incluye el cuarto, todavía reconocible, donde la mártir murió por la espada del verdugo. Debajo del altar mayor, en un nicho, descansa la célebre estatua de mármol de Madero, que contiene la copia del cuerpo incorrupto de la santa. A continuación visitaron la basílica de Santa Praxedis con la columna de la flagelación del Salvador, y desde allí fueron a la hermosísima basílica de Santa María Mayor, que está construida sobre las ruinas de un templo de Juno. Cerca está la iglesia de San Alfonso de Ligorio con la imagen milagrosa de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, allí las religiosas rezaron devotamente por su Congregación. Luego fueron al Coliseo, la ruina del gigantesco anfiteatro, construido por Vespasiano y Tito, donde tantos mártires derramaron su sangre por Cristo, despedazados por las fieras. Al final llegaron al Letrán con su magnífica catedral. Que es considerada “Madre e iglesia principal” de todas las iglesias de la cristiandad católica, “Omnium ecclesiarum urbis et orbis mater et caput.” Contiene un rico tesoro de venerables reliquias. En primer lugar está la Scala santa con la capilla Sancta Sanctorum, la escalera de mármol de la casa judicial de Pilatos, que según una antigua tradición, fue trasladada de Jerusalén a Roma por la emperatriz Elena. A la mañana del 12 de mayo visitaron los jardines y al biblioteca del Vaticano y a la tarde del mismo día fueron a la magnífica basílica de San Pablo extra muros, en la cual se encuentra el sepulcro del apóstol de los gentiles. Escribe la Hna. Adalberta: “Es indescriptible con qué devoción y serenidad se arrodilló nuestra Rvda. Madre allí, junto al sepulcro de su santo patrono. Quedamos mucho tiempo en este santo lugar y solamente Dios sabe cuántas fervorosas oraciones subieron al cielo. Con toda seguridad recordó a todas nuestras hermanas y a todas las casas de Europa y América.” Desde allí llegaron a la iglesia “Alle Tre Fontane”, que está en el sitio donde San Pablo fue decapitado. Según la leyenda, brotaron tres fuentes de agua del suelo, cuando la cabeza del apóstol lo tocaba, las que dieron nombre a esta iglesia. La cuidan los trapenses y al mismo tiempo cultivan la campaña. Luego fueron al antiguo foro con sus columnas quebradas, ruinas de templos y los escombros de los orgullosos palacios de los emperadores hacia el famoso Capitolio, a cuyo pie se encuentra el calabozo mamertino que consiste de tres bóvedas subterráneas superpuestas. “En esta prisión – relata la Hna. Adalberta - en la más profunda, estuvieron por orden de Nerón los santos apóstoles Pedro y Pablo y fueron luego condenados a muerte. Con devoción reverente besamos la columna de granito a la que los nobles prisioneros fueron atados. Bebimos también en la fuente que había brotado

milagrosamente por la oración de San Pedro, cuando quería administrar el santo sacramento del Bautismo a sus guardias Proceso y Martiniano, y a muchos de sus compañeros de prisión.” Después de haber rezado, nuestras peregrinas ascendieron las anchas escaleras que conducen a las colinas del capitolio, mientras meditaban sobre la Divina Providencia, que dispuso que en el transcurso de los siglos el templo de Júpiter con toda su magnificencia se convirtiera en escombros, para que en este lugar se levantara la hermosa iglesia “Ara coeli”, en honor de la reina del cielo. Aquí descansa también, entre muchos objetos sagrados, el cuerpo de Santa Elena, madre de Constantino.

Monseñor de Waal las condujo al día siguiente otra vez a la Basílica de San Pedro, para que conociesen el aula del Concilio y subiesen a la cúpula. El aula abarca el ala derecha de la nave transversal. Lo encontraron del todo arreglado, como si el Santo Padre hubiera querido convocar enseguida a los Cardenales para terminar el Concilio, y que habían interrumpido demasiado temprano. Cuando hubieron subido a la imponente cúpula, aprovecharon primero, desde la galería interior, la mareante vista del interior de la gigantesca construcción. Luego, cuando alcanzaron la “Linterna”, que la corona, gozaron de la vista del magnífico panorama de la ciudad eterna y sus alrededores. En el primero plano estaba el Vaticano con sus jardines, más lejos el panorama arquitectónico de las casas e innumerables iglesias y cúpulas. Todo estaba cercado por la vasta campaña con sus montañas y en la lejanía se divisaba la línea plateada del mar.

A la tarde de este día, el Sr. von Hartmann las llevó a la basílica de Santa Inés, donde se encuentra el sepulcro de la virginal mártir debajo del altar mayor. Directamente al lado está el claustro de las benedictinas. En el año 1855 se derrumbó allí una sala, y por un milagro, Pío IX y los demás allí presentes se salvaron de la muerte. Al regresar visitaron todavía la Basílica de San Lorenzo; San Ignacio, la iglesia de los jesuitas, y rezaron en todas partes a los santos que allí tienen su sepultura. A la mañana siguiente, el Sr. von Hartmann celebró la Misa en la capilla de San Luis por las intenciones de nuestras religiosas y ellas asistieron y comulgaron.

Esta y otras excursiones a los numerosos santuarios de Roma resultaron para Paulina un descanso y recreo, pues así fueron interrumpidas sus preocupaciones y negociaciones, a las que dedicó mucho tiempo. En el año 1867 había conseguida la aprobación eclesiástica de las Constituciones de la Congregación, por un período de diez años y ahora debía solicitar su prolongación. Además necesitaba permiso para erigir las dos nuevas Provincias de América del Norte y del Sur. Con incansable fervor hizo los trámites necesarios con la Sagrada Congregación para Religiosos. Tuvo la suerte de que el Cardenal Ledochowski la apoyara y auxiliara poderosamente, de tal modo, que lo que comúnmente se alcanza en varios meses, lo pudo alcanzar en tres días. Paulina se permitió otra interrupción de su serio trabajo, participando en una excursión a Nápoles, porque sus compañeras de viaje la habían invitado. Aceptó, porque en los días siguientes se celebraría la fiesta de San Genaro, patrono de Nápoles. Después de haber escuchado la Santa Misa en San Pedro, tomaron a las nueve el ferrocarril que las llevó en pocas horas a Nápoles, que brillaba iluminada por el sol. En el camino admiraron la hermosa abadía de los benedictinos, Monte Cassino, que era la venerable Casa Madre de la Orden fundada por San Benito. Está ubicada en la altura de la abrupta montaña, cerca de San Germano. Todo lo demás pasó a segundo plano ante el esplendor de Nápoles. La Hna. Adalberto relata: “Indeciblemente hermosa fue la vista que tuvimos desde la ventana del hotel. Delante de nosotras estaba el golfo con sus risueñas bahías, sus pintorescas islas, sus florecientes ciudades en las costas y hermosos chalets. Encima de esta magnificencia reina, en temible majestad, el Vesubio, que levanta su cabeza humeante sobre al risueña ciudad, como una seria exhortación”. El día después de su

llegada, primero domingo de mayo, era la fiesta de San Genaro. En ella se recuerda el traslado de las reliquias del santo mártir a Nápoles. En este día se repite anualmente el milagro de que la sangre del santo guardada en una ampolla de vidrio, y en estado sólido, se vuelve líquida. Las viajeras encontraron lugares cerca del altar y tuvieron ocasión de observar detenidamente el milagro. Escuchemos el relato de la Hermana Adalberto: “El Cardenal de Nápoles, un venerable Prelado, tocó las santas reliquias con los vasos que contienen la sangre, y luego los dio vuelta. Los ojos de todos los presentes estaban absortos en el procedimiento y en un profundo silencio, sin respirar, esperaban la señal que indicara la licuefacción de la sangre. Pareció que San Genaro iba a dudar, entonces la gente, que temía que el santo no escuchara sus plegarias, comenzó en alta voz con todo el corazón, a rezar fuerte implorando misericordia a San Genaro. “San Genaro, ven y bendícenos... uno llamaba, otro vociferaba: “San Genaro, ven, sálvanos”, mientras otros extendían sus brazos suplicantes y lloraban fuerte invocando al santo. La escena era muy patética, incluso extraña para nosotras, que viviendo en el norte de Europa estamos acostumbradas a la quietud en las iglesias. Sin duda, el Señor estuvo complacido con la vehemente fe de los napolitanos porque de repente, por el signo de agitar un paño blanco, la gente se enteró que el milagro se estaba produciendo. No puedo describir con palabras la escena que siguió, y de la que fuimos testigos oculares. Ni bien la sangre comenzó a licuarse en los recipientes de cristal, el órgano sonó fuertemente en tono alegre, la gente cayó de rodillas y gritó al unísono al menos veinte veces seguidas: “¡Que viva San Genaro!” Cuando el estruendo de júbilo pasó un poco, la santa sangre fue presentada para la veneración. Dada la cantidad de gente presente, esto llevó varias horas. También nosotras tuvimos el privilegio de venerar la santa reliquia y luego participar en la Santa Misa ofrecida en el altar dedicado al santo. Con los corazones llenos de gratitud hacia Dios y animadas por el amor y veneración al gran santo de Nápoles, dejamos la iglesia. La santa reliquia de la sangre quedó expuesta para la veneración hasta el anochecer. Nosotras estábamos llenas de agradecimiento a Dios y penetradas de amor y veneración hacia el poderoso patrono de Nápoles.”

Aprovecharon el resto del día para conocer Pompeya, que queda cerca. A la otra mañana fueron al Fuerte San Elmo y a San Martino, que antes había sido un convento. Desde allí tuvieron una hermosísima vista de la magnífica ciudad y a la tarde, 9 de mayo, regresaron a Roma. Ahora quedaban pocos días para poder pasar en la ciudad eterna, entonces resolvieron hacer una peregrinación a las siete iglesias principales de Roma para ganar una indulgencia plenaria. A la tarde visitaron las iglesias de San Pablo y San Sebastián y rezaron junto a los sepulcros de los santos las oraciones prescritas. A la mañana siguiente continuaron la peregrinación visitando primero la Basílica de San Pedro, donde el Sr. von Hartmann en la Confessio, sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, celebró la Santa Misa por las peregrinas y les dio después la Santa Comunión. Luego tomaron el desayuno en el Campo Santo. Siguió la visita a la iglesia de Letrán, y más tarde entraron a la Basílica de la Santa Cruz. Veneraron con íntima devoción la gran partícula de la cruz de Cristo con la inscripción y las demás reliquias de la pasión del Salvador que allí se guardan. También las tocaron con sus rosarios. La Madre tenía tanta alegría que exclamó una y otra vez: “¡Oh, que el buen Dios me dé la gracia de que este rosario no se rompa hasta mi muerte!” Finalmente fueron a las iglesias de San Lorenzo y Santa María Mayor.

La Madre realizó esta piadosa peregrinación en acción de gracias por todos los beneficios y éxitos que había obtenido en la ciudad eterna. Sus negociaciones, la aprobación de la Congregación y de sus Constituciones para otros diez años y el permiso para fundar las nuevas Provincias de América del Norte y del Sur; todo estaba arreglado.

(La aprobación definitiva se alcanzó recién en 188. Este acontecimiento, que Paulina deseaba tan ardientemente, le habrá causado seguramente una alegría especial en el cielo).

Ahora le faltaba agradecer al Santo Padre todos los favores obtenidos. La audiencia privada que la Madre Paulina había solicitado, le fue concedida. La Hna. Adalberta relata: “Nuestra querida Reverenda Madre obtuvo una audiencia privada en las Logias, y tuve el privilegio de acompañarla. Después que el Santo Padre terminó una audiencia pública, la cortina de nuestra Logia fue señalada por uno de los empleados con el distintivo traje rojo que usan, mientras dos miembros de la guardia suiza tomaron posición a ambos lados de la entrada. Todos los demás que acompañaban al Santo Padre se formaron a ambos lados, de modo que Pío IX estaba rodeado de un gran séquito, incluido Su Excelencia, el cardenal Ledochowsky. Nuestro estimado Santo Padre recibió a la Reverenda Madre con su usual manera amable y condescendiente, infundiéndole gran confianza. Por este especial rasgo de su carácter, él enseguida cautivaba a las personas que tenía delante. En ese momento tuvimos el privilegio de besar el pie del Papa, un privilegio raramente concedido, teniendo en cuenta la avanzada edad del Santo Padre. Cuando la Reverenda Madre tuvo la palabra, agradeció al Santo Padre con voz temblorosa de emoción por las gracias que la Congregación recibió por medio de él; le habló de las florecientes misiones que fueron cerradas a causa del Kulturkampf; le habló de la prontitud de las Hermanas para dejar su patria para servir para la gloria de Dios, la educación de la juventud y la salvación de las almas en tierras lejanas. Luego le contó al Santo Padre cómo Dios había dado a la Congregación nuevos fructíferos campos de trabajo en América a cambio de las pérdidas sufridas en Alemania; en particular mencionó las fundaciones en Chile, donde el Santo Padre había trabajado celosamente cuando era joven sacerdote. Finalmente, pidió para cada miembro de la Congregación, la gracia de la indulgencia plenaria a la hora de la muerte. Las simples, pero hermosas palabras de nuestra amada Madre, dichas con profunda emoción y reverencia, parecieron tocar el corazón del estimado Padre de la cristiandad, vi sus ojos llenos de lágrimas cuando ella le enumeró los numerosos y tristes acontecimientos de los últimos años. Su requerimiento de la indulgencia plenaria a la hora de la muerte, fue concedido con gran benevolencia, y también la petición de su firma personal en el respectivo documento. El Santo Padre con simpatía preguntó sobre su fiel y valiente hijo, nuestro amado exiliado Obispo Dr. Conrado Martin. Muy seriamente preocupado por él, preguntó a la Reverenda Madre sobre su condición personal, sobre el lugar del exilio, y concluyó con las hermosas palabras: “Salude en mi nombre al Obispo y dígame que lo felicito por su constancia y perseverancia en la lucha presente.” Finalmente el Santo Padre bendijo los rosarios y medallas que la Reverenda Madre había arreglado en una canasta y llevado consigo al Vaticano, y se despidió dándonos la Bendición Apostólica, la que recibimos para toda la Congregación y para cada miembro en particular adondequiera se encontrara.”

Se aproximaba el día de la despedida de la ciudad eterna. Se hicieron las visitas necesarias y por último dijeron también adiós al excelente hospedaje del Campo Santo. Fue un momento impresionante aquel en que Paulina y la Hna. Adalberta agradecieron a Monseñor de Waal y a su amable hermana, la cordial acogida y hospitalidad que habían encontrado en su casa. Se despidieron también de la buena anciana María, que era la fiel servidora de ellas y que les había contado sobre sus peregrinaciones a Tierra Santa, a Santiago de Compostela y Lourdes. La Hna. Adalberta termina así la descripción del viaje a Roma: “Por última vez anduvimos nuestro camino desde el Campo Santo a la gran Basílica de San Pedro. Así como nuestra primera visita al arribar a la ciudad eterna fue a San Pedro, también la última fue a esta magnífica iglesia que, a la hora de la partida nos pareció aún más hermosa que antes. Tuvimos la gran gracia de recibir a Nuestro Señor en la Santa Comunión, y una vez más pudimos dirigir nuestras oraciones en la tumba del

Príncipe de los Apóstoles y venerar la antigua estatua besando los pies del gran Apóstol. Luego nos separamos del Vaticano, de todos los santuarios y de la misma Roma, y sobre todo del Santo Padre, cuya venerable persona jamás olvidaremos. “¡Feliz Roma! ¡Te alabo por los palacios y edificios públicos, por las columnas y obeliscos, pero más te honro y te venero porque los grandes Príncipes de los Apóstoles te amaron, y en ti sacrificaron sus vidas!”

Al regresar, las Hermanas y sus compañeras llegaron primero a Ancona, y a la mañana siguiente fueron a Loreto, que queda cerca. Allí visitaron la pequeña casa, que antes, en Nazareth, había sido la habitación de la Santísima Virgen, donde recibió el saludo del ángel. Más tarde, después de la vuelta de Egipto, fue habitada por la Sagrada Familia y aquí pasó Jesús su juventud. Según la leyenda, los ángeles la transportaron a Loreto donde se encuentra actualmente en el interior de la gran Basílica. La llaman “Casa Santa” y para su protección está revestida de mármol finísimo. La habitación principal fue transformada en una capilla y allí recibieron con profunda devoción a su Dios y Salvador. Luego se arrodillaron detrás de la Capilla, en el lugar donde, según la leyenda, la Sma. Virgen recibió el saludo del ángel y concibió a su Divino Hijo. “¡Cómo resonaron en nuestros corazones las humildes palabras de María: Soy la esclava del Señor! Y cómo nos impresionó el versículo del Evangelio: “Y el Verbo se hizo carne”. (Hna. Adalberta).

Al día siguiente llegaron a Boloña donde visitaron iglesias y monumentos artísticos y a la tarde alcanzaron Padua. Allí se quedaron más tiempo para rezar largamente junto al sepulcro de San Antonio. Deseaban ir también a Asís, pero tuvieron que renunciar. El próximo ferrocarril las llevó a Venecia, la antigua ciudad del Mar Adriático. Allí visitaron la grandiosa catedral de San Marcos, asistieron a la Santa Misa y rezaron junto al sepulcro del santo evangelista, patrono de Venecia. Sus restos descansan allí desde el año 829 cuando fueron llevados desde Alejandría: Las viajeras estaban encantadas por la magnificencia de la catedral, del palacio ducal y por el paseo en góndola por el hermosísimo esplendor del canal grande con sus antiguos palacios. A la tarde continuaron su viaje y después de seis horas se encontraron en la estación ferroviaria de Trieste. Al día siguiente realizaron una excursión al castillo Miramare, que atrae por su fabulosa belleza y el recuerdo de la triste suerte de su constructor, Maximiliano de Austria, y su viuda mentalmente enferma. La residencia imperial les interesó solamente por algunas horas, pues la Rvda. Madre deseaba visitar a sus queridas Hermanas en Mühlhausen y Weltrus, y les había mandado un telegrama para anunciar su llegada. Apresuradamente fueron a Praga, donde la Superiora de Mühlhausen, la Hna. Walburga, sorprendió a las viajeras en la estación ferroviaria. Dedicaron una hora para ver el Hradchin y su preciosa catedral con las sepulturas de San Wenceslao y San Juan Nepomuceno, y al mediodía fueron a Mühlhausen. En el hermoso castillo, ubicado en una altura, fueron cordialmente recibidas por las Hermanas y sus educandas. Izaron una bandera blanca en el castillo para avisar a las Hermanas de Weltrus que la Madre había llegado y ellas acudieron presurosas, y todas juntas almorzaron alegremente. Las felices Hermanas escucharon con vivo interés lo que la Madre les contó de Roma y otros lugares. A la noche las pupilas agasajaron a las viajeras ejecutando obras musicales, representaron pequeñas comedias y con declamaciones que revelaron el buen gusto y la excelente formación de las alumnas. Al día siguiente fueron a Weltrus donde las esperaba también una cordial y alegre acogida en la casa festivamente adornada. El próximo día se despidió la amada Madre de las dos filiales. Estaba muy contenta porque encontró todo muy bien. Mientras la Hna. Adalberta emprendió el viaje a Gutenberg, donde había trabajado antes, Paulina continuó apresuradamente con sus compañeras de viaje, el regreso a la patria. Llegó el 3 de junio de 1876 sana y contenta a Paderborn, donde fue recibida con júbilo. La Crónica relata lo siguiente: “¡Vuelve la Madre! ¡Vuelve la Madre! La noticia corre por las casas. El telegrama anunció que llegaría antes del crepúsculo. Toda la Casa Madre se puso

en movimiento para recibirla dignamente. A las cinco pasó el tren velozmente delante de la Casa Madre. En la estación esperaban algunas Hermanas y juntas se dirigieron luego a la Casa Madre con paso acelerado. Después del primer recibimiento, fueron todas a la Capilla para dar gracias a Dios por el feliz regreso de la amada Madre General. Al entrar tocaba el órgano y con el corazón lleno de alegría, las Hermanas entonaron una hermosa canción que se había compuesto especialmente para ese día. El sol poniente envió sus últimos rayos a la linda capilla, e iluminó el rostro de nuestra Madre, que todavía estaba unida a Dios en la oración. Luego se levantó y pasó por la casa que estaba adornada con guirnaldas y flores. Después de haber saludado y agradecido otra vez, invitó a las Hermanas de la Casa Mare y de las filiales de Paderborn para la tarde siguiente, y cansada y fatigada por el largo viaje, se fue a descansar.

A la mañana siguiente, fiesta de Pentecostés, vino la Hermana Ana, Superiora del Instituto de Ciegos, con los niños, los favoritos de la Madre, para saludarla. Grande era la alegría cuando les relataba algunos acontecimientos de su viaje y maternalmente regaló a cada niño un rosario bendecido por el Santo Padre. A la tarde se reunieron todas las Hermanas en el salón grande de la Casa Madre y con mucha atención y gozo interior escucharon las comunicaciones de Roma. Luego admiraron los recuerdos que había traído, especialmente las venerables reliquias. Cada filial recibió una. El buen quintero y las empleadas recibieron también un recuerdo de la ciudad eterna. Así terminó este hermoso día. Agradecemos una vez más al buen Dios el feliz regreso de la Rvda. Madre y le pedimos que la conservara para nosotras por mucho tiempo.”

CAPITULO IX

1876 – 1879

Paulina necesitaba el ánimo y la fortaleza que le había concedido su viaje a la ciudad eterna y la bendición del Santo Padre, dada con tanta generosidad, porque a su regreso la esperaban duros combates. Durante su ausencia la persecución había recrudecido y no quedaba ninguna esperanza de salvar la Casa Generalicia. Pero en este triste tiempo en que ningún día la dejó exteriormente tranquila, guardaba en su alma una paz imperturbable, entera sumisión a la voluntad de Dios y gran confianza en su amor paternal. En todas las circunstancias permanecía fiel a su lema: emplear todas sus fuerzas para realizar lo mejor posible la obra que Dios le había confiado y luego poner el éxito de su trabajo con filial confianza y sumisión en las manos de Dios.

Apenas tres días después de su feliz regreso, la llamaron a Mont St. Guibert para arreglar un asunto que llenaba su corazón con íntimo gozo y al mismo tiempo de dulce tristeza. Ahora podía mostrar su gratitud para con el más grande bienhechor de su Congregación. El Obispo de Paderborn, Monseñor Conrado Martin, arrestado y aprisionado en el fuerte de Wesel, había conseguido huir el 4 de agosto de 1875. Alcanzó a ponerse a salvo primero en Holanda donde el Conde Anseburg lo acogió amablemente y luego estuvo con los franciscanos en Brunsum. Por orden del Gobierno de Holanda fue perseguido y se refugió en el convento de los Franciscanos en St. Trond, Bélgica, donde se quedó un tiempo vestido con el hábito de San Francisco y no lo reconocieron. Aquí fue sorprendido por la visita de Paulina, que le pidió que se fuera a su casa de Mont. Sr. Guibert y la considerara como su propiedad. La alegría de Paulina fue indescriptible, porque el ilustre Prelado aceptó su ofrecimiento con profunda gratitud. Ahora tenía la suerte de dar hospedaje al que había fomentado tan fervorosamente la vida interior y el crecimiento de su querida Congregación. Al mismo tiempo pudo apaciguar, como hija agradecida, su doloroso destierro. El 12 de junio de 1876 el Obispo Conrado Martin fue a Mont St. Guibert y encontró allí un lugar de paz. Su personalidad fue desconocida por los demás, figuró como capellán de la casa y tuvo un benéfico campo de trabajo. Más tarde, según el plan de Dios, pudo terminar allí también en paz su sacrificada vida. Ya el 10 de septiembre el Excmo. Señor realizó allí en la capilla hermosamente adornada, la toma de hábito de cinco postulantes, una celebración, que a causa del Kulturkampf, no se había podido hacer en los últimos dos años y medio. No es de admirar que la crónica mencione la profunda emoción del Obispo – y también la de Paulina – recordando estas solemnes fiestas celebradas antes en la Patria.

A su regreso, Paulina tenía la preocupación de enviar muchas Hermanas a América para la fundación de nuevas filiales. La Madre Matilde en Wilkesbarre ya las había pedido antes de su viaje a Roma, y entra tanto tuvieron que retirarse las Hermanas de las escuelas de Anrath y regresaron el 22 de julio a Paderborn. Entonces se eligieron 18 religiosas para el nuevo continente. Ahora debían arreglar lo necesario y viajar a sus hogares para despedirse de sus parientes. El 31 de julio ya habían regresado y se fijó la partida para el 4 de agosto. A la mañana de este día asistieron por última vez a la Santa Misa en la querida capilla de la Casa Madre y comulgaron todas juntas. Así se fortificaron para el gran viaje y tuvieron el consuelo de que el amor de la Madre y de las fieles cohermanas las acompañara hasta la nueva Patria. Luego siguió la última despedida. La Madre con la Hna. Emanuela las acompañó hasta Rotterdam, donde se embarcaron el 5 de agosto en el transatlántico “Scholten”. Con su bendición tuvieron una feliz travesía y llegaron el 19 del mismo mes al puerto de Nueva York. La Madre Matilde y la Hna. Filomena las esperaban allí y las saludaron con íntima alegría. Descansaron algunos días y luego

fueron a su nuevo campo de trabajo. La Superiora de la filial en Nueva Orleans, Hna. Xaveria, llevó a cinco de las recién llegadas a Gretna, suburbio de Nueva Orleans, para que se encargaran allí de las escuelas católicas. Otras cinco Hermanas debían viajar a Pottsville, arquidiócesis de Filadelfia, para dirigir una pre escuela de tres clases. Cuatro Hermanas tenían que encargarse de dos escuelas en Roma, Nueva York, en la diócesis de Syracuse, mientras que las otras tenían que llenar algunos huecos en las filiales ya existentes. En todas partes recibieron una cálida acogida.

El éxodo de las Hermanas de la Caridad Cristiana estaba por ahora concluido. Por la incompreensión y el fanatismo político despedidas de su benéfica actividad, siguiendo fieles a la vocación religiosa, habían encontrado en otro continente una hermosa misión que las llenaba de esperanzas. Lo agradecieron a la Providencia de Dios y a la circunspección de la Rvda. Madre. En todas partes, autorizadas por la bendición de los Excelentísimos Sres. Obispos, fueron recibidas con júbilo por los señores Párrocos y sus feligreses. Las Hermanas se destacaron sobre todo en las escuelas. La prensa católica de América alababa la Divina Providencia por haber permitido la hostilidad antieclesiástica del Kulturkampf., pues por eso habían venido tantos excelentes profesores y maestros de las distintas órdenes. ¡Qué admirable era después de pocos años, el florecimiento y éxito de los nuevos establecimientos! Las Hermanas habían llegado como extranjeras, ignorando el idioma y las costumbres del país, pero estudiaban con infatigable dedicación, imitando a la Madre Paulina en su ilimitada confianza en Dios y su incansable actividad. En las Casas Madres de ambas nuevas Provincias, en Wilkesbarre como en Ancud, reinaba el mismo enérgico espíritu de amor cristiano que desde la Casa Generalicia de Paderborn vivificaba toda la Congregación, y las Superioras Provinciales, Madre Matilde y Madre Gonzaga, actuaban siempre de acuerdo con su querida Madre General. “Consideramos – dice la Crónica de la Provincia de América del Norte – con agradecido asombro, la gran extensión que el buen Dios ha otorgado a nuestra Congregación en este país. A pesar de la enorme distancia que separa a las Hermanas y casas, su amor y visible protección nos han mantenido en armonía y amor mutuo. «¡Esto es la bendición de nuestra Rvda. Madre!», decimos muchas veces cuando reflexionamos sobre esto.” La evidente prueba es esta, que la Congregación echó raíces en pocos años en suelo americano, porque los postulados erigidos tanto en Wilkesbarre como en Ancud, gozaron de numerosos miembros nativos, de tal modo que en el Norte y en el Sur, podían fundar nuevas filiales sin necesitar muchas nuevas fuerzas de Europa. Al principio del año 1877 pudieron comenzar en Wilkesbarre con la construcción de la nueva Casa Madre. Le dieron el nombre de “Convento Mallinckrodt”. Es un edificio alto y considerable desde donde se ve el hermoso valle del Susquehannah. Al mismo tiempo consiguieron para la Congregación en Chile, en la ciudad de Concepción, un gran claustro que la piadosa y generosa dama Chilena, doña Modesta Vidal, había edificado en honor de la Inmaculada Concepción de María para la conversión de penitentes.

A pesar de los duros golpes sufridos, en las dos Provincias americanas la Congregación se encontraba en constante crecimiento, aunque en la Patria seguía la persecución y se acercaba el día en que iban a poner el hacha a la raíz de la Congregación, fiscalizando la Casa Generalicia. Era una gran pena, para la fundadora, pero por su ilimitada confianza en Dios, no perdió la paz del alma. Este día llegó antes de lo que se pensaba. El 29 de septiembre de 1876 celebraron todavía alegremente las Bodas de Plata de la Superiora del Instituto de Ciegos, a pesar de que no faltaban presentimientos tristes, como dice la crónica. El 7 de noviembre del de 1876 el Jefe del Distrito, Jentsch, entregó a la Rvda. Madre el decreto del Gobierno que ordenaba el abandono de la Casa Generalicia y de la Casa San José. La crónica relata: “La Rvda. Madre, admirable en su entera sumisión a la voluntad divina, repetía con el paciente Job: “¡El Señor lo ha dado, el Señor

lo ha quitado, bendito sea el Nombre del Señor!” Sin embargo, fiel a su promesa de no omitir nada de lo que podía hacer, besó la cruz que el Padre le ofrecía y volvió animosamente a su trabajo. Dirigió una petición a los dos ministros del Interior y Culto, para que suspendieran urgentemente el decreto de disolución. Al mismo tiempo solicitó al Jefe de Distrito que esperara con la realización de la fiscalización de estas casas, lo que por el momento le fue concedido. Las semanas pasaron en dolorosa inseguridad. Llegó Navidad, Paulina deseaba preparar a sus queridos niños ciegos el acostumbrado reparto de regalitos, para alegrarlos, pero entre las Hermanas no surgió el pleno regocijo. Pensaban que seguramente sería la última vez que pudieran celebrar esta hermosa fiesta en la Casa Madre. “Con angustia – dice la crónica – comenzamos el año 1877, porque no habíamos recibido contestación de Berlín. Pero el mismo día de Año Nuevo, hacia el mediodía, vino el Jefe de Distrito y comunicó a la Rvda. Madre que por orden definitiva del Gobierno debían abandonar la Casa Generalicia y la Casa San José. Sin embargo se les permitió quedarse hasta el 1° de mayo en ambos edificios, para darles tiempo de arreglar sus cosas y en consideración a las enfermas.”

Estaba echada la suerte, pero este doloroso acontecimiento no perturbó a Paulina, que siguió adelante con animosa confianza en Dios. Con incasable actividad supo arreglar los asuntos para suavizar a las religiosas el penoso destierro. Ya el 2 de marzo podían las Hermanas de la Casa San José trasladarse a la Casa Madre. La Casa San José quedó a disposición de los nuevos habitantes que la habían alquilado al Consejero de Gobierno Himly, nombrado por el Estado administrador de los bienes de los claustros. El 12 del mismo mes se celebró por última vez la Santa Misa en la capilla y luego llevaron el Santísimo Sacramento a la capilla de la Casa Madre, lo acompañaron las Rvda. Madre y varias Hermanas. Después se acercó la última despedida de la Casa Generalicia. Solamente 14 Hermanas reconocidas como enfermas, y cuatro religiosas para cuidarlas, recibieron permiso para quedarse, mientras todas las demás, incluso la Rvda. Madre, tuvieron que salir sin piedad. En Mont St. Guibert encontraron un refugio. El 4 de abril de 1877 fue para Paulina un día sumamente doloroso, pues la separaba forzosamente de su querido hogar, donde había realizado durante 27 años una actividad benéfica. A la mañana del día anterior recibió muchas visitas de la ciudad. En primer lugar vinieron los Señores de la Comisión del Asilo de Ciegos y le pronunciaron su íntimo agradecimiento, deseándole la bendición de Dios y un feliz regreso. La tarde y la noche seguían los últimos preparativos de viaje y sobre todo hubo una emocionante despedida de los niños ciegos que siempre habían sido los favoritos de Paulina. Con hermosas poesías y cantos, los niños expresaron su gratitud por el bien que les había hecho y el dolor que les causaba su partida. A la mañana siguiente se reunió otra vez toda la comunidad en la capilla de la Casa Madre y después de la Santa Misa en el corredor delante de la Capilla. La Madre les habló con palabras conmovedoras. Las Hermanas lloraban al despedirse, El próximo tren llevó a la Madre y su secretaria, la Hna. Lioba, a Mont St. Guibert. “Nuestros corazones sangraban – dice la crónica - pero encontraron ánimo y fortaleza al ver el heroísmo de nuestra amada fundadora.”

Cuando Paulina llegó a su nueva habitación, comenzó enseguida a trabajar incansablemente para organizar todo y mantener su Congregación en perfecto orden. Sobre todo era necesario conseguir una casa para el noviciado y las Hermanas que debían estudiar. Las religiosas del Sagrado Corazón de María en Alesberg, Bélgica, le habían ofrecido un convento, situado cerca de Bruselas y no muy lejos de Mont St. Guibert. El 10 de abril Paulina lo compró y el 16 del mismo mes lo habitaron las Hermanas. Deseaba fundar también allí un colegio para pupilas. Ella misma fue para que se para arreglar todo y luego hizo ir de Paderborn a las novicias y las Hermanas que se preparaban para el magisterio. Ella misma presidió esta nueva filial hasta el 4

de julio y luego confió la dirección a la Hermana Agustina. El nuevo noviciado resultó muy provechoso, porque dio a la Congregación 27 nuevos miembros, que tomaron el hábito en varias ocasiones en Mont St. Guibert, en las fiestas presididas por el Excelentísimo Sr. Obispo Conrado. También organizaron allí un Terceronado.

Un grandioso plan que la preocupó justamente en este tiempo nos muestra qué inquebrantable era el ánimo y la confianza en Dios de Paulina. Poco antes, en marzo de 1877, había llegado una religiosa, Hermana Mary Cecilia, de Nueva Zelandia a Paderborn. Era de una Congregación irlandesa y, por encargo de su Superiora, pidió a Paulina que le diera algunas Hermanas para las escuelas de Nueva Zelandia. Una recomendación del Santo Padre Pío IX apoyaba su petición. Después de haber conversado con la Hna. Mary Cecilia, Paulina estaba vivamente entusiasmada y lo manifestó a sus Hermanas, pero la religiosa debía regresar urgentemente y por la disolución de la Casa Madre en Paderborn, no se podía resolver este problema tan rápido. Apenas estuvo en Mont St. Guibert en tranquilidad, resurgió la cuestión de Nueva Zelandia y ella propuso sus planes a sus asistentes y al Obispo Conrado. A pesar suyo, todos lo consideraron imprudente e inoportuno en este tiempo difícil para la Congregación. Pero como la Hna. Mary Cecilia al regresar pasó por Mont St. Guibert para repetir su urgente pedido, el Obispo Conrado, que conocía el vivo deseo de Paulina, resolvió escribir al Obispo de Nueva Zelandia para solicitar su opinión. La respuesta llegó pronto. El Prelado respondió amablemente, que él se consideraría feliz de recibir en su Diócesis a las Hermanas de la Caridad Cristiana, desterradas de su Patria; pero opinaba que las circunstancias y el diferente idioma serían un obstáculo para la actividad de las Hermanas alemanas y que sería más conveniente que se establecieran allí religiosas inglesas o irlandesas. Entonces Paulina renunció a este proyecto, porque el Obispo Conrado lo deseaba así. Luego explicó a sus Hermanas: “he desistido de mi queda Nueva Zelanda porque el Excelentísimo Sr. Obispo lo deseaba y lo considero como la santa voluntad de Dios”.

En este tiempo Paulina experimentó gran consuelo por las noticias alentadoras que llegaron de las filiales transatlánticas a Mont St. Guibert. El 12 de septiembre de 1878 tuvo lugar la solemne bendición de la nueva Casa Madre en Wilkesbarre, Provincia de América del Norte. Uno puede imaginarse la alegría de la Madre Matilde y de sus Hermanas cuando vieron que este hermoso edificio estaba terminado. El Sr. Párroco Nagel les había ayudado considerablemente para juntar lo necesario para la construcción. Ahora consagraron la capilla, celebraron una solemne Santa Misa y pudieron entrar en las vastas habitaciones de toda la casa. “Qué alegría experimentamos – dice la Crónica de Wilkesbarre – cuando paseamos rezando por la magnífica casa con sus preciosos corredores, grandes salas y aireados cuartos. Llenas de alegría y gratitud tuvimos todas el mismo deseo: que nuestra Rvda. Madre estuviera aquí para pasar junto con nosotras por esta maravillosa obra que el buen Dios ha concedido a sus hijas de América.”

Igualmente satisfactorias fueron las cartas que envió la Madre Gonzaga desde Ancud. El gran claustro de Concepción, que Doña Modesta Vidal había regalado a la Congregación, estaba terminado a medias. Según la información de la Madre Gonzaga, abarcaba un grandioso edificio de ladrillos, varios patios internos y una hermosa iglesia. Ofrecía lugar suficiente para 120 penitentes y 36 Hermanas. Pronto estuvo concluida la instalación interior. La piadosa señora había donado el dinero para costear el viaje de doce Hermanas de la Casa Madre de Mont St. Guibert. Paulina, muy entusiasmada por el nuevo crecimiento de la actividad de la Congregación, eligió a doce Hermanas que ella consideraba aptas para esta obra. Después de haberles dado su bendición, las envió el 4 de septiembre de 1878, en compañía de un sacerdote, desde Bruselas a Burdeos, donde se embarcaron para Chile. Después de una travesía feliz fueron recibidas el 10 de octubre por la Madre Gonzaga y la Hermana Inocencia en Coronel. Las

llevaron a Concepción, donde se celebró el 12 del mismo mes la solemne entrada en el claustro.

La Madre Gonzaga tenía otra filial en vista, que interesaba vivamente a Paulina. En Lebu, que pertenecía a la diócesis de Concepción, había un rico propietario de minas, Maximiliano Errázuriz, que ocupaba en sus minas más de 800 familias. El se había propuesto preocuparse por la instrucción y educación cristiana, especialmente del sexo femenino. A este fin había edificado una casa, un hospital y una iglesia. El Excelentísimo Sr. Obispo de Concepción ofreció la dirección de estos establecimientos a las Hermanas de la Caridad Cristiana y puso la casa a su disposición. Paulina la aceptó con alegría, porque Lebu está situada en la provincia de Arauco, donde casi toda la población era pagana, y así abrió a su Congregación una actividad misionera. Y las Hermanas comenzaron su actividad en Lebu.

CAPITULO X

1879

Después de los días tormentosos, llegó a Mont St. Guibert una temporada más tranquila, que Paulina deseaba aprovechar para convocar el primer Capítulo General, como lo prescriben las Constituciones. Las perturbaciones causadas por el Kulturkampf habían inducido al Obispo a postergarlo para tiempos mejores. Lo mismo le habían aconsejado en Roma. Paulina esperaba y repetía algunas veces su deseo al Obispo Conrado hasta que por fin se lo concedió en la fiesta de Todos los Santos del año 1878. “no puedo privarme de la alegría – así empieza el escrito que Paulina dirigió el 2 de diciembre a sus queridas Hermanas – de comunicarles que hemos tomado la resolución de celebrar el primer Capítulo General de la Congregación. El lugar será Mont St. Guibert, y comenzará en la fiesta de Pentecostés de 1879.” “Es bueno – escribe después – y de mucha importancia, que se elija la Superiora General y sus asistentes, como lo prescriben las Constituciones y que consideremos en común todos los asuntos de la Congregación que se ha extendido en lejanos países con tanta rapidez. Aunque los tiempos todavía son malos y no se sabe cuánto habrá nuevamente orden y tranquilidad en nuestra pobre Patria, esta reunión es posible.” La carta termina con un cordial saludo y el pedido de que todas eleven fervientes oraciones al cielo, para que el buen Dios bendiga el Capítulo y sus decisiones. Según las Constituciones, debían asistir: la Superiora General con sus asistentes, y representantes de cada una de las tres Provincias que debían elegirse por voto en una asamblea regional.

Paulina estaba un poco afligida porque en la Provincia Sudamericana surgieron impedimentos para la participación en el Capítulo General. El Excelentísimo Señor Obispo de Concepción opinó que las Hermanas elegidas no debían ausentarse por un tiempo prolongado de las nuevas filiales de la Congregación, porque las perjudicarían. Sobre todo debían dirigir el gran claustro de Concepción. La Madre Gonzaga lo comunicó a Paulina y agregó que ella y la Hna. Augusta, que habían sido elegidas, estaban dispuestas a emprender el viaje pero que si la Rvda. Madre aceptaba el consejo del Sr. Obispo, debía dispensarlas y enviarles un telegrama diciéndoles: “No vengan”. Paulina consultó con el Excmo. Sr. Obispo Conrado y con sus asistentes y todos dieron la razón al Sr. Obispo de Concepción. Entonces sacrificó también esta vez, el ardiente deseo de su corazón de ver a sus amadas hijas chilenas, y les envió la dispensa solicitada. Luego escribió una carta a la Madre Gonzaga expresándole su pena por no verla. Poco después llegó la noticia de que había estallado la guerra entre Chile, Perú y Bolivia, lo que impediría por largo tiempo el regreso de las Hermanas, y la ausencia de la Madre Provincial sería doblemente deplorable. Entonces Paulina agradeció a la Divina Providencia que las Hermanas de Chile no hubieran viajado. También llegó a Mont St. Guibert una triste noticia de Paderborn: la Superiora de la Casa de Ciegos, Hna. Ana, estaba muy enferma y el médico le había prohibido el viaje. Entonces la Madre Paulina le concedió la dispensa.

De esta manera asistieron al Capítulo General sólo ocho Hermanas que se reunieron en Vísperas de Pentecostés con la Madre General. Estas fueron: Hna. Matilde, Hna. Walburga y Hna. Agustina que eran las asistentes de la Congregación. La Hna. Matilde era el mismo tiempo Superiora Provincial de América del Norte. Su asistente, la Hna. Filomena estuvo también presente. La Hna. Agnes y la Hna. Wunibalda fueron las representantes de la Provincia Alemana, la Hna. Hildegardis, Superiora de Mont St. Guibert y la Hna. Lioba, secretaria de la Superiora General.

El domingo de Pentecostés, 1° de junio, comenzó el Capítulo General con una solemne Santa Misa que celebró el Sr. Obispo. El sermón fue conmovedor. Las sesiones del Capítulo, que se prolongaron hasta el 18 del mismo mes, se realizaron concienzudamente. Había que examinar el estado de la Congregación y de todas sus filiales para ver si se continuaba de la misma manera la fiel observancia de las Reglas. Las Constituciones prescribían además la elección de la Madre General y sus asistentes. La Madre Paulina y el Obispo Conrado se empeñaron constantemente en mantener el fervor de las Hermanas reunidas por medio de la oración e instrucciones sobre las

cuestiones que había que tratar. Después de haber considerado todo, resolvieron enviar un escrito a todas las casas de la Congregación para llamarles la atención sobre las faltas encontradas y corregirlas conforme a las Constituciones. Este escrito se redactó, se leyó y luego se aprobó.

Otro deber principal era la elección de la Madre General y sus asistentes. Cuando se fundó la Congregación, el 21 de agosto de 1849, el finado Obispo Drepper había nombrado a Paulina Superiora General. En estos 30 años ella había guiado con mano firme el timón de la barquilla, y con su ilimitada confianza en Dios y prudente circunspección, la había conducido en medio de grandes tempestades y peligrosos escollos, y ahora había logrado una gran expansión y feliz florecimiento. Sus hojas la amaban y veneraban tanto que ninguna hubiera deseado otra Madre General. Solamente Paulina insistía, desde hacía varios años, en la celebración del Capítulo que debía ocuparse de la elección. El 5 de junio, a las 10 de la mañana, tuvo lugar el solemne acto. Como preparación el Obispo Conrado ofició una Santa Misa en honor del Espíritu Santo, como lo prescriben las Constituciones. Todas comulgaron y luego tuvieron solemne Bendición Sacramental. A las 10 estaban las Hermanas capitulares reunidas y entonces entró el Sr. Obispo acompañado por Paulina, presidió la asamblea y dio a todas la bendición episcopal. Se entonó un canto a la Santísima Virgen. Después Paulina habló a todas las Hermanas que escuchaban atentamente sobre el estado de la Congregación y acerca de su gobierno. Se dirigió a ellas con palabras sencillas pero profundas, examinando la conducta y actitudes de todos los miembros de la comunidad religiosa con el fin de corregir las faltas que se pudieren haber cometido. Destacó los beneficios que había recibido de Monseñor Drepper y luego de su venerable sucesor, y que sentía la necesidad de agradecerle de todo corazón. También las Hermanas la habían tratado con tanta confianza, benevolencia y amor, que se sentía profundamente conmovida y agradecida. Según ella, el mérito era únicamente de los demás. Confiando después a su Excelencia y al Capítulo la dirección del Instituto y prometiendo desde ese momento perfecta confianza y obediencia a la nueva Superiora, se arrodilló ante el Sr. Obispo y pidió perdón por los errores cometidos. Nosotras, conmovidas por la humildad y sencillez de nuestra Rvda. Madre, nos hubiéramos arrodillado con ella, nuestros ojos se llenaron de lágrimas de emoción. El Excmo. R. Obispo respondió que la Congregación y todas las Hermanas tenían la obligación de darle las gracias a ella por todo el bien que había hecho durante esos 30 años tan difíciles, y por su gran amor e incontables sacrificios. Él le daba las gracias en su nombre y en el de todas las Hermanas. El buen Dios le recompensaría todo con bienes eternos, pero si por debilidad humana hubiera faltado en algo, todos se lo perdonaban de corazón.” Después recibió de rodillas la bendición del Sr. Obispo. El dirigió a las Hermanas una seria alocución sobre la importancia del acto y dijo que debían votar según su conciencia. Después cantaron el himno: “Ven Creator Spiritus” y el Sr= Obispo examinó si todas las Hermanas estaban legítimamente en condiciones de votar. Su Excelencia anunció que la Madre Paulina fue reelegida por unanimidad Superiora General. Faltaba solamente un voto, el de ella misma. Luego le hicieron la reverencia prescrita por las Constituciones y todos, con el Excmo. Sr. Obispo adelante, se dirigieron a la Capilla, festivamente adornada, donde esperaban las Hermanas de la casa. El Obispo declaró que la Madre Paulina había sido reelegida.” Con el corazón lleno de gratitud y regocijo – escribe la informadora – entonamos todos el “Te Deum Laudamus”, y al final recibimos la bendición episcopal. Estábamos felices de poder confiar de nuevo la barquilla de nuestra amada Congregación a la prudente y sabia dirección de nuestra Madre. Quiera el buen Dios bendecir también en el futuro su santa actividad, otorgarle su visible protección, y que todos los miembros de la Congregación se muestren como buenas hijas de tal Madre y que sean siempre su alegría y consuelo.”

Todas las casas de la Congregación habían recibido la carta circular del Capítulo General con la noticia de la reelección de la Madre Paulina. Las Hermanas de allí y de allá estaban llenas de júbilo por este grato acontecimiento. De todas partes llegaron cartas de felicitaciones que demostraron la alegría común y el amor filial a sus hijas. Así, un importante período en la vida de la Congregación había terminado alegre y satisfactoriamente.

Pero a la felicidad sigue el dolor, Este cambio entre alegría y pena se produjo nuevamente en estos días en la Congregación y en la vida de la fundadora que lo había experimentado tantas veces en el transcurso de los años. Inmediatamente después de la clausura del Capítulo, el 23 de junio, llegó un telegrama de Berlín que ordenó el completo desalojo de la Casa Madre. Con esto se perdió la última esperanza de conservarla por lo menos como refugio de las Hermanas enfermas. Paulina quedó profundamente conmovida, pero su confianza en Dios no la abandonaba. Ya el 24 de junio fue apresuradamente de Mont St. Guibert a Paderborn para pedir consejo a su hermano Jorge, a su cuñado, y a otros señores de confianza. A toda costa deseaba evitar el desalojo. Quería quedarse con la Casa Madre esperando tiempos mejores. Entonces resolvieron intentar alquilarla para que allí quedaran las Hermanas enfermas. Entre tanto el ministro Falk fue destituido, y el gobierno más benigno del ministro Puttkamer trajo un rayo de esperanza para el futuro. Jorge von Mallinckrodt, el fiel colaborador, estaba dispuesto a alquilarla. El contrato de alquiler se presentó al Gobierno y fue aceptado por el Ministerio. Paulina se alegró, pero otra pena muy sensible le esperaba.

Pocas semanas después de la clausura del Capítulo General, se extinguió en Mont St. Guibert una vida santa, que causó profundo pesar a Paulina y sus Hermanas. El valiente confesor de la fe, el Obispo Conrado Martin, el mayordomo bienhechor de la Congregación, enfermó repentinamente y falleció poco después. El viernes 11 de julio administró todavía a todas las Hermanas de la casa, el Sacramento de la Penitencia. A la mañana siguiente celebró por última vez la Santa Misa y dio a todas la Santa Comunión. Al otro día se sintió tan indisputado, que llamaron al médico de la casa, que opinó que su estado no era grave. Le recomendó reposo absoluto y sería dieta en las comidas. Además le recetó un remedio que le ayudó tanto que, después de dos días, el venerable paciente pudo levantarse media hora. Todos se alegraron por su mejoría, y él, sentado en un sillón, conversó animadamente con Paulina. El estado de salud del enfermo era, según criterio del médico, favorable y sin peligro, de modo que el 15 de julio Paulina pudo acompañar a la Madre Matilde y a la Hna. Filomena a Rotterdam. Cuando las viajeras se despidieron, recibieron la bendición del Sr. Obispo y esperaron su pronto restablecimiento. Durante la noche del martes al miércoles, el paciente descansó muy poco y cuando llegó el médico, diagnosticó que se había producido una inflamación de la tráquea, El doctor permaneció dos horas con el apreciado enfermo y él mismo le dio la medicina y le aplicó un cataplasma sobre el pecho. Cuando regresó en la tarde, lo encontró desmejorado, y no se apartó más de él. A pesar de todas las atenciones y remedios, el malestar progresó con tanta rapidez que el médico aconsejó a las cinco de la tarde que le administraran los Santos Sacramentos.

A esa hora Paulina regresó de su breve viaje, sin sospechar que el estado de salud del Excmo. Sr. Obispo era gravísimo. La Hermana Lioba tuvo que darle la triste noticia en la estación ferroviaria. Profundamente conmovida, se apresuró para llegar al lecho del venerable Obispo y con gran dolor se convenció de la verdad de la noticia. “Pero fuerte y valiente en las horas de aflicción – relata la crónica – advirtió suavemente al querido enfermo que su estado era grave y que había peligro de muerte. Él no se asustó, como es de suponer, tratándose de un príncipe de la Iglesia tan santo, y con alegría se dispuso para recibir los Santos Sacramentos.” Hacia las ocho de la noche se confesó, según su deseo expreso, con su íntimo amigo, el Consejero Espiritual Stamm, que a la tarde había ido a Mont St. Guibert sin sospechar nada de la enfermedad del Obispo,

(El Consejero espiritual Stamm, como secretario secreto del Obispo, participaba en su destierro y lo visitaba cada jueves. Había recibido de él 4 semanas de vacaciones que precisamente terminaron el 16 de julio. Este día salió de Aquisgrán, donde había permanecido junto a su padre gravemente enfermo. Llegó a tiempo para poder dispensar a su Obispo y amigo este último servicio de amor.)

Luego la Rvda. Madre rezó junto al lecho de su Obispo moribundo la “oración para alcanzar una muerte feliz”, que el Obispo había redactado para una homilía en la Catedral de Paderborn. Él la rezó despacio con Paulina, y al final dijo fuerte: “¡Amén!” El Consejero Stamm buscó el Ssmo.

Sacramento. Todas las Hermanas lo acompañaron hasta la puerta del cuarto del enfermo y cuatro Hermanas entraron con los cirios encendidos. El dolor de los presentes era profundo durante esta solemne ceremonia. Todo el día habían elevado sus fervientes súplicas al cielo para pedir la salud de su amado pastor, pero el buen Dios les exigió este sacrificio para conceder a su valiente luchador la corona de la victoria. “A las 11 de la noche, dice la crónica, acompañado por las oraciones de la Iglesia, falleció nuestro Excmo. Sr. Obispo tan suave y felizmente que apenas se notó cuando exhaló su último suspiro”.

Paulina experimentó un profundo dolor por este fallecimiento. El desaparecido era su Obispo a quien amaba con filial veneración y ella había sido su consuelo en los últimos años de su doloroso destierro. Al mismo tiempo había sido su fiel y paternal amigo, su firme apoyo, su consejero seguro en toda situación y peligro, su indispensable asistente en la conducción de la santa obra que Dios le había confiado. Humanamente hablando, su muerte significaba una pérdida irreparable. ¿Cómo sobrellevó Paulina esta pena? “A imitación de la Sma. Virgen – dice la crónica – estaba santamente resignada debajo de la cruz, grande en el sufrimiento, pero también grande en el actuar.”

En medio del dolor maduró en ella una grandiosa resolución. Como el alma santa del fiel Confesor de la Fe había pasado de este destierro a la patria celestial, debía su venerable cuerpo ser llevado del exilio a su ciudad episcopal, y ella misma lo llevaría a Paderborn. Así se mostraba ante los ojos de todo el mundo, que ningún poder humano podía despojarlo de su dignidad de Obispo que él había recibido por gracia de Dios y por la Santa Sede. Después de muerto triunfaría sobre el Kulturkampf y entraría en su catedral como héroe victorioso.

A la mañana siguiente de la muerte del Obispo viajó sin demora a Mecheln para proponer su intención a su Eminencia, el Cardenal Dechamps, y pedirle su bendición. Regresó muy animada y comenzó enseguida con los preparativos. Llamó telegráficamente a la Hna. Wunibalda para que fuera a Mont St. Guibert. Llegó el 18 de julio. Después de algunas horas regresó con el encargo de arreglar todo en la capilla de San Conrado, que se encuentra en el jardín de la Casa Madre, para que sirviera provisoriamente de sepultura a los restos del Obispo. Entre tanto habían vestido el cadáver con los valiosos ornamentos que le había regalado la condesa de Ansemburg y lo velaban en la capilla de Mont St. Guibert. Después de bendecirlo, la noche del 18 de julio lo colocaron en un ataúd de plomo que estaba dentro de otro de madera de roble, y lo condujeron en solemne procesión a la estación ferroviaria de Mont St. Guibert. Era un cortejo fúnebre conmovedor y hermoso. Adelante estaban cuatro sacerdotes con sus ornamentos, luego siguieron el Consejero Stamm y Humberto, el fiel servidor del Obispo, algunos Señores, varias Hermanas y todas las pupilas. Las pequeñas estaban vestidas de blanco y las mayores con trajes negros y velos blancos. En la estación pusieron el ataúd en el coche fúnebre que ya había llegado de Bruselas y que tenía dos divisiones revestidas de negro por dentro. En una descansaba el féretro sobre andas y a la cabecera había un crucifijo y dos lámparas prendidas. En la segunda división se sentaron Paulina y la Hna. Crisóstoma para acompañar al difunto con sus oraciones y escoltar los queridos despojos hasta su ciudad episcopal. Paulina tenía todos los documentos y permisos necesarios y así llegaron el sábado 19 de julio, hacia la una, a Paderborn. Silenciosamente transportaron el féretro de la estación ferroviaria a la Casa Madre. Nadie, fuera de los necesarios confidentes, sabía el secreto. A la tarde lo sepultaron en la fosa de la capilla de San Conrado. Sencillos trabajadores llevaron el ataúd, el sacerdote lo bendijo, la Madre Paulina, la Hna. Crisóstoma y las Hermanas de la Casa Madre lo acompañaron.

El Consejero Stamm avisó al cabildo catedralicio y éste solicitó al Ministro de Culto, von Puttkamer, el permiso para un solemne entierro en la catedral de Paderborn, lo que consiguió. Se fijó el día 25 de julio para trasladar los restos mortales desde la capilla de San Conrado a la catedral. “Las exequias del Obispo Conrado en la catedral – así relata una breve biografía que se redactó en aquel tiempo – se realizaron el viernes, en la fiesta del Apóstol Santiago. Nunca se vio en Paderborn un entierro tan grandioso. Asistieron 326 sacerdotes revestidos según la liturgia, e

innumerables fieles formaron el séquito. Ahora descansa en la catedral entre los otros Prelados que llevaron el báculo guiando el rebaño de San Liborio. Así alcanzó un espléndido triunfo sobre el Kulturkampf. La diócesis entera – lo repetimos – debe agradecer a la rápida decisión y circunspección de la Rvda. Madre Paulina von Mallinckrodt. A su prudencia y energía debemos que los restos del amado Obispo descansen en su patria y que tengamos el privilegio de poder rezar en la catedral de Paderborn junto al sepulcro de nuestro Obispo y confesor de la Fe.”

(Este acontecimiento, que quedará siempre grabado en la memoria de los paderbornenses, se publicó en el “Diario del Pueblo Westfaliano” se publicó en los números del 25 y 26 de julio de 1879: “Ahora descansa en paz el augusto mártir que pasó cuatro años de su vida en el injusto destierro. Huyó de un país a otro y no encontraba morada segura en ninguna parte. Diariamente su corazón ansiaba estar con sus amados diocesanos, a quienes había jurado eterna fidelidad. Después de muerto, millares de fieles lo acompañaron, primero con llanto y plegarias. Luego con santo entusiasmo y entre aclamaciones de júbilo como elocuente protesta contra los perseguidores. Se produjo un verdadero triunfo de la fe, una brillante victoria sobre el Kulturkampf. Ahora sus restos mortales descansan en la catedral y podemos rezar junto a su sepulcro. Esto se lo debemos únicamente a la Rvda. Madre General de las Hermanas de la Caridad Cristiana, Paulina von Mallinckrodt, porque ella trajo sus venerables restos desde el lugar de su destierro, venciendo con intrépido calor todos los obstáculos. Toda la diócesis debe agradecerle esta actitud... Al son de una marcha fúnebre el cortejo entró por la puerta principal. Colocaron el ataúd y las coronas de flores en el medio, donde todo estaba solemnemente arreglado. El báculo estaba delante del catafalco y la mitra y el cáliz encima. Cuando el canónigo Klein subió al púlpito para pronunciar la oración fúnebre, toda la catedral hasta el último rincón, estaba llena de gente, que en respetuoso silencio escuchaba las elocuentes palabras del predicador. Después celebró el Obispo Auxiliar, Dr. Freusberg, el solemne Réquiem y bendijo nuevamente los despojos mortales, asistido por Prelados de Paderborn y Münster. Eran las 12 cuando bajaron el ataúd. Ya en la cripta, todo el pueblo se acercó a la tumba abierta, los ojos se llenaron de lágrimas y fervorosas oraciones se elevaron al cielo. Allí descansará hasta el día del juicio universal. Entonces, al son de la trompeta se levantará, tomará su báculo y conducirá su rebaño, que ha cuidado con tanta fidelidad, al trono de Dios.”)

Es una característica de las almas grandes que ponen toda su confianza en Dios, no desanimarse después de duros sufrimientos que fueron aceptados humildemente de la mano de Dios. Por el contrario, toman luego heroicas resoluciones y con santo fervor siguen cumpliendo con su deber para realizarse en la vocación que han recibido de Él. “Poco tiempo después de la muerte del Obispo Conrado – relata la crónica – se notaba que la Rvda. Madre, que había regresado a Mont St. Guibert, estaba preparando algo excepcional. Estaba casi siempre absorta en la oración y a menudo se quedaba arrodillada ante el Santísimo Sacramento hasta las 10 de la noche. Pronto supimos que proyectaba allí algo importante.” Después del retiro anual efectuado desde el 18 de agosto hasta la toma de hábito de ocho postulantes, reunión a la comunidad para anunciarle que había decidido visitar todas las casas de América del Norte y del Sur, y que en ese mismo otoño emprendería el viaje. Produjo una consternación general ver cómo el físico de la Madre se resentía por los años y tantos dolores y fatigas; aún cuando ella se mostraba con espíritu jovial. El viaje podría comprometer del todo su salud. Le suplicaban que no se fuera, pero la fundadora les dio una lección de caridad y respondió amablemente: “No en vano me habéis elegido como vuestra Madre. Soy la Madre no sólo de mis hijas de Europa, sino también de mis queridas hijas de América.” Pero como la Madre notó la gran preocupación de las afligidas Hermanas, les propuso someter su plan a la consideración de su hermano Jorge. Las Hermanas aceptaron esperando que contestara lo que ellas deseaban, pero se habían equivocado. Jorge felicitó a su hermana por esta resolución heroica y profetizó que este viaje significaría una gran bendición para la Congregación. Entonces lo comunicaron a todas las filiales y en todas partes recibieron esta noticia con gran preocupación, pero al mismo tiempo con vivos sentimientos de veneración, apreciando el gran amor de la Madre para con todas sus hijas.

El 5 de septiembre viajó a Mecheln para pedir al Excmo. Cardenal, Arzobispo Bechamps, la bendición para su importante viaje. El 22 del mismo mes llevó a ocho Hermanas a Paderborn, desde donde debían viajar a América del Norte, porque las necesitaban allá con urgencia. Fuera de las negociaciones que debía realizar en la Casa Madre, su corazón maternal tenía necesidad de despedirse de todas las Hermanas de Paderborn. El 25 de septiembre les dio en la capilla una cordial alocución. Les comunicó que emprendería su viaje a principio del mes de octubre y llegaría probablemente en noviembre a Chile, donde pensaba quedarse hasta febrero para visitar allí todas las filiales. Después embarcaría hacia América del Norte para saludar allá también a todas sus hijas. Regresaría en septiembre de 1880 a Europa y dijo que abrigaba la esperanza de que el buen Dios entre tanto habría arreglado todo, y que podría vivir otra vez en paz en la querida Casa Madre, porque deseaba ardientemente prepararse entonces para su próximo viaje a la patria celestial. Terminó con palabras emocionantes y animó a las Hermanas a confiar firmemente en Dios. Luego se encomendó a sus oraciones y les prometió rezar siempre por ellas. Las Hermanas quedaron profundamente conmovidas y temerosas, porque había mencionado su próximo viaje al cielo y lo tomaron como una profecía.

El 26 de septiembre acompañó Paulina a las ocho Hermanas a Rotterdam donde se embarcaron el 27 hacia América del Norte. Se despidieron cordialmente con la esperanza de verse pronto de nuevo. Paulina regresó a Mont St. Guibert para preparar su propio viaje. Fijaron el 1° de octubre como día de partida y la acompañaron la Hna. Crisóstoma, la Hna. Remigia y la Hna. Thais; la primera como especial acompañante por sus condiciones, y las otras para su actividad en Chile. Llegó el día de la despedida. A la mañana estaban todas en la capilla, comulgaron juntas. Luego formaron largas filas delante de la capilla y se unió a ellas el Rvdo. Padre Wittmann, Redentorista. Paulina saludó a cada una con cordialidad y pidió de rodillas la bendición del venerable religioso. Cinco Hermanas las acompañaron a la estación ferroviaria donde las viajeras tomaron el tren expreso que las condujo, pasando por París, a Burdeos. “Grande fue el dolor de la última despedida, derramaron abundantes lágrimas – dice la crónica – No encontramos palabras, pero la Rvda. Madre estaba en medio de nosotras como una transfigurada que apenas tocaba la tierra. Su íntima unión con Dios le daba la fuerza de realizar su plan. Su aspecto nos animaba. Así nos separamos de ella con dolor, pero con gran confianza en Dios. En silencio y rezando regresamos a Mont St. Guibert y acompañamos a las queridas viajeras con nuestras oraciones.”

CAPITULO XI

El segundo viaje a América. Del 1° de octubre de 1879 al 2 de septiembre de 1880

Paulina y sus tres compañeras emprendieron el viaje el 1° de octubre de 1879 con las bendiciones y oraciones de toda la Congregación. A las cinco y media de la tarde llegaron a París donde fueron amablemente acogidas por las Damas del Sagrado Corazón en cuyo convento se alojaron. A la mañana siguiente asistieron a la Santa Misa y a las 9.30 tomaron el ferrocarril que las condujo a Burdeos. Ya era muy tarde, pero allí también encontraron hospitalidad cariñosa en casa de las Damas del Sagrado Corazón. Al otro día se dedicaron a diversos negocios y preparativos para el viaje. Paulina solicitó a las autoridades eclesiásticas el permiso para llevar consigo todo lo necesario para la celebración de la Santa Misa, si en algún lugar se embarcaba un sacerdote. El Vicario General Marcial, de Burdeos, tuvo la bondad de proveerla de todo lo necesario.

I. Viaje a Chile

La Hna. Crisóstoma relata en su descripción del viaje: “El sábado 4 de octubre de 1879, a la mañana, después de haber asistido a la Santa Misa, nos despedimos de las buenas Damas del Sagrado Corazón agradeciéndoles su hospitalidad. Nos dirigimos a la parada del vapor fluvial que nos condujo por el río Gironda al transatlántico “Potosí”. Era una mañana fresca con neblina. Más tarde aclaró y vimos las fértiles orillas del río con viñedos y hermosos chalets. Indescriptible fue nuestra alegría al ver a dos Padres Carmelitas irlandeses entre los pasajeros, y ellos por su parte, agradecieron a Dios que nuestra Madre tenía todo lo necesario para la celebración de la Santa Misa a bordo. El buen Dios había cumplido el ardiente deseo de nuestra Rvda. Madre. En el vapor fluvial ya se sentía mal. En el Potosí nos instalamos lo mejor posible. A las 5 de la tarde cenamos y luego nos retiramos. Cuando nos despertamos a la mañana siguiente ya no se veía tierra. Nos entrábamos en el Golfo de Vizcaya. La buena Madre no estaba bien y las otras dos Hermanas tenían fuertes mareos. A las 7 y 7.30 tuvimos la suerte de poder asistir a la Santa Misa y comulgamos en la primera. El Capitán Berr dio gustoso el permiso para consagrar diariamente por lo que la Mare se alegró, agradeciéndole a Dios. A la tarde, nuestras enfermas se sentían mejor. El mar parecía un espejo, sin embargo los oficiales decían que estábamos en el trayecto más peligroso de todo el viaje. El Potosí era un barco hermoso, elegante y limpio. El Capitán, los oficiales y demás tripulantes nos trataron con mucho respeto y cortesía. A la mañana siguiente divisamos algunas montañas de la costa de España. Después de las 8 dimos la vuelta alrededor del Cabo Finisterra, este sepulcro de innumerables naves y marineros. El cielo estaba gris e inquietante por la neblina. El mar estaba todo el día agitado y nuestra pobre Madre y las Hermanas, muy mareadas. A las 6 de la mañana siguiente saludamos alegremente las comas de algunas montañas de la costa de Portugal a la que nos acercamos rápidamente. Pronto vimos Lisboa y a las 8 nuestro cañón anunció que el barco había arribado a puerto.

Lisboa tiene una ubicación hermosa, pero la costa es sin vegetación. A las 5.30 de la tarde salimos del puerto y la Madre se acordó de San Francisco Javier, que en otro tiempo había salido de aquí para ir a las misiones. En su honor entonó la canción: “Las banderas ondean en la playa”. Gracias a Dios, la Madre y las tres Hermanas pasaron los tres días siguientes sin mareos. Nuestro barco estaba muy poblado, porque en Lisboa se habían embarcado más de 100 personas, casi todas eran pasajeros de entrepunte. Se escuchaban distintos idiomas, principalmente inglés y español. Varios chilenos estaban a bordo, entre ellos el Sr. Rico, que había sido intendente de la ciudad de Puerto Montt. Había además un Lord inglés que viajaba a las Islas Malvinas donde poseía grandes propiedades; y un predicador inglés, etc. El Potosí tenía lugar para 700 pasajeros.

Todos eran muy buenos con nosotras y nunca tuvimos motivo para quejarnos. El segundo día, después de haber salido de Lisboa, hacía mucho calor, pero era soportable porque soplaban siempre un viento fresco y también había toldos extendidos sobre la cubierta. El 10 de octubre pasamos por las Islas Canarias y vimos el Pico de Tenerife, cuya cumbre se levanta sobre el nivel del mar. Vimos también varias montañas altas, rocosas en la parte superior y más abajo pobladas de bosques. El mar era de un azul profundo con diversos matices. A lo lejos observamos pequeñas ondas cubiertas de blanca espuma que parecían corderitos paseando sobre el campo azul. Nuestra Rvda. Madre pidió al Capitán que nos mostrara sus instrumentos y enseguida accedió gustoso. Nos llevó al puente de mando donde se encontraba su gabinete de observación y nos mostró todos sus aparatos y mapas.

El sábado 11 de octubre el mar estuvo muy tranquilo, pero ya no de color azul sino verdoso, y siempre cuando había buen tiempo tuvimos la Santa Misa a la mañana. Ya habíamos entrado en la zona cálida, pero soplaban aire fresco. A la tarde cayó una fuerte lluvia y después comenzó una tormenta que duró toda la noche. Había un estrépito espantoso, todos los objetos volaron de un lado al otro; nadie pudo dormir. Nuestra Rvda. Madre sufría mucho; estaba acostada en el sofá de la cabina que tenía 45 cm de ancho y no podía sostenerse sola, se sentía como para morir. A la mañana siguiente no se pudo celebrar Misa, el mar estaba demasiado agitado. Después de una noche de insomnio y mareos, la Rvda. Madre se arrastró hacia la cubierta y se sentó en el medio, estaba pálida como muerta y tan cansada que no pudo abrir los ojos. Toda la noche la había atormentado la sed. Antes de la medianoche había tomado un pedacito de hielo, después no tomó nada para poder comulgar a la otra mañana. Todos los días iba temprano penosamente a la cubierta para no perder la Santa Misa y la Comunión. Al aire libre se encontraba mejor que en el interior del vapor. Se quedó allí todo el día, No comía en general caso nada: a la mañana un poco de té con un pedacito de pan, a las 12 un poco de sopa y a veces alfo de carne y legumbre. Tenía siempre mucha sed, pero nunca se quejó. Era siempre amable y solícita con los demás, tenía el corazón lleno de amor compasivo con todos. Su modestia y olvido de sí misma, sin ninguna exigencia, y todo esto junto a su venerable personalidad y nobles modales, la hicieron pronto objeto de veneración y aprecio general.

¡Ojalá que todas las Hermanas hubieran podido ver los grandes sacrificios, privaciones y fatigas que la Rvda. Madre soportó con virtud heroica, con tanta amabilidad e ininterrumpida paciencia! El segundo día después de la noche tormentosa se calmó el océano y las aguas tomaron de nuevo el hermoso color azul. Vimos muchos peces voladores. Nuestras queridas pacientes se sentían mejor. La que relata esto quedó siempre sin mareos y lo agradece de todo corazón a Dios. Él sabe con qué gusto hubiera librado a la buena Madre de este mal tan molesto.

Al día siguiente el Capitán nos contó que habíamos entrado ya en la región de vientos alisios; generalmente esto sucedía más tarde, cuando se había pasado la líneas; pero que podíamos estar contentas que ya soplaban, porque eran frescos y ayudaban a soportar mejor el calor. En la tarde siguiente pasamos la líneas y por las estériles rocas de San Pablo. En el océano una se siente realmente más cerca de Dios que en tierra firme, porque se da cuenta de su nada y fragilidad. ¿Qué puede hacer el hombre sin Dios en medio de esta inmensa cantidad de agua donde tiene la vida está a cada instante en un hilo? Durante el día en que cruzamos la líneas, la temperatura permaneció templada, pero las olas del fondo estaban agitadas, lo que generó en el vapor el desagradable movimiento de atrás hacia adelante, y al revés, que se llama "cabeceo" y que para los que sufren mareos, es de graves consecuencias. Pero no por este continuo malestar perdió la Madre su juvenil alegría e inalterable calma que tan bien la caracterizaban. Un día la hijita de nos pobres emigrantes portugueses, aprovechando el momento en que nadie

podía verla, trepó una de las escaleras que conducían a la cubierta de primera clase adonde no se le permitía ir. Al ver a la Madre Paulina, que la acogió sonriendo, quedó contentísima con su presencia. No tardaron en trabar amistad y después de ese primer encuentro, la pequeña volvió a escondidas cada día a entretenerse con ella. La Madre le reglaba siempre alguna cosa buena.

El domingo 19 de octubre tuvimos dos Santas Misas; primero una para nosotras, como de costumbre en el pequeño cuarto de fumadores, donde comulgamos. La segunda Santa Misa era más tarde en el comedor de la segunda clase a la cual podían asistir todos los pasajeros. La Madre deseaba que los numerosos emigrantes católicos tuvieran también la oportunidad de asistir a Misa y comunicó su deseo a los Padres Carmelitas que hablaron con el Capitán sobre este asunto y él puso el comedor de la segunda clase a su disposición. Naturalmente no se podía officiar la Misa cantada, sin embargo, resultó muy solemne, asistieron con mucha devoción más o menos 300 personas. Varios oficiales preguntaron si podían participar porque nunca habían visto una Santa Misa. Era un domingo muy agradable; la querida Madre se sentía un poco mejor. A la noche cantó con las dos Hermanas varios cantos piadosos de la patria. A la tarde siguiente pasamos cerca de la primera cumbre rocosa sudamericana, el pico Alcoroho. Después de 24 horas, ya nos rodearon las gaviotas, anunciando que estábamos cerca del continente. Esperábamos llegar a la mañana siguiente a Río de Janeiro. Nos alegramos sobre todo por la Rvda. Madre, pues ella mejoraba siempre cuando el buque estaba parado. El 22 de octubre, muy temprano, nos acercamos a la costa de Brasil y divisamos las hermosas rocas y montañas. Pronto tuvimos tierra a ambos lados. La entrada del puerto era angosta, las costas cubiertas de montañas con declive escarpado y exuberante vegetación. Abundan allí palmas, yucas, áloe, rododendros y mil plantas desconocidas. Después de pasar por el faro ubicado en el pico de una roca, la entrada era más angosta. A las 8 amarramos y saludamos con un cañonazo la capital de Brasil. Unos minutos después llegaron dos pequeños vapores de hélice, uno con la comisión sanitaria para averiguar nuestro estado de salud.

Hacia las 8.30 pisamos por primera vez suelo sudamericano. En Lisboa había mucha gente morocha, pero en Río abundaban los negros. Allí estaban representadas todas las razas del mundo, desde la blanca hasta la negra más brillante. Cuando bajamos a tierra pasamos enseguida por la pescadería, donde los peces en venta se encontraban todavía en el agua del mar, dentro de recipientes de piedra. Cerca de allí estaba el mercado de frutos con las especies más sabrosas: uvas, bananas, ananás, etc. Nos dirigimos primero al Hotel de France y luego a la cercana Capilla Imperial donde asistimos a Misa y comulgamos. Hay que mencionar que en la Capilla Imperial había dos soldados de guardia al lado del comulgatorio; tenía el yelmo al lado y durante la consagración se arrodillaron, presentaron las armas y luego hicieron con mucha devoción la señal de la santa cruz. Después de haber tomado el desayuno en el hotel, nuestra buena Madre nos llevó en un coche tirado por mulas a un magnífico jardín situado en la costa del mar. Es imposible describir la exuberante vegetación que admiramos allí. Había diversas clases de palmas, gigantescos árboles frondosos, orquídeas, magnolias, y todo era espléndido. Desde una terraza se podía ver todo el puerto. Teníamos ganas de admirar por largo tiempo esta maravillosa naturaleza y dimos gracias a Dios, autor de toda belleza. Regresamos al hotel pasando por las calles más transitadas de Río. Las casas era mucho más bajas que las de Europa; las calles eran angostas, pero limpias. Vimos muchos negros que no eran nada lindos. La gente era amable y nos saludaba respetuosamente. Al mediodía llegamos al hotel donde la Madre nos hizo servir un rico almuerzo que después de habernos hamacado en el barco durante tres semanas, nos gustó mucho. Luego nos compró todavía una canastita con naranjas y bananas para llevarla al vapor. Era tiempo de regresar al puerto, subimos a un bote que nos llevó al

Potosí. En el camino la Madre y las Hermanas entonaron “Las banderas ondean en la playa” y un canto a la Santísima Virgen. Nuestro marinero se sacó devotamente el sombrero. Nuestra Madre nos dio siempre ejemplo heroico de soportar las incomodidades y fatigas del viaje, y se empeñaba en procurarnos alivio y alegría. Mostraba gran interés en todo lo que es para la gloria de Dios y el bien del prójimo, y tenía siempre algunas palabras instructivas para nosotras.

Al ingresar al vapor, el Capitán y los oficiales nos dieron amablemente la bienvenida. Había mucho movimiento y barullo, porque estaban descargando. Nosotras, muy contentas que el Potosí estaba parado, arreglamos nuestra correspondencia y nos acostamos temprano. Al día siguiente llovía y el cielo nublado nos resguardó de los ardientes rayos solares de Brasil. Tuvimos la Santa Misa y después de un fuerte cañonazo, nos despedimos de Río de Janeiro. Hasta las tres de la tarde vimos las comas de las montañas y luego había solamente agua. Durante la noche y el día siguiente, el mar estaba agitado y nuestra pobre Madre muy mareada. El domingo 26 de octubre tuvimos otra vez dos Santas Misas y junto con nosotras comulgaron algunos pasajeros y marineros. Todo era solemne y los oficiales cuidaron siempre de evitar cualquier molestia durante nuestro culto.

El 27 de octubre a las 7 de la mañana, pasamos el Río de la Plata por la Isla de Flores que debe su nombre a un Presidente de la República del Uruguay. En el punto más alto de la isla se levanta el faro. La ribera era llana y a lo largo se extendían fértiles praderas. Después de las 8, nuestro Potosí echó ancla frente a Montevideo. La ciudad está situada sobre un extenso terreno bajo. Sobre el conjunto arquitectónico de las casas, se elevan algunas torres y la cúpula de la Catedral. Allí desembarcaron 264 pasajeros y también nuestros buenos Padres Carmelitas, que tomaron aquí el vapor fluvial para dirigirse a Buenos Aires. Lo sentimos mucho, temiendo no tener más Misas a bordo. La Madre pidió que escribiéramos a todas las casas de Europa. Después del almuerzo el ingeniero oficial nos transmitió que al día siguiente se embarcarían tres sacerdotes para Valparaíso. ¡Qué alegría tuvimos! Estuvimos atentas y vimos que antes de la partida se acercó un bote con cuatro religiosos. Tres se embarcaron y uno volvió a tierra. Eran jesuitas y viajaban a Concepción. Lo agradecemos profundamente a Dios. Seguramente el buen Dios quería recompensar a nuestra Madre su amor y fidelidad, porque no fatigas ni sacrificios, ni privaciones, le importaban con tal de poder recibir a su Dios y Señor.

A las 11.15 continuamos el viaje. El tiempo era nublado y el agua tranquila. A la noche soplaba un viento fresco, se notaba que estábamos en la zona templada. El domingo siguiente tuvimos Santa Misa. Los Padres que viajaban con nosotras eran: el Rvdo. F. Hombs, visitador de los jesuitas en Argentina y Chile, su secretario, y un hermano. El primero expresó varias veces su alegría por el viaje de la Madre, dijo que sería una gran bendición para la misión en Chile, y el buen Dios la bendeciría especialmente por este sacrificio. Como él ya había estado en Chile nos contó algo de allá que interesó mucho a la Madre. Los Padres eran de la Provincia española, pero conversaban en francés con nosotras. El tiempo era precioso, el cielo despejado, el aire agradable y fresco. En Montevideo se había embarcado el Sr. Cura de la ciudad chilena “Coronel”. Un día nos confesamos también con uno de los sacerdotes. Celebramos sobre el océano la hermosa fiesta de Todos los Santos. Teníamos buen tiempo, pero la temperatura era bastante fría. El 2 de noviembre nos acercamos al Cabo Vírgenes y luego nos tocó el trayecto más difícil del viaje: el pasar por el Estrecho de Magallanes.

El trayecto desde Cabo Vírgenes hasta Pilar es de 120 millas y allí hay que cruzar dos estrechos en los que chocan los dos océanos buscando equilibrio. Hacia las 7.30 divisamos tierra. A ambos lados había colinas. Nuestro vapor avanzó lentamente por el peligro de los bancos de arena.

Entramos en el primer estrecho que forma un canal de apenas 400 m de ancho, con paredes verticales de rocas desnudas. Dijeron que hacia las 4 de la tarde llegaríamos a Punta Arenas, la primera colonia chilena en el sur de la Patagonia. A la mañana tuvimos buen tiempo, después sopló un viento recio y frío en Cabo de Hornos y a la tarde caían piedras. A las 3.30 llegamos a Punta Arenas, tenía muchas casitas de un solo piso, una iglesia y una escuela. Sus 1200 habitantes eran de varias tribus y naciones. La costa derecha de la Patagonia era llana; la de enfrente, Tierra del Fuego, escarpada. Queríamos zarpar a las 10 de la noche, pero salimos recién a las 5 de la mañana siguiente. Las costas eran cada vez más montañosas. Sobre todo las de la Patagonia y las montañas estaban cubiertas de bosques. Decían que los indios que vivían allí eran hombres grandes, fuertes y mansos, y que venían a veces a Punta Arena con pieles y plumas de ñandú para cambiarlas por otros objetos. Los únicos seres vivos que se acercaron fueron las gaviotas y las palomas. El estrecho de Magallanes se destaca por su gran profundidad, en pocos lugares tiene menos de 500 metros. Hay poca luz por su cercanía con el polo, y cuando anochece, los barcos tienen que refugiarse a veces en un golfo que se presta para anclar. Pronto pasamos por el Cabo Froward que es el punto más austral del continente americano y conocido como divisor meteorológico. Pasamos por las más hermosas regiones naturales, vimos la isla de Santa Inés, nevada, desde donde se ve a lo lejos la blanca cumbre del Sarmiento que tiene 2300 metros de altura. La nueva vegetación de la costa formaba un bello contraste con el blanco de la nieve. La zona navegable era a veces muy estrecha y la temperatura muy fría (a mediodía bajaba a 2°C). A ambos lados se abrían magníficas bahías, pero no ofrecían seguridad a los buques porque su fondo era muy profundo y rocoso. Vimos pintorescos golfos que se extendían hasta muy dentro del continente, y en sus riberas se levantaban abruptas montañas cubiertas de nieve. Uno de los pocos lugares para anclar era el Puerto Swallow, que tiene paredes rocosas en el fondo, casi verticales, sobre las que se precipita el agua tumultuosa desde una altura de 600 metros. En algunas regiones vimos espesos bosques que alcanzaban el límite del agua en la costa, mientras que en otras, había claros cubiertos de altas plantas, gramíneas, musgos y gigantesco helechos. Bandadas de gansos salvajes chapoteaban en el agua y usaban sus patas para remar. Gaviotas, albatros y palomitas nos acompañaron casi siempre. En las bahías nadaban las ballenas. Todas las barrancas y arrecifes estaban cubiertos de fucus, algo de color verdoso marrón, muy visible, y un aviso seguro para los navegantes. Un oficial nos contó que en el fucus se alojan los más variados animales de mar. Después pasamos por la Isla Desolación, que verdaderamente merece ese nombre porque las dos riberas están desconsoladas, rígidas y sin vida. De las rocas desnudas cató varias veces un granizo impresionante. Algunas montañas nos sorprendieron por su simetría grandiosa y su aspecto inhóspito. Nuestra Madre quedó lo más posible en la cubierta. Compartió con nosotras su alegría por un nuevo aniversario de sus primeros votos que se cumplirían al día siguiente. Pero después de las 4 de la tarde desmejoró el tiempo, tanto que bajó a la cabina. Nos dimos cuenta que los marineros temían una noche tormentosa. En la cubierta ataron todo y cerraron las ventanas herméticamente. A las 10 de la noche nos acercamos a Cabo Pilar, y con eso comenzó a hamacarse el vapor, como nunca en todo el viaje. Nuestro barco se balanceaba de un lado a otro y además tuvimos el movimiento "cabeceo" que era horrible. Nuestra pobre Madre cayó de la cama contra una mesa y se lastimó el lado izquierdo tanto, que sufrió las consecuencias durante un año entero. A la mañana siguiente se levantó, pero le era imposible ir a cubierta; ni podía sostenerse en el pequeño sofá. Tuvimos que renunciar dos días a la Santa Misa y con ello nos faltaba también el consuelo de la Santa Comunión. Con tanta alegría habíamos esperado el 4 de noviembre, aniversario de su primera profesión, y ahora resultaba el día más penoso de todo el viaje. La noche y la mañana siguientes, tuvimos un poco de calma. El vapor se movía sólo de un costado al otro. En el cielo

había todavía pesadas nubes y a veces lluvia. El 6 de noviembre quedamos todavía privadas de la Santa Misa. El viento soplaba del sur, era favorable para nuestro barco que había izado las velas. Al mediodía llegamos a la altura de Ancud, a la tarde a la de Puerto Montt. Palomas y albatros rodeaban el vapor, anunciando que estábamos cerca de tierra. Dijeron que al día siguiente a la noche llegaríamos ya a Coronel. ¡Quiera Dios que la Madre Gonzaga haya recibido nuestra carta y nos reciba! Después de las tres de la tarde transportaron a cubierta el equipaje de los pasajeros que desembarcaban allí. Varias veces conversaron los buenos Padres jesuitas con nuestra Madre con respecto a nuestro desembarco en Coronel y la continuación de nuestro viaje a Concepción. Como teníamos muchísimo equipaje, el Padre Hombs nos aconsejó que si nuestras Hermanas no nos esperaban en Coronel, prosiguiéramos en el vapor costero hasta Talcahuano y desde allí en ferrocarril hasta Concepción.

A las 7 de la noche llegamos a Coronel. Las riberas son montañosas, el lugar es agradable. Frente a nosotras estaban ancladas otras grandes naves. En la ciudad ondeaban las banderas por las victorias que los chilenos habían obtenido en Perú. Nos esforzamos para ver si en algún bote habían venido nuestras Hermanas. La Madre las esperaba con ansias. Se acercó de nuevo a la barandilla y preguntó a los que estaban allí si habían visto un bote con Hermanas. Pero fue inútil. No había venido nadie por nosotras. El Capitán también nos aconsejó tomar el vapor costero Santa Rosa para viajar a Talcahuano. La buena Madre aceptó y empaquetamos apresuradamente nuestras valijas. Los mozos y marineros nos ayudaron y en 15 minutos todo estaba listo. Entre tanto el Capitán había pedido dos botes para nosotras, y como no teníamos dinero chileno nos socorrió otra vez el buen Padre Visitador. Nos despedimos rápidamente. El Capitán acompañó a la Rvda. Madre al bote y nos recomendó a un oficial. Así dejamos el Potosí en el cual el bueno Dios nos había protegido durante cinco semanas.

Pronto llegamos al buque costero. Nuestro oficial arregló a bordo del Santa Rosa todo lo necesario para nosotras, se lo agradecemos cordialmente y él regresó al Potosí. Ordenamos el equipaje en nuestros camarotes y nos sentamos juntas en la cubierta. Era una noche serena, en el cielo brillaban las estrellas. Todo nos parecía un sueño. Apenas nos habíamos embarcado cuando levantaron anclas y a las 11 de la noche llegamos al puerto de Tomé. Donde nos quedamos durante la noche. Cuando a la mañana subimos a la cubierta, nos alegramos por las pintorescas costas, la exuberante vegetación y sobre todo, porque casi habíamos alcanzado la meta. El lugar era hermoso y a las siete oímos las campanas de la pequeña iglesia. ¡Con qué gusto hubiéramos ido a la Santa Misa, pero a las 10.15 ya zarpábamos! A bordo había una familia de Lebu y un señor de Valdivia que conocían a nuestras Hermanas y nos prestaron muchas atenciones. En Talcahuano tampoco vimos a nuestras Hermanas. Lo sentimos mucho por nuestra buena Madre. Como el Santa Rosa había demorado mucho tiempo en Tomé, llegamos demasiado tarde a Talcahuano para alcanzar el tren del mediodía que nos hubiera conducido a Concepción. Fuimos entonces a un hotel cercano, contentas de estar en tierra firme.

Estábamos en Chile. Hacía justamente cinco semanas que habíamos embarcado en Burdeos. Desde el hotel disfrutamos de una hermosa vista sobre el puerto en el que había grandes buques de la marina mercante de otras naciones. A las 4.30 fuimos a la estación ferroviaria, esperando el tren de Concepción para ver si acaso hubiera venido alguna Hermana para recibirnos. El Rvdo. Padre Hombs había avisado a nuestras Hermanas que la Rvda. Madre estaba en Talcahuano y había pedido a un Hermano que viniera con las Hermanas de Concepción para ayudarnos con el equipaje. ¡Qué alegría tuvimos cuando las buenas Hermanas Eleonora y Narcisa bajaron del tren! La Madre Gonzaga, Superiora de la Provincia sudamericana se

encontraba en Ancud, el centro de las filiales de Chile. La Madre Paulina lamentó mucho su ausencia porque los medios de comunicación eran muy escasos y normalmente tardaban quince días en mandarle la noticia. Tomamos el tren y en veinte minutos estuvimos en Concepción. El Rvdo. Padre Hombs y el reemplazante del finado Padre Rector, habían venido a la estación ferroviaria para saludar a nuestra Madre. El 8 de noviembre, a las seis de la tarde, entramos en la casa de nuestras Hermanas y allí nos recibieron con indescriptible júbilo y emocionante alegría.

La noticia de nuestra llegada se difundió rápidamente y muchas personas vinieron para saludar a la Rvda. Madre. Hacia las once el Excmo. Sr. Obispo nos honró con su visita, para recibirlo nos reunimos en la comunidad. El Prelado tenía una figura imponente y fama de cuidar con gran fervor de su grey. Su acompañante era un joven sacerdote alemán, el Sr. Hünemann, de la diócesis de Paderborn, que estaba hacía ya diez años en Chile. El Sr. Obispo tomó asiento y se informó de nuestro viaje, de las circunstancias en Alemania, en Bélgica, etc. ¡Con qué amable sencillez y dignidad estaba sentada nuestra angelical Madre, sentada al lado del Prelado! Su rostro de persona inteligente, irradiaba toda la bondad de su corazón. A la tarde vinieron el Rvdo. Padre Visitador y el Padre Superior de los jesuitas y muchas personas importantes de la ciudad para ver a la Madre. El Sr. Obispo de Concepción avisó enseguida a su colega de Santiago, que la Rvda. Madre estaba en Chile, y la Madre había enviado también un telegrama allá a la Hna. Laurencia. Ella había preguntado, si era cierto que la Rvda. Madre estaba en Chile. Entonces nos dimos cuenta de que nuestras cartas no habían llegado. En Concepción estuvimos muy a gusto. La casa estaba todavía en construcción, pero la parte terminada estaba muy bien arreglada. Tenían ya pupilas en casa, que eran sanas y alegres. Los patios interiores estaban plantados con legumbres y flores. Era primavera. Estaban floreciendo rosas, claveles, naranjos y otras plantas que eran desconocidas para nosotras. El mes de noviembre está consagrado en Chile a la Santísima Virgen María y nos alegramos que la Madre llegara justamente en ese mes. Cada mañana los Padres jesuitas celebraban la Santa Misa en la pequeña capilla, pues la iglesia no estaba terminada. Sentíamos una gran alegría de poder vivir con Nuestro Señor bajo el mismo techo, después de cinco semanas largas y penosas.

Las Damas del Sagrado Corazón mandaron a preguntar cómo estaba la Madre, lo mismo las Hermanas del hospital. Una tarde la Madre fue a visitarlas y en esa ocasión vimos parte de la ciudad. A causa de los frecuentes terremotos, la mayoría son casas de un solo piso, pocas calles están empedradas, casi todas cubiertas con mucho polvo y muy desniveladas. En los patios interiores había arbustos florecidos y hermosas plantas. Vimos altos cactus cubiertos de flores y naranjos con azahares y frutas al mismo tiempo. Lo único que nos hacía recordar Europa, eran los nombres alemanes, franceses e ingleses de los negocios. También los coches eran muy primitivos, tirados por caballos o mulas. Para el transporte de mercaderías se usaban carros tirados por bueyes. El chileno, andando a caballo con el poncho, ofrecía un aspecto pintoresco. Las Damas del Sagrado Corazón recibieron a la Madre con visible alegría. Su convento tenía dos pisos y era de construcción fuerte, pero en casi todas las piezas se notaban las consecuencias de los movimientos sísmicos. En ese momento tenían más de ochenta pupilas; antes de estallar la guerra con Perú tenían más de cien. Nuestra Madre nunca perdió la ocasión de dar alegría a otros. En París las Damas del Sagrado Corazón nos habían regalado una cajita con frutas secas para el viaje la Madre la guardó hasta Concepción para obsequiarlas allí a las Damas como algo de su Casa Madre, y se alegraron mucho. Desde allí fuimos en coche a la hermosa iglesia de los agustinos y luego al hospital. Este era muy grande, pero de un solo piso. Poseía varios patios con magníficas flores; sobre todo había muchísimas rosas. Frente al hospital estaba el asilo para

ancianos con una sección para los niños expósitos. Durante nuestra estadía en Concepción nos visitaron también el Obispo Auxiliar con el Icaro General y otras importantes personalidades, para saludar a nuestra Madre General.

El 12 de noviembre llegó por fin la buena Hermana Laurencia de Santiago, y el 15 del mismo mes, la Madre se embarcó con ella y la que escribe esto hacia Talcahuano para viajar a Ancud. Nuestras compañeras de viaje, las Hermanas Thais y Remigia, quedaron en Concepción. Subimos al conocido vapor "Santa Rosa". Viajamos por Coronel y Lota a Lebu y llegamos, después de 28 horas, al día siguiente a las 3 de la tarde. Desgraciadamente el mar estaba tan embravecido en este pinto, que toda la gente, sobre todo el Capitán, advirtieron seriamente a la Madre que no debía bajar a tierra. Fue muy difícil convencerla, porque nuestras buenas Hermanas de Lebu estaban en la costa, y el dolor de su maternal corazón por no poder salir a su encuentro, se advertía en su rostro. Entonces las queridas Hermanas Eufemia, Egidia y Perpetua vinieron a bordo para saludarnos y estuvieron con nosotras. Su regreso fue horrible. Las olas se levantaron tanto que el bote desaparecía a veces y luego salía como una flecha a lo alto. A ambos lados el embate de las olas espumantes ponía el bote en peligro de naufragar. Nuestra Rvda. Madre rezaba en la baranda del vapor y dio de todo corazón gracias a Dios cuando oyó que las Hermanas habían alcanzado la ribera. Más tarde visitamos por segunda vez Lebu. Pronto seguimos viajando. El Santa Rosas era un vapor costero muy angosto y por eso se balanceaba muchísimo. Las cabinas y el comedor se encontraban arriba sobre la cubierta. La Rvda. Madre pasó la noche en el estrecho sofá de la cabina para damas, encima del cual se movía con gran estruendo la pesada cadena de la rueda del timón. La pobre Madre se sentía tan débil a causa del largo viaje, que no podía mantenerse sola en el sofá y estaba muy mareada. A las 7 de la mañana siguiente llegamos a Coronel. Allí el buque permaneció hasta las 3.30 de la tarde. Nosotras viajamos en un pequeño vapor de hélice por el río Calle Calle a Valdivia para saludar a nuestras Hermanas que dirigían allí un hospital. El pasaje por el río era hermoso y la buena Madre se sentía mejor. En ambas orillas se levantaban montañas altas cubiertas de hermosos bosques. Era un magnífico panorama. Pasamos también por una bella bahía en cuyas riberas había algunas casas. A las 9 habíamos salido de Corral y a las 11 llegamos a Valdivia. Como estábamos en ayunas, nos dirigimos a la iglesia de los capuchinos para comulgar, y a las 12.15 recién entramos en el hospital. Desde el puerto, la Hna. Laurencia había avisado a las Hermanas que venía la Rvda. Madre, sin embargo llegamos por sorpresa. El júbilo era grande, pero podíamos quedarnos sólo algunas horas. Apresuradamente prepararon el almuerzo, la Madre se sentía muy débil. Luego se consideraron los asuntos de la casa en amena conversación. Cuando la Madre había mirado las habitaciones y el jardín, ya era tiempo de regresar al puerto. La despedida resultó dolorosa, porque habían disfrutado muy poco de la feliz entrevista. También ella sintió mucho no poder dedicarles más tiempo.

A la mañana siguiente, miércoles 19 de noviembre, hacia las 6.20, estábamos frente a Ancud. Desde el puerto podíamos ver el convento de nuestras Hermanas que, por no haber recibido aún el aviso, no tenían la menor idea de nuestra llegada.

II – Estadía en Chile

Respecto a la estadía en Chile, la Madre Gonzaga relata lo siguiente:

1 – Ancud

Era el 19 de noviembre de 1879 a las 6.15 de la mañana, habíamos comulgado antes de la Santa

Misa y estábamos en la capilla. Un pobre chico sordomudo, que había recibido muchos beneficios en nuestro hospital, llegó corriendo y me tiraba impaciente de la capa. Quería explicarme con gestos que en el puerto habían desembarcado tres Hermanas, una de ellas muy alta. Me encontraba allí con motivo de mi visita canónica y como no había recibido ninguna noticia de las Hermanas, no le hice caso y seguí rezando. Después de unos minutos se acercaban algunas alumnas y me susurraban: “¡La Rvda. Madre de Paderborn ha llegado!” Es imposible-contesté – es un error. ¿Ustedes han visto a las Hermanas? Contestaron: “sí, han venido tres Hermanas.” El sordomudo se había escapado y volvió saltando, agitando en su mano el Oficio de la Madre Paulina. ¡Es ella, es ella! La Hna. Augusta y yo corrimos hacia el puerto. A mitad de camino nos encontramos con nuestra insigne fundadora y nos abrazamos cordialmente. Ninguna Hermana hubiera pensado, que aquí, en el último rincón del mundo, podíamos tener la suerte de verla. Pero el amor la urgía y había vencido todos los obstáculos.

Después de los gozosos saludos la Madre preguntó si podía todavía comulgar. Como la Santa Misa no había terminado, la condujimos a la capilla donde recibió la Santa Comunión con devoción angelical. Mientras hizo su acción de gracias preparamos apresuradamente la casa y su dormitorio. Cuando salió de la capilla, la saludaron todas las Hermanas, novicias y postulantes. A pesar de ignorar el castellano y no poder hablar con las chilenas que veían a su Madre General por primera vez, se ganó todos los corazones por su incomparable amabilidad y bondad. Con la velocidad de un rayo se divulgó en la ciudad de Ancud la noticia de que había llegado la Madre Paulina von Mallinckrodt. Todos deseaban verla. El Excmo. Sr. Obispo de Ancud, don Francisco de Paula Solar, envió enseguida a su capellán para darle la bienvenida y anunció su visita. Entretanto, la Madre se sentía feliz por estar rodeada de sus hijas. Visitó la capilla, la casa, el jardín con su magnífica vista al mar, y sus verdes colinas de la costa. Estábamos celebrando el mes de María y cada tarde honrábamos a la Virgen Inmaculada en nuestro santuario que brillaba con luces y flores. Cada noche teníamos una bendición solemne con el Santísima, plática y meditación, y la capilla se llenaba de gente. El Sr. Prelado visitó varias veces a nuestra Madre y la apreciaba mucho. Ella fue el primer día al palacio episcopal y conversó con él en francés, porque él no sabía alemán. Como nuestra casa era muy pobre, nos envió comestibles para que pudiéramos agasajarla un poco. La honraba de mil maneras. Las principales familias de la ciudad acudieron también, y los quince días que estuvo allí pasaron demasiado rápido para todos.

La Madre visitó también el hospital municipal que administran nuestras Hermanas. Las religiosas habían adornado todo con flores. Los enfermos que podrían levantarse, le salieron al encuentro, junto con las Hermanas, hasta el portón del jardín, y esparcieron flores en el camino. Uno de los enfermos la saludó con una entusiasta alocución en castellano, y aunque no lo podía entender, ni agradecer con palabras, su amabilidad y benevolencia conquistaron allí también todos los corazones. Después de haber adorado el Santísimo Sacramento y descansado un poco del largo y áspero camino, pasó por todas las salas y regaló medallitas, estampitas y dinero a los pobres enfermos. Todos estaban encantados y la aclamaron con vítores. Luego tomó el café con la comunidad, se despidió y todos le expresaron su agradecimiento y la colmaron de bendiciones. En la Casa Madre Provincial de Ancud tenemos además del noviciado, una escuela de dos divisiones para Señoritas a la que concurren más o menos unas 80 alumnas. La Madre las saludó, asistió al examen en castellano y en alemán y repartió estampitas. A la noche, cuando rezamos las oraciones del Mes de María, un enfermo, don Francisco Cavada, que yacía ya nueve años en cama, se hizo llevar a la puerta de nuestra iglesia para ver a nuestra Rvda. Madre y recibir su bendición. Ella fue le estrechó la mano y le dirigió bondadosamente algunas palabras consoladoras. Aunque él no las entendió, sintió el amor y regresó con el rostro radiante de

alegría.

Esa misma noche nos dio una magnífica instrucción sobre la humildad y caridad. Como estábamos profundamente conmovidas por la despedida, a nadie se le ocurrió anotar sus hermosas palabras. Además teníamos la imagen viva y el ejemplo de esta modesta humildad y caridad delante de nosotras. Mencionó que el buen Dios había bendecido visiblemente nuestro trabajo, y nos exhortó a cuidar a los pobres enfermos con fervor y amor, y nos explicó cómo debíamos enseñar y educar a las jóvenes. Nos aconsejó que con humildad y buena voluntad realizáramos nuestras actividades, y que todo lo hiciéramos por amor a Dios. Entonces tendríamos siempre su bendición. Después de la cena, cuando se había retirado ya a su cuarto, nos reunimos otra vez allí para estar con ella. La Hna. Laurencia le dirigió en nombre de todas, las siguientes palabras: “Querida Rvda. Madre: de los dichosos días que estuvo con nosotras, quedan sólo algunas horas. Permítame expresarle, en nombre de todas sus fieles hijas de Chile, nuestro cordial agradecimiento por su visita, de la cual nosotras no somos merecedoras. Todos los testigos en los dos continentes exclaman asombrados: “¡Mirad cómo ama la Madre a sus hijas!” Ni las fatigas del largo viaje marítimo, ni los horrores de la guerra entre Chile y Perú, ni la edad avanzada eran capaces de hacerla renunciar a su ardiente deseo maternal de vernos. A pesar de la gran distancia hemos quedado cerca de su corazón. No encuentro palabras para expresar los sentimientos de gratitud que llenan nuestros corazones. Amadísima Madre: la alegría por su inesperada visitar nos ha confundido y nos sentimos incapaces de saludarla debidamente. Le agradecemos también esta nueva fundación de nuestra querida Congregación y que nos haya elegido para consagrar nuestra vida a la misión en uno de los más apartados lugares de la viña de la Santa Iglesia, aquí en el hermoso Chile. Después de Dios, debemos nuestra vocación de misioneras a nuestra querida Madre que nos eligió entre tantas que nos superaban en inteligencia y virtudes. Recordamos aquel día, cuando nos despedimos con pena, porque después del buen Dios y nuestros virtuosos padres, le debemos la mayor felicidad en esta tierra: la admisión y la vida en una Congregación aprobada por la Santa Iglesia. Su palabra instructiva, edificante, entusiasta, formó nuestro espíritu y nuestro corazón. Su santo ejemplo era un estímulo para practicar las virtudes. “Seamos dignas hijas de tal Madre”, fue la respuesta en las fiestas de nuestra toma de hábito y emisión de los Santos Votos; sobre todo en aquel tiempo cuando se desencadenó la gran tempestad, la lucha contra todo lo bueno en nuestra patria. Y hoy confirmamos las promesas de nuestra inquebrantable fidelidad. Nuestra constante aspiración sea, darle alegría por el fiel cumplimiento de nuestros deberes. Queremos edificarnos mutuamente y hacer felices a todos. ¡Que el lazo de la santa caridad nos una firmemente, tanto más, porque nuestro pequeño grupo está tan lejos de la Casa Madre de la Congregación. Le prometemos adhesión en esta hora, venerada Madre, como a nuestra Madre General y a cada una que el buen Dios nos diera como Superiora. Prometemos en su presencia, filial afecto y fidelidad a nuestra estimada Madre Gonzaga, que supo dirigir esta Provincia con tanto amor y solicitud. Aquí estamos como hijas obedientes, dispuestas, como Samuel, a acceder no sólo a cada llamado, sino para averiguar los deseos de nuestras Superiores, confiando en la ayuda del Señor, que perfeccionará en nosotras su obra. Para esto pido humildemente, en nombre de todas las Hermanas, la bendición de nuestra insigne Madre Fundadora.”

La Rvda. Madre respondió profundamente conmovida, con algunas palabras, agradeció de nuevo el cariño y fidelidad, se arrodilló e imploró sobre nosotras la bendición de Dios y la protección de nuestra Inmaculada Madre María.

2. Puerto Montt

A la mañana siguiente temprano, llegó el vapor que debía conducir a las viajeras a Puerto Montt. Después de haber asistido en nuestra iglesia a la Santa Misa y haber comulgado, la Rvda. Madre se despidió de sus afligidas hijas. Sus últimas palabras fueron: ¡Esforcémonos todas en hacernos santas!” Algunas Hermanas la acompañaron al puerto. Yo tuve la suerte de estar con ella y la Hna. Crisóstoma allí y durante su viaje por todo el país. Como nuestro convento está situado muy cerca del mar, las Hermanas nos podían ver desde una roca alta y saliente hasta que alcanzamos el buque. Vimos a las novicias con sus velos blancos y las oscuras siluetas de las profesas. Por fin zarpó nuestro barco y nos condujo en siete horas a Puerto Montt, Cuando llegamos a Ancud, enviamos inmediatamente a Puerto Montt a la Hermana Inocencia, una carta pidiéndole que viniera a Ancud. La Hna. Inocencia llegó a Ancud y permaneció allí quince días, mientras las Hermanas de Puerto Montt arreglaban la Casa San José lo mejor posible para recibir debidamente a la importante visita. Eran muy pobres, pero el amor lo hace todo. Así lograron limpiar y adornar la casa y el dormitorio de la Madre magníficamente para ofrecerle un grato descanso después de tantas fatigas e incomodidades del viaje.

El 5 de diciembre de 1879 desembarcó en Puerto Montt donde varias Hermanas la acogieron cordialmente. Primero la llevaron al hospital que está más cerca del puerto, atendido por nuestras Hermanas. Tuvo que ir caminando porque allí no había coches. Rodeada por sus dichosas hijas tomó una taza de café, quedó algunas horas y emprendió el camino hacia el orfanato San José, que está situado a una distancia de veinte minutos, ubicado delante de la ciudad en la ladera de una montaña, y tiene una hermosa vista al mar y a sus islas. Llegamos a las siete de la tarde. Los niños y las Hermanas se habían reunido en el espacioso vestíbulo que estaba adornado con grandes helechos y vistosas flores. Nuestros 110 huérfanos y los hijos de los colonos alemanes entonaron hermosas canciones y le dieron la bienvenida en alemán y castellano. Los grandes ojos negros de los niños chilenos brillaban de alegría cuando la Madre General los felicitaba por sus amenos cantos y les agradecía todo con su acostumbrada afabilidad. En el interior del edificio, sobre todo en los dos cuartos arreglados para ella, había también artísticos adornos florales y todos estaba de fiesta para brindarle un descanso agradable después del largo y fatigoso viaje.

Más de quince días permaneció con sus Hermanas. En la hermosa fiesta de la Inmaculada Concepción las Hermanas renovaron los Santos Votos a su Divino Esposo, en presencia de la Rvda. Madre. Luego pasó la Navidad en Puerto Montt. En vísperas de la gran fiesta habían preparado árboles de Navidad para los niños, las Hermanas y uno especial para nuestra Madre Fundadora. Todos los habitantes del Instituto recibieron obsequios útiles y necesarios. En esta Noche Buena, la Madre fue feliz como un niño, iba de un huérfano a otro y se dejó mostrar los regalos que les había traído el Niño Jesús. No se cansó de admirar sus vestidos, delantales, zapatos, muñecas y otros juguetes. Una y otra vez decía a las Hermanas: “¡Oh, qué hermosa es la caridad!” En el día de Navidad, después de haber escuchado una Santa Misa y comulgado en casa, bajó con las Hermanas a la ciudad para asistir a otra en la preciosa iglesia de los Padres jesuitas.

Hacía tiempo que los misioneros jesuitas deseaban fundar un colegio para varones, porque los colonos alemanes y los chilenos no tenían ocasión de dar a sus hijos una educación cristiana. Los Padres tenían abundantes actividades en las misiones, en las islas, en los vastos campos del continente y en la Parroquia de Puerto Montt. Sus repetidos pedidos de ayuda a la Provincia alemana habían quedado sin éxito. Entre tanto habían observado los óptimos resultados que las

Hermanas alcanzaban con la juventud femenina. Entonces pensaron que las Hermanas podían ayudar en la educación de los niños, encargándose de la administración del Instituto. Un Padre de edad avanzada y un Hermano irían diariamente a dar las instrucciones necesarias. El nuevo establecimiento llevaría el nombre de San Francisco Javier y se edificaría cerca del convento de los jesuitas, para que los Padres no tuvieran que caminar mucho, y los niños tuvieran ocasión de asistir diariamente a la Santa Misa en la iglesia. Comunicaron este plan a nuestra Madre y le pidieron con insistencia su cooperación. Ella comprendió enseguida que los frutos de la misión se perderían si la juventud no recibía verdadera instrucción y educación cristiana. Con todo el entusiasmo de su corazón grande y generoso, aceptó la propuesta y prometió hablar personalmente con el Rvdo. Padre Provincial de la Provincia Alemana y hacer todo lo posible para que les mandara buenos sacerdotes y Hermanos para ayudarlos. Si no podía lograrlo, ella mandaría a su regreso de Alemania, expertas Hermanas para encargarse de la administración del Instituto.

La Rvda. Madre resolvió viajar por tierra de Puerto Montt a Valdivia y luego a Osorno, donde por pedido del Excmo. Sr. Obispo de Ancud debíamos fundar una casa educacional. Como en su juventud había practicado mucho la equitación, pensaba en su fervor, que con más de sesenta años podría hacer el largo viaje de Puerto Montt a Valdivia a caballo. Se necesitan cinco o seis días. Le pidió al padre de dos de nuestras Hermanas, don Francisco Schwerter, vecino de la casa San José, que poseía buenos caballos. Le ofreció uno muy manso que se llamaba "Castania". Varias de nuestras Hermanas habían aprendido a montar con él, porque necesitaban saber para viajar por tierra. Aquí no había ni coches ni ferrocarriles, no siquiera se podría conseguir un carro tirado por bueyes a causa de los malos caminos y la selva virgen. Pero la primera prueba ya le salió mal, con gran esfuerzo subió a la silla de montar y le vinieron fuertes mareos, casi tuvo que bajar. Después de esperar unos minutos, don Francisco condujo lentamente el caballo por la rienda por la llanura, pero a la Madre le era imposible andar sola. Entonces bajó de la montura y fijo tristemente: "Me hubiera gustado realizar la cabalgata a Osorno y Valdivia para quedarme algunos días con mis Hermanas allá, pero ahora no puedo hacerlo porque el vapor ya zarpó y regresará recién dentro de quince días." Le costó no poder ver Osorno para considerar allí mismo los asuntos de la nueva fundación. Entonces nos encargó a la Hna. Inocencia y a mí, ir el verano siguiente para ver lo que había que arreglar allá.

Las Hermanas tenían en Puerto Montt, además del orfanato San José y del hospital, una escuela pública a la que concurrían 80 niñas alemanas y chilenas. Estaba situada en la ciudad y era dirigida por la Hna. Susana y una ayudante. La Rvda. Madre la visitó y fue solemnemente recibida. Las alumnas dieron excelentes exámenes en su presencia, por lo que se alegró mucho. En la casa San José, en un cuarto aparte, hospedaban algunas indias que por causa de su extrema pobreza e ignorancia habían vivido mucho tiempo con sus maridos sin haber recibido el sacramento del matrimonio. Si los Padres jesuitas las encontraban en las misiones, las enviaban a nosotras mientras ellos instruían a los hombres. Estas pobres criaturas no saben leer ni escribir. Les enseñamos con mucha paciencia las principales oraciones y el Credo. Luego las preparamos para confesarse. Después de haber recibido el sacramento de la Penitencia contraen el matrimonio. Algunos reciben permiso para comulgar. Mientras estuvo la Madre, se casó también una pobre pareja de indios. Entonces preguntó con gran interés si les habían preparado una buena comida. Le contestaron que antes de regresar a su hogar recibían el desayuno y alguna merienda para el camino. Pero ella repuso: "Mañana agasajaremos a estos pobres para que tengan mucha alegría en el día de su boda." Las Hermanas debían hacer una torta y adornar la mesa con flores. Ellos estaban contentísimos y no sabían cómo agradecer, Una semana

después la pobre mujer vino caminando desde lejos y nos trajo una canasta de huevos. La Madre se distinguió en todas partes por su generosidad, especialmente por su preocupación para los pobres. La tripulación del barco, los changadores y cualquier persona que le había prestado algún servicio, debía ser doblemente pagada. Entonces dijo: “La gente es tan pobre y tiene que ganarse el pan penosamente”.

La Madre quedó un mes entero en Puerto Montt. En vísperas de su partida exhortó a las Hermanas con una magnífica instrucción, a hacer todo por amor a Dios, poner toda su confianza en Él y ser buenas con los pobres. Al día siguiente se despidió y nos embarcamos para viajar por Ancud, Corral, Lebu a Talcahuano, que es el puerto de Concepción. En siete horas llegamos a Ancud, donde el vapor pasó cuatro horas y cargó mercaderías para el norte. El despachante de la aduana, don José Ignacio Cavada, padre de dos de nuestras Hermanas chilenas, nos envió su lancha y pronto estuvimos en la costa. La Madre visitó primero al Excmo. Sr. Obispo de Ancud para despedirse y agradecerle de nuevo su paternal benevolencia que había prodigado a nuestras Hermanas. El Prelado la recibió con verdadera veneración y amor y nos dio gustoso su bendición episcopal. Las Hermanas en el conto, la esperaban con impaciencia y se habían imaginado que se quedaría otra vez quince días con ellas, pero después de dos horas nos despedimos y la lancha nos llevó a bordo del vapor. A la Mañana siguiente llegamos a Corral, que es el puerto de Valdivia.

3. Valdivia, Lebu, Concepción

La ciudad de Valdivia está situada a dos horas tierra adentro, a orillas del pintoresco río Calle-Calle. Algunos pequeños vapores realizan el tráfico con el puerto de Corral, porque el escaso caudal del río es un impedimento para buques grandes. Apenas habíamos anclado, cuando llegaron las Hermanas de Valdivia para recibir gozosamente a su Madre. Qué consternadas quedaron al oír que la Madre no podía visitar Valdivia, sino que continuaría esta noche su viaje. Derramaron amargas lágrimas, porque habían estado solamente dos horas en el hospital cuando iba a Ancud. Las pobres Hermanas habían preparado todo para recibirla honrosamente, para agasajarla y pasar algunos días felices en su presencia. Ahora tenían que contentarse con ir con ella a un hotel alemán, mientras las otras tres religiosas de Valdivia la esperaban en cano. También ella estaba afligida por no poder ir, pero tenía apuro por llegar a América del Norte donde debía visitar unas treinta filiales. A la mañana siguiente llegamos a Lebu, donde nuestras Hermanas nos esperaban. Allí tienen un pequeño hospital, una escuela para niños y otra para niñas, concurridas por los hijos de los tres mil mineros de don Maximiliano Errázuriz, hermano del ex presidente de Chile, que posee allí extensas minas de carbón. Par convertir a sus trabajadores en buenos cristianos, edificó una espaciosa iglesia, un hospital y escuelas. Mantiene a un capellán y cinco Hermanas para la cura de almas, el cuidado de los enfermos y la enseñanza. Lebu pertenece a la Provincia de Arauco donde viven todavía paganos. El capellán Junker, fervoroso sacerdote alemán, y las Hermanas, tienen mucha ocasión para hacer el bien. Aunque Lebu y sus alrededores son católicos, y la ciudad que está a media hora de distancia tiene una iglesia parroquial y un párroco, entre los mineros y la gente pobre hay mucha ignorancia y miseria. Sin embargo, la gente tiene en general, buena voluntad. Aquí la Rvda. Madre permaneció sólo dos horas, porque el vapor no paró más tiempo. Durante este tiempo el mar estaba peligrosísimo por las tempestades y las corrientes contrarias. Era imposible regresar en un bote al buque. El Sr. Errázuriz tuvo la bondad de mandarnos a bordo en su pequeño vapor. Las Hermanas estaban desconsoladas por la cortísima visita y quedaron llorando en la ribera

mientras las olas se levantaban agitadas. Pero dos Hermanas querían acompañarnos a pesar del peligro, tenían que postrarse en el fondo y agarrarse firmemente para no estrellarse contra las paredes y no podían hablar nada con la Madre por el tumulto de las olas embravecidas. Después de un viaje borrascoso llegamos a ocho horas de Lota, y a la noche del día siguiente, pasando por Coronel, a Talcahuano, el puerto de Concepción que alcanzamos en veinte minutos de ferrocarril.

Nuestra buena Madre estaba muy cansada, pero feliz y contenta. Varias veces expresó su alegría por el fervor y la buena voluntad de las Hermanas. El buen Dios había bendecido visiblemente sus actividades y en todas partes las apreciaban y reconocían sus méritos. Pero le oprimía el corazón, pensando que había estado tan poco tiempo con sus queridas hijas en Valdivia y Lebu. Las Hermanas de Concepción nos habían esperado una semana en vano. Y como no tenían noticia segura, comenzaron los Ejercicios Espirituales, que realizan anualmente en enero y febrero, en los meses de vacaciones. Cuando llegamos estaban en medio del retiro, pero les dieron permiso para saludar a la Rvda. Madre y conversar durante dos horas. Luego continuaron sus Santos ejercicios que duraron todavía cuatro días más. Después la Madre me comunicó que había resuelto viajar sola con el próximo vapor a Lebu para quedarse algunos días allá, porque había dejado tan afligidas a las Hermanas. Gastamos toda nuestra elocuencia para hacerle desistir de su plan por el peligrosísimo puerto de Lebu y por no saber castellano; pero en su gran amor pensaba solamente en sus desconsoladas hijas y no pudimos convencerla de quedarse.

A pesar de todas nuestras súplicas y observaciones, viajó sola el 16 de enero de 1880 de Talcahuano a Lebu y se quedó una semana en la pequeña casita. Con maternal solicitud arregló varios cambios para aliviar a sus hijas en sus actividades.

La Hna. Crisóstoma y yo fuimos el 24 de enero a Talcahuano para buscarla.

(+ La descripción del viaje de la Hna. Crisóstoma cuenta allí un interesante episodio: “Era una tarde preciosa cuando llegamos a Talcahuano, el mar parecía un espejo. Como el vapor que debía traer a la Madre paraba primero en Tomé, situado en frente, resolvimos salirle al encuentro en un velero. Habíamos navegado alrededor de 45 minutos, cuando los marineros exclamaron de repente: “¡El bote tiene un agujero, ya entre el agua, nos hundimos, bajamos al fondo!” Pueden imaginarse nuestra angustia. Pero la Madre de Dios extendió su mano protectora sobre nosotras. Recogieron la vela y regresamos rápido a la costa, porque el agua subía en el barco. Los marineros remaron lo más rápidamente posible, mientras uno sacó el agua sin interrupción con su gorra. Con la ayuda de Dios alcanzamos el puerto de Talcahuano. Cuando los marineros descubrieron el agujero estuvimos solos, no había ningún navío para socorrernos. La Madre hubiera viajado sobre nuestros cadáveres si se diera cuenta.)

De Lebu trajo una postulante, la hermana del Señor Párroco Bidanco; estaba feliz por la buena obra que había realizado y por la alegría que había causado a sus buenas hijas de Lebu. Regresamos luego a Concepción.

Allí quedó todavía una semana, recibió la visita del Excmo. Sr. Obispo y varias damas de las principales familias. Medio año después, cuando el mismo Sr. Obispo, don Hipólito Salas, predicó en nuestra nueva iglesia dijo: “Hemos tenido la suerte de ver allí a la insigne Madre General y Fundadora de esta Congregación; es una señora y una santa”. Estas palabras pronunciadas por el príncipe de la Iglesia que gozó de mucho aprecio en todo el país y fue temido por los malos, impresionaron profundamente a todos. En Concepción teníamos un internado con 50 o 60 pupilas que recibieron enseñanza en nuestra casa. Además dirigimos una escuela libre con

instrucción elemental y labores. Hospedamos siempre unas seis niñas de la calle que trabajaban y aprendían la vida cristiana. Eran pobres criaturas que no encontraban refugio, vivían en pésimas circunstancias, y deseaban llevar una vida ordenada. Estas pobres aprendieron religión y todos los trabajos domésticos. Después de uno o dos años las colocamos en una buena familia cristiana. En lugar de las egresadas, tomamos otras. A veces suplicaban con amargas lágrimas para que las recibiéramos. Lamentablemente podíamos alojar sólo a un escaso número, a pesar de que nuestro convento en su comienzo estaba destinado al cuidado de pobres, jóvenes abandonadas y penitentes. Cuando nos entregaron el establecimiento, solamente una cuarta parte del edificio estaba terminada y faltaban los fondos para poder seguir construyendo. No teníamos ninguna entrada para poder vivir con nuestras protegidas. Por eso el Excmo. Sr. Obispo ordenó que tomásemos primero pupilas para tener lo necesario para nuestra manutención. Poco a poco debíamos seguir construyendo, aprovechando las ganancias del pensionado y con limosnas. Más tarde debíamos instalar la casa para penitentes y niños pobres. La Rvda. Madre estaba muy conforme con esta obra de caridad y nos exhortó aquí y en las otras filiales a ser muy generosas con los pobres.

4- Santiago

El 31 de enero de 1880 la Rvda. Madre viajó de Concepción a Santiago, donde nos habíamos encargado de la dirección del orfanato de la Purísima, llamado también Asilo de la Patria. En el camino deseaba visitar a una antigua amiga de Aquisgrán, era la Superiora del Pensionado de las Damas del Sagrado Corazón, Madame Caroline con Lommessen, que dirigía un gran colegio en la ciudad de Chillán. A las 9 de la mañana tomamos el ferrocarril de Concepción y llegamos a las dos de la tarde a Chillán, Un coche nos condujo al convento donde recibimos una cordial acogida y permanecemos allí un día. Era un placer ver juntas a estas grandes servidoras de Dios, con qué santo amor e intimidad brotaba de sus labios la conversación espiritual. También las otras religiosas se empeñaban mucho en honrar y alegrar a la Madre Paulina y en hacernos agradable la estadía en su convento. Al día siguiente fuimos con el tren expreso a Santiago.

(+ La Hna. Crisóstoma relata lo siguiente: "Santiago está situada sobre una meseta muy fértil, la construcción es extensa y ofrece un espacio a 120.000 habitantes. Agradable es el lujo de sus anchas y derechas calles que se cruzan en ángulo recto. Posee muchas plazas con hermosos árboles, jardines públicos y fuentes surtidoras. Casi todas las casas, agrupadas en cuadradas, son de un solo piso, pero edificadas en un estilo que revela al mismo tiempo economía y confort. Los patios interiores están generalmente bien embaldosados y provistos de una galería alrededor. Flores y arbustos los convierten en hermosos jardines. Las habitaciones de la familia dan al patio, mientras las ventanas de los salones miran a la calle. Santiago posee una hermosa alameda que divide la ciudad en dos partes. Por sus magníficas avenidas, atravesadas por pequeños arroyos, monumentos históricos que recuerdan las guerras de la Independencia, y muchos edificios preciosos, chalets e iglesias, que se encuentran a ambos lados de la alameda, se convierte esta avenida en un notable paseo, digno de visitar, que no tiene igual en América del Sur.)

Era un día muy caluroso cuando llegamos a las seis de la tarde, cubiertas de polvo, a esta capital. Al bajar del tren tuvimos una sorpresa. Fuera de nuestras dos Hermanas, muchas damas distinguidas habían llegado en sus carruajes para recibir a nuestra venerable Madre General. En la estación ferroviaria había tal aglomeración de gente, que apenas se podía pasar. Todos querían verla y saludarla. Incluso el embajador alemán, Sr. von Gülich, estuvo con su joven

esposa y otras personas para darle la bienvenida. Para no llamar la atención nos apuramos para entrar en uno de los elegantes coches que estaban a nuestra disposición, pero muchos carruajes nos escoltaron hasta el convento. Cuando llegamos a nuestra iglesia de la Purísima, encontramos las puertas abiertas de par en par y el Rvdo. Sr. Jara, vestido con la capa de coro, recibió solemnemente a nuestra Madre y le dio la bendición. Huérfanos, Hermanas y muchos espectadores la acompañaron y condujeron al presbiterio, mientras algunas niñas esparcían flores y una banda de música de treinta personas, tocaba. A los costados del altar había asientos para nuestras distinguidas visitas. Luego el Rvdo. Padre Jara pronunció una entusiasta alocución, destacando sobre todo su ánimo y su gran caridad, que a pesar de su edad avanzada había atravesado por segunda vez el océano para animar y consolar a sus hijas de Chile y América del Norte. Cuando terminó la solemnidad en la iglesia, tuvo que ir al salón donde las damas y el embajador la saludaron. Por fin pudo luego retirarse para cenar con las Hermanas.

Quedamos 15 días en Santiago. Hicimos muchas visitas: fuimos a las Damas del Sagrado Corazón, a las Hermanas de la Providencia, a las Vicentinas, a las "Picpus Religiosas" y a algunas señoras. Con especial cordialidad nos acogió el embajador alemán, nos mostró su hermosa casa, situada en medio de un magnífico jardín lleno de flores y plantas ornamentales. Presentó todos sus hijos a la Rvda. Madre, desde el mayor de doce años, hasta el bebé. Antes de nuestra partida, esta familia vino una vez a vernos y el embajador nos entregó cartas de recomendación para los cónsules de Valparaíso, Panamá y las empresas marítimas para que nos atendieran bien en todas partes. ¡Que el buen Dios le recompense sus amables cuidados! El Excmo. Sr. Obispo de Martirópolis, don Joaquín Larrain Ganderillas, Vicario Capitular de la sede arzobispal, estuvo ausente. Al regresar después de diez días, vino para arreglar importantes asuntos de nuestra casa.

Hasta ahora, nuestro Instituto en el Asilo de la Purísima no estaba canónicamente erigido. Nos habíamos encargado del cuidado de las huérfanas por el pedido del Excmo. Sr. Obispo. Luego nos enviaron más o menos sesenta niñas de los soldados caídos en la guerra entre Chile y Perú por las que el gobierno pagó anualmente algo. Además recibimos 30 hijas de oficiales fallecidos que debían vivir y ser educadas especialmente. Por el escaso lugar, tuvimos que despedir a unas cuantas niñas que estaban anteriormente, porque nos obligaron a aceptar a todas las huérfanas de la guerra. Nuestro pobre orfanato estaba mal construido, pero tenía una gran iglesia y una sana y hermosa ubicación cerca del río Mapocho, que divide Santiago en dos partes. Habían comprado algunos ranchos cercanos y la casa buena y linda para las hijas de los oficiales. Esta última el Excmo. Sr. Obispo la entregó como propiedad a nuestra Congregación, firmando el documento comercial en presencia de la Rvda. Madre. Pero puso dos condiciones: que enseñáramos allí siempre gratuitamente a por lo menos 50 niñas, y si nos retirábamos de Santiago, esta casa volvería a ser propiedad de la Iglesia. Nuestra querida Madre firmó también el contrato, aunque no le gustaron algunas cláusulas; su amor a los pobres y su sumisión a la autoridad eclesiástica la estimulaban a comprometerse formalmente.

En este tiempo hacía mucho calor en Santiago, porque allí enero y febrero son los meses más calurosos del año. A la Madre le afectaba mucho el calor sofocante, las incomodidades y privaciones de esta casa tan pobre, pero soportó todo amablemente y con admirable paciencia. Su cuarto tenía solamente una pequeña ventanita, por las vigas del cielo raso se veían las tejas del techo. Habían clavado un trozo de género para evitar que entrara el polvo. Las Hermanas se empeñaban mucho para aliviarla, sin embargo se sentía fatigada y descompuesta. Todos nos aconsejaron construir nuestra Casa Madre Provincial y el noviciado en la ciudad de Santiago, pero ella deseaba que buscáramos un lugar más solitario y un clima más benigno.

Por fin llegó el día de la despedida. La noche anterior, la Rvda. Madre nos exhortó en una inolvidable instrucción, a realizar todas nuestras obras únicamente por amor a Dios y al prójimo. Que debíamos trabajar de tal manera que pudiéramos entrar en el cielo sin pasar por el purgatorio. Esto alcanzaríamos si actuábamos siempre con intención pura y si lavábamos nuestras almas en la Sangre de Cristo, confesando humildemente nuestras faltas en el sacramento de la penitencia. Nos recomendó la Comunión frecuente y que aprovecháramos los tesoros de gracia que la Santa Iglesia ha puesto a nuestra disposición. Pidió que nos empeñáramos en adquirir la costumbre de rezar muchas jaculatorias para ganar indulgencias, así levantaríamos el corazón siempre de nuevo a Dios uniéndonos a Él. Habló entusiasmándonos, porque las palabras le brotaban del corazón y se notaba que ella misma practicaba lo que nos recomendaba. Cuántas veces fui testigo de sus ardientes jaculatorias que envió al cielo en medio de la noche y en el sueño, porque estaba muy acostumbrada a levantar su corazón a Dios.

5 – Despedida de Chile

Las queridas viajeras se despidieron de la última casa que habían visitado en Chile. Estaban llenas de gratitud para con el buen Dios que había bendecido admirablemente a nuestras Hermanas desterradas de la patria. También reconocieron agradecidas la caridad y los sacrificios de muchas familias chilenas que las habían ayudado. La Rvda. Madre apreciaba el noble carácter de los chilenos, admiraba su generosidad y hospitalidad para con los más pobres y estaba felicísima de poder dejar a sus hijas allí tan contentas en sus campos de trabajo.

El 19 de febrero viajamos a las 8 de la mañana en ferrocarril a Valparaíso y nos hospedamos en el convento de las Hermanas de la Divina Providencia.

(+ La Hna. Crisóstoma relata lo siguiente: “La casa de las Hermanas está ubicada en la ladera de un colina desde donde se goza de una hermosa vista de la ciudad y del puerto. Valparaíso se extiende como un anfiteatro a lo largo de la costa. Una cadena de montañas no muy altas, en cuyos declives escarpados el agua corriente provocó una docena de profundos barrancos con cascadas verticales, rodea la ciudad. Estos arroyos, en cuyas riberas se encuentran los chalets más hermosos y pintorescos jardines, son característicos de Valparaíso, y le dan un aspecto agradable. En el puerto había muchos vapores, veleros y navíos de toda clase, porque es a lo largo de la costa el único para anclar. Al oeste está limitado por un promontorio en cuyas terrazas amenazan cañones. Al pie de los barrancos hay muchos ranchos, parece que aquí vive una población pobre, mientras que los ricos se establecieron en las hermosas alturas. La ciudad ha sufrido considerablemente por los movimientos sísmicos que han causado muchos daños en los edificios, por eso había antes solamente casas de un piso. Desde que introdujeron la construcción con hierro, levantan edificios de dos y tres pisos.)

Las Hermanas de la Divina Providencia tenían a su cargo un hospital para soldados heridos y nos habían invitado para vivir con ellas. La Superiora de la Casa Madre de Santiago había enviado especialmente dos de sus buenas religiosas a Valparaíso para atender bien a la Madre Paulina y hacerle su estadía lo más agradable posible. Una de ellas, la Hna. Catalina, era alemana y la otra una muy amable chilena de distinguida familia. Todas estas buenas religiosas, que también en otras ocasiones nos habían prestado sus servicios, se empeñaron en mostrar mucha caridad y aprecio a la Madre. Nos habían arreglado su propio dormitorio, mientras ellas se contentaron con una pieza pequeña e incómoda. Visitamos el hospital en cuyas salas había guerreros heridos

y enfermos de tres naciones mezclados: chilenos, peruanos y bolivianos. Aquí, la caridad cristiana había unido a los enemigos y todos estaban alegres y pacíficos. Al día siguiente arreglamos diversos negocios y compramos algo para nuestro viaje marítimo. Cansadas por los largos caminos en las calles mal empedradas, regresamos al hospital y nos acostamos temprano. Apenas estuvo la Madre en cama, la atormentaban fuertes dolores por las excesivas fatigas del viaje, que no sabíamos qué hacer. Yo deseaba llamar a las Hermanas para que nos ayudaran, pero ella no permitió despertarlas. Estábamos tristes y desconcertadas, mientras ella, a veces gimiendo de olor, ofrecía sus sufrimientos al querido Salvador. Por fin se alivió y nosotras también descansamos. Después de una noche pasada casi toda en vela, hicimos a algunas visitas a la mañana después de la Santa Misa y Comunión. Fuimos a los Rvdos. Padres jesuitas y a varios conventos de religiosas.

Después del almuerzo transportaron nuestro equipaje al vapor y a las tres de la tarde nos embarcamos. Dos Hermanas de la Divina Providencia nos acompañaron provistas de café, hielo y otras cosas que nos debían evitar mareos. Luego la Rvda. Madre me llevó aparte, manifestando varias veces su alegría por el buen espíritu y alabó la buena voluntad, el fervor u el gran contento de las Hermanas. Me pidió que les transmitiera de nuevo sus más cordiales saludos y les dijera que agradecía a Dios y a cada una todo el bien que habían hecho en Chile y el amor y la fidelidad que le habían prodigado. La Hermana Laurencia y yo también le expresamos nuestro agradecimiento en nombre de todas y le dijimos que solamente por este largo y fatigoso viaje, merecía el cielo. Luego hubo una dolorosa despedida y tomamos nuestro bote para regresar con las Hermanas de la Divina Providencia. Nuestra querida Madre y la Hna. Crisóstoma estaban en la cubierta saludándonos y agitando el pañuelo mientras podían vernos. Cuando llegamos a casa subimos inmediatamente la colina, desde la cual se ve una gran parte del puerto. Pero como había tantos navíos, no pudimos distinguir el vapor que debía llevarla a América del Norte. Lluvia, viento y oscuridad nos obligaron por fin a retirarnos. “¡Oh! - exclamó la buena Hermana Laurencia llorando - ¿Por qué la dejamos partir? ¿Por qué no la acompañamos a Panamá o hasta América del Norte?” Las Hermanas de la Divina Providencia se empeñaron para consolarnos, pero fue inútil, porque habíamos perdido a nuestra Madre. Sus últimas palabras habían sido: “¡Dios la bendiga! ¡Dios bendiga a cada Hermana, Dios bendiga a Chile!” A la mañana siguiente regresamos a Santiago.”

III – Viaje por Panamá a América del Norte

Sigamos a nuestras viajeras en su viaje hacia América del Norte, relatando los interesantes detalles según la descripción de la Hna. Crisóstoma, comenzando por el momento cuando la Madre Gonzaga y la Hna. Laurencia abandonan afligidas el vapor “Lima”.

“Todavía veo a las dos llorando cuando bajaban la escalera y subían al bote dándonos el último adiós. La Rvda. Madre permanecía emocionada junto a la barandilla de la cubierta desde donde les dijo, levantando la voz, palabras amables y cariñosas. Mientras las podíamos divisar agitamos el pañuelo, el bote fue arrojado por las olas embravecidas desde un lado al otro, de tal modo que a veces no lo vimos más. La Madre preguntó varias veces: “¿Dónde están la Madre Gonzaga y la Hna. Laurencia ahora? ¿Se ve todavía el bote? Sujéteme mis brazos, por favor para que las pueda saludar.” Cuando no lo vimos más, levantó la mano para bendecirlas y a todas sus hijas en Chile con las que había pasado 15 semanas.

El mar estaba muy agitado y esperamos una mala noche. Nuestro vapor zarpó recién a las ocho

de la noche, debía haber salido a las cinco. La luna, la pálida peregrina, alumbraba las ondas del mar. La iluminación en la ciudad y las incontables luces de los navíos anclados, ofrecieron un cuadro maravilloso. Cuando nuestro vapor se apartaba más, exclamó la Madre: “¡Adiós, querido Chile y mis amadas Hermanas!” Era sábado, 21 de febrero de 1880, cuando nos alejamos del suelo sudamericano para dirigirnos a Estados Unidos.

Desgraciadamente pasamos un anoche muy tormentosa, las olas embravecidas lanzaban nuestro barco de un lado a otro hasta las tres de la mañana. La pobre Madre sufrió fuertes dolores en el pecho y tosía continuamente. Le era imposible mantenerse sola en la cama. El día siguiente mejoró el tiempo y a las cuatro de la tarde llegamos a Coquimbo donde pasamos algunas horas. Pero la noche siguiente fue otra vez muy mortificante. En Coquimbo se embarcó el director del seminario de Copiapó, amigo de nuestras Hermanas, nos acompañó hasta Caldera. Nuestro vapor estaba muy lleno de gente y de ganado, estos animales fueron transportados a los regimientos de Chile. Varios oficiales de civil, estaban a bordo, iban a la guerra. Como nuestro barco estaba muy cargado con víveres para el ejército, los pasajeros de tercera clase vivían en medio de la cubierta, allí dormían y pasaban todo el día. La higiene dejaba mucho que desear, cocinaban mate en ollas negras, mujeres y hombres fumaban. Las cabinas de primera clase se encontraban sobre la cubierta por el agradable fresco nocturno, también el comedor estaba allí. Nuestra pequeñísima cabina, que era una de las mejores, estaba en el espolón. A 25 pasos de allí estaba el tornillo del ancla con su pesada cadena de 500 metros de largo que diariamente caía con estrépito a la profundidad del mar. A 10 metros se encontraba el cañón. Como viajamos a lo largo de la costa, paramos por lo menos una vez al día en algún puerto, y al entrar y salir se saludaba con un cañonazo. Lo más desagradable era la grúa que ruidosamente cargaba y descargaba y estaba a cinco pasos de nuestra cabina. Debajo de nosotras, en la entrecubierta, había 90 bueyes, que cuando el buque balanceaba, mugían y se caían. A pesar de todo, la Madre, que sufría mucho, no se quejaba nunca.

El miércoles llegamos a las seis de la mañana a Caldera, desde donde un ferrocarril va en dos horas a Copiapó. Aunque la pobre Madre se sentía sumamente débil, bajamos a tierra para oír la Santa Misa y comulgar. Caldera posee calles anchas y limpias, las casas son de madera, pero bien pintadas. La ciudad está ubicada en una llanura arenosa. Sin el aire fresco del mar, el calor hubiera sido allí casi insostenible. Regresamos a las 9.30 y luego zarpamos. El jueves entramos de nuevo en la zona tórrida y sufrimos mucho por el calor. La Rvda. Madre estaba muy enferma. Se sentía tan mal que temía no llegar viva a Panamá. Me dijo que deseaba ser enterrada en tierra bendecida, si era posible en el pequeño cementerio de la casa San José de Puerto Montt, que era la única propiedad de la Congregación en Chile. “Pero si el Señor me llama a la patria celestial en el camino de Panamá a Nueva York – continuó- llévame con la Madre Matilde a Wilkesbarre.” Pueden imaginarse mi situación al escuchar estas palabras.

El viernes 27 de febrero, alcanzamos Antofagasta, célebre por la toma de posesión por los chilenos en la guerra. Después de la batalla habían quedado allí dos mil heridos mal atendidos, y más de cien murieron de sed. En Antofagasta no existían fuentes de agua, ni pozos, ni ríos, solamente hay agua de mar filtrada. El lugar es bastante grande y conocido por sus extensas minas de sal nítrica, Cerca de Iquique nos mostraron el lugar donde se había librado la batalla marítima entre los peruanos y los chilenos, donde tomaron los últimos el “Huáscar”. Al día siguiente llegamos a Pisagua, donde vimos varios buques de guerra chilenos; dos estaban repletos de soldados destinados para atacar Arica, en otro barco había mil heridos. Allí desembarcaron oficiales que habían viajado con nosotras desde Valparaíso, y la ambulancia. Hacía cuatro meses que en Pisagua había tenido lugar un arduo combate en el que los chilenos

habían vencido a los peruanos. El lugar estaba devastado, parecía una ruina. Casi todos sus habitantes habían huido. En varias barracas, a lo largo de la costa, había guerreros que daban señales con sus trompetas. A la tarde bajaron largas filas de soldados a caballo por los estrechos caminos de la montaña, para beber en la fuente que nace cerca de Pissagna y vierte sus aguas al mar. Venían de lejos, habían recorrido diez millas inglesas. Todo el ambiente tenía un aspecto de estrago y abandono. Según soplaban el viento, oíamos los gemidos de los heridos del navío que hacía apenas una hora había llegado al puerto y que había regresado de la batalla de Arica. Dos oficiales y un médico venían de este buque y nos pidieron con insistencia que los acompañáramos para cuidar a los heridos. Lamentablemente era imposible acceder a sus deseos, pero la Madre prometió escribir a la Madre Provincial de Chile para preguntar si era posible enviar a algunas Hermanas para el cuidado de los heridos.

Nuestro “lima” quedó toda la noche anclado en Pissagna, zarpamos a las 9 de la mañana. Era domingo y tuvimos buen tiempo. Nuestro próximo puerto hubiera sido Arica, pero allí en cualquier momento podía comenzar el bombardeo. La Madre estaba preocupada y temía que nuestro barco se acercara demasiado a las bombas volantes, pero el Capitán le aseguró que nuestro vapor navegaría a gran distancia de ese lugar. A la tarde de 3 a 5 detonaron los cañonazos horriblemente. En nuestra nave reinaba el silencio, pero la gente permanecía indiferente, despreocupada. En el salón tocaban violín y piano, en la cubierta fumaban, leían y dormían. En el firmamento flotaban nubecillas blancas y una brisa fresca y agradable coronaba las olas con rayos plateados. Alrededor, en el inmenso mar, que con razón se llama “Océano Pacífico”, no se divisaba ningún bote. Su sublimidad majestuosa cuando hay brisas suaves y cuando fuertes tormentas agitan sus aguas, es una imagen imponente del poder infinito. Mientras nuestro “Lima” navegaba tranquilo, en Arica se luchaba horriblemente a sangre y vida.

Uno de esos días, un pasajero de tercera clase había robado algo. El culpable fue detenido enseguida y con gruesas sogas lo ataron al tornillo del ancla. Nuestra Madre le tenía mucha compasión. Primero debía yo averiguar al marinero que lo cuidaba si sus manos no estaban demasiado fuertemente atadas. A la noche ella dio un pañuelo para meterle entre sus manos y la soga, luego le envió dos vasos de agua con azúcar, porque el pobre ladrón había estado toda la tarde expuesto al sol y en la zona cálida.

El estado de salud de la Madre había mejorado, gracias a Dios, aunque en las noches se sentía molesta e inquieta. El 1° de marzo llegamos a Mollendo, un insignificante lugar en el Perú, cuyo puerto está semi-escondido. Cuando anclamos al despuntar el día, apareció de pronto un botecito entre los arbustos, se acercó silenciosamente y sus ocupantes subieron al “Lima” y desaparecieron disimuladamente. En el transcurso del día uno de los oficiales nos contó que había sido el General Daza, ex presidente de Bolivia, con su esposa, hijita y secretario y dos negros sirvientes. En su patria lo habían culpado y lo habían querido matar. Por fin el 3 de marzo a las 8 de la noche alcanzamos Callao, puerto muy importante cerca de la ciudad de Lima. A causa de la guerra estaban allí anclados buques ingleses, franceses, alemanes e italianos. Desde allí se llega en media a Lima con el ferrocarril. El presidente depuesto no bajó a tierra; el pueblo lo hubiera despedazado, según la opinión de los oficiales.

En Callao había que cambiar de vapor. El miércoles 4 de marzo, pasamos del “Lima” a bordo del “Ilo”, que pertenecía también a la compañía de navegación “Pacific Steam” y que nos debía llevar a Panamá. Desembarcaron muchos pasajeros y otros nuevos vinieron a bordo. El ex presidente viajó a Panamá. Marineros ingleses lo llevaron con sus familiares durante la noche a bordo del “Ilo”. Este barco era mucho mejor que el anterior. El Capitán cuidaba muy bien y se

preocupaba de aliviar las incomodidades del viaje. Especialmente a nuestra madre, que nunca tenía pretensiones, le prodigaba su atención. Hasta Panamá, su propio camarero nos debía servir. Paramos en varios puertos para cargar arroz, algodón y azúcar. Hacía mucho calor. Entre Pacasmayo y Payta vimos muchísimos pelícanos, estas aves, cuyas imágenes nos hacen recordar el amor del Divino Salvador. A la noche se acercaban más, casi todos tenían un plumaje muy oscuro, solamente pocos tenían algunas plumas blancas en la espalda. El domingo 7 de marzo pasamos por las islas Guano. Arriba tenían color grisáceo marrón y abajo eran blancas como tiza. Bandadas de pájaras volaban alrededor. La tercera parada la hicimos en Eten, un puerto sumamente intranquilo. La costa es muy llana y el lugar está a una hora de distancia. Los pasajeros se acercaron en barquillas, pero las aguas impetuosas no permitieron arrimarse para subir por las escaleras del portalón. Entonces bajaron con la grúa y un fuerte cordaje, un barril con asientos para subir a los pasajeros. Era ciertamente una embarcación muy curiosa y movediza. Del mismo modo se desembarcaron. En casi todos los puertos los pasajeros y cargas llegaron en balsas.

En aquellos días hacía un calor sofocante, casi inaguantable, y nuestro vapor parecía arder. La Rvda. Madre sufrió mucho, desde la cabeza hasta los pies estaba cubierta de ampollas. Cuando de noche entramos en nuestra pequeñísima cabina, nos parecía estar en un horno. La angosta cama de 48 cm de ancho le proporcionaba poco descanso. Cada mañana se levantaba a las seis, más tarde tomaba un poco de té y se quedaba todo el día sentada en cubierta delante de nuestra cabina. Tomaba tan poco alimento que no puedo comprender cómo se mantenía. A las siete de la tarde hacía un pequeño paseo; a las 8 rezábamos juntas el rosario. Después nos visitaba el Capitán y algunos pasajeros y se quedaban hasta las 9.30. Todos la apreciaban mucho y se alegraban cuando podían hacerle alguna atención. El miércoles 10 de marzo, a las dos de la tarde, arribamos al golfo de Guayaquil. Teníamos tierra a los dos lados. Las riberas eran llanas, en algunas partes cubiertas por selvas vírgenes, en otras había praderas y viñedos. Era un paisaje muy agradable, aunque peligrosísimo para la navegación, porque debajo del agua tranquila había enormes bancos de arena. Por este motivo en Tumbes, pintoresco pueblo ubicado a la entrada del golfo, tomamos un guía a bordo. A la noche vimos una magnífica puesta de sol.

Guayaquil está situado a lo largo de la costa y tiene 26.000 habitantes. Detrás se levanta una cadena de montañas pobladas de bosques, sobresalen grandes palmeras. Había en cantidad ananás, bananeros y mangos. Nuestro barco paró 24 horas allí. Enjambres de mosquitos nos visitaron y nos picaron sin piedad, especialmente cuando había luz. Estos animalitos pusieron a prueba nuestra paciencia. En el río flotaban muchos islotes, a veces tenían más de 30 pies de largo y de ancho, estaban cubiertos de enredaderas y matorrales de cualquier clase. Las barquillas se apartaron cuidadosamente. Un barquero que tenía su bote cargado de naranjas, chocó con un islote, perdió más de la mitad de sus sabrosas frutas y fue todavía arrastrado algún tiempo por el río. Por el gran calor y la plaga de los mosquitos nos alegramos mucho cuando zarpamos. Antes de llegar al mar vimos muchos yacarés zambullirse en las aguas amarillas del golfo. Desde Guayaquil hasta Panamá navegamos sin interrupción y en los puertos de Ballenita, Manta, Bahía, Esmeraldas, Tumaco y Buenaventura, casi todos están en Colombia; no hicimos escala. Nuestro vapor estaba muy cargado con costosas mercancías: café, arroz, cacao, varios quintales de nueces, 700 fardos de algodón, además transportaba mucho azúcar de caña muy refinado en forma de pequeñas piedras y gran cantidad de oro y plata. Todo estaba destinado a Inglaterra. No vimos más la costa. El mar estaba generalmente tranquilo. Sin embargo, este era un trayecto sumamente peligroso por los arrecifes escondidos, y el Capitán permanecía siempre en el puente de mando. Gracias a Dios, la Madre estaba más o menos bien y todos los días

manifestó su alegría de poder saludar pronto a la Madre Matilde y a las otras buenas Hermanas de América del Norte.

Por fin, a la mañana del domingo 14 d marzo, fiesta de Santa Matilde, aparecieron poco a poco las numerosas islas que están cerca de Panamá. A las 8.30 un cañonazo anunció nuestra llegada y pronto anclamos cerca de la península Tobuco. El puerto de Panamá es grande; paramos un poco lejos de la ciudad, cerca de las verdes islas con sus pequeñas bahías. El Capitán, que bajó a tierra enseguida, nos trajo la noticia de que el vapor de la línea Atlas con el que queríamos viajar a Nueva York, todavía no había llegado a Colón. Él nos ofreció quedarnos hasta el 16 a bordo para ahorrarnos la molestia de alojarnos en un hotel de Panamá. La Rvda. Madre aceptó agradecida su bondadoso ofrecimiento. Los demás pasajeros desembarcaron, también el ex presidente de Bolivia con su familia. Su hijita tenía un gracioso perrito blanco que había venido muchas veces a nuestra cabina y se había encariñado con nosotras. El martes 16 de marzo, el Capitán viajó con nosotras a Panamá, mandó a su gente a transportar nuestro equipaje a tierra y luego a la estación ferroviaria. Él nos condujo a una iglesia de los jesuitas. ¡Qué felices estábamos de poder estar otra vez en una iglesia! Gracias a Dios, encontramos enseguida un sacerdote, nos confesamos y comulgamos. Desde Caldera habíamos estado privadas de esta gracia.

El hotel, donde nos encontramos nuevamente con el Capitán, era el único de la ciudad. Había poca gente porque Panamá perdió mucho turismo por el ferrocarril Pacífico que va desde San Francisco a Nueva York. Allí vimos a varias de las personas que estuvieron con nosotras en el "Ilo", también al ex presidente. El lindo perrito de su hijita reconoció enseguida a nuestra Madre, su bienhechora, y le salió al encuentro con gozosos saltitos. A las 12.30 el Capitán nos llevó a la estación ferroviaria y no descansó hasta que había arreglado nuestro equipaje y estábamos sentadas en el tren. No olvidaremos su noble conducta y rezaremos por él para que Dios lo colme de bendiciones y lo acompañe en sus peligrosas travesías. En Panamá vimos más negros y mulatos que blancos, también los empleados en la estación eran casi todos de esta raza. La boletería era una barraca de madera ubicada en un galpón.

Al mediodía salió el tren y pronto pasamos por la selva virgen y admiramos la grandeza, variedad y riqueza de la naturaleza, más que en los viajes anteriores, era algo imponente e indescriptible. El pasaje por el istmo de Panamá hasta Colón duró más de cuatro horas. La construcción de esta vía de comunicación costó muchas vidas humanas por el clima insano.

El calor era sofocante; los vagones no tenían ventanas sino solamente celosías. Si uno extendía el brazo por la abertura, era como ponerlo en agua caliente. Desde Panamá hasta la primera parada, Río Grande, serpenteaba el tren por el valle del río que lleva el mismo nombre. Al principio, el valle es ancho, poco a poco, angosto y la vegetación era tan exuberante que desde el vagón no se distinguía si la región es llana o montañosa. En muchos lugares vimos negros ocupados en hachar las plantas que obstruyen la vía. Para postes de telégrafo usaron palmeras con la copa cortada. La Rvda. Madre gozaba admirando la magnificencia de la naturaleza y de sus labios brotaban hermosas observaciones sobre la grandeza y bondad de Dios. Los gigantescos árboles del bosque, llenos de flores, por cuyos voluminosos tallos trepaban incontables plantas parásitas, las majestuosas palmeras de diferentes especies, algunas colmadas de frutas, entre medio, campos de caña de azúcar, todo eso nos impresionó maravillosamente. Cerca de Barbacoa y Lion Hill aparece la selva virgen tropical en su inexpresable hermosura, exuberancia y variedad, especialmente las palmeras alcanzaron allí mayor altura. Las estaciones ferroviarias de esta región son pequeñas aldeas de negros,

únicamente Mattachín es más grande. Los ranchos son de caña de bambú, techados con hojas de palmera. En las praderas había generalmente muchos hombres, mujeres y niños, casi todos llevaban escapularios, medallas y rosarios al cuello, por lo que dedujimos que debían de ser católicos. Hasta Barbacoa y Acorca Lagarto se oía hablar en español, en Lion Hill ya era más común el inglés. Desde Baila Monos bordeamos el río Chagres hasta Colón; a veces desaparecía, pero lo vimos siempre de nuevo, su color es amarillo por la cantidad de tierra que arrastra consigo. En Gatún, pequeña aldea de negros, había menos vegetación en los alrededores del pueblo. Allí se encuentran muchos espavés (*Rhino carpus excelsa*), estos gigantes entre los árboles tropicales. Dicen que cerca de Gatún está el lugar del hallazgo de la flor del Espíritu Santo (*Peristeria alata*) que es la más hermosa orquídea del istmo, es blanca con manchas rojas como sangre y posee una corola en forma de paloma suspendida en el aire. Un misionero católico nos contó que el pueblo las apreciaba mucho y las empleaba para adornar las iglesias en las grandes fiestas.

A las cinco llegamos por fin a Colón o Aspinwall. Mientras el ferrocarril estaba todavía en movimiento, subieron muchos negritos por las aberturas de las persianas, para apoderarse de nuestro equipaje. Había que emplear mucha energía para deshacerse de estos pillos. Un alemán que viajaba con nosotras nos ayudó. Esperábamos poder trasladarnos pronto a bordo del "Atlas Línea", nuestro buen Capitán del "Ilo" nos había conseguido una carta de recomendación para el agente de dicha línea. Desgraciadamente el buque, que ya se esperaba por varios días, no había llegado. Buscamos un hotel, pero todos nos aseguraron que en Colón no existía ningún alojamiento decente, ni para las más modestas exigencias. Esta noticia nos afligió, pero el agente de la línea Atlas, Mr. Jackson, fue tan amable de ofrecernos cambiar nuestros boletos para poder viajar en el Pacific Mail Steam Ship Company. El buen señor mismo fue a arreglar el asunto. Por la bondad de Dios siempre encontramos gente buena que nos ayudó en nuestras dificultades. La amable sencillez de nuestra Madre los impulsaba a socorrernos.

El martes 16 de marzo de 1880, a la tarde, nos embarcamos otra vez en el Steamer Colón. Mientras nos dirigíamos al vapor, la Rvda. Madre dijo: "La primera parte de nuestro gran viaje pasó. Dios nos ayudará también en el segundo trayecto." Ella sabía muy bien que el océano Atlántico es muy tempestuoso en el mes de marzo y que debería sufrir mucho. El Colón era un barco majestuoso, tan largo como el Potosí y algo más ancho. Recibimos una cabina aireada y bien ubicada. Zarpamos durante la noche. El mar estuvo embravecido durante los dos días siguientes. La Madre se sentía muy mal y débil, tan enferma como cuando salimos del Estrecho de Magallanes. El viernes mejoró el tiempo. Dicen que el mar Caribe, por el que navegábamos, siempre está intranquilo. A la mañana vimos a lo lejos las Antillas Menores, más tarde las islas de Haití y a la tarde, hacia las cinco, la isla de Jamaica. El día siguiente pasamos por Cuba. A la mañana del domingo vimos las islas Abacos, que son muy fértiles, pero insanas. Por ser domingo, el Capitán organizó una celebración religiosa y nos invitó también a nosotras, lo que causó la burla de los católicos ecuatorianos que viajaban en nuestro barco. El mantenimiento y la confortable instalación del Colón eran ejemplares; lo mismo el personal de servicio, casi todos negros, no dejaba nada que desear. El lunes tuvimos una magnífica puesta del sol; pero nuestra camarera afirmó que el color colorado del sol anunciaba frío y tormenta, y tuvo razón. El martes a las dos de la madrugada se levantó una tempestad espantosa que empeoró de hora en hora, y recién después de dos días se calmó. Era mucho pero que la que tuvimos en el cabo Pilar. Las olas se levantaron como montañas, golpearon la gran chimenea y apagaron el fuego de la cocina. Había un tumulto espantoso y bramidos que uno no podía oír su propia voz. La Madre sufrió mucho, nevaba y cayeron piedras. Pocos días antes habíamos estado todavía en la selva

virgen de la zona tropical. En la primera noche de la horrible tempestad se levantó la Madre y se preparó en voz alta para la muerte. La segunda noche fue peor. El miércoles a la tarde la tormenta se calmó un poco y el jueves ya se podía hacer un paseo por la cubierta. Nuestra gran chimenea estaba cubierta por una blanca capa de sal, porque las olas impetuosas la habían bañado.

La Madre Paulina estaba otra vez mejor de salud. Se alegraba indescriptiblemente de ver pronto a sus queridas Hermanas de América del Norte y manifestó repetidas veces su deseo de encontrar ya en el puerto de Nueva York a la Madre Matilde y a la Hna. Filomena. El viernes 26 de marzo había ya desde temprano mucho movimiento en el barco. Todos acercaban su equipaje y se arreglaban para el desembarque. La Madre subió a la cubierta más alta; a las 10 divisamos tierra y pronto la teníamos a ambos lados. ¡Qué bella vista! El puerto de Nueva York, aunque muy distinto al de Río de Janeiro, de ninguna manera es menos hermoso. A la una y media crepitó nuestra ancla en la profundidad, el vapor estaba parado. ¡Estábamos en Nuevo York! ¡Gracias a Dios!

La Madre miraba si alguien nos había buscado, esperaba por lo menos a la Hna. Sebastiana. Muchos pasajeros ya habían abandonado el buque, nosotras estábamos todavía paradas allí mirando a la gente. La Madre Matilde, Superiora Provincial, había pensado que ella no podría estar presente en nuestro desembarco por no haber recibido a tiempo la noticia de nuestra llegada, por eso había pedido al Sr. Behring, que antes había estado en la librería Schöning en Paderborn y ahora trabajaba en el negocio de los hermanos Benzinger en Nueva York, y a otro señor, que estuvieran en el puerto para ayudarnos. Nos esperaban y ellos transportaron nuestros baúles. Allí encontramos pronto a las Hermanas Sebastiana y Wigberta. Hacia las cinco de la tarde llegamos a Melrose y entramos, después de cinco semanas, otra vez en una casa nuestra. Después de 24 horas llegaron la Madre Matilde y la Hna. Filomena. Nuestra alegría era completa.”

Estadía y viajes en la Provincia Norteamericana

Del 26 de marzo hasta el 21 de agosto de 1880.

Primera llegada a Nueva York y Wilkesbarre. Tiempo feliz en la Casa Madre. Próxima visita a las filiales de Melrose, Scranton y a las escuelas de Wilkesbarre y Pittson.

Comienzo de la visitación canónica.

Con qué cordial alegría recibieron todas las queridas hijas de la Provincia Norteamericana a la Madre Paulina, especialmente la Madre Matilde, y cuántas dificultades tuvo que afrontar durante los cinco meses de su permanencia para visitar todas las casas, y la alegría que experimentaba al ver de nuevo a sus amadas Hermanas y el florecimiento de los establecimientos en todas partes, nos relatan los informes anuales de la Hna. Filomena que se encuentran en Wilkesbarre.

“El 26 de marzo, viernes santo, recibimos un telegrama que nos comunicó la gran noticia, que la Rvda. Madre había desembarcado felizmente en Nueva York, lo que provocó una verdadera ola de júbilo en nuestra casa. El Sr. Párroco Stumpe en Melrose, había organizado ya un festivo recibimiento. La Madre Matilde y la Hna. Filomena viajaron enseguida, el sábado santo, hacia allá para darles la bienvenida y conducir las a Wilkesbarre. Nuestra Fundadora nos saludó

maternalmente y tuvimos un gozo indescriptible. A la tarde asistimos en Melrose a la solemne procesión de Resurrección, y en Pascua a la celebración de la Santa Misa, durante la cual la Madre estaba absorta en oración. Nosotras no podíamos comprender cómo podía rezar tanto tiempo de rodillas después de tantas fatigas y malestares. Pero una mirada a su profundo recogimiento y devoción revelaba infaliblemente que casi no pertenecía más a esta tierra y que estaba cerca del cielo. Este presentimiento ya nos invadió cuando la vimos por primera vez allí y al estar con ella estábamos cada vez más convencidas de que su peregrinación terrenal se terminaba. Era un pensamiento doloroso que nos impulsaba a rezar con mayor fervor por la conservación de su inapreciable presencia entre nosotras. Aceptando gustosamente la invitación de la Madre, el lunes de Pascua se reunieron las Hermanas de las filiales vecinas: Newark, Elizabeth y New Brunswick en Melrose. Estábamos alegres y felices de escuchar los interesantes acontecimientos de sus viajes. El martes visitó las escuelas de nuestras Hermanas en Melrose y los niños de cada sección la recibieron con jubilosos cánticos y declamaciones, y ella repartió lindas estampitas. Empleó el resto del día para visitar a los sacerdotes y Hermanos de las Escuelas, y también para conversar con nosotras. Al otro día, miércoles, viajamos juntas a Wilkesbarre. En Mauch Chunk nuestras Hermanas que residen allí, subieron para aprovechar la media hora que faltaba para que arrancara el tren. Conversamos animadamente y a la noche llegamos a Wilkesbarre. Toda la casa estaba de fiesta, la gran bandera americana ondeaba en el mástil y todo estaba iluminado. Las profesas le dieron la bienvenida en el portón exterior y la escoltaron hasta la puerta grande, abierta de par en par. En el corredor estaban nuestras numerosas novicias, postulantes y aspirantes. Era un cuadro hermoso que sorprendió a nuestra amadísima Fundadora. La capilla brillaba y cuando todas habían entrado, entonaron con júbilo el Te Deum y el Ave Maris Stella. Luego saludó a las pupilas en su salón y las Hermanas jóvenes, junto con las alumnas, la honraron con un pequeño concierto. La Rvda. Madre era indeciblemente cariñosa y amable. Por lo que conquistó en un santiamén todos los corazones. Cada un ase sentía feliz al verla y oírla. Nosotras queríamos que descansara ahora un poco y que tomara la cena, pero ella prefirió ver primero lo principal de nuestra casa. Con gran satisfacción notamos que todo le gustó mucho. En la pieza "Santa Chantal", que desde el principio había sido destinada a ser su habitación, la Madre Matilde había arreglado todo con delicada solicitud. Allí encontró muchos queridos recuerdos de su inolvidable hogar de Paderborn. En el lugar de honor colgaban los retratos del Obispo Conrado Martin y de su insigne hermano Hermann, alrededor había fotografías de la Casa Generalicia en Paderborn, de la capilla de San Conrado, del pequeño cementerio y de la Casa San José. Naturalmente no faltaban un hermoso cuadro de la Madre de Dios y de San José. Además estaban los retratos de los dos grandes Papas: Pío IX y León XIII. Sobre el reclinatorio colgaba de la pared un hermoso crucifijo y todo era hogareño, sencillo y conventual. Nos alegramos que la Madre estuviera tan contenta y conmovida por tan tiernas atenciones. Al entrar en el espacioso comedor, adornado con flores e iluminado, gozó al ver tantas jóvenes, tantas cabecitas blancas, como llamaba cariñosamente a las novicias por su velo blanco. Era igual como antes en Paderborn, ahora podía disfrutarlo en tierra extranjera. Después de una hora de alegre recreo, era tiempo de descansar. Al acostarnos nos sentimos sumamente felices, pensando que nuestra querida Madre estaba con nosotras.

A la mañana siguiente deseaba ver nuestro jardín, allí también manifestó su satisfacción por todos los arreglos hechos y planeados; especialmente le gustó nuestro pequeño cementerio. El gran crucifijo, regalo de nuestro vecino, lo habían levantado recién el último viernes santo. De regreso a casa, vimos a nuestras alumnas de Wilkesbarre que subían en largas filas la montaña, conducidas por el buen Párroco Nagel y las Hermanas, para sorprender a la Madre Paulina con

cantos y declamaciones. Regresaron luego felices con una linda estampita en la mano; pero el Sr. Párroco y las Hermanas se quedaron con nosotras. El Sr. Párroco estaba contentísimo de volver a verla. ¡Cuánto se había alcanzado en tan poco tiempo! Y con qué generosidad nos había ayudado este sacerdote, que era un verdadero amigo y bienhechor de nuestra Congregación. La madre no encontraba suficientes palabras para expresarle su gratitud. Le pidió que la acompañara por la casa para mostrarle todo, mientras ella repetía que agradecía a Dios que la Casa Madre se hubiera edificado allí, donde habían encontrado un paternal amigo y consejero. Los días siguientes revisó todo, especialmente los libros comerciales, para informarse del estado de la economía de la casa y de toda la Provincia. También deseaba conocer la situación y las circunstancias de la Congregación en este país. Un día entero dedicó a las Hermanas del curso de estudios para convencerse de sus conocimientos adquiridos y les tomó un pequeño examen. También visitó y examinó a las pupilas. En todas partes se mostró muy contenta con el resultado de sus investigaciones, y por su caridad maternal hizo feliz a profesoras y alumnas. En los primeros días vinieron varios sacerdotes para saludarla. El Sr. Párroco Schelle de Scranton, un fiel desinteresado amigo y bienhechor de nuestra Congregación; el Sr. Párroco Schlüter de Danville, el Sr. Párroco Dessel de Honesdale y otros más. Ella viajó también a Scranton para saludar al Excmo. Sr. Obispo y ver allá a sus Hermanas. El Prelado la recibió con gozo y cordialidad y ella aprovechó la ocasión para expresarle su agradecimiento por la paternal benevolencia que había prodigado a sus hijas. Sobre la visita de las Hermanas, la Hna. Rosa Superiora de allí nos relata lo siguiente: “El 13 de abril de 1880, la Hna. Rosa y la Hna. Eduarda fueron a las 10 a la estación ferroviaria para buscar a la esperada visitante. Pronto llegó el tren y bajaron la Madre y la Hna. Crisóstoma. En quince minutos paró el coche delante de la escalera del patio de nuestra gran escuela y nuestros huéspedes bajaron. Dos niñas vestidas de blanco las saludaron entregándoles un hermoso ramo de flores. Desde la escalera hasta la cercana iglesia la escoltaron nuestras alumnas. La Madre, al pasar, saludaba amablemente hacia los dos lados y luego entró con su compañera a la iglesia para una breve adoración. Mientras tanto las niñas entonaron: “¡Oh María, llena de gracia!” A la noche nuestro coro las sorprendió con una linda serenata. A la mañana siguiente vino el Sr. Obispo para retribuir la visita. Luego se dirigió a las escuelas donde las Hermanas examinaron a las alumnas. El mismo día, a las seis de la tarde, tuvimos que despedirnos. Más tarde, el 23 de julio, tuvimos otra vez el placer de ver a la Madre por poco tiempo entre nosotras.”

Regresada a Wilkesbarre, continuó la obra comenzada: conocer a todas y todo y dar sabias instrucciones y maternales consejos. Varias veces dedicó un día entero a nuestras Hermanas que dirigen en la ciudad las escuelas católicas. La Superiora, Hna. Rafaela, escribe: “Cuando la Madre Paulina llegó el miércoles después de Pascua a la noche a Wilkesbarre, no nos fue posible saludarla. Subimos a la mañana siguiente y ella nos salió al encuentro con los brazos abiertos, fue la cariñosa bienvenida de una tierna madre. Le presentamos a todas nuestras alumnas y nos acompañaron el Sr. Párroco Nagel y el maestro Kremer. Dos niñas de cada clase la saludaron declamando una poesía y entregándole hermosas flores y las jóvenes de la clase superior entonaron una canción. Nosotras permanecemos hasta la tarde en la Casa Madre. La semana siguiente tuvimos la alegría de hospedarla por primera vez en nuestra pequeña casa, que ella conocía de su primer viaje a América y que cuando había sido huésped del Sr. Párroco Nagel, le había servido de habitación. A esta primera visita siguieron otras, especialmente los domingos, cuando asistía a la Santa Misa en la Parroquia. Estos encuentros nos serán inolvidables para siempre.”

Más tarde las Hermanas Sixta y Rafaela se encontraron en Pittson con la Madre. Allí poseemos

una escuela y la Hna. Sixta va todos los días en tren para dirigirla. Aunque era tiempo de vacaciones, se habían reunido muchos niños y adultos. Habían adornado la escuela y sobre todo la pequeña iglesia para demostrar a la Rvda. Madre su gratitud por su visita y por tener una escuela católica. El Sr. Párroco Nagel las recibió en la entrada del templo. La Hna. Sixta cuenta: “Las niñas de la comunidad parroquial, más o menos 50, la escoltaron ostentando sus trajes blancos y le obsequiaron ramos de flores y una alumna recitó una poesía hecha por uno de los feligreses para esta ocasión. Al entrar en la iglesia el coro entonó la canción: “Gran gozo experimentamos”, mientras la Madre rezaba devotamente. Después se dirigió a la pequeña escuela que está al lado y los niños entonaron un canto mariano. La Madre estaba visiblemente conmovida, repartió estampitas y dulces entre los felices niños, también conversó amablemente con los adultos de la comunidad, que gozaban porque también recibieron recuerdos. Cuando el coro hubo cantado: “Gran Dios te alabamos” subimos al coche pasando por el pintoresco valle Wyoming y regresamos a Wilkesbarre.

El 13 de abril, durante la estadía de la Madre en la Casa Provincial, celebramos el jubileo de plata de las Hermanas Juana y Teresa, una de ellas estaba en Honesdale y la otra en Albany. La Madre las quería tener a su lado en ese día, porque sabía que esto sería para ellas la alegría más grande. Mandó pedir a los Sres. Párrocos algunos días de licencia para que pudieran festejar el jubileo en la Casa Madre. Estaba muy ocupada en prepararles la fiesta. Ordenó cómo debían adornar la capilla, eligió los cantos para la Santa Misa y arregló los pequeños regalitos en una mesita, en una palabra, no sabía cómo mostrar su maternal cariño. Las dos jubiliarias estaban felices y toda la comunidad pasó un día inolvidable. En la mesa la conversación giraba alrededor de los primeros años de la Congregación, y la Madre y las Hermanas mayores recordaron muchos acontecimientos de aquel tiempo. La juventud conventual ofreció a la tarde un pequeño concierto.

Para que todas pudieran disfrutar de la presencia de su Madre General, ella las visitaba cada noche durante la hora del recreo. Un día se quedaba con las profesas, y otro con las novicias, siempre alternando, lo que les gustó mucho. Diariamente fue a la enfermería para consolar a sus hijas enfermas. La Hermana Corona estaba grave. En Filadelfia se había enfermado de los pulmones, y estaba allí porque en la Casa Madre la podían cuidar mejor. Era muy paciente y piadosa y la Madre se empeñaba en inculcarle los sentimientos más perfectos para ganar mayores méritos, le recomendó sobre todo un gran amor a la Santísima Virgen, a la cual su piadosa madre la había consagrado cuando era pequeña. La enferma deseaba ardientemente morir el 1 de mayo que era un sábado. Ni nosotras, ni el médico lo esperábamos, pero a la tarde, cuando estábamos en la capilla para comenzar el mes de María, el Señor cumplió su deseo y tranquilamente exhaló su último suspiro en presencia de la Madre Matilde y de otras Hermanas que habían acudido y rezaban por ella.

Nuestra Rvda. Madre ya no estaba en Wilkesbarre. El 16 de abril había viajado al sur, por Harrisburg, Cincinnati, hacia Nueva Orleans. Lo que sufrió en esta visitación canónica de fatigas, cansancio, sed, calor y otras penurias y privaciones de toda clase, lo puede comprender solamente quien realizó un viaje parecido. Además era de edad avanzada, estaba atacada de reuma y otras enfermedades, y había fijado muy poco tiempo para recorrer distancias tan grandes. Dios ha visto todas sus dificultades, contado sus numerosos sacrificios y en el cielo le otorgará la recompensa, este es nuestro consuelo. Sin embargo, su viaje parecía una marcha triunfal. Las Hermanas la esperaban con cariño y la recibieron con íntimo regocijo. Los Obispos, sacerdotes y feligreses la saludaron con reverencia y gratitud; los niños la miraron con curiosidad infantil y amor inocente. Así se notaba que su obra era reconocida y había

encontrado un suelo fértil. Humildemente agradeció todo el éxito a Dios. Lo que en el viejo mundo había sido destruido, florecía aquí con nuevo vigor y junto con las dificultades tenía también abundantes consuelos. Su visita fue para todas las Hermanas una verdadera bendición. Esta imagen de maternal amor y bondad, de suave serenidad y santa amabilidad, de celestial mansedumbre y paciencia, de virtud y santos sentimientos, quedó grabada con imborrables rasgos en todos los que tuvieron la suerte de conocerla y será un entusiasta estímulo para vivir en unidad y caridad fraterna. Era inefablemente buena y cariñosa con las Hermanas, seguramente pensaba que era el último encuentro con ellas en este mundo. Antes de despedirse para proseguir su viaje, las reunió alrededor suyo para darles sabias instrucciones. Les habló entonces de la muerte, de la patria celestial y de lo pasajero de los bienes terrenos.” El 16 de abril salió la Madre Paulina de Wilkesbarre para comenzar su gira por las otras filiales de América del Norte.

Viaje por Harrisburg y Nueva Orleans a Gretna

Primero visitó la filial de Harrisburg. Como en todas partes, la acogieron también allí con mucha alegría y agradecimiento. La Hna. Meinolfa, Superiora en aquel tiempo escribe: “Nuestra Rvda. Madre visitó la filial de Harrisburg del 16 al 19 de abril de 1880 en compañía de la Hna. Crisóstoma. En la estación fue recibida con júbilo por las Hnas. Attala, Meinolfa y algunos escolares que le entregaron flores. Durante los inolvidables días que pasamos en su presencia fue a ambas clases. Cuando los niños habían recitado sus poesías y cantado a varias voces, pidió que los examinasen brevemente. Manifestó gran interés y felicitó a los alumnos que estaban felices y entusiasmados. Luego visitó al Excmo. Sr. Obispo de Harrisburg. Nuestro Sr. Párroco Happernagel la acompañó al palacio episcopal, como también las Hnas. Attala y Meinolfa. El Prelado retribuyó su visita amablemente. Durante los pocos días de su permanencia en nuestro pequeño convento conversó maternal y sencillamente con las Hermanas y nos sentimos felices. El día anterior a su salida nos reunión en la capilla y nos habló del único camino que lleva al cielo, el de la cruz y de la humildad. Estuvimos profundamente conmovidas por sus inolvidables exhortaciones.” En la noche del 19 al 20 continuó su viaje a Nueva Orleans.

De su estadía allí nos relata la Hna. Xaveria, después de haber expresado su impaciencia por la tardanza en llegar, como sigue: “Por fin faltaban solamente dos horas hasta su venida, porque un telegrama nos avisó que vendría el 23 de abril a las 9 de la mañana a Yakson Depot. Enseguida mandamos la noticia al cercano Gretna e invitamos a las Hermanas a acudir pronto. Luego fueron el Sr. Párroco Bogaerts, la Hna. Apolonia, Superiora de Gretna, y la Hna. Xaveria a la estación ferroviaria para recibir a la Rvda. Madre y a su compañera, la Hna. Crisóstoma. Llegó el tren y vimos por la ventanilla del vagón el rostro sonriente de nuestra Madre, un grito de júbilo se nos escapó y enseguida la abrazamos. Nuestro coche pasó rápidamente por florecientes jardines y alamedas y paró delante de nuestro pequeño claustro. Las Hermanas habían quedado en casa y las de Gretna que también habían acudido, estaban mirando y lloraban de alegría. La Madre las abrazó y las besó maternalmente. A la entrada de nuestra casa, cerca de la galería, estaban los niños de varias clases con sus trajes festivos para darle la bienvenida en nombre de todos. Con maternal benevolencia aceptó las flores, escuchó las poesías y discursos y habló a los niños con tanto cariño que después de mucho tiempo recordaban sus palabras. Luego la condujimos de la galería a nuestra capillita. Mientras estaba allí de rodillas entonamos una piadosa canción. Entonces manifestó su deseo de comulgar, porque estaba desde las 12 de la noche en ayunas, lo que nos edificó y conmovió, eran casi las

10 ahora. El Sr. Párroco Bogaerts le dio la Santa Comunión y quedamos rezando con ella mientras hacía la acción de gracias. Después la condujimos a su cuarto para refrescarse y por último desayunamos juntas. Desgraciadamente no podía tomar casi nada después del viaje cansador entretenido que se balanceaba mucho, por el excesivo calor y a las fatigas que había sufrido anteriormente, de las cuales nos informó la Hna. Crisóstoma. Había perdido totalmente el apetito y no comió casi nada. Con vivo interés escuchamos los interesantes relatos respecto de la vida y trabajos de nuestras Hermanas en Chile. Cómo Dios había escuchado sus oraciones y que había bendecido visiblemente sus obras misionales. Luego nos contó los últimos importantes acontecimientos en nuestras casas de Europa, sobre todo del Capítulo General y el fallecimiento del Obispo Conrado, del traslado de sus restos mortales a Paderborn y su magnífico entierro. Todo era novedad para nosotras. Nos olvidamos que estábamos en el extranjero, porque ella era la misma de antes, tenía la misma afabilidad y cordial bondad, sólo que era todavía más perfecta que siete años atrás. La miramos como a una santa, pero este respeto no disminuía en lo más mínimo la filial confianza con que cada una se acercaba a ella. Podíamos conversar con ella con toda franqueza y sencillamente como lo hicimos en los buenos tiempos anteriores en Alemania, cuando llegamos en otoño a Paderborn para hacer nuestro retiro anual o cuando nos visitaba en las filiales.

Los días siguientes visitaba todas las clases, era un día de gozo para nuestra juventud. En cada aula le dieron la bienvenida con declamaciones, cantos y flores. Siguió un breve examen y luego les dijo palabras cariñosas y animadoras. Los niños no apartaban la vista de ella, porque era tan atractiva y había venido de lejos. Al final todos recibieron una linda estampita como recuerdo. La Madre se mostró muy contenta por el rendimiento y comportamiento de los educandos; en todas partes la miraron con simpatía e infantil inocencia. Los habitantes de las regiones cálidas revelan enseguida su carácter, se muestran como son, alegres, libres y sin miramientos, como si trataran todos los días con altas autoridades. Pero la Madre no se acordó solamente de sus hijas vivas y de los niños, sino también mostró su amor maternal a nuestra difunta Hna. Salesia que yacía un año y medio en el sepulcro. Deseaba ver el lugar de su último descanso y fuimos al cementerio. Allí preguntó en qué lado de la bóveda estaba su ataúd, luego besó el lugar en la placa de mármol que cubre el interior y rezó un largo rato por el eterno descanso de su alma. Hizo también algunas visitas. Primero fue a saludar al Sr. Excmo. Sr. Obispo Lerray, Coadjutor del Excmo. Sr. Arzobispo Perche. Le comunicó el motivo de su viaje y le recomendó a nuestras religiosas. El recordó con benevolencia que la había encontrado allí hacía siete años, cuando lo habían nombrado Obispo y quería viajar a su diócesis. En su rostro se dibujaba el regocijo por verla tan bien y prometió mostrarnos igual bondad como su difunto antecesor, Desde la residencia episcopal viajamos al convento de los Redentoristas. La Madre les transmitió las noticias de sus Superiores de América del Sur. Con gran interés los Padres escucharon las fidedignas noticias sobre la obra misional de las diferentes órdenes, cómo todos pedían obreros para la viña del Señor. Terminamos con la visita de las dos magníficas iglesias: la alemana y la inglesa, que están frente al convento. Después de haber estado una semana con nosotras, deseaba conocer la casa de Gretna. Las Hermanas habían venido todos los días, según el tiempo que disponían, para aprovechar su presencia. Ahora vino la Hna. Apolonia para llevarla a Gretna. Varias de nosotras tuvimos la suerte de acompañarla para presenciar su recibimiento festivo y nosotras fuimos todos los días a Gretna para estar con la Madre.”

La Hna. Apolonia, Superiora de Gretna, relata lo siguiente: “El 23 de abril de 1880 tuvimos la dicha de saludar a la Rvda. Madre en Nueva Orleans. En su gran bondad nos permitió visitarla diariamente, turnándonos. Siempre nos recibía con cariño maternal, nos decía palabras

edificantes, de consuelo y aliento. Esperamos ansiosas el 27, porque nos había prometido visitarnos en esta fecha. A las 2 de la tarde la buscamos en coche y llegamos a las 4. La juventud escolar la aguardaba con cierta impaciencia. A la entrada formaron un semicírculo y la recibieron con cantos, poesías y flores. La Madre era inefablemente cariñosa y buena y tenía para cada niño una palabra maternal y amable con que conquistó los corazones. Todos son una sola voz exclamaron: “¡Qué buena es! ¡Que se quede siempre con nosotros!” A continuación saludó al Sr. Cura Párroco y a las demás Hermanas que la condujeron a la capilla. Luego miró toda la casa y manifestó su satisfacción por la confortable instalación. A la tarde la visitaron varios sacerdotes que estaban profundamente emocionados por su extraordinaria amabilidad. A la mañana siguiente visitó las escuelas y deseaba que las Hermanas de las tres clases examinaran brevemente a sus alumnos. El día anterior a su despedida nos dio una amena y emocionante instrucción. Nos hizo meditar sobre la casita de Nazareth, su pobre mobiliario, orden y limpieza. Después nos habló de sus santos habitantes, de su amor armonioso, de su sencillez y modestia; que a los ojos del mundo eran insignificantes, pero grandes a y agradables a Dios. Luego nos exhortó con insistencia a tomarlos como modelo e imitar sus virtudes, sobre todo su gran humildad y caridad. Así pasó este tiempo inolvidable, y el día anterior al 1° de mayo, después de haber asistido en la iglesia al comienzo del mes de María, la Madre se preparó para la despedida. Desde la escalera hasta el coche que la debía llevar de vuelta a Nueva Orleans, la escoltaron niñas con trajes blancos y azucenas en las manos. Cuando hubo implorado para nosotras y para su misma la bendición de Dios, se despidió de cada una y se acercó al coche. Entre los numerosos espectadores de esta escena de despedida había algunos negros y negras a los cuales dijo en alemán, entendible solamente para nosotras: “¡Oh, si supierais cómo os amo también a vosotros!” Luego subió al vehículo y pronto desapareció de nuestras miradas.”

Sobre el regreso a Nueva Orleans la Hna. Xaveria relata: “En vísperas del 1° de mayo la Rvda. Madre regresó y fue rápido a la iglesia porque comenzaba el mes de María. Todos nuestros alumnos, las niñas vestidas de blanco, llevaban preciosas azucenas. Al final de la celebración fueron en procesión por la iglesia mientras el coro cantaba las letanías de la Sma. Virgen. Luego hubo solemne bendición con el Santísimo y todos los niños depositaron sus flores ante la Madre de Dios. Fue una ceremonia sencilla, pero emocionante y la mirada de la Madre descansó con íntima complacencia sobre los niños inocentes que pasaron. Ella estaba de rodillas en el primer banco, nos parecía ver a una santa, tan transfigurado estaba su rostro. ¿Quién hubiera pensado que una profunda tristeza por su fallecimiento inundaría nuestros corazones el 30 de abril del año siguiente? Para el 2 de mayo habíamos invitado a toda la comunidad de Gretna para una instrucción común en nuestra capilla. Poco antes llegó un telegrama con la noticia que la Hna. Corona había fallecido en Wilkesbarre, lo que nos conmovió profundamente. La Rvda. Madre estuvo parada a la derecha del altar, delante del primer banco y nos dio una de aquellas magníficas alocuciones que se sienten en el alma, pero que son difíciles de relatar. Entre otras cosas, habló con íntima emoción del fallecimiento de la joven Hna. Corona y cómo la muerte se busca su víctima sin preguntar por la edad y otras circunstancias. La finada Hermana recién había comenzado a trabajar y ya había alcanzado la meta. Al final de la instrucción se arrodilló en las gradas del altar y nos encomendó a la protección de Dios. A la mañana siguiente comulgamos todas juntas. Lo restante del día se utilizó para los preparativos de la partida. La hora de la despedida llegó demasiado rápido. Otra vez nos dirigimos a la capilla para pedir la bendición de Dios. Derramamos abundantes lágrimas cuando la condujimos al coche. Un abrazo maternal y una larga cariñosa mirada a sus afligidas hijas, un “adiós” y el vehículo se alejó. Las Hermanas volvieron muy apenadas a la capilla, pidiendo a Dios que concediera su protección

alas queridas viajeras. Las Hermanas Apolonia y Xaveria las acompañaron hasta la estación ferroviaria donde estaban esperando los Señores Párrocos de allí y de Gretna. Un último abrazo y adiós, y el tren se puso en movimiento.”

3) Viaje a San Luis, Chaska y Minneapolis

De Nueva Orleans la Rvda. Madre se dirigió a San Luis porque los Sres. Párrocos de allí, los Sres. Schäfel y Schindel, habían solicitado su visita pues deseaban religiosas para la dirección de las escuelas. Dedicó un día y medio para informarse detenidamente de todo lo necesario. Leyendo el diario fue sorprendida por la dolorosa noticia del fallecimiento de su muy amada cuñada Bernardina, esposa de su hermano Jorfe. Habían mandado una carta a Wilkesbarre que llegó cuando la Madre ya había salido. El mismo día continuó su viaje y después de andar durante 30 horas en ferrocarril, llegó a Chaska. La Hna. Melania, Superiora de esta filial, relata lo siguiente: “el 8 de mayo de 1880 tuvimos la dicha de saludar a nuestra querida Madre General aquí en Chaska. La Hna. Brígida y yo la buscamos en la estación. Fue un encuentro feliz, inesperado y conseguido por medio de heroicos sacrificios de la Madre. Después de los primeros saludos cordiales, manifestó el deseo de comulgar antes de ir a la casa, eran las 11.30 y estaba en ayunas desde las 12 de la noche. Entonces fuimos primero a la iglesia donde el Rvdo. Padre Clementín, o.s.fr., profundamente conmovido por este testimonio de íntima piedad, le dio la Santa Comunión. Entre tanto habían llevado a nuestros alumnos al templo donde entonaron hermosas canciones religiosas, mientras la Madre terminó su acción de gracias. Luego la acompañamos a nuestra habitación donde saludó de todo corazón a las Hermanas. Cuando se había fortificado y descansado un poco, pidió con gran interés conocer nuestra casa y las escuelas. Al día siguiente las Hermanas debían examinar a las alumnas. Gracias a Dios se mostró muy contenta por el rendimiento de las niñas y también con todo lo demás. Otro día se empleó para una excursión a Waconia, que dista 16 millas de Chaska. Los Padres Franciscanos deseaban que se fundara allí una filial de nuestra Congregación. Este plan no se realizó porque era imposible celebrar allí diariamente la Santa Misa.

Demasiado rápido llegó el día de la despedida y sentimos con pena que no la volveríamos a ver en este mundo. Antes de partir nos dio una preciosa instrucción. Estaba delante de nosotras como una santa transfigurada y nos habló como una Madre moribunda que se despide de sus hijos. El tema fundamental fue: “Queridas Hermanas, aspiremos a la verdadera santidad, todo lo demás no vale nada. Dedicuémonos del todo a la educación de la juventud, eduquemos a los niños para Dios y para el cielo. Tratemos de santificarnos humillándonos profundamente y pro medio de un verdadero, sincero amor para con cada Hermana; pongamos gran empeño en nuestros trabajo y mostremos por el buen ejemplo que somos verdaderas religiosas que se olvidan de sui mismas y buscan únicamente la gloria de Dios.” Como la Madre se dio cuenta de qué difícil era la despedida para nosotras, nos permitió acompañarla hasta la siguiente estación ferroviaria. Yo pude ir con ella hasta Minneapolis y tuve la alegría de estar tres días allí. Entonces llegó también para mí la hora de la amarga despedida, pensé: “Seguramente la veo por última vez”.

De la visita a Minneapolis nos cuenta la Hna. Cornelia, Superiora de aquella filial, lo que sigue: “La Rvda. Madre vino el 11 de mayo de 1880 a la una y media con la querida Hna. Crisóstoma a Minneapolis. Yo fui a buscarla a Chaska. Cuando el coche se acercó a nuestro convento vinieron todas las Hermanas para recibirla. Ella entró primero en la capilla donde las alumnas la sorprendieron con una canción. Mientras estaba abismada en adoración, las niñas salieron

rápidamente para darle la bienvenida en la casa con flores y una poesía que destacó su gran amor sacrificado que afrontó sonriente el cansancio y todas las incomodidades del fatigoso viaje por América del Sur y del Norte. La Madre agradeció a cada niña y todas expresamos nuestra alegría de verla aquí. Luego almorzamos. El miércoles visitó las escuelas. Las alumnas grandes ya habían egresado el último domingo, después de haber tomado la Primera Comuni3n y algunas no podían venir por vivir muy lejos y por la persistente lluvia. Las que estaban se empeñaron mucho para hacerles el día agradable. Entonaron bellos cantos y declamaron breves poesías. El jueves visitaron el Excmo. Ser. Obispo en San Pablo, yo la acompañé. Fuimos en coche para darles ocasi3n de conocer algo de los alrededores. El tiempo era favorable y así pasamos por el pintoresco “Minehaha” y las impresionantes cataratas de San Antonio. A la mañana el Sr. Párroco tuvo la bondad de celebrar una Santa Misa por el eterno descanso de la Sra. von Mallinckrodt y a la noche la sorprendió nuestro coro, compuesto por escolares y egresados, con una serenata. La Madre agradecida, repartió dulces y estampitas. Más tarde nuestras Hermanas ejecutaron algunas piezas de música, lo que le gustó mucho. El viernes pasamos en íntima uni3n con la comunidad y a la tarde recibimos una magnífica instrucci3n sobre la aspiraci3n a la perfecci3n y la caridad fraterna. El sábad0 nos levantamos a las cuatro y comulgamos juntas en nuestra capilla. La despedida fue dura, porque cada una tenía el presentimiento de no volver a verla en este mundo. La Hna. Angélica y yo la acompañamos un breve trayecto y luego nos despedimos con profundo dolor en el alma.”

4) New Ulm, Le Mars, Jonia, Westfalia y Rome

Desde Minneapolis continuaron la Rvda. Madre y su fiel compañera su viaje y llegaron el 15 de mayo a New Ulm. La Hna. Patrocla relata los hermosos, festivos días que vivió allí con sus amadas hijas: “Era el 15 de mayo de 1880, vísperas de Pentecostés, cuando vino nuestra Rvda. Madre con la Hna. Crisóstoma a New Ulm. Nuestro Sr. Párroco, Berhold, viajó a su encuentro hasta San Pedro, que dista más o menos 40 millas. A las 5 de la tarde llegó el tren y las condujimos al aula festivamente adornada, donde Hermanas y niños las saludaron cordialmente. El Sr. Párroco recitó una bella poesía dedicada a ella misma que causó gran emoci3n a todos.

No hay palabras capaces de expresar la alegría interior de cada una de las Hermanas durante la presencia de nuestra insigne Madre Fundadora. Nos animaba con su espíritu, cada una de sus palabras nos impulsaba para trabajar con más fervor por la gloria de Dios y la salvaci3n de las almas. Los miembros de nuestra comunidad parroquial acudieron en masa par verla. Para cada uno tenía una palabra amable y provechosa, parecía que no conocía cansancio. No aceptaba el descanso que le ofrecíamos, para dedicar más tiempo a las Hermanas. Visitó también las escuelas y alegró a los niños regalándoles estampitas. Con sumo interés escuchaba los exámenes de las materias que ella elegía. Demasiado rápido pasaron estos dichosos días. La última tarde nos reuni3n en la capilla para darnos una práctica instrucci3n sobre las palabras de Jesús: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. Y como María, la Madre Dolorosa, soportó su gran aflicci3n en silencio y paciencia. Cada palabra nos impresionó indeciblemente, porque sentimos que eran las últimas que en esta vida podíamos escuchar de sus labios maternos. Cuando manifestamos la esperanza de verla otra vez, contestó con firmeza: “No, hijas mías, en este mundo no nos veremos más.” Por eso resultó más dolorosa la despedida en la mañana del 21 de mayo. Las siete Hermanas de nuestra comunidad la acompañamos a la estaci3n y la Hna Eufrosina hasta Mankato, donde escucharon la Santa Misa y recibieron la Santa Comuni3n en la iglesia de los jesuitas. El Rvdo. Párroco Knauf de Adrien, cerca de Le Mars, viajó a su encuentro

hasta Mankato donde la esperó para celebrar la Santa Misa. Allí esperaba también la Superiora de Le Mars, la Hna. Stefania. Ella relata la visita en Le Mars como sigue: “El 21 de mayo de 1880 la Rvda. Madre y la Hna. Crisóstoma honraron nuestra filial con su visita. Yo tuve la suerte de recibirlas en Mankato donde estuvimos algunas horas con la familia de mi hermano y luego fuimos a Le Mars. A las 6 de la tarde llegamos y nos esperaban en la estación el Sr. Cura Párroco Meis e importantes personajes del lugar, para conducirnos a la iglesia. Toda la juventud escolar y muchos adultos se encontraban allí, ordenados en procesión, para recibirlas. Al entrar en el templo, el coro entonó el “Benedicite Domino”. Seis días vivió en medio de nosotras y en nuestro agradable hogar descansó un poco. Nuestro Sr. Párroco se desvivió para prestarle toda clase de atenciones. En las escuelas la saludaron con cantos festivos y después de los exámenes repartió lindas estampitas. En la tarde del domingo, la juventud femenina de la Parroquia se reunió en la escuela y fue obsequiada también con sencillos recuerdos. Todos se sentían dichosos de poder conversar con ella y no encontraron suficientes palabras para elogiar su excepcional afabilidad y dulzura. A la mañana del último día nos dio una impresionante instrucción sobre el amor de Jesús en el Santísimo Sacramento. La estampita que recibió cada una nos recordará siempre sus últimas palabras. El 27 de mayo, fiesta de Corpus Christi, a las tres de la tarde, después de la Bendición Sacramental, subió al coche que la condujo a la estación, mientras nuestros alumnos entonaban la hermosa canción: “¿Dónde encuentra el alma sosiego y paz?”

A continuación nuestras viajeras visitaron las casas de Jonia y Westfalia. La Hna. Natalia, Superiora de Jonia, cuenta: “El 29 de mayo de 1880 fuimos la Hna. Anunciata y yo a la estación ferroviaria y saludamos afectuosamente a la Madre y a la Hna. Crisóstoma. Subimos a dos coches, señores de la comunidad parroquial llevaron las riendas, consideraron como un gran honor poder conducirnos a nuestra casa. El lunes 31 de mayo, la Madre se dirigió a nuestras escuelas que en aquel tiempo tenían todavía muchos alumnos. Dos le dieron la bienvenida con declamaciones. Luego tomó ella misma un breve examen y cada niño recibió un regalito. La noche del mismo día nos dio una hermosa instrucción sobre la concordia y la caridad fraterna. Comparó nuestro silencioso y pacífico hogar con la casita de Nazaret, porque en aquel tiempo éramos sólo tres Hermanas. Alabó nuestra unión y armonía y nos aconsejó vivir tan silenciosas y modestas como el Divino Salvador, la Sma. Virgen y San José y a obrar con recta intención en la escuela y en la casa, El martes 1° de junio se despidió de nosotras para ver a nuestras Hermanas en Westfalia y yo tuve la dicha de acompañarla.”

Escuchemos ahora el relato de la Hna. Bonifacia, Superiora de esta filial: “Nuestra amadísima Madre General vino de Jonia a Westfalia acompañada por las Hnas. Crisóstoma y Natalia. Era el 1° de junio a la tarde. Cuando se había restablecido un poco, fue saludada por dos niños y dos niñas con poesías y flores. Pasamos unos días muy felices. ¡Qué alegría y qué cariño había entre madre e hijas! ¡Qué amable era con las Hermanas! Consolaba a unas, animaba a otras y entusiasmaba a todas a santificarse, a renunciar a sí mismas, a obedecer, y sobre todo, a amar a Dios. Visitaba también nuestras escuelas, pidió a las Hermanas examinar a los niños de las cuatro clases en todas las materias. Cuando habían terminado satisfactoriamente los exámenes, dio a todos una estampita y nuestros alumnos elogiaron, después por mucho tiempo, su gran amabilidad. La noche anterior a su partida, un coro de nuestra comunidad parroquial la sorprendió con una serenata. Estábamos profundamente conmovidas y nos consolamos con la dulce esperanza de la eternidad donde no hay separación.”

Viajó a Detroit, donde visitó al Excmo. Sr. Obispo, y luego a Roma. Por la Hermana Virginia, Superiora de la casa, nos enteramos de lo que sigue: “El 14 de junio de 1880, nos alegró nuestra

querida Madre con su visita y quedó hasta el 19 con nosotras. Nuestro regocijo era grande. Cada Hermana sintió su amor maternal y cada una tuvo ocasión de conversar detenidamente con ella para manifestarle sus asuntos particulares. Todas se edificaron mucho por su instrucción y ejemplo luminoso. Lamentablemente llegó muy pronto la hora de la despedida. Antes de irse conversó todavía con cada Hermana en particular. Era muy bondadosa y cariñosa y nos pidió de nuevo con insistencia que ganáramos muchos méritos para la eternidad.” De Roma se dirigió a Albany, donde deseaba tener una entrevista con la Madre Matilde y la Hna. Filomena, para aconsejar la aceptación de dos casas en San Luis. Así las dos Hermanas tuvieron la alegría de estar con ella desde el 19 al 23 de junio y de acompañarla en su viaje a las filiales de Newark y Elizabeth.

5) Visita a Newark, Elizabeth, New Brunswick, Filadelfia, Reading, Pottsville, Williamsport, Nippenose Valley, Danville.

La Superiora de Newark, Hna. Wenceslaa, relata lo siguiente con respecto a la visita a ese lugar: “Nuestra inolvidable Madre Fundadora nos alegró con su visita el 19 de junio, en compañía de otras Hermanas. Las saludamos en la estación ferroviaria y dos coches las condujeron a nuestro convento que habíamos adornado bien. Grand era el regocijo de nuestras Hermanas, algunas de las cuales no la conocían personalmente. Muy a pesar nuestro, se quedó solamente dos días, pero cada Hermana tuvo ocasión de conversar a solas con ella. Visitó a nuestro Excmo. Sr. Obispo Corrigan, que hablo largo rato y estaba visiblemente complacido de conocerla. Fue también a ver al Sr. Párroco Vogel y a las buenas Hermanas Franciscanas. El segundo día se encaminó a las escuelas donde los niños la saludaron con cantos, declamaciones y flores. Después de un pequeño examen recibieron un cariñoso recuerdo. Las pruebas de su verdadero amor maternal, su preocupación por cada Hermana y sus hermosas y amables palabras que nos dirigió en nuestra capillita, serán inolvidables. Habló con entusiasmo sobre las virtudes conventuales que quedamos íntimamente conmovidas y muy animadas de seguir sus exhortaciones y su santo ejemplo. El 20 de junio, a las cuatro de la tarde, imploró la bendición de Dios sobre nosotras y luego se despidió para ir a Elizabeth.”

Allí también el 20 de junio de 1880, como nos lo cuenta la Hna. Adelgunde, reinaba íntima alegría: “Este día es inolvidable para nosotras. Semanas antes ya estábamos alegremente excitadas, y no solamente las Hermanas sino mucha gente de la comunidad parroquial. Las flores que nos enviaron de todas partes atestiguaron claramente que el pueblo tomó íntima parte en nuestra alegría. Así adornamos nuestras habitaciones para darle una cálida acogida. Algunos señores fueron el 20 de junio a la estación del ferrocarril para recibirla. Entre tanto arreglamos todo y la esperamos con impaciencia. Nuestro Rvdo. Sr. Párroco von Schilgen, que la conoció personalmente, ya había llegado antes. ¡Qué regocijo se apoderó de nosotros cuando llegó nuestra insigne Madre y con ella la buena Madre Matilde y las Hermanas Filomena y Crisóstoma! Cuando después del primer saludo la gente se había retirado, fimos a cenar. La Madre, que nos había saludado con gran cariño, estaba tan cansada a causa del viaje que esa noche no pudo quedarse mucho tiempo con nosotras. A la mañana siguiente, fiesta de San Luis, los escolares entonaron bellos cantos para solemnizar la Santa Misa y luego se dirigieron con sus trajes de fiesta a la escuela, donde habíamos invitado a nuestras visitas para presenciar los breves exámenes. Nos pareció que las canciones, poesías y el rendimiento en las diferentes materias resultaron satisfactorios. Los niños, radiantes de alegría por la gran amabilidad de la Madre, fueron obsequiados con bonitas estampitas. Así, alegrando a todos, pasó por las tres clases y

luego en la intimidad de la comunidad, expresó su complacencia por los éxitos. Cada mañana nos acompañó caminando quince minutos a la iglesia de las Benedictinas para recibir la Santa Comunión, porque nuestro Sr. Párroco estaba impedido por ejercicios sacerdotales, de celebrar la Santa Misa en nuestra capilla. Cuando regresamos al convento, conversó con cada Hermana tan maternalmente y con tanto cariño y cordialidad, que jamás olvidaremos sus palabras. Aunque tenía que recibir muchas visitas, encontraba en su gran caridad tiempo para dar a sus dichosas hijas una apreciada instrucción sobre la vida religiosa. Todavía la veo, como estuvo delante de nosotras llena de dignidad, y nunca jamás olvidaremos aquella hora en la que pudimos escuchar sus amables enseñanzas. Desgraciadamente la dolorosa despedida llegó muy rápido. Sólo las Hermanas Adelgunde y Canisia acompañaron a las viajeras hasta New Brunswick. El recuerdo de aquellos hermosos días queda profundamente grabado en nuestros corazones. Debemos trabajar seriamente para que nos anime su espíritu, así podemos abrigar la dulce esperanza de ser en el cielo contadas entre sus dichosas hijas.”

La Rvda. Madre y la Hna. Crisóstoma permanecieron dos días con las Hermanas en New Brunswick y el 25 de junio viajaron a Filadelfia donde se encontraron de nuevo con la Madre Matilde y la Hna. Filomena. Allí se realizaron justamente los exámenes de las clases y la Rvda. Madre asistió desde el principio hasta el fin, a pesar de su gran cansancio y una seria indisposición provocada por el gran calor.

El 2 de julio continuó su viaje a Reading, donde las Hermanas la recibieron con gran alegría en la estación ferroviaria. Al día siguiente se tomaron breves exámenes en la escuela y el domingo a la tarde se entregaron los boletines con las notas. Esta fiesta le gustó sobremanera especialmente cuando los 600 niños, después de una amena alocución del Sr. Párroco Bornemann, entonaron con júbilo el “Te Deum”. Al día siguiente nos dio una piadosa instrucción, nos exhortó con fogosas palabras a amar mucho a Dios y al prójimo y habló emocionada sobre la importancia de la educación de la juventud. El 7 de julio, día de dolorosa separación, acompañaron dos Hermanas a la Madre y a su fiel compañera a Williamsport.

El sábado 10 de julio, la Hna. Germana, Superiora de aquella filial escribe: “Se cumplió nuestro ardiente deseo de ver a nuestra amada Madre Fundadora y a su fiel compañera entre nosotras. Nuestro Rvdo. Sr. Párroco Koeper las recibió en la estación. Al verlas nuestro gozo fue indescriptible y las saludamos afectuosamente. Las pocas horas de la tarde pasaron volando. Al día siguiente, domingo, la Madre asistió a la Santa Misa parroquial y admiró nuestra suntuosa iglesia, que en su visita anterior, siete años atrás, estaba todavía en construcción. Sintió una íntima alegría por el florecimiento de nuestra comunidad parroquial. El antiguo templo se había convertido en escuela y la edificación de la nueva casa para las Hermanas adelantó visiblemente. Todos los feligreses participaron de nuestro regocijo. Se empeñaron en mostrarle su reverencia y cariño. Los niños esperaban ansiosos el momento de poder declamar sus poesías y entonar los cantos en las aulas exquisitamente adornadas. La Madre gozaba con ellos y cada uno recibió un pequeño recuerdo. Hacia la tarde vinieron dos señores de la entidad de San Bonifacio para llevarla a la iluminada escuela. Todas las Hermanas debían acompañarla. Allí la saludaron con una adecuada canción. El Sr. Cura Párroco Koeper expresó con entusiasmo su alegría por el honor de la visita de la insigne fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana, hermana del inolvidable Hermann von Mallinckrodt. La felicitó por las bendiciones que la Congregación derramaba en este país y por los éxitos y el florecimiento obtenidos. Con maternal amor se dedicaba la Madre a cada Hermana. Jamás olvidaremos sus amables palabras. Varias damas, madres de nuestras alumnas, deseaban hablar con ella y fueron afectuosamente atendidas. El Sr. Párroco le presentó una joven que deseaba la admisión a nuestra Congregación,

y la recibió. El martes saludó a las Hermanas inglesas y después las viajeras fueron a Nippenose Valley, acompañadas por las Hna. Conradine y por mí. Permanecieron allí varios días. El viernes, fiesta del santo escapulario, hacia las 11, nuestro párroco la buscó y regresó con nosotras. Este día recibió muchas cartas de felicitación de Europa, también de la Casa Madre de Wilkesbarre y de las filiales americanas por ser el aniversario de su profesión y ella, a su vez, envió un telegrama a la Madre Matilde en Wilkesbarre, felicitándola porque habían emitido juntas los votos perpetuos ese día. Después permaneció toda la tarde en oración. Este día trajo muchos recuerdos emocionantes y dolorosos a su memoria. Hacía un año que había estado junto al lecho mortuario del Excmo. Sr. Obispo Conrado Martin. ¿Quién sospecharía que después de nueve meses lo seguiría a la eternidad? A la mañana siguiente nos dio una hermosa instrucción sobre la vida de la Sagrada Familia y luego llegó lamentablemente la hora de la despedida. Agradeció al Sr. Párroco todos sus favores que había prodigado a nuestra Congregación y sobre todo a esta filial y le pidió su bendición. Las acompañamos a la estación y nos despedimos llorando. Luego regresamos con el corazón afligido, pero al mismo tiempo consoladas y animadas por sus bondadosas palabras y su ejemplo edificante.”

Entre medio visitaron la filial de Nippenose Valley. La Hna. Bárbara, Superiora, escribe lo que sigue: “El 13 de julio tuvimos la dicha, tan anhelada, de ver a nuestra Rvda. Madre allí. Toda la comunidad parroquial participaba de nuestra alegría y la gente se empeñó en darle una digna bienvenida. El domingo 11 de julio, nuestro Sr. Párroco Lenfert, publicó en el púlpito que la Fundadora y Madre General de las Hermanas nos visitaría. ¡Cómo se regocijaron los feligreses! Los niños trajeron flores y hojas verdes para confeccionar coronas y guirnaldas, las madres nos ofrecieron lo mejor de sus cocinas y despensas. El martes al mediodía, pasaron jóvenes jinetes montando en sus caballos hermosamente adornados, para ir varias millas a su encuentro. Sus ojos irradiaban alegría y estaban orgullosos porque ahora, como ex alumnos nuestros, podían escoltarla. Vino en un carruaje abierto de la filial de Williamsport, acompañada por las Hermanas Crisóstoma, Germana y Conradina. Pronto se encontraron en el magnífico bosque que separa Williamsport de Nippenose Valley, donde justamente estaban los numerosos castaños en flor y los laureles silvestres y otros arbustos embelleciendo el paisaje. El cochero, un negro, al principio tuvo miedo al divisar los jinetes entre la exuberante vegetación, pensando en un posible asalto, pero pronto se dio cuenta de que no era así, porque en un claro de la selva se ordenaron en fila saludando a las visitas con reverencia y acompañándolas. Cuando llegaron al final del bosque y se acercaron a la parroquia, repicaron solemnemente las campanas. Nuestros alumnos, a pesar de tener vacaciones, habían llegado fielmente y subieron, guiados por la Hna. Teófila y por mí, a la colina de al lado de la iglesia, al encuentro de las visitas. Las señoras, madres de nuestros educandos, llevando sus hijos de la mano y en brazos, se agregaron y las esperamos en la plaza. Nos invadieron sentimientos de profunda gratitud al ver a nuestra querida Madre, que había realizado un viaje tan largo y peligroso, para visitar a sus pobres hijas en la soledad de los montes de América. Las campanas repiquetearon, los jinetes formaron filas de a dos, los niños caminaron en procesión delante del coche, así pasamos a lo largo del cementerio, de la casa parroquial y de la iglesia. Delante de nosotras se extendió el pintoresco valle y nuestra linda casa rodeada de magníficos árboles y hermosos jardines. Era una entrada triunfal para nuestra amada Madre General. Al llegar cerca de la casa, los jinetes la escoltaron otra vez y la saludaron con suma reverencia. El coche entró por el portón grande pasando por el jardín, lleno de vistosas flores, hasta la escalera de la casa. Allí la saludamos cordialmente, dos niños le dieron la bienvenida en nombre de todos, le entregaron un ramo de flores y la condujeron a la terraza. La Madre se alegró visiblemente y bajo adonde estaban los jinetes y la

otra gente, para agradecerles sus atenciones. Mientras subió de nuevo para ir a la capilla, iban los niños silenciosamente a la clase superior que tenía comunicación con la capilla. Allí estuvo el Sr. Párroco, y mientras la Madre rezó devotamente delante del Sagrario, los niños entonaron una bella canción. Luego saludó al sacerdote, a quien había conocido en su primer viaje, siete años atrás, le agradeció todos sus favores y los niños recibieron estampitas. Luego nos dirigimos al comedor llenas de felicidad por estar con nuestra amada Fundadora. Estuvo entre nosotras como una verdadera Madre, era toda amor, bondad y piedad que nos impulsaban al bien. Se alegró muchísimo de admirar las bellezas naturales de este magnífico valle y repitió que debíamos agradecer a Dios nuestra hermosa habitación y los encantos de esta región. Como vivimos tan apartadas, a veces tomamos las comidas al aire libre. Lo que le agradó mucho, pues podía admirar la preciosa naturaleza. A la tarde nos reunimos en la terraza para escuchar sus relatos sobre nuestra querida patria y nuestras Hermanas en Europa y Chile. El jueves nos dio una práctica instrucción en la capilla. Nos exhortó a agradecer siempre a Dios que se dignaba vivir entre nosotras bajo el mismo techo y que nos prodigaba las bellezas de este paraje. Nos suplicó darle al Divino Salvador mucha satisfacción mediante una vida piadosa y santa y tomar como modelo a la Sagrada Familia y no seguir nunca los engaños de la infernal serpiente, si ella, como antes en el paraíso, nos tentara. Al día siguiente, viernes 16 de julio, fiesta del santo escapulario, era aniversario de la profesión perpetua de la Madre y también el día de la muerte de nuestro inolvidable Obispo Conrado Martin. Lamentablemente tuvimos que despedirnos de nuestra querida Madre. El Sr. Párroco Lenfert celebró la Santa Misa en nuestra capilla bien adornada y todas comulgamos. Durante la celebración llegó ya el Sr. Párroco Koeper de Williamsport para buscar a nuestras visitas. Después de la acción de gracias, la Madre sirvió el desayuno con mucho cariño y amabilidad a ambos sacerdotes y luego la acompañamos sollozando al coche, porque teníamos el presentimiento de que iría pronto a la patria celestial. Yo la acompañé hasta Williamsport donde podía tomar el tren para viajar a Danville. Allí me despedí de ella con profundo dolor en el alma y transmití a las Hermanas sus últimos saludos y su maternal bendición.”

En Danville la Rvda. Madre permaneció del 17 al 19 de julio. Eran días de júbilo y bendición para esta pobre y pequeña filial. La Hna. Catalina, Superiora de esta casa, nos comunica lo siguiente: “El 17 de julio vino la Madre con la Hna. Crisóstoma. Habíamos adornado lo mejor posible la casa y la escuela, con flores y coronas. Al mediodía fui con algunos niños a la estación para buscarlas, mientras tanto la Hna. Devota preparaba el almuerzo. Nuestra alegría era indescriptible. A la tarde los niños se reunieron en la escuela para saludarlas con poesías y una canción en honor a la Sma. Virgen. Siguió un breve examen y la Madre habló con cariño a los niños y les repartió estampitas y dulces. Durante el examen llegó el Sr. Párroco Schlüter para darle la bienvenida. Al día siguiente era domingo, y como tuvimos recién a las 11 la Santa Misa, fuimos a la iglesia irlandesa para comulgar. Casi todo el día pasó en oración y visita a las iglesias, lo que era para la Madre siempre lo principal. El resto del tiempo lo dedicó a las Hermanas, conversando con ellas maternalmente. Según su deseo, queríamos cenar en el jardín. Como yo tenía que tocar el Ángelus en la iglesia, la dejé un rato sola y cuando volví la encontré ayudando a la Hna. Devota a servir los manjares. El lunes a la mañana ya tuvimos que despedirnos. Sentimos que no la volveríamos a ver y estábamos afligidas. El Sr. Párroco celebró ya a las seis la Santa Misa para que las queridas viajeras pudieran asistir y comulgar. Después se despidió del sacerdote y pidió su bendición. Después del desayuno nos exhortó otra vez amablemente: “¡Hijas mías, haceos todas santas!” La Hna. Devota y yo las acompañamos a la estación ferroviaria. En el coche nos bendijo maternalmente y rezó por nosotros. Pronto llegó el tren y

nos despedimos con lágrimas en los ojos. Tuvimos el consuelo que nos había traído su bendición y recordamos con gratitud sus palabras.”

6) Breve descanso en Wilkesbarre. Dushore, Honesdale, Mauch Chunk.

La Madre interrumpió su largo viaje por algunos días, y regresó el 19 de julio a Wilkesbarre, pero ya el 21 lo continuó para visitar a sus Hermanas en Dushore, Honesdale y Mauch Chunk. La Hna. Juana, Superiora de Honesdale, cuenta: “El sábado 24 de julio a las seis de la tarde, vino la Rvda. Madre. El Sr. Párroco Dassel viajó a su encuentro y nosotras la esperamos en la estación fuera de la pequeña ciudad. La espera nos parecía muy larga y el ferrocarril llegó con media hora de atraso. Por fin llegó y nos saludamos con gran alegría. El coche del Sr. Párroco nos llevó a nuestra casa, donde esperaban las Hermanas Romualda y Sidonia. Niños vestidos de blando le dieron la bienvenida con declamaciones y ramos de flores. La Madre les agradeció cordialmente y luego la condujimos a nuestras habitaciones. Estuvimos solas con ella y nos regocijamos con su amable presencia. Le ofrecimos un pequeño refresco, luego cenamos, porque la Madre deseaba ver todavía la iglesia. ¡Qué felices nos sentimos a su lado! Con gusto nos hubiéramos privado del descanso nocturno, pero las viajeras lo necesitaban. El día siguiente, domingo, la Madre pasó casi toda la mañana en la parroquia; apenas tomó con nosotras un pequeño desayuno y se apuró para llegar a la Misa cantada. La plática le gustó mucho, Durante el almuerzo nos contó los acontecimientos interesantes. Pronto tocó la campana de la iglesia para catequesis y vísperas y, a pesar del gran calor, quiso asistir. A las cuatro de la tarde terminaron las funciones en la parroquia y los niños la esperaban en la escuela donde habíamos adornado todo. Hubo además mucha gente adulta, porque todos querían conocerla. Después de los cantos de bienvenida conversó familiarmente con todos y les regaló estampitas. Niños y grandes irradiaban alegría y la querían muchísimo. El día siguiente deseábamos tener a nuestra Madre para nosotras, pero como era la fiesta de Santa Ana, se celebró en su honor una Santa Misa solemnísima a la que asistieron muchos señores que luego querían conocer a nuestra Madre General que en su bondad prodigaba a todos su amor y atenciones. Especialmente se dedicó a un pobre anciano inválido que, como solía hacerlo siempre, había venido a la iglesia en su carrito tirado por un perro y se arrastraba con su piernas deformadas para entrar en el templo. Con este hombre bueno y piadoso, que era muy devoto de la Ssma. Virgen, conversó un buen rato en la escuela, por lo que él se sintió muy honrado y hoy todavía añora aquella conversación. Como recuerdo entregó a la Rvda. Madre unos cuadros de Jesús y María que había mandado a hacer. Conmovida le ayudó a sentarse en su cochecito y acariciaba su perro Terranova. Por fin quedó la Madre a nuestra disposición y cada Hermana pudo hablar a solas con ella. Luego nos reunieron para una instrucción en común y nos propuso su tema favorito, la vida de la Sagrada Familia. Sus palabras nos impresionaban y no las olvidaremos. Después del almuerzo y recreo, el Sr. Párroco envió un coche para que la Rvda. Madre pudiera conocer algo de los románticos alrededores de nuestra pequeña ciudad. Nuestras viajeras realizaron al regresar su visita de despedida a la casa parroquial y pronto llegó también para nosotras la hora de separarnos. Al día siguiente viajaron pasando por Wilkesbarre, donde descansaron un día, a Mauch Chunk, para visitar allí a las Hermanas.”

La Hna. Clotilde, Superiora de esa filial, relata: “La primera vez tuvimos alegría de saludar a nuestra querida Madre cuando después de su desembarco en Nueva York, en su viaje a Wilkesbarre, pasó por Mauch Chunk. Avisadas por telegrama nos dirigimos todas a la estación ferroviaria ansiando el momento de poder abrazarla. Nos dio permiso para acompañarla algunas

estaciones en el tren, y luego nos separamos con la esperanza de poder hospedarla algunos días en nuestra hermosa ciudad, lo que sucedió en los últimos días de julio. Después del jubiloso saludo, la Madre miró las habitaciones de nuestra casa, las aulas y el jardín. Todo le gustó muchísimo y estaba encantada de las bellezas de esta región, de la hermosa situación de nuestro convento y de sus alrededores, porque todas las plantas estaban floreciendo. Cuando el Sr., Cura Párroco Heinen y su Vicario la habían visitado, tuvimos la alegría de tenerla todo el resto del día y la otra mañana a nuestra disposición. A la tarde realizamos juntas una pequeña excursión en coche sobre la Switch Back desde donde disfrutamos de una magnífica vista de toda la región. La mañana siguiente nuestros alumnos saludaron a la Rvda. Madre con canciones y poesías. Los jóvenes y casi todos los hombres de la comunidad parroquial se reunieron a la noche en nuestra hermosa galería artísticamente decorada. Entonaron un canto de bienvenida, luego un joven pronunció una amena alocución en nombre de todos, especialmente de los miembros de la congregación mariana que habían sido instruidos por nuestras Hermanas. Él expresó su agradecimiento y gran alegría de verla aquí y agregó los augurios para su bienestar. A continuación muchas jóvenes entregaron ramos de vistosas flores. Luego entonaron un himno compuesto especialmente para ella y después se levantó el Sr. Párroco y elogió con cálidas palabras los méritos de la Rvda. Madre y de su inolvidable hermano Hermann von Mallinckrodt. El entusiasmo de los presentes ya no tenía límites. Al final la honraron con una bella serenata. La Madre se alegraba por tantas atenciones y que mucho habían venido de lejanos campos de misión para saludarla. Ella expresó después al Sr. Párroco y a todos, su íntimo agradecimiento. A la mañana siguiente tuvimos que despedirnos, lo sentimos mucho, pero nos consolamos con la esperanza de verla otra vez en Nueva York antes de su regreso a la patria.”

7) Fin de la visitación canónica

Regreso a Wilkesbarre. Ejercicios espirituales. Tercer noviciado. Fallecimiento de la Hna. Demetria. Despedida. Salida de Nueva York y regreso a la patria.

Con Mauch Chunk terminó la visitación canónica de las 25 filiales de la Provincia norteamericana, que había comenzado el 16 de abril. ¡Qué obra en tan poco tiempo! El 31 de julio las viajeras regresaron a Wilkesbarre.

En la Casa Madre, informa la crónica, debían empezar los Ejercicios Espirituales y la Rvda. Madre deseaba participar en ellos. Con la fiesta de la Toma de Hábito y emisión de los Santos Votos concluiría su visitación canónica a América. Había invitado a tantas Hermanas de las filiales vecinas como era posible, y se sentía felicísima de verse rodeada de un número tan grande de sus queridas hijas. El Rvdo. Padre Superior Schnütgen de Filadelfia dirigió el retiro que resultó inolvidable a todas. El 11 de agosto tomaron el hábito 20 postulantes y 19 jóvenes emitieron los santos votos. Nuestros sacerdotes se empeñaron en solemnizar la fiesta; muchos acudieron de los lugares vecinos. El Sr. Párroco Nagel presidió la celebración, reemplazando al Excmo. Sr. Obispo O'Hara que estaba de viaje en Roma. La fiesta resultó incomparablemente hermosa y las nuevas Hermanas consideraban un honor el ser admitidas en nuestra Congregación por la Madre General y recibir de sus manos el Rosario y las Santas Reglas. El buen Dios nos había dado 20 nuevas Hermanas, pero llamó a otra a la Patria celestial. Al regresar de la iglesia vino un mensajero con la noticia de que la querida Hermana Demetria estaba muy grave, tal vez muriéndose. Casi no lo creíamos, porque a la mañana no estaba tan mal. La Rvda. Madre acudió apresuradamente a su lecho y no se separó más de la enferma hasta que a las 3 de la tarde exhaló su último suspiro. La enferma había manifestado anteriormente que deseaba la

presencia de un sacerdote a la hora de la muerte. Se cumplió su deseo. El Rvdo. Padre Schnütgen entró 15 minutos antes y con palabras consoladoras, su bendición sacerdotal y las oraciones de la Iglesia, la Hna. Demetria falleció suave y felizmente como se duerme un niño.

Después de haber alegrado a las Hermanas jóvenes, deseaba la Madre hacer favores a algunas Hermanas mayores, organizando un tercer noviciado por primera vez en esta Provincia. Lograron sacar a un grupito de Hermanas y librarlas por algunos meses de sus trabajos. ¡Qué agradecidas se mostraron por esta gracia! La Rvda. Madre consideró lo necesario con la Madre Matilde, preparó todo y luego inició el Terciado el 16 de agosto. La Rvda. Madre estuvo siempre en actividad hasta el último momento; pero llegó el momento de pensar en la despedida, porque había fijado el 19 de agosto para regresar a Alemania. Todas nuestras súplicas de quedarse más tiempo con nosotras y permanecer tal vez aquí durante el invierno eran inútiles. Estaba llena de inquietud y ansias de regresar a Europa. Nosotras vimos en esto una triste señal de que presentía su próxima partida de este mundo. Antes de su viaje dijo también que se aproximaba el fin de su vida. Por eso había pensado hacer un bien a la Congregación al visitar a todas sus Hermanas para unir las en amor entre ellas y con la Congregación. Escuchamos sus palabras con pena silenciosa, pero esperábamos que no fuera así, porque sus fuerzas espirituales y corporales prometían lo contrario. Si hubiéramos sabido que la separación se produciría en tan breve tiempo, la despedida hubiera resultado más dolorosa.

El 19 de agosto nuestras visitas viajaron a Nueva York acompañadas por la Madre Matilde y la Hna. Filomena. No quiero describir el momento de la despedida, es más fácil sentirlo que encontrar palabras. El sábado 21 de agosto, la condujimos al vapor "Donau", de la línea de Bremen. De las filiales vecinas: Melrose, Elizabeth, Newark, New Brunswick, Filadelfia, habían acudido las Hermanas para ver otra vez a la Madre. Era indeciblemente buena y cariñosa hasta el último momento. Cuando se dio la señal de abandonar el barco, abrazó y besó a todas con ternura y visible emoción. Estuvimos en la dársena y observamos con lágrimas los últimos preparativos para desamarrar el navío. Levantamos la vista y vimos a nuestra amada Madre pálida y silenciosa, sentía la separación con nosotras. Por fin zarpó el vapor y pasó lentamente delante de nosotras, mientras agitamos los pañuelos. La Madre nos bendijo al pasar. El dolor nos partía el corazón, y cuando el barco había desaparecido en la lejanía, regresamos tristemente."

El "Donau" terminó en 13 días su feliz viaje al puerto de Bremen. La heroica empresa de Paulina, la visitación canónica de las dos Provincias americanas con sus 34 filiales que se extendían desde el Estrecho de Magallanes hasta los límites de Canadá, estaba concluida. Íntimamente agradecida alabó Paulina la bondad de Dios, que su obra providencial para la cual la había llamado, había sido bendecida visiblemente llevándola a un hermoso florecimiento lleno de esperanzas. Su corazón rebozaba de santa alegría pensando en los éxitos extraordinarios obtenidos por sus amadas hijas. Dio la gloria y el honor sólo a Dios. Sin embargo podía haber exclamado humildemente con el Apóstol San Pablo, su gran patrono: "¡Estuve día y noche sobre la profundidad del mar, he sufrido en mis viajes peligros y molestias, he soportado trabajos y fatigas, ayuno y veladas, hambre y sed, incesantes preocupaciones por las almas a mi confiadas!"

CAPITULO XII

2 de septiembre de 1880 al 25 de abril de 1881

El 2 de septiembre las queridas viajeras desembarcaron en el puerto de Bremen. Un telegrama llevó la noticia de que llegarían a la tarde del día siguiente a Paderborn. Las Hermanas estaban llenas de júbilo. Sólo las mortificaba que seguiría hasta Salzkotten, una estación detrás de Paderborn, para visitar primero a su hermano Jorge en Böddeken. Esta decisión de Paulina nos da a conocer las circunstancias político religiosas porque la patria sufría todavía la presión de las "Leyes de Mayo". Regresando triunfalmente del país de la libertad religiosa, surgió en su corazón la pregunta de si ella, como Superiora General, obtendría permiso de tener la residencia permanente otra vez en Paderborn, la cuna de la Congregación. Las autoridades paderbornenses habían sido benignas con ella y con su regreso, cosa que llamara tal vez la atención, pero no les querían causar dificultades. Por eso visitó primero a su hermano Jorge que siempre había sido su fiel consejero y al mismo tiempo deseaba darle el pésame por el fallecimiento de su esposa. El 3 de septiembre a la tarde, el tren pasó a toda velocidad delante de la Casa Madre y del Instituto de Ciegos. Sólo las Hermanas Ana, Lioba y Wunibalda tuvieron la suerte de saludar a la Madre y a la Hna. Crisóstoma en la estación y acompañarlas hasta Salzkotten donde esperaba el coche para conducir las a Böddeken, al valle de San Meinolfo. Emocionante fue la alegría de ambos hermanos al encontrarse. Emocionante fue la alegría de ambos hermanos al encontrarse. Benévola resultó la tranquilidad de la que disfrutó Paulina en las antiguas habitaciones bajo el techo del amado hermano. Ocho días permanecieron allí y consideraron todos los asuntos del momento y reflexionaron sobre lo que podían hacer. Resolvieron que era conveniente que Paulina quedara en Paderborn porque, según las nuevas leyes, el cuidado y la instrucción de los ciegos estaban equiparados al cuidado de los enfermos. Recordaron que ella era miembro vitalicia del Directorio del Instituto Provincial de Ciegos, privilegio que le habían otorgado los estados de la Provincia. Su hermano le aconsejó establecerse sencillamente en la Casa Madre de Paderborn sin preguntar nada a nadie, ya que él la había alquilado. En los momentos libres se recrearon contando interesantes acontecimientos de su gran viaje. Se acercó el 10 de septiembre. Las Hermanas de Paderborn esperaban con impaciencia el regreso de la Rvda. Madre.

La Casa Madre estaba hermosamente adornada y cuando llegó a la una del mediodía, sus hijas reunidas allí la saludaron jubilosas. Luego se dirigieron a la capilla y elevaron al cielo cálidas oraciones de gratitud. El resto del día lo pasaron agrupadas alrededor de la Madre, escuchando durante horas enteras los interesantes relatos del viaje y de los florecientes establecimientos de América del Norte y de Chile. La Hna. Crisóstoma les contó también las fatigas y aventuras del peligroso recorrido. A la mañana siguiente hubo en la capilla una solemne Santa Misa en acción de gracias, y las Hermanas cantaron con santo entusiasmo las alabanzas a Dios que había protegido visiblemente a la Madre y la había vuelto a la patria.

Sin embargo, no quería permitirse por mucho tiempo este bien merecido descanso. ¿Era el presentimiento de su cercana muerte que la impulsaba continuamente a seguir su gran obra de la visitación canónica también en Europa? El segundo día fue a ver sus queridos ciegos que la saludaron gozosamente, y luego se dedicó a negocios urgentes que la ocuparon hasta pasada la medianoche.

Sin embargo, tomó el ferrocarril a las 4.30 de la mañana siguiente para viajar con la Hna.

Crisóstoma a Mont St. Guibert donde la esperaban también asuntos urgentes. Desde allí deseaba visitar las filiales alemanas y austríacas y concluir con esto la gran obra del ocaso de su vida. Las Hermanas de Paderborn abrigaban la esperanza de que su querida Madre General regresara después de algunas semanas, pero pasaron tres meses. En este tiempo trabajó heroicamente para su Congregación. En la Casa Madre provisoria de Mont St. Guibert, donde las Hermanas la recibieron con mucha alegría, permaneció 15 días para arreglar todos los asuntos. Con íntimo dolor recordaba allí al finado Obispo Conrado Martin, gran bienhechor de la Congregación, que había encontrado allí su último refugio en el destierro y había fallecido acompañado por sus oraciones. Fue un consuelo para ella poder participar con sus amadas hijas en los Ejercicios Espirituales que se predicaron allí en ese tiempo. Después de haber vivido algunos días con sus felices Hermanas en el cercano pensionado de Alseberg ocupándose en serios trabajos y amabilísimo trato con ellas, regresó a Alemania. Primero visitó el pequeño convento de Anrath en Renania, cuyo hospital al servicio de los enfermos, no había sido cerrado por las leyes del Kulturkampf. La alegría de las Hermanas de estar con ella duró poco tiempo porque pronto se dirigió a Blyenbeck, al convento de los jesuitas, para conversar con el Padre Provincial porque se lo había prometido a los Padres de la Compañía de Jesús de Puerto Montt, Chile. Lo convenció de que era necesario erigir allá un establecimiento educacional para la juventud masculina y él prometió enviar pronto el personal requerido. También fue a ver a sus antiguos amigos de la infancia, Madame Ana von Lommessen en el Sagrado Corazón, cerca de Lieja la Madre Clara Fey del "Pobre Niño Jesús" en Simpelfeld, en los alrededores de Aquisgrán. ¡Qué íntima debe de haber sido la alegría de estas piadosas religiosas que dese su infancia estaban unidas por una estrecha amistad y que se encontraban ahora en el ocaso de sus benéficas vidas!

Del Rhin se dirigió al sur para llegar lo antes posible a las filiales australes de Alemania y Bohemia. En Sigmaringen saludó a la Hermana Meinrada que tenía licencia para cuidar a su padre gravemente enfermo. Luego paró en Zwiefaltendorf, donde estaba la casa paterna de su fiel compañera, la Hna. Crisóstoma, con cuya madre, la baronesa von Speth-Zwiefalten, pasó algunas horas de feliz reencuentro. Encontró nuevo trabajo en su pensionado de Gutenberg donde, como dijimos anteriormente, había encontrado hospitalidad por gentileza del Príncipe de Lichtenstein, después de la suspensión de la filial de Constanza. Las Hermanas estaban muy contentas porque permaneció 15 días y después del serio trabajo, escucharon interesantes anécdotas de sus viajes. Luego se dirigió a Feldkirch para saludar a su fiel consejero de antaño, el Rvdo. Padre Minoux, que había prestado importantes servicios a la Congregación en sus comienzos.

Después pasó a Bohemia, donde los pensionados vecinos en Mühlhausen y Weltrus requerían una estadía más larga. Aquí también hubo, entre la realización de importantes negocios, alegres recreos. Los relatos de los florecientes establecimientos de América y los interesantes acontecimientos del viaje ofrecieron tema inagotable, y las Hermanas la admiraron y amaron más y más. El Mühlhausen tuvieron una fiesta especial el día de la Inmaculada Concepción, porque dos postulantes tomaron el hábito y cinco novicias emitieron los santos Votos. En Weltrus permaneció con maternal amor varias horas junto al lecho de la Hna. Afra que sufría muchos dolores.

Hacia la mitad del mes de diciembre Paulina salió de Bohemia para visitar las dos filiales restantes en la patria y terminar con esto su recorrido. Oficialmente estos dos establecimientos

en Oschersleben y Hörter estaban suspendidos a consecuencia de las leyes para los conventos, pero debido a la bondad de algunas damas católicas que actuaban como directoras laicas, algunas Hermanas podían continuar sus trabajos. Se les permitió, disimuladamente y en silencioso reconocimiento de sus obras de caridad, prodigar sus cuidados maternales a los más de cien huérfanos que vivían en la “Casa Nazareth” en Hörter. En estas circunstancias difíciles las Hermanas y los niños tenían doble alegría al saber que la Rvda. Madre celebraría la fiesta de Navidad con ellos. Este fue el feliz punto final de su peregrinación terrenal; pronto seguiría su viaje a la patria celestial.

A la tarde del 28 de diciembre regresó a la Casa Madre de Paderborn donde las Hermanas la esperaban con impaciencia y la recibieron con gran alegría, esperado ahora disfrutar por mucho tiempo de su presencia.”De todo corazón – dice la crónica – agradecemos a Dios su paternal protección que había prodigado a nuestra Rvda. Madre en sus largos, peligrosos viajes, y le pedimos que le otorgara la fuerza y la salud que le permitiera vivir ahora en paz y tranquilidad en nuestro querido hogar y que nos la conservara por mucho tiempo.”

Después de tantas fatigas y desvelos le deseábamos paz y descanso. En el transcurso de estos días trabajosos tuvieron ciertamente amenos recreos que elevaban el corazón. La crónica relata: “La Rvda. Madre contaba entonces con profunda emoción e íntimo agradecimiento a Dios, sobre su querida América, del hermoso campo de trabajo que nuestras Hermanas habían encontrado allí después de haber sacrificado alegremente patria y todo, y cómo Dios estaba visiblemente a su favor. Alababa el magnífico espíritu religioso que animaba a Superiores y Súbditas. Cuando la Hna. Crisóstoma recordaba los honrosos recibimientos que le hicieron en ambas Provincias el clero, los laicos y nuestras Hermanas, la Madre se sentía avergonzada. Ella no habló de esto, pero su compañera de viaje relataba con entusiasmo y vivacidad. Mientras tanto permanecieron pensamientos llenos de amor con sus hijas allende el océano. Ella les recomendaba íntimamente y siempre de nuevo a Dios y a Él agradeció las ricas bendiciones con que había colmado su obra y con profunda humildad daba a Él sólo toda la gloria.”

Sin embargo, estas horas de alegre recreación y expansión no bastaban para reponer sus fuerzas y energías gastadas en el fatigoso viaje, ya demás había siempre nuevas preocupaciones y trabajos. Por eso, después de algunas semanas, sintió un gran abatimiento acompañado de una tos continua. Con su energía espiritual y al costumbre de vencerse lograba disimular su malestar y mostrarse vigorosa y alegre hasta que un doloroso acontecimiento nuevo le partió el corazón. “Nuestro Salvador – dice la crónica – quería purificarla y alejarla de los tiernos afectos terrenos para que pudiera exclamar de todo corazón: ¡Mi Dios y mi todo! Su excelente hermano, Jorge von Mallinckrodt, que había sido para ella durante muchos años especialmente en los difíciles tiempos del Kulturkampf un fiel consejero y firme apoyo, y que había protegido paternalmente a la Congregación, enfermó de pulmonía en marzo de 1881.”

La pérdida de su único hermano sobreviviente fue el último y más sensible golpe que le podía afectar. Pero ya estaba tan desprendida de todo lo terreno y tan cerca del cielo y su corazón había sufrido durante la vida tantos duros golpes, que nada pudo perturbar su santa resignación y su amorosa confianza en la adorable voluntad de Dios. La enfermedad de Jorge empeoró rápidamente. El 21 de marzo, la Hna. Josefina, que Paulina había enviado a Böddeken como experimentada enfermera, avisó que el estado del enfermo se había agravado considerablemente. Entonces Paulina, el escritor de este libro, y el médico de la casa, Dr.

Haggeney, viajaron enseguida para verlo y el doctor diagnosticó que el paciente moriría probablemente en la noche siguiente. Se realizó todo lo que la caridad cristiana es capaz de hacer. El paciente, que con plena resignación y claro entendimiento esperaba la muerte, recibió con devoción conmovedora los Santos Sacramentos administrados por su íntimo amigo y capellán de su casa, el actual canónigo Altstädt, y falleció hacia la medianoche entre las oraciones del sacerdote y de los suyos. Junto a su lecho estaban arrodillados con la Rvda. Madre Paulina: el hijo Hermann, la hija María con su esposo Clemente, Barón de Droste Stapel, el Dr. Haggeney y el autor de este libro. Todos estaban penetrados por el mismo sentimiento, cómo una muerte cristiana tan hermosa suaviza el dolor de la separación por la esperanza en la futura resurrección. Paulina había asistido fielmente a su hermano Jorge en su feliz desenlace, igual como lo había hecho anteriormente con Hermann y Berta, y con esto quedó cumplido su deber para con su familia.

“Con gran tranquilidad exterior – dice la crónica – regresó a Paderborn y contó a las Hermanas todos los detalles de este suceso tan doloroso para su corazón. Pero pronto notamos que estaba profundamente conmovida y que había visto en esto un aviso del cielo.” “Ahora llega mi turno – decía a menudo – soy la mayor de mis hermanos y he sobrevivido a todos, pero el buen Dios me llamará pronto.” El amor para con su finado hermano lo manifestó en dar a cada Hermana un recordatorio de él y ella misma se encargó de enviarlos también a América para que toda la Congregación rezara por su bienhechor.”

El presentimiento de su muerte impresionó dolorosamente a las Hermanas. Nos lo cuenta la crónica con palabras conmovedoras y relata con admiración cómo la insigne fundadora, llena de heroica confianza en Dios, pasó las últimas seis semanas de su benéfica peregrinación terrenal y cómo amó en verdad a sus hijas hasta el fin, y cómo se preparó para el gran viaje a la patria celestial por el incansable y fiel cumplimiento del deber y continua oración. “Fue un ejemplo inolvidable y nos impresionó profundamente su tranquilidad sobrenatural que no turbaba ningún deseo terrenal, y por su fidelidad al deber y su incesante oración. Su mirada estaba dirigida hacia la eternidad y parecía que apenas tocaba la tierra. Hablaba con gusto de la ansiada unión con el divino Salvador y todas las queridas almas que arriba la esperaban.” En este tiempo estaba muy preocupada por la enfermedad de la Hermana Afra en Bohemia, de manera que envió a la Hna. Wunibalda para traerla a Paderborn, lo que se logró todavía antes de la muerte de nuestra Rvda. Madre.

Durante la cuaresma dio cada lunes una instrucción recomendando la práctica de las virtudes conventuales con palabras tan fogosas que impresionaban. El Jueves Santo pasó horas enteras arrodillada frente al Santísimo Sacramento del altar, edificando a todos con su profunda devoción. El 24 de abril, domingo in Albis, salió por última vez para asistir a la Primera Comunión de un grupo de niños ciegos. Como siempre, era muy cariñosa con cada niño y los alegró obsequiándoles hermosos cuadros. A la tarde estuvo un largo rato en el jardín y gozaba viendo todo en orden y que las plantas ya habían crecido. Se acercó el día siguiente, el 25 de abril de 1881, en el cual dio la última instrucción. Por ser la última, intentó la crónica reproducirla lo mejor posible, según se acodaban, como precioso recuerdo para los tiempos venideros. Era como sigue:

“Mis queridas Hermanas: desde Pascua no les hablé, por eso aprovecho esta oportunidad para desearles de todo corazón una inmensa alegría pascual y la paz de Cristo Resucitado. ¡Qué

buen madre es la Santa Iglesia! Al comienzo de la cuaresma, de este tiempo serio de penitencia, nos exhorta: ¡Acuérdate que eres polvo y en polvo te convertirás! Para recordarnos que la vida terrenal es sólo un peregrinar hacia la patria eterna. En la Semana Santa celebra primero el memorial del increíble amor del Salvador en la institución del Santísimo Sacramento del Altar, este celestial sustento en nuestra peregrinación; luego nos propone los infinitos sufrimientos del Hijo de Dios y su dolorosa muerte en la Cruz para redimirnos de nuestros pecados y reconciliarnos con el eterno Padre. En la gloriosa fiesta de Pascua canta jubilosa la Resurrección del Señor, esta prenda de nuestra propia resurrección en el futuro.

Queridas Hermanas: ¡penetremos más en el espíritu de la Santa Iglesia, vivamos con ella! Alegrémonos por la resurrección del Señor, agradezcamos a nuestro Salvador su gloriosa Resurrección y todo lo que hizo por nosotros durante los 40 días que permaneció todavía transfigurado en la tierra. En estos días realizó la institución de la mayoría de los sacramentos mediante los cuales se nos aplican los méritos de su amarga pasión y muerte. Casi cada vez que el Señor, después de su resurrección se apareció a sus amados discípulos los saludó con estas palabras: “¡La paz sea con vosotros!” Pero las palabras del Señor no son vacías. Si Él desea la paz, también la da. Pidámosle íntimamente esta paz, amadas Hermanas. En la paz y santa tranquilidad se puede hacer mucho bien, pero no en la tormenta y agitación. Durante la cuaresma meditábamos las palabras: “¡Acuérdate que eres polvo!” Recordemos qué pronto puede venir la muerte. Las virtudes preferidas del divino Corazón de Jesús son la humildad y el amor. Reconozcamos nuestra pequeñez y pobreza, queridas Hermanas. Todo lo que somos y tenemos es de Dios, de nosotras tenemos únicamente pecado y miseria. Hagan esfuerzos por lograr verdadero amor, ¡que su amor sea sobrenatural, universal, activo y sacrificado! Tengan un corazón generoso para con todos y que de este corazón bueno salgan únicamente palabras caritativas. Tomen muy a pecho las enseñanzas del divino Maestro que me impresionaron ya profundamente en mi infancia: “¡No juzguéis y no seréis juzgados!” Además, queridas Hermanas, acepten todo de la mano paternal de Dios, con resignación, sean sufrimientos exteriores o interiores, sea lo que sea. Para aquellos que aman a Dios, todas las cosas redundan en bien. Cuanto más un alma se entrega a Dios, tanto más Él la cuidará, porque no se deja superar en generosidad. Reconozcan en lo pequeño como en lo grande, su amorosa Providencia y pongan toda su confianza en Él. Se la cruz pesa a veces, oh amadas Hermanas, entonces piensen: es el camino real de la cruz, el sendero que conduce a la patria celestial, adonde nos precedieron tantos que hemos amado mucho.”

Estas conmovedoras palabras de despedida que brotaron de su corazón maternal, nos revelaron una vez más, antes de su feliz desenlace, la gran influencia que su santa personalidad ejercía sobre nosotras. Dios la inspiraba y la colmó de gracia para que pudiera estamparlo para siempre como sello de su Congregación. “Las instrucciones durante la cuaresma – dice la crónica – podemos llamar con razón el Testamento de la Madre. Sus virtudes preferidas que practicaba constantemente y con perfección: la filial humildad, el verdadero amor al prójimo y la inquebrantable confianza en Dios, las deseaba grabar en lo más profundo de nuestro corazón. Nos suplicaba no permitir jamás una palabra contra la caridad. Cuántas veces nos repitió el mandamiento del amor a Dios, agregando con firmeza: el otro es igual: ¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo!” Mientras nos recomendó con irresistible persuasión la práctica de las virtudes, sus palabras tenían un hálito de tristeza, como si presintiera su próximo fallecimiento. Nos recomendaba siempre de nuevo: “¡Acuérdate de que eres polvo y en polvo te has de convertir! Nos habló con emoción de la patria celestial y en sus palabras vibraba el anhelo de su alma, de unirse pronto con su Divino Esposo y con todos los seres queridos que la habían

precedido a la eternidad.”

Demasiado ligero debía cumplirse este ardiente deseo. Dentro de cinco días debía una enfermedad mortal, según el inescrutable designio de Dios, poner término a su santa vida por medio de una muerte dichosa. El transcurso de estos últimos días que se relata en la crónica de la Congregación con todos los detalles, nos conmueve al ver como la lucha de vida movida termina en un acorde armónico. “La muerte se transforma en victoria”. La incansable sierva del Divino Maestro, que deposita con el sacrificio de su vida, en humilde renuncia la obra que Él le ha confiado a sus pies, le queda fiel hasta la muerte. Solamente Su gloria, el bien de su floreciente Congregación y la salvación de su alma que le ama y retorna a la patria celestial son, como durante su vida así también en su lecho de muerte, sus únicas preocupaciones. Nos lo muestra el hermoso relato de su fiel enfermera, la Hna. Agnes, que se publica en el próximo capítulo.

CAPITULO XIII

Concluida la hermosa instrucción que nos dio el lunes, el 25 de abril – relata la Hna. Agnes en la Crónica de la Casa Madre – pasó la buena Rvda. Madre largo tiempo en oración y luego estuvo muy ocupada hasta el mediodía. Tampoco descansó después del almuerzo, sino que consultó y arregló varios asuntos con la Hna. Lioba. Para la tarde había convocado a sus asistentes: Hna. Ana, Hna. Agustina; Hna. Agnes; (la Hna. Wunibalda estaba ausente) a una conferencia para consultarles acerca de unos problemas importantes. Pero durante la misma fue atacada súbitamente de un fuerte escalofrío. Por esto se trató solamente de lo más necesario, y nosotras le rogamos con insistencia que se acostara. Prefirió sin embargo, descansar un poco en el sofá. Más tarde deseó que la Hna Lioba le rezar el oficio, porque e ella misma le era demasiado difícil hacerlo. Hecho esto, se acostó al fin, porque la fiebre subía, Entonces se sintió muy enferma y pidió que se suplicase al Sr. Cura Ficke, hermano de la Hna. Agustina, que estaba de visita aquí, tuviera la bondad de darle a la mañana siguiente, antes de la Santa Misa, la sagrada Comunión. Durante la noche descansó poco, de manera que hubiera sido muy necesario quedarse en cama.

Sin embargo, a la otra mañana, poco después de las cinco, la encontré vistiéndose, y cuando le expresé mi cuidado, me contestó: “Hoy no podía quedarme en cama, pues a las 8 llega la buena Hna. Afra.” Ayudada por mí se vistió con mucho trabajo y se puso en oración hasta que la Santa Misa empezó. Le suplicamos encarecidamente que recibiera la sagrada Comunión en su cuarto, pero de eso no se la pudo convencer. Reuniendo todas sus fuerzas logró bajar la escalera y llegar a la capilla, en la cual debía recibir por última vez a nuestro amado Salvador. Vuelta a su cuarto, se acostó vestida sobre la cama, pues no le era posible mantenerse en pie. Con mucha devoción siguió la Santa misa desde dicho cuarto, que tiene una ventanita a la capilla. Después de la Misa le llevé sólo una taza de café; porque no tenía ganas de comer. También la buena Hna. Constancia, que hacía años estaba en la enfermería, había pasado una noche dolorosa, de manera que creíamos que el Señor la llamaría de un momento a otro. Se lo comuniqué a la Rvda. Madre, pidiéndole al mismo tiempo permiso para llamar al ministro del seminario, Sr. Meyer, a fin de que le diera la absolución general, antes de la segunda Misa. “A esto no habrá llegado aún, pues la Hermana estaba ayer todavía en pie” – me contestó. Pero cuando le dije que podía morir en cualquier momento, deseó ella hablar primero con el Sr. Meyer. Tan luego como sintió que él entraba en su cuarto, llamado Sta. Chantal, se levantó apresuradamente de la cama y lo acompañó, aunque débil y desfallecida, a la enfermería, arrodillándose con gran trabajo junto a la cama de la enferma, mientras que el sacerdote le daba la absolución general. Después se despidió con mucho cariño y amabilidad de la querida moribunda. A pesar de los dolores que sentía en el costado y de la gran debilidad, sólo se recostó esperando la llegada de la Hna. Afra que venía enferma. “¿Está encendida la estufa en Santa Cecilia, y se ha preparado allí el desayuno para las Hermanas viajeras?”, preguntó. Apenas las sintió en la pretería, la buena Madre les salió al encuentro, y las saludó con toda amabilidad, como si estuviera sana. Se quedó una media hora con ellas, oyó el relato de su viaje, y condujo a la buena Hna. Afra a la pieza que debía ocupar; luego se acostó otra vez vestida. El amor de la Rvda. Madre con las enfermas era siempre admirable.

Bien convencidas estábamos que el malestar de nuestra querida Madre era de sumo cuidado y todas las Hermanas mayores deseaban muy de veras que se llamara al médico de la casa, Dr. Haggenev. En la noche anterior, y aún esta mañana, ella misma me había pedido con insistencia que no le trajera el médico, diciendo que conocía su constitución y que muchas medicinas no eran buenas para ella. Nosotras nos empeñamos con el doctor para que hiciese todavía una visita

a la Hna. Constancia; y así pedí a la Rvda. Madre permitiera que el médico la viese en esta ocasión, por desearlo así todas las Hermanas. Ella estuvo conforme, y cuando llegó el médico, lo saludó con la afabilidad acostumbrada. Como éste conoció inmediatamente que el pulmón estaba afectado, le ordenó que se desvistiese, se acostase y hablara poco: también le prescribió medicinas y un sinapismo. Nunca le había gustado tomar muchos remedios, por esto dijo con toda amabilidad: “¡Ay, señor doctor! Tengo mucho miedo a las medicinas”, pero éste la tranquilizó diciéndole que aquella era necesaria contra la fiebre.

De tarde subió el calor, los dolores en el costado aumentaron, le era muy difícil respirar y hablar. Sólo ver a la pobre Rvda. Madre daba compasión. Sin embargo, también este día la Hna. Lioba debió rezar con ella el oficio. También deseaba que ésta le leyera algunas cartas que habían llegado de América; pero yo le pedí con insistencia que esperara hasta el día siguiente, a lo que accedió. Cerca de las seis de la tarde, dijo que quería visitar otra vez a la buena Hna. Constancia. Siempre era la misma, la querida Madre, olvidando sus dolores, para acordarse sólo de sus hijas. A las 6.30 llamó Dios a nuestra Hna. Constancia, después de una agonía de varias horas; así se le ahorró esta visita con gran pesar suyo. Esperaba poder descansar algo, pero se equivocó, pues la alta fiebre no se lo permitió.

Cuando yo la fui a ver, el miércoles 27 de abril, poco después de las cinco de la mañana, fueron sus primeras palabras: “¡Ay Hna. Agnes! Estoy muy enferma; creo que sería bueno que recibiera la extremaunción”. Aunque estas palabras me conmovieron mucho, sin embargo lo oculté, y contesté que ciertamente estaba muy enferma, pero no había de pensar aún en el sacramento de los enfermos. Durante la noche no había bebido nada a pesar de la sed causada por la fiebre, para poder comulgar a la otra mañana. El Sr. Meyer le llevó antes de la Santa Misa la sagrada Comunión, la que recibió con la acostumbrada devoción. Yo me quedé este día y los siguientes siempre cerca de la Madre durante la Santa Misa. Su piedad me sirvió de gran edificación, y me conmovía a veces hasta hacerme derramar lágrimas. ¡Cuántas veces la oí rezar en voz alta! ¡Qué jaculatorias ardientes subían al cielo después de la Sagrada Comunión y durante el día! “¡Mi Señor y Maestro!”, exclamaba frecuentemente con tierno afecto y amor. También: “Señor, borra todos mis pecados” – le oía repetir. Pronunciaba con todo fervor el dulce nombre de Jesús, o suplicaba con ardor: “Señor, ayúdame”. Antes de la Santa Misa me había encargado que pidiera al Sr. Meyer que la dispensara hoy de todas las oraciones obligatorias, porque se sentía demasiado enferma, ella rezaría lo que pudiera. ¡Qué conciencia tan delicada! ¡Ojalá aprendiéramos de ella esta fidelidad en los ejercicios espirituales y siguiéramos siempre su ejemplo!

El buen médico trató a la Rvda. Madre con la mayor atención, y no omitió nada para salvar vida tan cara. Aún esa mañana examinó los pulmones de la querida enferma, le tomó la temperatura, que había llegado a más de 40 grados y para que no se debilitara demasiado, le ordenó buen caldo, vino añejo y píldoras de quinina. El declaró que su enfermedad era un fuerte pulmonía, y cuando la Rvda. Madre le habló de la santa extremaunción él contestó: “Si Ud. desea recibir este sacramento, hágalo.” La Madre, siempre la misma en su amabilidad, agradecía al médico cada una de sus visitas. Saliendo al corredor, el doctor fue rodeado por las Hermanas mayores que querían saber algo sobre el estado de la querida enferma. La Hna. Ana se quedó casi siempre aquí durante estos días; la Hna. Antonia y otras Hermanas, vinieron frecuentemente, pues el temor y la angustia crecían siempre más. Según el deseo de la Rvda. Madre, la Hna. Wunibalda fue a hablar con el Sr. Meyer para preguntarle a qué hora podía administrarle el sacramento de los enfermos. Durante este tiempo debía yo prepararla para la santa ceremonia, y arreglar la

pieza para este fin. Pidió, para obtener una muerte feliz, la oración compuesta por el finado Sr. Obispo Dr. Conrado Martin, y deseaba estar sola para prepararse.

Quería disponer todavía algo por si acaso se moría, Por esto me dio el encargo de hablar con la Hna. Wunibalda para ver si había que arreglar aún algún asunto, y pedirle que ella revisara bien las cosas, y viniese. Después llamó a la Hna. Lioba para darle encargos. A pesar de que le era muy difícil hablar, conversó largo tiempo con ella, pues tenía mucho que decirnos a nosotras, sus hijas. Con abundantes lágrimas oyó la Hna. Lioba las palabras de despedida que debía dirigir a todas las Hermanas, y aquel mismo día les fue enviada la carta siguiente:

Queridas y buenas Hermanas:

Nuestra cara Rvda. Madre acaba de darme el encargo de saludar a todas y a cada una en particular. Ya esta mañana les he avisado que ella está muy enferma. Por desgracia, hasta ahora no se ve mejoría. Sigamos rezando, queridas Hermanas, confiando en la misericordia del Señor. Quiera Dios que no nos deje huérfanas tan pronto. La buena Rvda. Madre está, como en todas las pruebas y sufrimientos, en la mejor disposición, y espera con la mayor tranquilidad su última hora. Para el caso, pues, que el buen Dios la llame, se despide de Ustedes y se encomienda a sus oraciones; pero muy en particular les suplica que ofrezcan infulencias plenarias por ella después de su muerte. También les recomienda encarecidamente una cosa a la que tantas veces nos ha exhortado, y es: que cada una contribuya según sus fuerzas a que reine siempre un buen espíritu en la Congregación, y a que con todo fervor se practique la vida interior y el espíritu de oración. Que un amor íntimo y cordial ligue a todas las Hermanas y que cada una trate de agradar a Dios por medio del fiel cumplimiento de sus deberes. Así mismo procure cada una alcanzar una verdadera y profunda humildad. Si reinan en la Congregación verdadera humildad, amor fraternal y espíritu de oración, podremos esperar la bendición de Dios sobre nuestras obras y nuestros negocios temporales. La mayoría de Ustedes sabrán cuán justa y sólidamente nuestra Rvda. Madre dirigió siempre los negocios de la Congregación. Este punto es también hoy objeto de sus cuidados. Ella me encargó, queridas Hermanas, que les recordara que lleven siempre con circunspección y conciencia los asuntos, y que tengan cuidado de que cada establecimiento pague sus deudas; que traten con caridad y justicia a las alumnas, los sirvientes y en fin, a todos aquellos con los cuales tengan alguna relación. Como la Rvda. Madre nos ha cuidado hasta ahora con amor más que maternal, así también se acordará de nosotras allá arriba. Si encuentra gracia ante Dios le encomendará todos los intereses de la Congregación.

Grabemos, queridas Hermanas, estas palabras de nuestra Rvda. Madre muy profundamente en nuestros corazones. Yo desearía que cada una de Ustedes las hubiese oído de sus propios labios, pues no soy capaz de repetirlas fielmente. La Rvda. Madre envía a cada Hermana su bendición maternal, se encomienda otra vez a sus oraciones y las saluda muy cordialmente a todas. Con amor fraternal, su Hna. Lioba

La Rvda. Madre se despidió también de sus parientes en Böddeken, les dio las gracias por su bondad y caridad para con ella, se encomendó a sus oraciones, y les prometió rezar por todos si encontraba gracia ante Dios. También suplicó a su sobrino, el Sr. Hermann von Mallinckrodt, que fuera siempre un buen protector de las Hermanas como lo había sido su finado padre. Tampoco olvidó a su única tía en Bielefeld, la cual recibió también un cariñoso adiós. Estas dos cartas las firmó ella misma.

El Sr. Hüffer, consejero de tribunal, llegó cerca de las tres de la tarde para informarse del estado de la querida enferma. Ella deseaba mucho verlo, y por eso lo condujimos a su cuarto. La Rvda. Madre lo saludó muy cordialmente y habló con mucha alegría de la patria celestial. Con insistencia se encomendó a sus oraciones y las de sus hijos, y prometió acordarse de ellos allá arriba. También tomó su parecer con respecto a su testamento, para cuyo otorgamiento llegó el miembro del tribunal Sr. Evers, a las cuatro. Yo me alegré mucho, y di gracias a Dios al ver acabados estos negocios importantes; de este modo la pobre enferma podía descansar un poco. Cuando le dije: “Así no puede seguir, querida Madre General, Ud. debe tener descanso ahora”, me contestó sonriendo: “Hoy he llevado a cabo grandes cosas”.

De tarde aumentó la fiebre y la debilidad de la Rvda. Madre era muy grande. Yo le lavaba la cara con frecuencia, lo que la aliviaba mucho. Confía oírla agradecer el menor servicio. Varias veces le supliqué: “Rvda., Madre, no me dé siempre las gracias; le cuesta tanto hablar”; pero esto no sirvió de nada, siempre tenía que oír: “Muchas gracias”. En la visita que el médico le hizo de tarde, no la encontró ni peor ni mejor, lo que nos consoló algo. Si él decía tener esperanza de mejoría, ella le contestaba afablemente: “me quedo con gusto entre las Hermanas, si el buen Dios lo quiere”. Durante la noche una Hermana veló a la querida enferma para que tomara con regularidad las medicinas, caldo y un cocimiento de harina de avena mondada. Desgraciadamente pasó una noche intranquila, en la que sus pesados párpados no pudieron conciliar el sueño sino por pocos momentos. El jueves 28 de abril, fui muy temprano a ver a la querida Madre General, que deseaba la acomodara luego un poco. Después de que yo acomodé un altarcito, ella empezó la preparación para la sagrada Comunión, la cual debía recibir como Viático. Aunque el estado de la querida enferma nos llenaba de suma preocupación, sin embargo manteníamos la firme esperanza de su restablecimiento. Nos parecía imposible que el buen Dios desoyera las oraciones que elevábamos por la salud de nuestra Madre, amada con tanta ternura. La buena Madre Matilde (Superiora Provincial de América del Norte) tuvo la noticia de la enfermedad por medio de un telegrama, y era fácil imaginar cómo ella y todas las Hermanas en la lejana América importunarían al cielo, junto con todas nosotras, por la conservación de vida tan querida. También nuestros vecinos de Paderborn tomaron mucha parte en nuestra pena. De todos lados mandaron preguntar por la querida enferma, y en las iglesias se rezaba públicamente por su salud. Su sobrino, el Sr. von Mallinckrodt, llegó de Böddeken para visitarla y se afligió mucho al ver a su querida tía en tal estado. El pidió con instancias una consulta, y para este fin, de acuerdo con el médico de la casa, llamaron por telegrama al Sr. Dr. Weber, de Thienhausen cerca de Steinheim; mas éste no pudo venir por hallarse enfermo en cama, y así no se llevó a cabo la junta médica. La sobrina de la Rvda. Madre, la señora de Droste, no pudo venir por estar enferma, lo que sintió mucho.

El estado de nuestra Madre no cambió el jueves. El médico recomendó mucho que le diésemos muy a menudo algo para que se conservasen sus fuerzas. También debíamos ponerle algunos sinapismos. A enferma estaba siempre conforme, nunca se quejó de nada, y sufrió los dolores con perfecta paciencia. Cuando algunas Hermanas mayores se acercaron a su cama, no pudo hablarles mucho, pero se mostró muy cordial y afable con todas. Después me pidió les dijera que no tomasen a mal que hubiera hablado poco, y que les agradecía mucho su interés. La amada enferma pasó casi toda la noche en vela, bebió mucho, y empezó a expectorar, lo que es una buena señal en la pulmonía, de manera que se alentó nuestra esperanza.

El viernes, de mañana la Rvda. Madre recibió la Sagrada Comunión otra vez como Viático, y después de ella el Sr. Meyer le dio la absolución general. Este y los días siguientes, puse en el

altarcito el crucifijo que la Rvda. Madre había traído el Sábado Santo de Böddeken; allí se lo habían regalado como recuerdo de su finado hermano Jorge, quien lo tuvo al lado de su cama. Delante del crucifijo coloqué una azalea blanca que la Hna. Ana había regalado a la Rvda. Madre el día de la última conferencia. Esta hermosa flor produjo a la enferma una alegría infantil; diariamente me recordaba que la regara y en la última noche me dijo todavía: “No olvide la flor. Dé otra vez las gracias a la buena Hna. Ana y después de mi muerte devuélvasela con cordial saludo.”

El médico estaba satisfecho esta mañana del estado de la querida enferma y le dio esperanza de mejoría. La Rvda. Madre empero no le creyó, y me preguntó después muy amablemente: “¿Había Ud. instruido al médico?” Le pude contestar que no le había hablado antes. Él tenía en realidad un rayo de esperanza, porque la fiebre había bajado.

A las 10 tuvo lugar el entierro de la buena Hna. Constancia. Por esto, nuestra Madre me había dicho temprano que le avisara el momento en que llevarían el cadáver. Seguramente quiso acompañarlo en espíritu y encomendar la difunta Hermana al Señor. Durante el entierro vino otra vez el Sr. von Mallinckrodt, pero no se quedó mucho tiempo, porque a la Rvda. Madre le era muy difícil hablar. Ella le encargó cariñosos saludos para sus queridos parientes, y le suplicó sobre todo que fuera a Borchen y diera cordiales saludos a la viuda de su hermano menor, señora Tecla von Mallinckrodt. La Rvda. Madre deseó hablar con el Sr. Cura Berhorst, que había acompañado el entierro de la Hna. Constancia. Cuando él llegó, ella le dio las gracias por su bondad para con nosotras, le recomendó a las Hermanas en caso de que ella muriera, pidió para ella sus oraciones y le prometió rezar por él también, si encontraba gracia ante Dios. Sumamente complacida oyó la querida enferma de labios del Sr. Cura que en su parroquia se había rogado ya por su salud y que lo harían también en adelante. Él le dio la bendición sacerdotal y se despidió de ella. De tarde habló el Sr. Cura Ruland; el día antes la había visitado el Sr. Bade, profesor del seminario.

Desde el mediodía se empeoró visiblemente el estado de la querida enferma; la fiebre había subido mucho, el pulso volaba y no podía expectorar casi nada. Entonces se me desvaneció el último rayo de esperanza; conocí que el Señor exigía de nosotras este grande sacrificio. La querida Madre General habló este día, como el anterior, siempre de su muerte. Me preguntó si no habría sido demasiado pesado para las Hermanas el cargar el ataúd hasta el cementerio, y añadió: “Podéis enterrarme también a mi sin ostentación. Prefiero que todas las Hermanas asistan a mi entierro y no que tantos extraños entren en nuestro jardín. Las Hermanas solas, seguramente, podrán llevarme a pulso.” Enternecí oírla hablar de todo esto con tanta tranquilidad. Cerca de las seis me recomendó varias veces que fuera a confesarme, pues era día de confesión. Pidió que llamara a la Hna. Lioba porque tenía que hablarle de algunos asuntos. Cuando el médico encontró a la enferma tan cambiada, empezó a temer una parálisis de los pulmones. A pesar de haber hecho tantos empeños por salvar la vida de nuestra Madre, tuvo que declarar esta tarde: “La respetada Sra. Madre puede morir esta noche”.

¡Ay! Este fue un momento terrible en el que se nos quitó toda esperanza de volver a ver sana a nuestra carísima Rvda. Madre. La agitación en la casa era indescriptible: las Hermanas lloraban y oraban, y nadie pensó en acostarse. En la pieza o el cuarto de Santa Chantal se habían reunido las Hermanas en silencio. Todas querían estar a lo menos cerca de su Madre moribunda, cuyo espíritu activo hallaba siempre ocupación. A pesar de su debilidad y de la alta fiebre, no se cansó de exhortarnos; nada escapaba a su memoria, y en su cuidado maternal se acordaba de lo grande y de lo pequeño. Repetidas veces tuve que prometerle que cuidaría que le llevaran otra vez la

Sagrada Comunión. El Sr. Meyer pensó dársela aquella tarde, pero yo lo detuve, porque la hora de la muerte no parecía estar tan cerca aún. Después de algunas horas se alteraron sus facciones, y creí prudente pedir al sacerdote que le diera el santo Viático, a lo que accedió al momento. Las Hermanas se reunieron, parte en la pieza de la Rvda. Madre, parte en la capilla. Por última vez quería visitar el divino Salvador a su fiel sierva para unirla pronto consigo en el cielo. Se confesó de nuevo, pues cuanto más se acercaba la hora de la partida, tanto más cuidado empleó en prepararse debidamente para la venida del Divino Juez. A menudo le oía exclamar durante su enfermedad: “Jesús mío, sé para mí un juez benigno.” Eran cerca de las tres de la mañana cuando comulgó. La Rvda. Madre recibió al Divino Huésped con tanta paz, devoción, piedad y amor tan entrañable que parecía un ángel abismado en el Ser Divino. El Sr. Meyer rezó en voz alta las oraciones para después de la Comunión y algunas otras de la pasión del Señor. Después la Rvda. Madre le suplicó que le rezara también la oración para obtener una buena muerte, compuesta por el Olmo. Sr. Obispo Conrado. Cuando el sacerdote se había retirado, la Rvda. Madre me dijo: “Salude a todas las Hermanas muy afectuosamente, y si las he ofendido, les pido perdón a todas”. Con lágrimas le contesté: “Querida Madre, Ud. nunca nos ha ofendido, pero nosotras sí tenemos muchos motivos para pedirle perdón, lo que hago ahora de todo corazón y en nombre de todas las Hermanas”.

Allí estaba, pues, nuestra querida Madre, esperando el momento decisivo; su debilidad aumentó mucho, el hablar le era muy difícil; sin embargo no cesó de exhortarnos o de rezar en voz alta. Muchas veces exclamó: “¡Oh María, protegednos!” Invocaba también a San José, a todos los ángeles y santos, al finado Olmo. Sr Obispo Conrado, para que intercedieran por nosotras. “¡Ojalá que el Señor nos dé a todos la gracia de la perseverancia y la vida eterna!” Repetía innumerables veces tales jaculatorias. Después nos recomendó deliberásemos todo buen y cuidáramos con especial solicitud de nuestras Hermanas en América del Norte y del Sur. Dijo que la buena Madre Matilde contestaría quizás pronto su carta, y entonces debíamos cumplir todos sus deseos, si nos fuera posible. “Reflexionad mucho”, volvió a decir; “no seáis demasiado presurosas, y obrad siempre con circunspección; a las mujeres les es difícil acertar siempre, pero Dios también ayuda. Si encuentro gracia rezaré por vosotras a fin de que arregléis todo bien. Meditad bien los asuntos de la Congregación en América del Sur; cada quince días llegan ahora los vapores, así es más fácil la correspondencia.” Enseguida pidió a Dios en voz alta la gracia de la perseverancia y que la preservara de las acechanzas del demonio. Cuando yo le dije: “¡Oh, querida Madre, Ud. no tiene que temer al diablo!”, me contestó: “Esto no se puede saber. Nos acecha fácilmente en la última hora. ¡Cuán difícil debe ser la muerte si uno no se ha familiarizado con ella durante la vida!” Así la Rvda. Madre estaba hablando y orando continuamente. “Uno no puede saber cuándo sobrevendrá el acontecimiento grande”, dijo. “Lo que quiero comunicar debo decir ahora; pronto me abandonarán los sentidos, y entonces no podré hablar más”. Yo creí al fin que era indispensable que descansar algo, y le pregunté si podía apagar las velas. Me lo permitió, pero no por esto descansó. Muchas veces dijo: “buenas noches”, mas enseguida rezó o dijo con gran devoción: “Alabado sea Jesucristo por siempre. Amén.” Una vez exclamó en voz alta “¡Aleluya!”. Después preguntó: “¿Qué cosas me ha leído Ud. hace poco del librito de la cofradía del Perpetuo Socorro? ¿Qué debo hacer para ganar la indulgencia plenaria en el artículo de la muerte?” Luego dijo: “Es un pensamiento consolador el de volar a reunirse arriba con todas las queridas Hermanas que nos han precedido y con nuestros parientes.”

Cerca de las cinco de la mañana pregunté a la Rvda. Madre si quería que pidiésemos al Sr. Meyer que celebrara ya la Santa Misa; así todas las Hermanas podrían comulgar y rezar por ella. Estuvo conforme y añadió: “Suplique a las Hermanas que pidan para mí una buena muerte y la gracia de

la perseverancia". Aunque estaba muy cercana a su fin, se acordaba de todo y hasta preguntó si habían despertado ya al acólito. Siguió la Santa Misa con toda devoción. Yo debía advertirle el momento en que el sacerdote la empezó, y cuando llegaba a las partes principales del Santo Sacrificio.

El médico que había asistido a ella en el coro de la Capilla, visitó después otra vez a la querida enferma. Entonces éste le hizo una pregunta penosa: "¿Cuánto tiempo me quedará aún de vida? Le suplico, Sr. Doctor, dígame sin rodeos". El contestó que esto no lo podía decir con exactitud, pero que quizás sería hoy su último día. Le agradeció mucho esta respuesta y repitió luego al Sr. Meyer lo que el médico le había dicho. Habló con la mayor tranquilidad de su cercana muerte y nos recordó que avisáramos su fallecimiento al Sr. Hüffer y a sus parientes en Borchon y en Bøddeken. Enseguida rezó en voz alta a la Santísima Virgen, a todos los ángeles y santos. "Señor, concede a todas las Hermanas la gracia de la perseverancia y la vida eterna", decía. Entre tanto el Sr. Meyer había expuesto el Santísimo Sacramento; la mayor parte de las Hermanas se hallaban en la Capilla, mientras que las más antiguas permanecían arrodilladas y llorando en la habitación de la Madre General. Ella pidió a las Hermanas que se retiraran, diciendo: "El momento grande y decisivo no llega aún. Podéis ir a vuestras ocupaciones". Pero las Hermanas no podían resolverse a esto y por más obedientes que fueran siempre esta vez no les fue posible separarse de la querida Madre General.

A las siete vino su cuñado, el Sr. Hüffer, llamado por una de nuestras Hermanas, pariente suya, la Hermana Clara, pues él había deseado mucho presenciar la muerte de la Rvda. Madre; por ello se le había avisado que según declaración del médico, sólo podría vivir hasta las 10 de la mañana. Muy conmovedora fue la escena de la despedida de ambos cuñados. Arrodillado al pie de la cama, el Sr. Hüffer puso sobre su cabeza la mano de la Rvda. Madre y pidió su bendición para él y sus hijos. Ella habló con él de su cercana muerte y de la esperanza dichosa de volverse a reunir ante el trono de Dios con todos los seres amados. Y cuando él con lágrimas en los ojos se fue a la otra habitación, la Rvda. Madre le dijo: "Ud. se queda aquí, querido Alfredo, ¿verdad?" Él le contestó afablemente: "Por cierto, querida Paulina, yo me quedo."

(Seguramente la moribunda se acordó en este momento de que su cuñado había asistido junto con ella a la muerte edificante de sus tres hermanos: Berta, Jorge y Hermann. Él empero, daba gracias a Dios porque le permitía presenciar la muerte santa de la última y más perfecta de los cuatro hermanos, de la cual había recibido en su vida tantas pruebas de amor fraternal, y porque le fue concedido unir su oración a la de las hijas espirituales de esta su cuñada, en un fervoroso "Requiescant in pace sancta".)

A pasos agigantados se acercaba la muerte de nuestra amada Rvda. Madre, y sólo con grandes esfuerzo logramos moderar la vehemencia de nuestro justo dolor. Yo estaba al lado de su cama y le secaba el sudor de vez en cuando, observando atentamente sus facciones. Ella permaneció muy tranquila, rezando y exhortándonos. Repetía frecuentemente: "Alabado sea Jesucristo", o "Jesús, María y José, os doy mi corazón, cuerpo y alma." Las Hermanas entraron una tras otra para ver por última vez a nuestra querida Madre. Ella nos hacía la impresión de una santa que desea unirse con el Amado, con el Salvador, y que corre a su encuentro. Sus facciones se alteraron más y más y me costaba gran trabajo entenderle. Por esto llamamos con apuro al Sr. Meyer, quien vino, rezó las oraciones de los agonizantes y las letanías de todos los santos. La querida Rvda. Madre respiró con mucha irregularidad, a largos intervalos, por dos o tres veces;

luego inclinó la cabeza un poco y su alma inocente había alzado el vuelo a la región celestial. Era un día sábado, el 30 de abril de 1881, cerca de las nueve de la mañana.

“Señor, dadle el descanso eterno”, rezó el sacerdote, y así se apercibieron las Hermanas presentes que nuestra querida Rvda. Madre había terminado felizmente su carrera, dejándonos empero, huérfanas. El profundo silencio que había reinado hasta ahora, fue interrumpido por el llanto y los sollozos. Nuestro dolor se desbordó con vehemencia, y tuvimos que darle libre curso por unos momentos; mas enseguida elevamos nuestras ardientes plegarias junto al querido cadáver.

¡Sí, Señor, dadle el descanso eterno! ¡Haced que sus virtudes florezcan en nuestra Congregación y que seamos cada día hijas más dignas de tal Madre!

“Hasta aquí el relato de la Hna. Agnes,” dice la crónica de la Casa Madre y continúa como sigue:

“Según costumbre que reina en la Congregación, en el caso de la muerte de una Hermana, nos arrodillamos después del dichoso fallecimiento de la Rvda. Madre al lado de su cadáver para rezar por ella el santo rosario. El Sr. Hüffer y sus hijas que para entonces habían llegado, nos acompañaron. Quizás la Rvda. Madre no necesitaba de nuestras oraciones; pero debíamos mostrarnos buenas hijas, y sólo en la oración encontrábamos consuelo en el sacrificio grande que el Señor nos había pedido.

Enseguida se avisó por telegrama a las Hermanas de las otras casas. También a la Madre Matilde y a la Madre Gonzaga, Superiora Provincial de América del Sur, se les mandó telegrama con la triste nueva. El mismo día contestó la Madre Matilde. “profundamente conmovida. Ella es siempre nuestra Madre”. Se escribió también una carta a todas las casas y a los parientes de la finada, dándoles noticias sobre la feliz muerte de nuestra amada Fundadora. Los demás sucesos de este día, como también los funerales, los describe la Hna. Lioba a todas las Hermanas en una carta posterior, fechada el 10 de mayo que dice así:

Queridas y buenas Hermanas:

Al fin hoy me es posible darles detalles sobre las exequias de nuestra querida Rvda. Madre. Hace ya ocho días que nos ha dejado, y cuanto más tiempo pasa, tanto más profundamente sentimos la pérdida irreparable que hemos sufrido. ¡Está tan vacía, tan desierta, nuestra casa!” Le falta el alma. En los primeros días la Rvda. Madre estaba todavía con nosotras, aunque sólo su cuerpo; una podía ir a verla, hablarle, mas ahora descansa en la sepultura. ¡Oh amarga separación! Desde la noche del sábado hasta la mañana del miércoles estuvo expuesto el cadáver de nuestra inolvidable Madre en su cuarto; parecía dormir; una santa paz se reflejaba en su rostro; costaba separarse de ella. En una mano tenía la cruz de su rosario, el cual enlazaba la otra mano, como solía hacerlo en vida cuando lo rezaba. Con esta mano tocaba también el libro grande de las Santas Reglas, colocado sobre su pecho. Vestía la capa blanca, la misma que llevaba en la audiencia que tuvo hace algunos años con el Santo Padre, cuando fue a pedirle la bendición para sí y para toda la Congregación. Flores y velas, arregladas con todo gusto, rodeaban el lecho mortuario. Las Hermanas, los ciegos, las ciegas y también extraños, han rezado mucho al lado de la querida difunta. En estos días, la gente llegó como en procesión, desde la mañana hasta la tarde, para ver por última vez a nuestra querida Madre y depositar a flores y guirnaldas a sus pies. El miércoles temprano el ataúd fue conducido a la capilla de la casa, la cual estaba rigurosamente enlutada. El altar, las ventanas, las paredes, llevaban colgaduras negras, las

columnas guirnaldas con lazos negros. A las siete hubo una Misa rezada y alas i una Misa de réquiem en nuestra Parroquia del Busdorf. A las 10.45 tuvo lugar el entierro.

Mucho tiempo antes de esta hora, se había reunido un buen número de personas ante nuestra capilla, de manera que ésta, al abrirla, se llenó en unos momentos. Antes de rezar el responso, el Sr. Cura Berhorst pronunció la oración fúnebre, la cual expresa brevemente la incansable actividad de nuestra finada Madre, los grandes sacrificios que hizo, las heroicas virtudes que ha practicado. Después el cortejo se puso en camino hacia la capilla de San Conrado. Iban delante los ciegos, como predilectos de la Rvda. Madre; después seguía una Hermana con la cruz, luego otras tres con la vela de los votos, el libro de las Reglas y la corona de mirto; las demás llevaban palmas en las manos. Enseguida iban dos niños con grandes ramos de palmas, que personas extrañas habían regalado; a éstos seguían el Sr. Cura y demás sacerdotes, e inmediatamente el ataúd con la querida difunta, llevado en hombros por las Hermanas, como ellas lo habían deseado, y como la Rvda. Madre misma lo había pedido. Doce Hermanas, pues, vestidas con capas blancas, lo cargaron, alternándose hasta llegar al cementerio. Las demás seguían con profundo dolor. ¡Oh! Era éste un camino difícil para todas nosotras; senda más dolorosa no recorrerá jamás ninguna Hermana. A las Hermanas seguían numerosos parientes de la finada Madre, y a éstos otras muchas personas de todas las clases y estados: sacerdotes y laicos, grandes y chicos, ricos y pobres. Todos ellos la habían amado y venerado y por esto querían honrarla por última vez. Así iba el cortejo fúnebre con oraciones y cánticos por entre los numerosos árboles del jardín, bajo los claros rayos de un hermoso sol de primavera; pasó por delante de la estatua de la Santísima Virgen y se dirigió por la alameda a la capilla de San Conrado, la cual también estaba enlutada rigurosamente. A su entrada bajaron las Hermanas el ataúd. Los sobrinos de la Rvda. Madre habían solicitado el honor de colocar los restos mortales de su querida tía en la sepultura que estaba abierta delante del altar en la capilla subterránea. No me es posible explicar lo que nosotras hemos sentido en el momento en que bajaron el querido cadáver a la sepultura, acompañándolo las oraciones de la Iglesia; pero yo sé que ustedes, queridas Hermanas, lo sentirán con nosotras.

Cuando todo hubo concluido, la procesión fúnebre volvió a la capilla del convento, donde, según costumbre, rezamos las estaciones del vía crucis. Sólo la buena Hermana Agustina y yo hacíamos guardia de honor al lado de la tumba hasta que ésta se cerró algunas horas después. Es pues verdad, que nuestra angelical y querida Madre está separada del todo de nosotras; pero no, ella está y quedará siempre con nosotras, nos rodea todavía con su maternal amor, y ruega por nosotras delante del trono del Altísimo. Esto debe consolarnos.

De todas partes llegan cartas de pésame. Conmueve ver las innumerables muestras de condolencia, y con razón podemos tener un santo orgullo de tener una Madre que de todas partes recibe elogios. Tratemos como dignas hojas de tal madre, de aspirar con todo fervor a la virtud y perfección. ¡Que una caridad tierna y cordial nos una siempre, hasta que un día, rodeando a nuestra querida Madre y unidas con el eterno amor, alabemos y glorifiquemos a Dios para siempre!

Este es el llanto fúnebre que se eleva del corazón de las hijas huérfanas ante la tumba de su finada Madre; llanto que el dolor más profundo entona, y cuyas últimas notas acaban con el aria de la esperanza consoladora de nuestra futura reunión ante el trono de Dios. Los sentimientos que conmueven los corazones junto a la sepultura abierta en la capilla de San Conrado, donde

descansan los restos mortales de la querida Madre, estos sentimientos hallan eco en todas las casas de la Congregación a este al otro lado del océano, adonde llega la noticia fatal. A los solmenes funerales celebrados en las casas provinciales de Wilkesbarre y Ancud, se agregan las exequias de las demás casas de Europa. La Congregación entera está de rodillas para ofrecer por el alma de la querida Madre y Fundadora, el Santo Sacrificio de la Misa y las obras buenas que el amor filial inspira. Desde aquella época la capilla de San Conrado es una joya preciosa para toda la Congregación; es el centro de las íntimas relaciones, donde se reúne el amor de todas las Hermanas, amor que va más allá de la tumba. Se ha hecho lugar atrayente al cual peregrinan en espíritu todas las que trabajan en lejanas tierras, y las Hermanas de la Casa Madre personalmente, para rezar sobre la tumba de la amada fundadora, pidiendo por su eterno descanso e implorando su intercesión maternal prometida, pues así lo exigen el amor y la esperanza. Mientras que el amor, considerando la inescrutable justicia del Eterno Juez, no cesa de utilizar constantemente los auxilios de la Santa Madre Iglesia a favor de la querida finada, la santa esperanza llena el corazón de las hijas con la dulce confianza de que la Madre se halla ya en el coro de las santas vírgenes “que están delante del trono y del Cordero con vestiduras blancas y palmas en las manos”; pues las hijas han conocido a su Madre, “los hijos se han levantado y la han ensalzado”. (Prov. 31, 28)

Esta era al mismo tiempo la consoladora esperanza que, a pesar de tan agudo dolor, alentaba a las hijas junto al sepulcro de la Madre, y desterraba de su corazón todo temor de que su muerte pudiese perjudicar a la gran obra de la caridad cristiana, que la finada había comenzado, obediente a la voz del cielo y en toda humildad, y la cual había llevado con su firme confianza en Dios y a pesar de las borrascas de un tiempo aciago a un estado floreciente y propagación sorprendente.

Verdaderamente es admirable la bendición que la Congregación ha tenido hasta el día de hoy. Fundada el 21 de agosto de 1849 con cuatro Hermanas, crece durante los primeros veinte años contando más o menos con 250 Hermanas que trabajan en veinte establecimientos de Alemania. El Kulturkampf disminuye temporalmente el número de las filiales europeas hasta ocho, pero abre al mismo tiempo el campo de trabajo en América, donde surge el primer establecimiento en 1873. Ocho años después, cuando muere la fundadora, en abril de 1881, la Congregación ya tiene 45 casas: 26 en América del Norte y 8 en Chile; con 402 Hermanas, de las cuales actúan 284 en América. Después del fallecimiento de la fundadora, no sólo no ha disminuido, sino que ha aumentado su desarrollo maravillosamente, Pues ahora, apenas once años después de su muerte, cuenta la Congregación con 88 casas: 51 en Norteamérica, 22 en Chile y Uruguay. El número de Hermanas y postulantes subió a 948, de las cuales 715 trabajan en América y más de la mitad de estas hermanas son americanas nativas. También en Dinamarca se abrió una filial.

Este desarrollo gigantesco que se produjo después del fallecimiento de la fundadora, es en primer lugar consecuencia de su gran recorrido por América. La semilla que ha echado allí en tierra fecunda, ha dado fruto copioso, el ciento por uno. Desde entonces aumentaron las vocaciones americanas que, atraídas por los ejemplos luminosos de la fundadora y sus virtudes, consagraron su vida al servicio de la caridad cristiana. Pareo una gran parte de este progreso se debe sin duda a la magnífica dirección de la Congregación que tuvo después de la muerte de la fundadora.

El 5 de noviembre de 1881 se celebró un Capítulo General y se eligió a la Superiora de la Provincia Norteamericana, la Madre Matilde Kothe, como Superiora General, por lo que se alegró

toda la Congregación. Ella había disfrutado desde su niñez el amor maternal de Paulina; cuando en los comienzos del Instituto guiaba a los ciegos y se consideraba ahijada de ella. Fue la única que sobrevivió a sus compañeras con las cuales Paulina había fundado la Congregación. Su maternal amiga le mostraba una confianza especial y le confiaba cada vez trabajos más importantes. Desde el año 1874 era la Madre Provincial de América del Norte y su benéfica obra tuvo gran éxito. Considerando todo esto, la Madre Matilde parecía ser la indicada para llevar el timón. Debía aceptarlo con la heredada confianza en Dios, para dirigir la Congregación con el espíritu de su antecesora a través de tormentas y dificultades por el magnífico camino de la inquebrantable confianza en el Padre Celestial.

De este modo, la orfandad de la Congregación en la tierra, encontró una feliz solución. La muy querida Madre Paulina no se ha separado de la Congregación. Antes de su feliz tránsito fue a visitar a su hijas que militan aún en este mundo, y ahora las dejó para presidir a las que gozan en el cielo, reunión muy numerosa, porque muchas Hermanas han ido a aumentarla durante el curso del tiempo. ¡Con qué júbilo habrán recibido éstas a su Madre! Seguramente la querida Madre junto con ellas se halla ante el trono de Dios Uno y Trino e implora del Divino Esposo toda la plenitud de sus celestiales bendiciones sobre la fundación y sus hijas, valiéndose de la intercesión de la santísima e inmaculada Virgen, patrona de la Congregación, y de los santos que tanto amó en su vida. Así el lazo del amor celestial liga a la Madre con sus hijas. Su recuerdo será imperecedero y hasta los tiempos venideros vivirá su memoria en la Congregación, y la llamaremos siempre nuestra inolvidable, carísima Rvda. Madre Paulina.

CAPITULO XIV

Rasgos de la vida de la finada Rvda. Madre, según las anotaciones de las Hermanas.

Si el autor echa una mirada retrospectiva sobre su obra al final de su biografía, espera que resalten el modo de ser y el carácter de la noble, heroica religiosa, y los rasgos fundamentales de su vida benéfica y fecunda. Sin embargo, le parece conveniente agregar algunos acontecimientos que las Hermanas que tuvieron trato íntimo con ella, anotaron como recuerdo para su Congregación.

Ya antes de tomar el hábito, Paulina, recorriendo las chozas de los pobres en Paderborn, llegó a conocer a una mujer que antes había sido cantinera y entonces era vendedora de frutas. Tenía una hija de 26 años, Margarita, que era pobre, completamente descuidada, casi ciega, muy torpe y con insuficiencia mental. Solamente una caridad heroica era capaz de cuidar, formar y educarla. La Srta. von Mallinckrodt la visitaba al principio diariamente pero luego la hospedó, la cuidó, soportando con incomparable mansedumbre sus arrebatos coléricos. Es indecible con qué paciencia celestial la instruía para que luego fuera admitida a recibir los santos Sacramentos. Con incansable trabajo y amor alcanzó a llevar a esta pobre ovejita al buen Pastor y después de seis largos años Margarita debía confesarse por primera vez. Pero cuando vino el Sr. Cura Párroco para examinarla, no supo decir ni una sola palabra, y cuando la Madre Paulina insistía cariñosamente, apenas contestaba algo incompleto. Entonces la Madre pidió permiso para examinarla y a sus preguntas seguían las respuestas sin dificultad, porque Margarita tenía un modo especial de expresarse entendía mejor a su amada maestra. Así recibió el sacramento de la Penitencia. El sacerdote declaró que de ningún modo podía alcanzar a recibir la Santa Comunión, que había que renunciar a esta idea. Pero ella pensaba de otra manera y exhortaba a la pobre criatura a que rezara diariamente para conseguir esta gracia. Nos sorprendió entonces que Margarita se levantaba cada noche de su cama y de rodillas repetía devotamente su oración: "¡Que lo alcance!" Y en realidad, después de haber recibido continuas lecciones durante seis meses, sus facultades mentales se desarrollaron tanto que en la fiesta de Todos los Santos pudo tomar la Primera Comunión, junto con otros ciegos, en la parroquia del Busdorf. Hoy, en el año 1892, vive la buena Margarita todavía en el Instituto de Ciegos. Ya envejeció y tiene canas, pero se hace útil prestando pequeños servicios, sobre todo aprendió a tejer medias. ¡Con qué gratitud, amor y afecto retribuía este beneficio! Lo notamos en la última enfermedad de la Rvda. Madre. Cuando le pidieron que rezara con nosotros que Dios le alargara la vida, rezó casi continuamente el rosario. Cuando supo que había fallecido se conmovió mucho y rompió a llorar amargamente, repitiendo siempre: "¡La que amamos tanto, se ha ido! ¡La que obró tanto bien no está más! ¡Era tan mansa!" Con estas pocas palabras la elogió; la amó porque fue amada primero con verdadera caridad cristiana que desbordaba de su corazón con un puro, perfecto amor a Dios y por eso también con generoso amor al prójimo que abarcaba todo el mundo sin olvidarse del más pobre. Todos los domingos y fiestas iba la buena viejita Margarita al sepulcro para rezar, únicamente un tiempo pésimo la podía retener en casa. Cuando una vez entró en una pieza donde colgaba su retrato de la pared, ella se acercó para ver a quien representaba. A pesar de su poca vista reconoció con el ojo izquierdo sus facciones y luego fue al lugar de trabajo de los ciegos mayores donde expresó su alegría exclamando: "La que amamos tanto y nos dejó, se ve ahora en un cuadro."

El gran amor a sus favoritos, los niños ciegos, se mostraba sobre todo anualmente en la Nochebuena. Cuando se acercaba este día feliz, debía estar rodeada de sus queridos ciegos, si no, su alegría era incompleta. Estaban delante del pesebre, aunque con ojos sin luz, pero viendo al dulce Niño Jesús con los ojos de la fe, entonces su rostro irradiaba gozo. Tenía una devoción muy especial al Verbo de Dios encarnado, al divino Infante, y por eso era, como decía Clemente de Brentano expresivamente: “Ligada a los niños por la devoción a Cristo Infante”. Cantaba ante el pesebre con voz clara y melodiosa en la que resonaban el júbilo y el gozo de su alma: “Nos ha nacido un Niño en Belén”, o “¡venid niños todos, venid sin tardar!”, o aquella sencilla canción: “En Belén en un portal” Se comprende que el Divino Niño les trajo también juguetes y otros regalitos. Después de haber entonado las amorosas canciones navideñas, se guiaba a los ciegos a una sala donde cada uno encontraba su plato de golosinas.

Un día de Pascua buscaban los ciegos huevos pintados en el jardín y sucedió que una pequeña, que era frecuentemente caprichosa, encontró uno con el lema: “Con el capricho no se gana nada.” Entonces yo le hice una observación: “no ves, Luisita, esto es la Providencia de Dios; en adelante no debes ser caprichosa.” La buena Madre lo oyó y vio que la cieguita se entristeció. Entonces me llamó aparte y me dijo: “Querida Hermana, en tales ocasiones donde uno quiere alegrar a los niños, no se predica moral. Esto quita al niño el placer. Hay que hacer todo a su debido tiempo.”

Ocho días antes de su muerte, el domingo “in Albis”, salió por última vez para asistir a la Primera Comunión de un grupo de niños ciegos. Como todos los años los felicitó y participó de su dicha. Luego obsequió a cada uno un devocionario, generalmente la Filotea de San Francisco de Sales, para que les pudieran leer más tarde un trozo de este libro y de esta manera no lo aprovecharían solamente ellos, sino también sus familiares. Después de la felicitación, Hermanas y niños se reunían para tomar un desayuno festivo. Ahí se notaba que su malestar debía ser importante, pero su amor a nosotras lo disimulaba. Hubo una alegría serena. No habló mucho; su mirada descansó pensativa sobre los niños y seguramente pasaron por su espíritu los años en que había festejado este día con ellos. Delante de ella, en la mesa adornada con flores, había una magnífica azalea blanca. Nadie sospechaba que esta preciosa flor adornaría su ataúd ocho días después.

¡Qué tiempo feliz pasamos en el postulanteado y noviciado bajo su especial dirección! El Rvdo. Padre Lessmann, jesuita, nos dio clases de catequesis e historia sagrada. Después de haber sido trasladado a otro lugar, ella misma nos daba estas lecciones. Todavía la veo delante de nosotras como una santa, con los ojos errados que disimulaban las lágrimas cuando hablaba del amor y la bondad de Dios. Confianza en Dios, caminar en su presencia, amor al prójimo y humildad, estos cuatro puntos formaron su tema favorito. ¡Oh, eran las más hermosas horas de nuestra vida cuando la escuchábamos nosotras! La admirábamos como a una Madre santa. Su deseo era para nosotras un mandato; por ella hubiéramos pasado por el fuego.

Cuando nos encargamos del orfelinato en Steele, éramos solamente nueve Hermanas, pero el amor a los huérfanos movió a la Madre a enviar cinco a esta filial. Como todas éramos todavía novicias, tuvimos la alegría de tenerla durante tres meses con nosotras. Desde la mañana hasta la noche estaba siempre entre las niñas, dedicándose especialmente a las más pequeñas. Las lavaba, limpiaba y les prestaba los servicios más humildes como una verdadera madre. Más o menos veinte de ellas tenían la cabeza cubierta de una infección de la piel y ella guardaba para sí el privilegio de lavarlas y curarlas diariamente. Realizaba cualquier trabajo doméstico para aliviar

a las Hermanas y lo hacía con admirable gracia y jovialidad. Barría los corredores, fregaba y planchaba. A la noche nos reuníamos alrededor de ella y jamás olvidaré estas amenas recreaciones; siempre fue alegre y de buen humor. Le contábamos los acontecimientos del día y nuestras dificultades y nos instruía y consolaba y con nuevo ánimo seguíamos trabajando. Todo en ella respiraba caridad, bondad, benevolencia, y para que el amor al prójimo se grabara más y más en nuestros corazones nos predicaba cada sábado una meditación sobre esta virtud, especialmente sobre nuestras obligaciones con las huérfanas.

A la portera de una casa exhortaba con instancia a realizar muchas obras buenas en su puesto. Que aprovechara las ocasiones para decir a la gente palabras caritativas y de espiritualidad, y que en la sala hubiera un libro bueno sobre la mesa. Le aconsejó además que saludara con reverencia al ángel de cada visitante y que viera en los pobres a la Sma. Virgen o a San José.

A otra Hermana que tuvo a su cargo los trabajos domésticos le sugirió que se imaginara vivir con Jesús y su padre adoptivo y que pensara con qué solicitud y cariño había servido María Santísima la comida a Jesús y a San José y que imitara en todo a la Sma. Virgen.

La Madre Paulina había dado la orden de que en la Casa Madre no se debía despedir a ningún pobre sin haberle dado alguna limosna. Si no era posible entregarle lo que deseaban que le dieran otra cosa, por lo menos un pedazo de pan. Los necesitados conocieron por experiencia su generosidad y por eso muchos venían con sus peticiones a la portería. Unos cuantos enfermos y ancianos recibieron el almuerzo durante años. Además almorzaron diariamente 30 o 40 en la misma portería y ella se preocupaba por que les dieran alimento bueno, limpio y bien servido y que en invierno lo pudieran tomar en un ambiente agradable. Siempre nos exhortó a que viéramos en los pobres a Jesús; ella los saludaba con reverencia. UN mendigo que pernoctaba en una choza de pastores, se puso contentísimo cuando la Madre pasó por el camino y él recibió su saludo y dijo: “En todo el mundo no se encuentra semejante dama que saluda amablemente a un pobre pordiosero.” Cuando regresó de la ciudad y se encontró en la puerta del jardín con pobres que habían almorzado en el convento, les preguntaba generalmente si estaban bien satisfechos y con su inexpresable benevolencia los invitaba a volver. En la fiesta de San Liborio, patrono de la diócesis, había muchos pobres e inválidos en las esquinas de las calles y en las avenidas, pedían una pequeña limosna a los transeúntes. Al regresar de la Santa Misa solemne invitó también a estos amablemente para almorzar en el convento. Con eso ni siquiera se contentó, sino que deseaba que fuéramos a veces a la puerta del jardín para ver si allí había cojos y lisiados para invitarlos también.

Cuando durante el Kulturkampf cerraron también nuestra filial en Constanza y la Madre estuvo con nosotras, era emocionante ver cómo agradecía a cada persona que nos había prestado algún favor, y esta respetuosa consideración se extendía a todos; sirvientas, lavanderas, jornaleros. Fue al leñador que estaba trabajando en el establo para despedirse también de él.

Cuando nos habíamos mudado a Gutenberg, nos sirvió como jornalera, durante años, una pobre muchacha del pueblo vecino. Luego fue atacada por una enfermedad perniciosa que consumía sus fuerzas. En su última visita la Rvda. Madre oyó lo mal que se sentía la pobre Crescencia. Enseguida trató de aliviarla con todos los medios posibles y la animó con palabras cariñosas. Sobrevivió a la Madre por algunos meses y lloró su muerte con amor y gratitud. Cuando llegó su propio fin suplicó a sus parientes que le pusieran en el ataúd el recordatorio de su retrato.

Un día, cuando éramos solamente cuatro Hermanas en nuestra joven Congregación, vino la Sra. de Hüffer, hermana de la Rvda. Madre, para pedirle consejo si podía permitir a su sirvienta cuidar a su hermana, cuñado e hijos que se habían enfermado de cólera. Le contestó que sí. Cuando la señora hubo salido, ella fue apresuradamente a la cocina, tomó dos bolsas de agua caliente y té y se dirigió a la casa de los enfermos que estaba cerca de la Casa Madre. Las Hermanas estaban muy preocupadas porque la Madre estaba en gran peligro de contagiarse. Llegó el mediodía y no había regresado, entonces me enviaron a aquella casa para ver lo que sucedía. La Madre estaba frente a la cama provisoria del señor enfermo, que estaba acostado sobre sillas y un banco, mientras en el cuarto vecino yacía el cadáver de la señora. Le respondí que viniera a almorzar y me respondió: "Todavía no. Tráigame por favor comida para dos personas." Yo pensaba que era para la sirvienta y la niña de dos años y la cocinera lo preparó para ellas en una olla. Me preguntó si me había olvidado de traer los cubiertos y los pidió prestados a la gente y luego solicitó amablemente permiso para comer algo allí. Me disculpé y contestó cariñosamente que todo estaba bien y que regresara a casa. Ese mismo día fallecieron la señora, el señor y un bebito de quince días. De toda la familia quedó solamente la hijita de dos años por la cual se preocupó también. El Dr. Hüffer fue el tutor. Después de algún tiempo fue adoptada por un excelente matrimonio sin hijos. Cuando vinieron para verla, la Madre estaba preocupada porque la pequeña hiciera una favorable impresión y me encargó de hacer lo posible para ponerla de buen humor, porque todavía extrañaba. La buena pareja la acogió con mucho amor y han sido verdaderos padres para ella.

En el año 1870, siendo todavía postulante, tuve que ayudar a la Hermana portera. Un día, regresando a casa, trajo a la sala a un hombre pobre que había encontrado en la puerta. Me envió a la cocina para ver si encontraba una taza de café porque algunas Hermanas estaban en la capilla y otras en sus diversos trabajos. Llevé el café pero sin leche porque no encontré. "Pero, querida hija, no puso leche adentro", me dijo con reproche. "El pobre hombre no lo podrá tomar puro". Repliqué que no había encontrado leche. Además, agregué indiscretamente, porque me había dado cuenta que el hombre estaba ebrio, el café negro le hará bien, entonces se le pasará la embriaguez. "¡Querida niña!", respondió seriamente, "¿cómo puede decir semejante cosa? ¿Quién sabe por qué está ebrio? Tal vez no recibió comida durante todo el día y se compró whisky para calentarse un poco y su estómago vacío no lo soportó. Tenga mucho cuidado de juzgar precipitadamente. Llame, por favor, a una Hermana para que el pobre reciba una buena comida." Me retiré muy avergonzada.

En el año 1854 yo era portera en el instituto de ciegos. El invierno era excepcionalmente riguroso y había mucha pobreza entre la gente. La Rvda. Madre me encargó dar 3 centavos a cada uno que pidiera limosna, y que no despidiera a nadie sin darle algo. Obedecía, aunque la Hermana ecónoma me había dicho que casi no había dinero en la caja. Cada día gastamos dos táleros para los pobres. Cuando no tenía más dinero e iba a pedirle a la Madre, ella decía: "Querida Hermana, qué bueno es Dios, porque nos permite compartir nuestros bienes con los pobres." Una tarde fui otra vez y ella abrió todos los cajones de su escritorio y me entregó ocho centavos diciendo con profundo suspiro: "Esto es lo único que tengo". Con el ánimo caído fui a la capilla y lloré. Después de algunas horas me hizo llamar y exclamó: "Mire Hermana, hay que tener confianza, el buen Dios ayudó. La Hna. Josefa de Steele me envió 60 táleros y seis frazadas de lana. Mañana socorreremos a numerosos pobres. Ud. no se parece todavía a su gran patrona, si tuviera más confianza podríamos dar más limosnas".

En 1854 la cosecha de papas fue muy mala y por eso eran carísimas. Nuestra provisión en el sótano alcanzaría apenas hasta fines de marzo. Como vinieron diariamente 20 a 30 pobres para almorzar y en la guardería u en el instituto de ciegos había muchos niños, teníamos que pelar cada día cuatro baldes. Estuvimos preocupadas, pero el quintero dijo: “En este año está la bendición de Dios sobre todo en el sótano porque a pesar de que ya estamos en julio y pronto celebraremos la fiesta de San Liborio, las legumbres y las papas no se acaban”. La Rvda. Madre nos exhortaba frecuentemente con lágrimas en los ojos a darle sólo a Dios el honor y las gracias por tener el privilegio de alimentar a Cristo en los pobres.

Rezó siempre con gran confianza a San José, también en los asuntos temporales. Una vez estuvo en grandes dificultades, pues no solamente faltó el dinero, sino también los víveres. Llena de confianza rezaba junto con las Hermanas al glorioso protector, pidiéndole ayuda. Después de algunos días vino un noble caballero, rezó un rato en nuestra capilla y al salir depositó una limosna en la alcancía, y cuando la abrimos encontramos un billete de 50 táleros.

Al estallar el Kulturkampf vino una señora, cuya hija había entrado a nuestra Congregación, y dijo: “Rvda. Madre, devuélvame por favor a mi hija”. “Oh, no querida señora, su hija me pertenece a mi”. A lo que respondió: “Ud. tiene tantas hijas y ahora ni las puede ocupar ni siquiera tiene lugar para ellas”. “El buen Dios nos ayuda, ya alquilé una casa donde encontrarán albergue”. “¿Pero dónde consigue alimentos para tantas?”, insistió la señora. “Confiamos en la Providencia de Dios y nada nos falta”.

En Alseberg, Bélgica, teníamos un gran dormitorio común donde había lugar para 23 camas. Allí dormíamos todas las Hermanas, excepto algunas enfermas. Cuando nos visitó la Rvda. Madre, le habíamos preparado una pequeña pieza para descansar y queríamos llevar su equipaje a este cuarto. Ella nos dijo: “No, queridas hijas, ustedes me conocen poco, a mi me gusta estar con mis Hermanas.” Tuvimos que prepararle una cama en el dormitorio común donde durmió cada vez que nos visitaba, a pesar de que tenía casi 60 años y venía frecuentemente.

Estaba siempre dispuesta a alegrar a las Hermanas y compartía con ellas todo lo que tenía. A veces sucedió que había una sola ruta y la dividió en muchas partes para que cada una recibiera algo. Aunque los pedacitos eran chicos, ninguna hubiera renunciado a su partecita, porque era dada con gran cariño maternal.

Un día las Hermanas del pequeño convento de Anrath ven llegar a una niña con un melón y con azúcar. Dijo haberlo recibido en la estación, de una Hermana que viajaba en el tren. “¡No puede ser otra que nuestra Madre!” exclamaron las religiosas, porque a nadie más que a ella se le habría ocurrido regalarnos junto con el melón, también el azúcar”. Y no se habían equivocado, había sido ella.

Cuando se fundó la filial de Viersen, nos llevó personalmente para allá. Las Hermanas enfermeras nos ofrecieron amablemente hospedaje, porque nuestra habitación no estaba arreglada. Durante el día estuvimos trabajando en nuestra casa, era otoño y hacía ya frío. Entonces ella nos traía de vez en cuando algo caliente. Una tarde se encontró en el camino del hospital a nuestra casa, con el Sr. Cura Párroco y como él se dio cuenta que llevaba una canastita y una jarra debajo de su capa, ella se la mostró sencillamente diciendo: “Esto, Rvdo. Padre, es un regalo de la Hna. María”, así se llamaba la Superiora del hospital. El Sr. Párroco estaba conmovido y edificado por su gran bondad y cuidado maternal, más que por la generosidad de la donante. Después de años lo

recordaba y lo contó como ejemplo a las nuevas Hermanas para que imitaran estas virtudes tan hermosas y necesarias.

Todas experimentamos incontables veces su amor maternal. Durante el año 1867 estuvo muy enferma. El médico temía una apoplejía y le ordenó descanso completo y prolongado. Las asistentes y las Hermanas mayores hicieron todo lo posible para que cumpliera esta prescripción, aunque resultó muy difícil por su temperamento activo. El doctor, para divertirla un poco, le contó que había una novicia que tenía un gran absceso en el cuello que estaba maduro para abrir. Pero la joven tenía tanto miedo que no lo dejaba tocar, sino sólo mirarlo de lejos y agregó: "A pesar de esto, tendré que pincharlo mañana". La Madre se reía con él, pero después del almuerzo pidió a la maestra de novicias que se la mandara. Cuando entró en su pieza, fue a su encuentro con el pañuelo en la mano y le dijo cariñosamente: "querida hija, me contaron que tiene una peligrosa infección. Muéstrémela, por favor." Y mientras sacó la venda, la Madre sacó su pequeño bisturí del pañuelo y se acercó mirando bien la úlcera. De repente la novicia gritó. Ella respondió consolándola: Ya está abierto, no le dolió tanto como pensaba. Ahora vaya a la Hermana enfermera que la cure y en pocos días estará sana." La Madre estuvo este día muy débil y después tuvo que acostarse enseguida, pero cuando vio a una de sus Hermanas con dolores, se olvidó de sí misma y trató de socorrerla."

Cuando nos visitaba en Chile, recibí de ella una severa exhortación por algunos defectos y faltas. Sus palabras serias me dolían en el alma y como se quedó solamente algunas horas con nosotras, lloraba amargamente. Y después de pocos días volvió, a pesar de que tenía que realizar un peligroso viaje por mar. Al llegar me dijo: "Vengo también por Ud., ahora no debe llorar más. Todo está bien."

Era la bondad personificada, pero cuando era necesario actuaba también con severidad. En una ocasión la procesión con el Ssmo. pasó por la Casa Madre de Paderborn. Por una pequeña lluvia habíamos descuidado el adorno de flores y guirnaldas, además por un mal entendido no se había cumplido la orden de adorar el Ssmo. Sacramento en nuestra capilla durante la procesión. Por esta negligencia nos retó con tanta energía que quedamos como petrificadas, y luego de rodillas, tuvimos que rezar una penitencia en nuestra capilla.

Siempre cuando tuvo que reprender una falta manifiesta, lo hizo también públicamente desconsiderando la sensibilidad, porque pretendía que las Hermanas tuvieran virtud. Nada en el mundo le desagradó tanto como el orgullo y la susceptibilidad. Lo sabíamos muy bien y nos cuidamos de llorar cuando tenía necesidad de amonestarnos. "Todo lo que huele a orgullo me es insoportable", dijo una vez. Sin embargo, cuando temía haber reprendido demasiado a alguna, le pedía humilde y amablemente perdón.

Cuando a una Hermana le llegó la orden de trasladarse a una filial lejana y tuvo dificultades de obedecer, la miró silenciosamente y tocó amablemente su anillo nupcial. Por esta delicada advertencia la Hermana recordó su deber y viajó gustosamente a su nuevo campo de trabajo donde vivió días felices y meritorios, sirviendo a los pobres y enfermos. La suave consideración y discreta prudencia la había retornado al cumplimiento de su deber.

Con filial confianza podíamos dirigirnos siempre a ella cuando necesitábamos un consejo o instrucción. Poseía la plena confianza de todas las Hermanas y sencillamente les descubría sus defectos. Cuando a una Hermana le había sucedido algo desagradable, no tenía paz hasta habérselo confesado. Una vez dijo: "Si en la casa se comete una falta, generalmente lo sé de la

culpable misma, antes que me lo digan otros". Debía ser una alabanza para las Hermanas, pero creo, que es un elogio más grande para ella misma, porque era tan amable y buena con sus hijas que contaba también con sus debilidades y defectos.

Cuando en diciembre de 1880 estuvo por última vez en Höxter, tuvo muy fuerte dolor de muelas. A pesar de estos continuos sufrimientos, no faltó a ningún ejercicio de comunidad, y cuando estuvo con las Hermanas y niños, manifestó inagotable afabilidad y alegría. Ni su cara, ni los movimientos de su cuerpo dejaron sospechar sus sufrimientos. Creo que, quien con fuertes dolores de muelas no pierde la paciencia, ya posee la plenitud de esta virtud.

Tenía un modo tan atrayente para aceptar pequeñas atenciones, que todos lo que tenía algún contacto con ella se esforzaron de conocer sus necesidades y deseos para satisfacerlos lo antes posible. Esto llevó a un mal entendido que no se aclaró durante años, porque ella era la última en decirlo. En la Congregación se creía que su manjar predilecto eran las papas cocidas en ceniza, y por eso de las ofrecieron no solamente en cada casa que visitaba, sino casi en cada comida. Se mostró siempre muy agradecida por esta fina atención, de tal manera que nadie sospechaba que esta comida no le agradaba. Recién unos meses antes de su muerte, cuando le preguntaron, tuvo que decir la verdad. Hasta en las cosas más insignificantes supo vencerse sin llamar la atención.

Cuando estuvo de visita en una filial, las Hermanas deseaban honrarla y alegrarla con manjares delicados. Pero les pidió con lágrimas en los ojos de no hacerlo otra vez."Debemos dar gracias a Dios si El nos da lo que necesitamos, y esperarlo tranquilamente de sus divina Providencia, pero no excedernos. Después de implorar a Dios que nos dé buen espíritu en la Congregación, rezó a Él y a San José, pidiendo el pan cotidiano."

Durante la construcción de la nueva Casa Madre supo siempre mantener la concordia entre los trabajadores. Un día, dos obreros tuvieron una disputa y parecía que no querían apaciguarse. La Madre trataba de reconciliarlos, pero esta vez sus palabras resultaban inútiles. Acudió entonces a un medio más persuasivo y eficaz: se fue apresuradamente y volvió poco después, sonriendo, para ofrecer a los dos contrincantes un buen vaso de cerveza, con la condición de que debían tomarlo a su recíproca salud. No pudieron resistir a tal invitación, Brindaron, bebieron... y la paz volvió a reinar.

Sabía realmente apaciguar los corazones más encolerizados mediante su extraordinaria caridad, mansedumbre y amabilidad. Siendo novicias estuvimos una mañana reunidas en la sala de estudios. De repente entró y pidió que rezáramos por algunos hombres que estaban peleándose en el campo cerca de nuestro jardín. Se golpearon y se lanzaron uno contra otro con fuertes instrumentos cortantes. Apresuradamente salió a su encuentro, junto con otra Hermana. Amablemente les devolvió la paz, la tranquilidad y la alegría.

Tenía siempre un gran amor y devoción por las almas del purgatorio y por ningún trabajo, por importante que fuera, dejó de rezar por ellas. Después de las fatigas del día, la vimos con frecuencia muy tarde rezar el vía crucis por ellas. En sus viajes, cuando no podía hacerlo en la capilla, se retiraba a un rincón de la pieza, sacaba la cruz de su rosario que tenía las indulgencias del vía crucis y meditaba devotamente las 14 estaciones y en cada una hacía una reverente genuflexión.

Con suma reverencia trató a todos los sacerdotes, no solamente a los más meritorios de la Iglesia, sino también a los recién ordenados. Raras veces se despidió de alguno sin haber pedido

su bendición sacerdotal. Era emocionante ver cómo la digna religiosa, Superiora General y Fundadora de una Congregación, se arrodillaba humilde y sencillamente a los pies de jóvenes sacerdotes para recibir con íntima devoción su bendición. Lo mismo cuando llegó a Roma, en medio de la noche se arrodilló ante el Rvdo. Rector del Campo Santo, Monseñor del Waal, para recibir su bendición.

Sus virtudes y piadosa vida tenían como fundamento una profunda humildad. Cuando en una de las casas de América, una viejita le pidió su bendición respondió: “¡Oh, querida señora, vayamos a la capilla y pidamos a Dios nos bendiga a las dos!”

Como religiosa tuve la suerte de vivir dos años muy cerca de ella y de conocer sus virtudes en su sencilla grandeza. Lo que más admiraba, era la dignidad que guardaba en todas las circunstancias de la vida. Poseía realmente la serena afabilidad que nos piden nuestras Constituciones. Jamás pronunció una broma inconveniente, tampoco he notado una ternura sentimental; tenía muchas expresiones originales. A veces dijo una palabra severa cuando exhortaba. Solía decir entonces: “Una superiora debe saber reprender, si no, no sirve para este cargo”. Podía reírse con todas las ganas, pero no a carcajadas; nunca pasó los límites de la más fina educación.

Su aspecto exterior era imponente e impresionante. Cuando pedía la admisión a nuestra Congregación, la vi por primera vez y su apariencia me causó profundo respeto, pero al mismo tiempo me cautivó irresistiblemente su modo amable. Otras Hermanas me contaron que les había pasado lo mismo. Cuando realizó su primer viaje a América decían mucho allí, y también sacerdotes, que en su modo de ser había algo sobrenatural que atraía los corazones y que aparentaba ser muy santa. El Excmo. Sr. Obispo de Albany, por ejemplo, la encontró en un desembarcadero europeo sin conocerla. Más tarde contó a varias personas, también a mí, cómo su apariencia había atraído toda su atención y luego le había hablado. La breve conversación lo había ganado para su fundación. La impresión que este piadoso y venerable Obispo de la Iglesia había recibido, perduró en su memoria. Cuando hubo regresado a América pidió enseguida estas Hermanas para su diócesis y las recomendó en cada ocasión que se le presentó.

En realidad, si alguien ignoraba cuáles eran las virtudes fundamentales que se debían practicar en nuestra Congregación, bastaba mirarla para saberlo. Tan grande era su inexpresable bondad que se dibujaba en su rostro y su cordial y humilde serenidad en el trato con el prójimo. Con toda razón la miramos como nuestra Santa Regla personificada. Sus palabras y obras brotaban de un alma desbordante de amor; todo su ser irradiaba amor a Dios y al prójimo. Pareciera que la bondad paternal de Dios la había predestinado para que fuera la fundadora de una Congregación cuya finalidad sería el activo ejercicio de la caridad cristiana.

¡El recuerdo de nuestra carísima y única Madre Paulina sea por siempre bendito entre nosotras!

Establecimientos de la Congregación de las Hermanas de la Caridad Cristiana en el año 1892.

La Congregación posee:

Una Casa Madre General en Paderborn, Europa.

Una Casa Madre Provincial en Wilkesbarre, América del Norte.

Una Casa Madre Provincial en Concepción (antes en Ancud), América del Sur.

85 filiales con 948 Hermanas y postulantes.

I – EUROPA

La Casa Madre General, noviciado y curso de estudios en Paderborn (cerrado durante el Kulturkampf, más tarde se reabrió) y 14 filiales con 198 Hermanas y 25 postulantes.

Los nombres de las filiales son:

Diócesis de Paderborn, Prusia:

1. Paderborn: Casa San José. Depende de la Casa Madre (cerrada y reabierta)
2. Paderborn: Instituto Provincial de Ciegos.
3. Paderborn: Guardería (cerrada y reabierta)
4. Höxter: Orfanato
5. Dortmund: Escuela de Señoritas (cerrada y reabierta)

Arquidiócesis de Colonia, Prusia:

6. Colonia: Guardería, escuela de trabajos manuales, asociación de obreras de fábrica. *
7. Anrath: Hospital San Lorenzo

Arquidiócesis de Friburgo, Baden:

8. Sigmaringen: Guardería (cerrada y reabierta)

Diócesis de Chur, Suiza:

9. Gutenberg, Lichtenstein: Pensionado

Arquidiócesis de Praga, Bohemia:

10. Mühlhausen: Internado y externado
11. Weltrus: Internado y externado

Arquidiócesis de Malinas, Bélgica:

12. Aalsemberg: Pensionado

Vicariato Apostólico de Dinamarca:

13. Horsens: Escuela “San José”, de las misiones *
14. Kolding: Escuela “San Miguel”, de las misiones. *

II – AMÉRICA DEL NORTE

La Casa Madre Provincial, noviciado, curso de estudios, pensionado y externado en Wilkesbarre.
50 filiales con 430 Hermanas y 55 postulantes.

Los nombres de las filiales:

Diócesis de Scranton, Pa.

1. Wilkesbarre: Escuela San Nicolás
2. Pittson: Escuela Santa María *
3. Scranton: Escuela Santa María
4. Hyde Park, Scranton: Escuela San Juan *
5. Honesdale: Escuela Santa María
6. Williamsport: Escuela San Bonifacio
7. Nippenose Valley: Escuela Santa María
8. Hazelton: Escuela Santísima Trinidad *

Diócesis de Harrisburg, PA:

9. Harrisburg: Escuela San Lorenzo
10. Danville: Escuela San Huberto

Arquidiócesis de Filadelfia, Pa.

11. Filadelfia: Escuela Santa María *
12. Reading: Escuela San Pablo
13. Reading: Orfelinato *
14. Mauch Chunk: Escuela San José
15. Pottsville: Escuela San Juan Bautista
16. Shenandoah: Escuela Sagrada Familia *

Diócesis de Newark, N.J.

17. Newark: Escuela San Agustín
18. Elizabeth: Escuela San Miguel
19. Jersey City: Escuela San Nicolás *

Arquidiócesis de Nueva York

20. Melrose, Nueva York: Escuela Santa María
21. Poughkeepsie: Escuela Santa María *
22. Rondout: Escuela San Pedro *

Diócesis de Brooklyn, N.Y.

23. Brooklyn: Escuela San Benito*

Diócesis de Albany, N.Y.

24. Albany: Escuela Santa Cruz

Diócesis de Syracuse, N.Y.

- 25. Syracuse: Escuela San José *
- 26. Rome: Escuela Santa María

Arquidiócesis de Baltimore, MD.

- 27. Baltimore: Escuela Santa Cruz

Arquidiócesis de Cincinnati, Ohio

- 28. Piqua: Escuela San Bonifacio *

Diócesis de Detroit, MICH.

- 29. Detroit: Escuela Santa Isabel *
- 30. Westphalia: Escuela Santa María
- 31. Jonia: Escuela San Pedro

Arquidiócesis de Chicago, IL.

- 32. Chicago: Josephinum, pupilaje y externado *
- 33. Chicago: Escuela San Luis *
- 34. Chicago: Escuela Santísima Trinidad *
- 35. Chicago: Escuela Santa Teresa *
- 36. South Evanston: Escuela Santa María *

Arquidiócesis de San Pablo, Minn.

- 37. New Ulm: Escuela Santísima Trinidad
- 38. Chaska: Escuela Santo Ángel Custodio
- 39. East Minneapolis: Escuela San Bonifacio
- 40. South Minneapolis: Escuela Santa Isabel
- 41. Chanhassen: Escuela San Huberto *
- 42. St. Victoria: Escuela San Víctor *
- 43. San Bonifacio: Escuela San Bonifacio *
- 44. Waconia: Escuela San José *

Diócesis de Dubuque, Ia.

- 45. Le Mars: Escuela San José

Arquidiócesis de San Luis, Mo

- 46. St. Luis: Escuela San Nicolás
- 47. South St. Luis: Escuela San Bonifacio
- 48. St. Luis: Orfelinato alemán San Vicente *

Arquidiócesis de New Orleans, La

- 49. New Orleans: Escuela San Enrique
- 50. New Orleans: Escuela San Francisco de Asís *

III – AMÉRICA DEL SUR

La Casa Madre Provincial, noviciado, curso de estudios, pupilaje y escuela para pobres en Concepción. 21 filiales con 205 Hermanas y 25 postulantes.

Los nombres de las filiales:

Diócesis de Concepción, Chile

1. Talcahuano: Pupilaje y externado *
2. Constitución: Pupilaje escuela para pobres y escuela dominical *
3. Lebu: Hospital y escuela para pobres
4. Angol: Hospital *
5. Linares: Hospital y hospital militar *
6. Cauquenes: Hospital *

Diócesis de Ancud, Chile

7. Ancud: Pupilaje, externado, escuela dominical y escuela para pobres
8. Ancud: Hospital
9. Puerto Montt: Orfanato, escuelas parroquiales y escuela dominical
10. Puerto Montt: Hospital
11. Osorno: Hospital *
12. Valdivia: Externado e internado *
13. Valdivia: Hospital *

Arquidiócesis de Santiago, Chile

14. Santiago: Pupilaje y orfanato
15. San Fernando: pupilaje y externado *
16. Rengo: Hospital *

Diócesis de La Serena, Chile

17. Copiapó: pupilaje, externado y escuela para pobres

Diócesis de Montevideo, Uruguay

18. Montevideo: pupilaje, externado y escuela para pobres *
19. Melo: pupilaje y externado *
20. Salto: pupilaje, externado y escuela para pobres *
21. Santa Lucía: externado *

Nota: Las filiales que tienen * se fundaron después de la muerte de la Madre Paulina